

LA HISTORIA  
DE AMOR  
MÁS BONITA  
DEL MUNDO

— BRENDAN KIELY —



## Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Citas

Prólogo

Primera parte. Cómo llegamos hasta ahí

1. La promesa imposible
2. La canción de Corrina
3. La huida de la fiesta de O'Keefe
4. Aunque no seas nadie, eres alguien
5. El gran vacío azul
6. La fuga
7. La música justa para el momento
8. Mr. and Mrs. Fantasy
9. El cuentahistorias
10. Todos los caminos conducen a San Luis
11. De dónde somos
12. Adónde vamos
13. Tormentas en el desierto
14. Alucinaciones grises
15. Fuego de campamento
16. Camino de pruebas
17. Un atajo

Segunda parte. Ahora

18. Los problemas que podemos resolver
19. Father Lotus
20. Cadillac Ranch
21. Lo que sé de la verdad
22. Bonnie y Clyde
23. Y ahora, ¿qué?
24. La historia de Cecy
25. "Luchamos por lo que amamos, no por lo que somos"
26. Ithaca

Epílogo

Agradecimientos

Créditos de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Hendrix es un joven de diecisiete años solitario e interesado en la poesía. Su madre viaja mucho por trabajo y su abuelo reside en un complejo de apartamentos adaptados para enfermos de alzhéimer. Siente que su familia se está desmoronando. Entonces conoce a Corrina, una joven de su clase de poesía que canta en la calle. Corrina quiere huir a Nueva York y Hendrix decide ayudarla. El camino es largo, está lleno de aventuras, imprevistos y sorpresas...Un viaje en el que no hay vuelta atrás y que les cambiará para siempre...

*Para la abuela y para Jessie, que me enseñan a escuchar con el corazón*

«Que hay amor y nada más es todo lo que sabemos del amor.»

EMILY DICKINSON,  
*The Single Hound*

«Así, sabio como te habrás vuelto, tan lleno de experiencia, comprenderás ya qué significan las Ítacas.»

C. P. CAVAFIS, *Ítaca*

# «TODA HISTORIA DE AM



LA



LOS VEGAS

BARSTOW  
CA



FLAGSTAFF AZ

GALLUP  
PUERTO  
LAGUNA

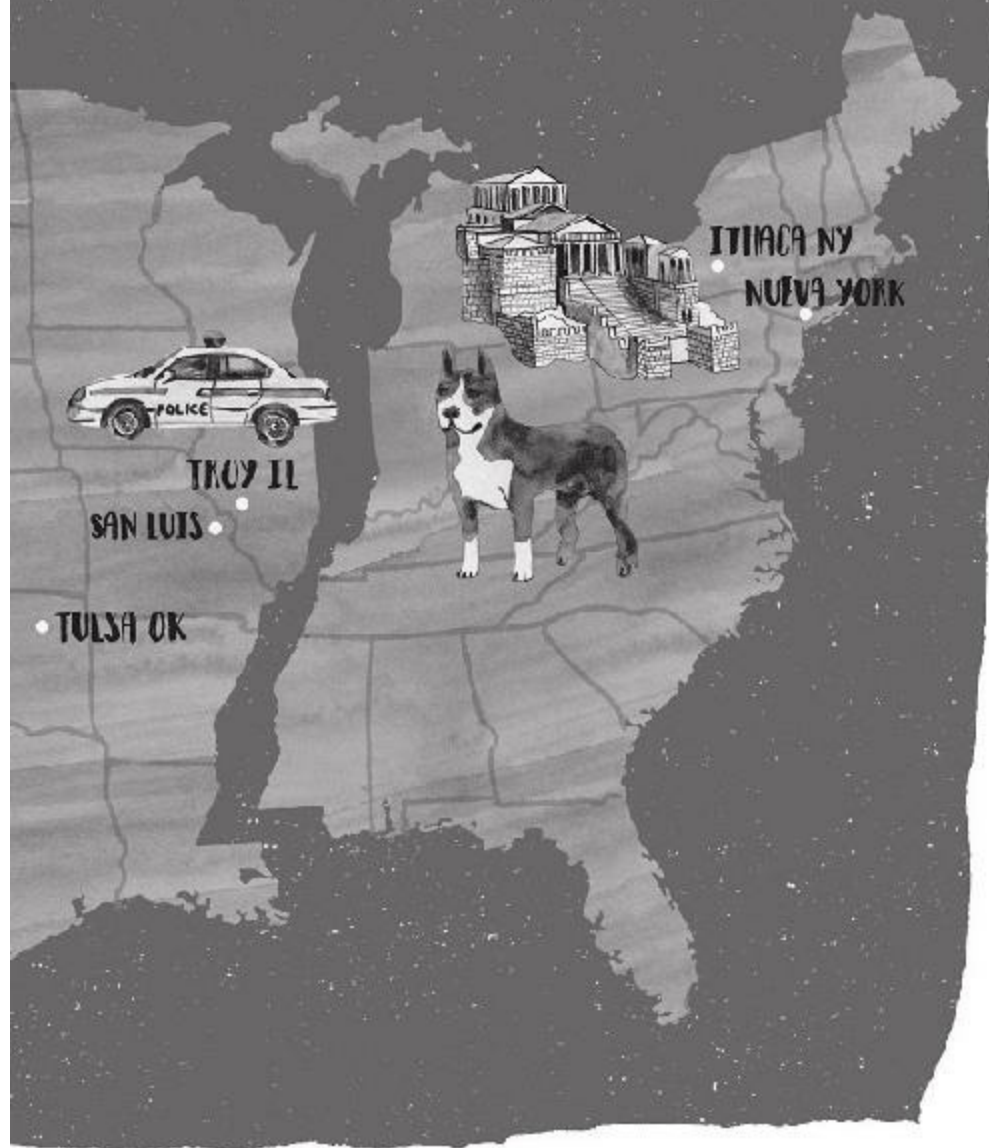
YELLOW  
MOUNTAIN



CADILLAC  
RANCH TX



OR ES UNA ODISEA...»





## PRÓLOGO

La situación es ésta: estamos perdidos en el desierto, en algún lugar al oeste de Albuquerque, y el coche que robamos se ha caído de morros en una zanja y tiene una rueda pinchada. El abuelo, Corrina y yo. Con cada día que pasa, el contacto de mi abuelo con la realidad se vuelve más tenue, y si no lo vigilara todo el rato, podría desviarse por el camino polvoriento y perderse para siempre. Corrina se ha ido andando en la otra dirección, tan cabreada conmigo que ya ni me habla. Ni siquiera estoy seguro de que todavía quiera atravesar el país. Pero se lo prometí y pienso hacerlo. Le prometí lo mismo al abuelo: llevarlo a ver por última vez aquella iglesia, antes de que la enfermedad la borre de su mente y todos sus recuerdos de la abuela desaparezcan. Lo único que quiero es cumplir las promesas imposibles que hice, pero mamá, los padres de Corrina, la doctora del abuelo, la policía y el resto del puñetero mundo conocido nos están buscando, y aún nos faltan más de tres mil kilómetros para llegar y sólo tenemos tres días para recorrerlos.

Debería sentir que todo esto se acaba, pero no puedo. Porque es imposible. No puede acabarse para el abuelo, ni para Corrina, ni para mí, porque justamente aquí, en una carretera en medio de la nada, por fin he llegado a comprender lo que quiere decir el abuelo cuando afirma que el sentido de la vida consiste en aprender a amar.

# Primera parte

# CÓMO LLEGAMOS HASTA AHÍ

## LA PROMESA IMPOSIBLE

Un día antes de huir de la ciudad para salir a todo gas por las anchas carreteras de Estados Unidos barridas por el viento, yo estaba tres pisos por debajo del apartamento del abuelo, con la mirada perdida en el mar al otro lado de la playa, aferrando un retrato recién enmarcado de dos muertos.

El Complejo Habitacional Calypso Sunrise de Viviendas Asistidas para la Tercera Edad era como un pegote ubicado entre el muelle de Santa Mónica y el paseo de Venice Beach. Pero en esa extraña tierra de nadie, a menos que se me cruzara alguien por delante, yo dejaba vagar la mirada más allá de las pocas palmeras que se levantaban retorcidas sobre la arena, por encima del trecho de playa, en dirección a la interminable extensión del Pacífico, y podía sentirme varado a orillas de una isla perdida y olvidada en el mar.

Por lo menos así me sentía ahí parado, mientras reunía el coraje para ir a devolverle la foto. La semana anterior, el abuelo había destrozado el cristal y el marco en uno de sus ataques y, aunque pude salvar la fotografía sin que se doblara ni se rompiera, me hice varios cortes con los cristales en los dedos y la palma de la mano. Pero conseguí salvarla. En la foto se veía a la abuela, con el pelo levantado en uno de esos peinados de los años sesenta que parecían colmenas, delante de su vieja furgoneta con paneles laterales de madera, sosteniendo en brazos una versión infantil de mi padre. No había sido la intención del abuelo destrozarse la foto, porque era su retrato favorito de la abuela, pero en un acceso de ira la había barrido de la mesa con todo lo demás, y el marco había ido a estrellarse contra la base de una lámpara de pie. Estuve media hora pasando la aspiradora alrededor del escritorio.

Todavía me dolían los cortes, sobre todo cuando llevaba la correa del *Viejo Salido* doblemente enrollada en la mano. El viejo ya estaba otra vez follándose la pata de un banco en el paseo marítimo, pero yo lo dejaba porque prefería que se desahogara antes de entrar. En el Calypso permitían la entrada

de mascotas, siempre que no se propasaran con los residentes, los visitantes o el personal. De todos modos, el *Viejo Salido* era pequeño para ser un american staffordshire terrier, y con esa lengua atontada que le colgaba por encima de los dientes era capaz de arrancarle una sonrisa a un cadáver. Cuando se cansó de lo que estaba haciendo, bostezó para hacérmelo saber, de modo que doblé con él la esquina del aparcamiento y subimos juntos los peldaños de la entrada principal.

Ninguno de los que vivían en el Calypso era millonario, pero la residencia era un complejo de tres pisos que ocupaba toda una manzana, con espacios comunes, restaurante, estudio de arte, terrazas y un extenso jardín a un costado, provisto de una fuente rodeada de árboles, donde a menudo me sentaba con el abuelo para escuchar sus historias o leerle poesía.

Conocía a la mayoría del personal; eran todos muy amables y vestían polos azules. Mientras cruzaba el vestíbulo con el *Viejo Salido*, saludé con la mano a los empleados del mostrador de recepción. Primero fui a ver en el jardín —el abuelo no estaba— y después volví sobre mis pasos hasta el ascensor para subir al apartamento. Llamé a la puerta. No hubo respuesta, de modo que abrí y asomé la cabeza.

—Mierda —dije.

El abuelo tenía otra vez un mal día.

La habitación estaba patas arriba, con la cama torcida, las sábanas arrugadas como olas congeladas y la ropa desparramada por el suelo. Había sacado los cajones de la cómoda, los había vaciado y los había arrojado contra la puerta del lavabo. También el cuarto de baño era una catástrofe. Había abierto el armario de debajo de la pila y había tirado a la bañera los frascos de las medicinas, el champú, la pasta de dientes y el desodorante.

No era el auténtico abuelo el que hacía todo eso, sino el hombre que tomaba el mando cada vez que tenía un ataque, el hombre con una tormenta detrás de los ojos, un desconocido para mí. A veces, cuando el acceso era muy fuerte y me miraba con furia, llegaba a temer que tampoco a mí me reconociera. Pero afirmar que no era él, que en realidad era otro el que estaba de pie junto a la ventana, era una cabronada por mi parte. No era justo decirlo. Aunque me costara reconocerlo, era mi abuelo. Tenía que acostumbrarme y necesitaba encontrar la manera de ayudarlo.

Iba vestido como siempre, con los pantalones grises y la guayabera de dos tonos, y llevaba puestos los zapatos, lo cual era buena señal, porque

quería decir que probablemente hubiera salido de la habitación unas horas antes. Estaba mirando por la ventana, más allá de los tablones de madera del paseo marítimo y la arena de la playa, hacia el Pacífico.

—Abuelo —dije, hablándole a su espalda—. Abuelo, soy yo, Teddy.

Le solté la correa al *Viejo Salido*, que corrió hacia él, le rozó la pierna con el hocico y volvió a mi lado, como esperando instrucciones, y bien que me hubiera gustado dárselas.

Atravesé la habitación repitiéndole quién era yo, sin dejar de acercarme a él, que seguía dándome la espalda. No quería que se volviera de repente y me soltara un guantazo, como era posible que hiciera, así que no lo toqué. Me aparté a un lado y me apoyé en la pared. A la luz del sol crepuscular, sus mejillas tenían una pátina dorada de lágrimas.

—Abuelo —le dije una vez más.

Alguien llamó a la puerta detrás de nosotros y la abrió antes de que yo dijera nada. En el umbral aparecieron dos tipos vestidos con los polos del Calypso: dos gorilas tremendos, Julio y Frank, parecidos a los jugadores de fútbol americano de mi colegio, que van por ahí sacando pecho y balanceando los brazos a medio metro del cuerpo, como si necesitaran ventilar cada dos por tres las axilas. Julio y Frank acudían cuando se declaraba la «alerta roja» en el apartamento de uno de los residentes, o cuando alguien se perdía en el restaurante o en el vestíbulo durante una de las actividades organizadas o a la hora de la comida.

—¿Todo en orden? —preguntó Julio, entrando en la habitación, consciente de que no lo estaba—. ¿Llamamos a la doctora Hannaway?

—No —respondí yo.

El abuelo respiraba sosegadamente y se estaba enjugando las lágrimas de las mejillas, por lo que era evidente que ya se había calmado. Ya no estaba furioso. Guardaba silencio porque tenía miedo. Su mirada saltaba sin cesar de la ventana a mi cara y de mi cara a la ventana. Era probable que no supiera por qué había arrasado la habitación. Tal vez ni siquiera recordara que lo había hecho. El *Viejo Salido* se frotó contra sus pantorrillas y el abuelo se agachó para rascarle el lomo.

—Ya me ocupo yo —les aseguré a los gigantes.

—Dudo que puedas tú solo —replicó Frank. Le resplandeció la calva cuando inclinó la cabeza bajo el marco de la puerta para entrar en la habitación—. ¿Charlie? —dijo dirigiéndose al abuelo.

Me planté delante de ellos.

—En serio. —Los detuve con la mano abierta—. Yo me ocupo.

Julio frunció el ceño y señaló con un gesto el escritorio, con todos los cajones abiertos y los bolígrafos, las revistas y los papeles tirados por el suelo a su alrededor.

—Por favor, Teddy —dijo—. Somos profesionales.

—Y yo soy su familia —contesté.

De hecho, el abuelo era casi toda mi familia. Tenía a mamá, claro, pero siempre estaba ausente en algún viaje de negocios. Trabajaba todo el tiempo, como esa misma semana, que se había ido a Shanghái. Aunque el abuelo ya no vivía con nosotros, lo veía con más frecuencia que a ella. Mi madre debía de haberlo visto un par de veces en los últimos siete meses, desde que lo había dejado en el Calypso.

De modo que estábamos sólo el abuelo, el *Viejo Salido* y yo, porque mi padre tampoco estaba. Nos había dejado hacía tanto que ya ni siquiera lo mencionábamos. Había muerto.

—Ya lo sé, amiguito —dijo Julio—. Pero a veces tienes que dejar que nos ocupemos de estas cosas. No puedes hacerlo todo tú solo.

Yo no era ningún «amiguito» suyo, ni tampoco tenía doce años para que me hablara como si estuviéramos en una excursión del colegio. Yo era un tipo de diecisiete que básicamente estaba intentando mantener unida a su familia, o lo que quedaba de ella, mientras que al resto del mundo le importaba una mierda que la familia Hendrix desapareciera de repente como uno de los recuerdos del abuelo, ¡puf!, como si nunca hubiésemos existido.

—Abuelo —dije, y me aparté un poco, para no sorprenderlo ni sobresaltarlo—. Abuelo, soy yo, Teddy. Tenemos cosas que hacer.

«Teddy, tenemos cosas que hacer.» Debió de decirme eso mismo un millón de veces a lo largo de mi infancia. Mi madre trabajaba a todas horas y en casa estábamos sólo él y yo. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y fregábamos el suelo de la cocina. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y nos sentábamos a terminar la redacción que me habían mandado de deberes. «Teddy, tenemos cosas que hacer.» Y nos íbamos al Comedor de San Cristóbal, a cocinar para los indigentes que aparecían en la playa y el paseo marítimo como restos de madera arrastrados por la marea.

El abuelo se volvió sin apartarse de la ventana y supe que de nuevo era él mismo: el viejo héroe de guerra, la rigurosa autoridad. La media sonrisa que

le curvaba una comisura de la boca equivalía a una sonrisa entera de cualquier otra persona. Las nubes ya no le oscurecían los ojos.

—¿Qué estabas buscando? —le pregunté, arriesgando la paz del momento.

Julio y Frank se erguían escépticos ante nosotros, como si estuvieran esperando a que el abuelo me diera un bofetón, para poder gritar: «¡¿Lo ves?! ¡¿Qué te habíamos dicho?!».

—Una foto —contestó el abuelo—, aquélla en la que aparece tu abuela de pie, delante de nuestra furgoneta.

—Claro —respondí, tratando de aparentar tanta calma como me fue posible—. Nuestra favorita.

El abuelo asintió mirándome, sin perder la media sonrisa.

—Sí, exacto. Nuestra favorita.

—Chicos —dije, volviéndome hacia Julio y Frank—, ¿podéis dejarnos solos?

Al principio parecieron reacios, pero el abuelo les aseguró que estaba bien y yo insistí en que así era, mientras empezaba a recoger la ropa y el abuelo se ponía a arreglar la cama. El *Viejo Salido* iba y venía en línea recta, como trazando una frontera entre los gigantes y nosotros. Al final se fueron, y yo me puse a pensar en lo mucho que habían cambiado las cosas. Estaba ayudando al abuelo como un padre ayuda a su hijo, del mismo modo que él me había ayudado a mí cuando había venido a ocupar el vacío del Padre Muerto.

Sin embargo, al mismo tiempo, me sentía aún como un niño pequeño, porque no sabía qué hacer. Mientras montaba la cómoda y volvía a guardar la ropa, no me decidía a decirle al abuelo que la foto la tenía yo. Me habría sido fácil fingir que la encontraba debajo de la cama. O también podría haberle recordado que la había roto él la semana anterior y que yo había prometido llevar a reparar el marco, y que así lo había hecho, aunque no con tanta rapidez como habría sido deseable. En otras palabras, podría haberle dicho la verdad, aunque «la verdad» sea un concepto asquerosamente engañoso cuando tu abuelo se está muriendo de alzhéimer.

El abuelo terminó de hacer la cama, con las sábanas bien estiradas y remetidas con esmero y pulcritud debajo de las esquinas del colchón, como sólo un antiguo infante de la Marina sabe hacerlo, y volvió a la ventana.

—Todavía me parece verla —dijo, mirando hacia el exterior—: las pulseras de plata, la blusa de flores, el color de su pelo... También la oigo. Su



risa. La manera que tenía de decir mi nombre. —Apretó el puño y lo agitó en el aire, como si estuviera amenazando al Pacífico, más allá de la playa—. ¡Maldita enfermedad! Va a quitármela de nuevo...

Recogí la bolsa que había dejado junto a la puerta y fui a reunirme con él delante de la ventana. Aunque yo era más alto, me sentía pequeño y estúpido, con la bolsa que contenía la fotografía de la abuela en la mano, como si esa imagen pudiera reemplazar a la persona real. Le pasé el brazo por los hombros y seguí su mirada hasta el mar, mientras me preguntaba si el amor sería eso que nos lleva a intentar lo imposible, como estaba haciendo el abuelo, que se aferraba a cada recuerdo de la abuela, a pesar de que la enfermedad se los estaba arrebatando todos a marchas forzadas.

—Abuelo —dije. Saqué la foto de la bolsa y se la di—. La tengo yo.

La cogió con cuidado y después, como si la propia fotografía lo estuviera arrastrando lejos de la ventana, la mantuvo levantada por delante de su cuerpo, mientras se dirigía de vuelta a la cama y se sentaba en el borde. «Si me hubiera dado más prisa en traérsela —pensé—, no se habría puesto a revolver toda la habitación, como un pirata tratando de saquear lo que en realidad era suyo.»

Pero no, no me había dado prisa. Había tardado mucho tiempo, y el tiempo era algo que el abuelo no podía derrochar. La doctora Hannaway me había dicho que estaba entrando en la fase intermedia del alzhéimer, pero que aún podía y debía interactuar con el mundo. Me había dicho que necesitaba salir de la habitación y ver a más gente. Yo lo intentaba, pero las actividades del Calypso no le interesaban.

El abuelo levantó la vista, me miró y dio un par de palmadas sobre la cama para que me sentara a su lado. El *Viejo Salido* me siguió y se metió a presión entre las piernas del abuelo, que le acarició la cara y le estrechó el cuerpo con las rodillas. Después, el abuelo me rodeó los hombros, como si quisiera darme ánimos, pero la curva rosácea de sus párpados parecía más pesada y triste que de costumbre.

—Quiero volver a casa, Teddy.

—Ya lo sé —dije yo, negando despacio con la cabeza—. Yo también quiero que vuelvas. No es lo mismo sin ti. Pero mamá dice que estás enfermo. Dice que no puedes estar en casa.

—Estoy enfermo.

—No, no es cierto. —Se me quebró la voz.

—Sí, Teddy. Es horrible. Lo sé. Se me escapan las cosas. Como esta foto. ¿Cómo pude perderla?

Se estaba apagando. Tragué la enorme bola que sentía en la garganta.

—No la perdiste —intenté animarlo.

Entornó los ojos, pero no dijo nada.

—Estuve aquí la semana pasada. El marco... —Dudé un momento—. Verás. El marco se había roto y tuve que llevarlo a la tienda para que lo repararan.

Retiró el brazo. Inspiró profundamente y me cogió de la mano.

—Teddy, no recuerdo haber roto ese marco.

—No importa.

—Sí que importa.

—No, no importa —mentí.

No le dije que había sido en uno de sus días malos, ni tampoco le conté lo mucho que me había costado ordenar la habitación y tranquilizarlo para que no vinieran Julio y Frank.

—Vamos —añadí, estrechándole la mano a mi vez—. No te preocupes. No es nada.

—No digas eso —replicó él—. Tengo la sensación horrible de que todos me miran como si acabaran de decirme algo, como si me hubieran hecho una pregunta y yo no supiera qué contestarles. Ni siquiera recuerdo la pregunta. —Tenía la cara enrojecida—. No quiero perderlo todo, Teddy. Por eso quiero volver.

—No puedo llevarte a casa, abuelo. Mamá no me dejaría.

—No digo aquí —contestó en voz baja—. A tu casa, no. A la mía. Quiero volver a mi casa de Ithaca, a donde están todos los recuerdos que tengo de tu abuela. Necesito volver, antes de que desaparezcan del todo.

Le froté la espalda, pero él me miró y la expresión se le suavizó.

—No permitas que la olvide, por favor.

No podría decir si me estaba hablando a mí o pensando en voz alta. Tenía los ojos vidriosos y distantes.

—Daría cualquier cosa por bajar con ella otra vez por Mulberry Street y subir los peldaños de la iglesia de Santa Elena, como cuando nos casamos. Por favor, no permitas que la olvide. A ella no.

Lo abracé y le dije que no lo permitiría.

—Estoy contigo, abuelo. Soy yo, Teddy. Estoy aquí y nunca dejaré que

nada de eso pase —repetí, mientras lo abrazaba y nos balanceábamos con suavidad, sentados en una esquina de la cama.

Contuvo el aliento, enderezó la espalda y supe que en ese momento estaba presente, conmigo. Me agarró un brazo con fuerza. Sus ojos azules, iguales a los míos, me miraron con una intensidad penetrante.

—Me da igual lo que pase o lo que sea preciso hacer, pero no dejes que la olvide, Teddy.

—No lo haré.

—Prométemelo.

Me aferró con más fuerza aún. Yo sabía lo que significaba una promesa para el abuelo.

—Te lo prometo.

—Un hombre vale tanto como su palabra, Teddy.

—Ya lo sé. Te lo prometo —le dije, pero el nudo que se me formó en el estómago me hizo sentir que le estaba contando una mentira, aunque me habría gustado creer que era verdad.

Era la tercera vez que me lo pedía y la tercera que yo se lo prometía, pero no podía saber si él recordaba las dos anteriores. Después de la última, había adoptado la única solución que se me había ocurrido: la había llamado «Libro de la Familia Hendrix». Empecé a tomar notas y a apuntar todo lo que el abuelo decía y recordaba. Quería escribirlo todo, de principio a fin, los relatos que, una vez entretajidos, componían la gran historia, especialmente la de su vida con la abuela, que era la que más le interesaba. El LFH fue lo único que se me ocurrió para tratar de conservar sus recuerdos de la abuela.

El ancla de su vida seguía enterrada en el suelo, pero su mente había soltado amarras y se iba a la deriva, cada vez más lejos.

El abuelo, héroe de guerra, había sobrevivido a Vietnam, al largo camino de vuelta a casa, a las reacciones contra los veteranos que tanto le había costado entender, a la muerte de mi padre, que era su hijo, y a la de su mujer. Pero allí, marchitándose en una habitación a orillas del océano, escondido del mundo tras un velo de lágrimas, estaba perdiendo la batalla contra el alzhéimer.

—Deja que la enfermedad me mate, Teddy, pero no permitas que me olvide de ella.

## LA CANCIÓN DE CORRINA

Cuando mi perro y yo salimos del Complejo Habitacional Calypso Sunrise, el sol ya se estaba poniendo. Bajamos por el paseo marítimo y, de vuelta a casa, pasamos por el parque para *skaters* y anduvimos entre la gente que se apiñaba en torno a los artistas callejeros y los pintores. Después de dejar atrás los resoplidos y el entrechocar de piezas metálicas del gimnasio al aire libre de Muscle Beach, divisé a Corrina bajo las copas de un grupo de árboles. Mientras la playa viraba al rosa dorado y las siluetas de las palmeras se recortaban contra un cielo anaranjado, me recosté en el tronco de una de ellas para escucharla.

Tenía entre los brazos una de esas guitarras acústicas que también se pueden enchufar, un pie apoyado en el amplificador y el pelo en la cara, y estaba tocando una melodía lenta y tortuosa, con ecos de blues. Fuera cual fuese la canción, ella se entregaba y se dejaba llevar por la música, que era siempre lo primero. No mostraba una actitud teatral, ni tampoco fingía una especie de posesión que no habría convencido a nadie. Era como si ella se uniese a la música y algo en su interior se pusiera a bailar en perfecta sintonía con cada una de las notas. Cuando cantaba, su voz era cálida y generosa, como la luz del sol que en ese momento se disolvía en el océano a su espalda.

Terminó la canción, la gente aplaudió y algunos dejaron caer monedas o billetes en la caja abierta de su guitarra. Ella agradeció el gesto, mientras el público se dispersaba. Hacía calor y tenía el pelo dividido en mechones sudorosos. Se enjugó la frente y se acomodó las gafas de sol sobre la cabeza, como una diadema. Me costaba entender que llevara vaqueros gruesos y botas con ese sol, pero incluso con la camisa de cuadros, demasiado grande y que se ataba en un nudo por encima del ombligo, y aparte del sudor que le perlaba la cara, no parecía que sufriera demasiado por el calor.

La conocía del colegio. Los dos íbamos al mismo instituto enorme situado en lo alto de la colina, al final de la cuesta de la playa, y aunque teníamos la misma edad, ella acababa de graduarse. Los dos habíamos asistido al taller optativo de poesía en el cuatrimestre de primavera, pero el hecho de que yo recordara muchos de sus poemas, algunos claramente personales sobre su adopción en Guatemala por un matrimonio de Los Ángeles, no había sido suficiente para que nos hiciéramos amigos. No éramos más que dos personas que se reconocían en la multitud, de modo que en realidad no la conocía. Sólo sabía que me encantaba escucharla cantar. Cuando estás en el último año de bachillerato y tu vida es un remolino que te arrastra hacia el fondo y todo lo que creías conocer se resquebraja, se desmorona y se hunde contigo, esos pequeños momentos de belleza son como balones de oxígeno que te aportan la energía necesaria para mantenerte a flote por encima de todo lo demás.

Corrina llevaba todo el verano cantando en el paseo marítimo y, como el lugar me quedaba de paso entre el Calypso y mi casa, muchas veces me paraba a escucharla y me ponía a añadir notas al LFH o a organizarlas, o bien dejaba vagar la mente mientras escribía versos sueltos. Cuando me acercaba, solíamos saludarnos con un gesto de «¿qué hay?» y a veces incluso intercambiábamos un par de palabras, pero yo esperaba casi siempre a que ella me viera. Ese día, sin embargo, me dije: «¡Qué demonios! Tienes que ser valiente». Y le hablé.

—Esta vez has metido un poco más de caña en esos últimos *riffs* —le dije, con la esperanza de acertar al menos con la jerga.

Ella me miró, arqueando una ceja.

—Me parto contigo, Hendrix —dijo.

Todos me llamaban Teddy o Ted, pero Corrina no. Para ella, yo era Hendrix, y a mí me gustaba.

—Lo que tú digas. Pero ha estado bien.

—Sí, últimamente me paso el día entero escuchando a Orianthi.

—¿A quién?

—Ahí está, ¿lo ves? Si fuera un tío, todo el mundo la conocería.

Se secó el sudor del labio superior.

—Escúchala y verás. Mola muchísimo.

Miró a su alrededor. El público se había marchado y nos había dejado solos.

—Pero he estado trabajando en algo nuevo. Un tema mío —dijo—.

¿Quieres escucharlo?

Asentí con la cabeza. Arrastró el amplificador para acercarlo al árbol y bajó un poco el volumen. El brazalete de cobre que llevaba tatuado resplandecía al sol del crepúsculo, mientras soltaba un poco las manos y los dedos, cerraba los ojos y se ponía a tocar.

Caía la noche sobre el paseo marítimo y una especie de leve borrachera comenzaba a apoderarse de la gente que aún seguía dispersa. Los grupos reunidos en la playa ya alborotaban un poco más y cada vez eran menos los transeúntes que se paraban a escuchar las canciones. Nubes de marihuana subían desde la arena. Corrina tenía que competir con el griterío que había reemplazado el entrechocar de tablas y ruedas en el parque de los *skaters*.

Cuando se disponía a tocar otro tema, un grupo de chicos del colegio, la mayoría recién graduados como Corrina, empezaron a avanzar hacia ella por el paseo. Eran una pandilla de lo más *megacool* del instituto, de los que vestían ropa de mil dólares para parecer destrozados de tanta fiesta, ya fuera en la versión colgada neohippie o en la variante ojerosa y necesitada de sueño de los rockeros que parecían vivir sólo por la noche. Era la gente con la que solía ver a Corrina por los pasillos del instituto o la escalera de la entrada, chicos que se metían de un salto en los coches de los demás para asistir a fiestas cuya existencia yo sólo imaginaba porque las había visto en las películas. Podrían haber dado un amplio rodeo por el paseo de tablas de madera para no acercarse a Corrina, pero en cuanto Shawn Doogin —el tipo que dirigía la manada— la vio, puso rumbo hacia ella. Era imposible no reconocer a Shawn, un gigante que avanzaba andando con sus zapatillas brillantes de neón y sus shorts recortados de camuflaje, como si fuera uno de los tipos que hacen dominadas en Muscle Beach con tanta facilidad como quien se come un trozo de pastel de chocolate. Le pasó un brazo por el hombro al chico que iba a su lado y señaló a Corrina. Los dos se rieron y entonces Shawn se volvió para compartir la broma con el resto de la jauría.

Corrina estaba tocando una canción con un estribillo tranquilo y triste, con unos graves que sonaban lentos como el redoble de una campana al fondo del puerto. Era uno de sus temas, pero a Shawn y a los otros les importaba una mierda su música. No se habían acercado para escuchar.

—«Nuestra niña nunca haría eso» —cantaba Corrina.

—¡No, qué va! —gritó Shawn.

Corrina cerró los ojos y siguió cantando.

—¡Ya lo sabemos! —añadió el amigo de Shawn.

Así siguieron, interrumpiendo a Corrina todo el rato hasta el final de la canción, hablando a voz en cuello y riendo algunas veces cuando se volvían para mirarla. Dos o tres chicas también empezaron a hacer comentarios, y yo me sorprendí, porque siempre las había visto con ella y pensaba que eran amigas suyas, como por ejemplo Dakota, una chica blanca, una de las neohippies de blusa holgada y pantaloncitos cortos de tela vaquera, que apareció por detrás de Shawn y dio un paso al frente.

—¿No has ido a la fiesta de O’Keefe? —preguntó—. ¿No tienes a nadie que te lleve?

Pero mientras lo estaba diciendo se ruborizó y un archipiélago de manchas rojizas le encendió la piel del cuello.

Supuse que Corrina subiría al máximo el volumen del amplificador y los haría callar a todos con unos cuantos acordes poderosos que estallarían directamente desde las profundidades del infierno, pero no hizo nada de eso, sino todo lo contrario. Paró de tocar. Apoyó la guitarra en el amplificador y entrelazó las manos sobre el clavijero.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó, dejando caer una de sus pesadas Doctor Martens en la esquina del amplificador. Se quedó esperando una respuesta, con la mirada fija en Dakota.

—¿Lo preguntas de verdad? —intervino otra chica, que salió en apoyo de la primera—. ¿Cómo es que no estás allí arriba, babeando encima de Toby?

—No soy su novia —dijo Corrina—. No controlo adónde va.

—¡No, seguro que no! —respondió Dakota irónica.

—¿Y qué me dices de la semana pasada? —preguntó Shawn—. ¿No estuvisteis los dos en el asiento trasero de su coche? —añadió entre risas, mientras balanceaba las caderas adelante y atrás.

—¿Qué? —dijo Corrina.

La bota le resbaló del amplificador y tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar la postura con rapidez.

—¿Crees que si te acuestas con un chico, después querrá salir contigo? —soltó Dakota.

—Que yo... ¿qué? —preguntó Corrina reaccionando dubitativa.

—¡Ni siquiera le gustas, Corrina! —añadió Dakota.

La respiración de Corrina se había vuelto agitada.

—No me acosté con él —dijo.

—No, claro que no —replicó Shawn sarcástico.

—¡No! —insistió Corrina.

—¡Dios mío! —exclamó Dakota, dando un paso al frente y señalando a Corrina con un dedo—. ¡Claro que lo hiciste! ¿Por qué no se lo preguntas a Toby? ¡Se lo está contando a todo el mundo!

—No, Dakota, no —dijo Corrina—. No fue así. No fue así como pasó.

—¡¿Lo veis?! —añadió Dakota triunfante, volviéndose hacia sus amigos—. ¡Si hasta ella lo admite!

—No, Dakota, en serio —le suplicó Corrina—. Deja que te lo explique.

—No hace falta. Ya nos lo explicó Toby —intervino Shawn, con gestos que provocaron las carcajadas de los otros chicos.

—Da igual —dijo Dakota, sin prestar atención a Shawn ni a Corrina—. En realidad quería decirte otra cosa. Ahora sólo vas con chicos. Desde que cogiste esa guitarra y empezaste a creerte la Patti Smith latina, ya no vienes con nosotras.

Corrina se puso seria.

—¿Qué? —repitió, con una voz que sonó tensa y débil—. ¿Por qué me hablas así?

—Asúmelo. ¿Creías que iban contigo por lo *megacool* que eres? Perdona que te lo diga, pero es por otra cosa —continuó Dakota—. ¡Es tan evidente! ¡Si te comportas como una zorra, se te pegarán todos!

—¡Ooooooh! —exclamó Shawn, espoleando a Dakota para que continuara.

Corrina se precipitó sobre el grupo y fue directamente hacia Dakota, blandiendo los puños, pero Shawn le cerró el paso. Era enorme, y a su lado Corrina, que ya era pequeña de por sí, parecía diminuta.

—¡Eh —le dijo—, cálmate!

—¡Apártate, imbécil! —le ordenó ella.

Intentó rodearlo, pero Shawn la agarró por un brazo con una de sus manazas, que parecían garras de oso.

Ya fuera porque las luces del paseo brillaban con más intensidad o porque la noche se cerraba sobre nosotros, parecíamos estar en uno de esos momentos en que la temperatura de la muchedumbre aumenta y la gente empieza a perder el control. Corrina gritaba a Dakota, las chicas respondían a voces y Shawn también comenzaba a meterse con ella, jaleado por algunos de los chicos. Aún la tenía agarrada por un brazo, pero Corrina inclinaba el



cuerpo hacia las fauces de la jauría y gritaba en respuesta a sus aullidos. Entonces me puse de pie. Estoy seguro de que en ese instante el *Viejo Salido* debió de sentir a través de la correa cómo me latía el pulso a cientos de kilómetros por hora, desde mi mano hasta su cuello, porque empezó a ladrar y a saltar en círculos a mi alrededor. Algunos de los chicos del grupo se volvieron para mirarnos, pero los demás no nos hicieron caso. A mí me habría gustado perseguirlos a patadas y puñetazos por la playa hasta Santa Mónica, pero el *Viejo Salido* se me adelantó. Me arrancó la correa de la mano y, de un salto, se abalanzó sobre Shawn.

La mayoría de los perros se habrían lanzado a la refriega enseñando los dientes y echando espuma por la boca, dispuestos a luchar, pero el *Viejo Salido* no era como la mayoría. Se arrojó sobre una de las piernas de Shawn y se entregó sin más preámbulos a su obscuro pasatiempo predilecto.

—¿Qué demonios...?! —gritó Shawn.

Se oyeron alaridos, porque como es lógico muchos pensaron que el *Viejo Salido* pretendía arrancarle un trozo de pantorrilla a Shawn. Pero cuando vieron que tenía la lengua colgando y jadeaba contento y comprendieron que había confundido el altercado con una orgía, casi todos se echaron a reír a carcajadas.

Concentrado en quitarse al perro de encima, Shawn le soltó el brazo a Corrina, pero ella sólo acertó a quedarse mirando atónita al perro que intentaba tirarse a Shawn, en lugar de aprovechar la ocasión para abalanzarse sobre Dakota.

—Parece que por fin le gustas a alguien —dijo.

El comentario provocó las risas de algunos chicos del grupo, y por un instante pareció que Shawn iba a golpearla, pero estaba demasiado ocupado con el perro, de modo que me arrojé sobre los dos, cogí como pude la correa y, tras unos minutos bailando en círculos con Shawn, al fin conseguí agarrar al *Viejo Salido* por el collar y apartarlo.

Todos me miraban, o al menos eso me pareció. No sabía si alguno de ellos me conocía o me recordaba, pero por un momento fugaz pareció como si el ambiente se hubiera relajado.

Sin embargo, al cabo de un instante, Shawn gritó:

—¿Qué demonios le pasa a ese puto perro tuyo?! ¿Está enfermo?!

No podía quedarse quieto y era probable que sufriera aún los efectos del miedo que lo había invadido un momento antes, porque le temblaban las manos

y las piernas.

—Lo siento —dije, agradecido para mis adentros de que no se me quebrara la voz—. Prefiere hacer el amor y no la guerra.

A Shawn no le hizo ninguna gracia mi respuesta. Me lanzó un puñetazo con tanta rapidez que no me dio tiempo a moverme. Hasta ese instante, había participado en un total de cinco peleas y había ganado exactamente cero, por lo que el rechazo de Shawn me permitió conservar mi balance perfecto de derrotas.

Me vine abajo, hecho un ovillo en el suelo. El *Viejo Salido* gruñía y ladraba, pero como me caí con la correa enrollada en un brazo no se pudo soltar y no hacía más que dar brincos inútiles a mi alrededor. Sin embargo, antes de que Shawn pudiera hacerme más daño, Corrina lo llamó y él se volvió. Entonces ella, moviendo la pesada bota negra a la velocidad del rayo, le propinó una fuerte patada en la entrepierna. El gigante cayó de rodillas. Todos gritaban y hablaban a la vez, el *Viejo Salido* no dejaba de ladrar y yo quería largarme de allí cuanto antes, pero había recibido un puñetazo en pleno plexo solar y ni siquiera sabía si algún día podría volver a respirar, por lo que en realidad no podía moverme.

Mientras intentaba recuperar el aliento, los demás seguían gritando y, al final, algunos consiguieron llevarse a Shawn a rastras, al tiempo que las chicas se dirigían a Corrina llamándola *zorra* y otras palabras desagradables que se usan con demasiada frecuencia para insultar a las chicas, y no a los chicos que hacen justo lo mismo que ellas. ¿Por qué nadie llamaba *cerdo* a Toby si era él quien iba por ahí contándose a todo el mundo?

Corrina se quedó y me ayudó a sentarme en el bordillo de la acera, bajo los árboles. Sujeté al *Viejo Salido* haciendo pinza con las piernas e intenté calmarlo, pero como mi perro tenía mucho de salido y muy poco de tonto estoy convencido de que percibía el nerviosismo explosivo que seguramente me brotaba por la punta de los dedos mientras le rascaba el pelaje de color canela entre los pliegues del cuello.

—Shawn es un gilipollas —dijo Corrina—, pero casi me muero de risa con tu perro. ¿Se porta siempre igual?

—Sí, por desgracia. Pero no puedo dejarlo solo en casa, porque destrozaría los muebles.

Soltó otra carcajada, que le salió de dentro, libre y natural, como si estuviera bailando.

—Te han dado un puñetazo en el pecho y sigues sonriendo. Eso dice mucho de ti. Oye, sería un buen nombre para una banda: Puñetazo en el pecho y sonriendo.

—Por cierto, gracias —dije yo.

—¿Por salvarte?

—Eres mi heroína —sonreí.

Y ella volvió a reír.

—Sí, sí —asintió, como si hablara con un público invisible apiñado a nuestro alrededor—. Sí, señores y señoras, el chico intenta ligar. Puñetazo en el pecho y ligando. La misma banda, unos años después, diferente bajista.

—¿Qué?

—Olvídalo, Hendrix.

Todavía me costaba respirar, en parte por el golpe, pero también porque estaba sentado junto a Corrina, la chica que me producía explosiones nerviosas en el estómago cada vez que hablábamos. Al lado del ojo izquierdo tenía una pequeña cicatriz pálida que parecía estallarle como una estrella. Cuando me miró de reojo y me sonrió con estudiada ironía, volví a quedarme sin aliento.

Desvió la vista hacia la playa y entornó los ojos, como escrutando la oscura lejanía.

—¿Sabes a quién me gustaría darle un puñetazo en el estómago? Al gilipollas de Toby Fuller.

Se levantó y empezó a ir y a venir delante de mí. Las aletas de la nariz se le ensanchaban cuando respiraba, y por un momento llegué a pensar que, dado que Toby no estaba allí, iba a pegarme a mí.

—Corrina —dije—, ¿te encuentras bien?

—¿Estás de broma? ¡Claro que no, Hendrix!

Dejó de moverse y se quedó mirándome con el ceño fruncido.

—Ya lo sé —repliqué—. Estás furiosa.

—¡No, no estoy furiosa! —gritó—. Me pongo así cuando estoy triste. ¿Qué pasa? ¿Te molesta? —añadió desafiante.

—No, no me molesta —respondí, con toda la calma que pude—. De acuerdo, no te juzgo. Sólo me gustaría poder ayudarte.

—¡Ja! Sí, seguro —dijo—. ¿Sabes lo que me ayudaría en este momento? Tener un coche. Ojalá lo tuviera. Estoy tan cabreada que me iría ahora mismo a buscar a ese imbécil. —Siguió caminando y gesticulando con las manos

mientras hablaba—. ¡Mierda! ¡Ni siquiera puedo usar el coche de mis padres! Por lo visto, he «erosionado la confianza que había entre nosotros» —dijo, marcando las comillas en el aire con los dedos de ambas manos—. ¿Sabes lo que pueden erosionar mis padres? ¡Esto de aquí! —añadió, enseñando el dedo corazón.

Después levantó una mano para despedirse y se encaminó hacia la playa.

—Éste no es tu problema, Hendrix —dijo—. Es mío. No hace falta que vengas. —Pero enseguida se volvió—. Un momento. Tú no tendrás coche, ¿no?

—No. Bueno, sí, el de mi madre. Pero no podemos usarlo. O, mejor dicho, no puedo usarlo yo.

—¿Por qué no? —preguntó.

Noté que se le iluminaba la cara. Se le acababa de ocurrir una idea.

—No tengo permiso de conducir.

Corrina se echó a reír.

—Me parto contigo, Hendrix. ¿De dónde has salido? ¿Hay alguien en Los Ángeles que no tenga permiso de conducir?

—Yo.

—De acuerdo. Pero ¿tu madre tiene un coche que yo pueda conducir? —preguntó.

Me puse muy nervioso, porque *(a)* mi madre tenía un coche, un pequeño Volkswagen Escarabajo azul último modelo, y casi sin usar porque apenas estaba en casa, y a mí me daba rabia verlo todo el tiempo aparcado en el sendero del garaje; pero también porque *(b)* yo no era el tipo de chico que se larga en plena noche con el coche de su madre, básicamente porque no era el tipo de persona que se larga en ningún momento a ningún sitio; aunque también era preciso considerar *(c)*; de hecho, era imposible no considerarlo. *(C)* era Corrina. Me había pasado todo el cuatrimestre de primavera intentando encontrar una razón para que Corrina quisiera apretar sus labios contra los míos, y con todo lo que me había contado el abuelo sobre la importancia de los recuerdos, empezaba a darme cuenta de que no tendría nada que recordar cuando llegara a su edad, a menos que me pusiera de inmediato a fabricar recuerdos propios. Debía hacer algo que mereciera la pena recordar. Así que me decidí por *(d)*.

—Sí —dije—. Tiene un coche.

## LA HUIDA DE LA FIESTA DE O'KEEFE

Media hora después, íbamos subiendo por Centinela Avenue en dirección a la Interestatal 10, en busca de Toby, que supuestamente estaba tocando con su banda en una casa de las colinas. Corrina puso música en la radio XM y, mientras los altavoces temblaban, yo iba pensando —cada diez o doce respiraciones, más o menos— que así debía de ser la vida tal como la vivía ella, pero el resto del tiempo sufría porque estaba seguro de que íbamos a empotrarnos contra otro coche o contra una fila de contenedores de basura, o que nos meteríamos en el carril de sentido contrario, atravesaríamos el quitamiedos e iríamos a estrellarnos contra el tejado de una de las casas que había dispersas por la ladera, al otro lado de la carretera, porque Corrina conducía pisando a fondo el acelerador y adelantaba a todos los vehículos siempre que podía.

—¿Adónde vamos?! —grité.

No me respondió. Pasamos como una exhalación por delante del aeropuerto de Santa Mónica, entramos en la I-10 y entonces aceleró todavía más.

Ésa no era mi vida. Yo era el chico que se sentaba en la penumbra de su casa a leer poesía o a contemplar las tonalidades cambiantes de azul o violeta de las paredes, hasta que los ojos se me habituaban a la oscuridad y el silencio de la casa vacía se convertía en ruido en mi cabeza. Hacía anotaciones en el LFH para que algún día quedara constancia de que la familia Hendrix había existido y de que al menos una parte de su historia era buena, porque la parte que yo conocía, la del vacío de color índigo, la de mi madre y su vida en habitaciones de hotel lejanas y viajes de negocios, la del exilio del abuelo en el Calypso y la de un Padre Muerto cuyo rostro conocía sólo por las fotos que había podido robar o descubrir en los viejos álbumes que mi madre sepultaba

en el fondo del armario, esa parte empezaba a parecerme cada vez más falta de vida, como una no-presencia, como un susurro en una ciudad de casi cuatro millones de habitantes que gritaban sin cesar.

Pero esa noche Corrina me metió en su vida, conduciendo el Volkswagen de mi madre a más velocidad de lo que nadie lo había conducido jamás y vociferando al ritmo de una banda llamada Flyleaf, que sonaba por la radio.

Llevábamos las ventanillas bajadas y el aire me abofeteaba la cara. Me sentía bien corriendo hacia las luces de la ciudad y gritando para hablar.

—¿Qué plan tienes?! —aullé—. ¿Otra patada en los huevos?!

—No. Primero he de explorar un poco. Habrá un montón de gente.

Redujo la velocidad cuando llegamos a la zona más densa de Outpost Road, llena de jardines exuberantes. En algún lugar, detrás de los árboles, las vallas y los muros, había casas tres veces más grandes que la mía, con aspecto de necesitar cuadrillas enteras de personal de servicio sólo para el mantenimiento.

—¿Cómo es que conoces este sitio? —le pregunté.

—¿Te suena Dougie O’Keefe, el promotor? Siempre está organizando fiestas. Hay música en directo, la gente se pone ciega... Algunos pillan algo, si tienen suerte. —Me miró de reojo—. Me refiero a un contrato.

Seguimos subiendo por la colina, tomando una curva cerrada tras otra.

—Pero yo nunca tuve suerte en ninguna de sus fiestas —añadió.

Al final, la carretera acababa en una calle sin salida. Había coches aparcados por todas partes: en los arcenes, en el descampado polvoriento que se extendía más allá, en doble o triple fila bajo las copas de los árboles y en la ladera cubierta de maleza. Corrina encontró un lugar donde aparcar a cierta distancia. El corazón me latía con tanta fuerza que por un momento temí que me rompiera los huesos del pecho; sin embargo, la seguí, porque mientras nos dirigíamos hacia la casa de Dougie O’Keefe no dejaba de pensar que eso era vivir y que lo necesitaba. ¿No era lo que siempre había querido?

La casa de O’Keefe era mayormente oscura y estaba oculta detrás de los árboles y de unas extrañas esculturas retorcidas y oxidadas, pero a medida que avanzábamos por el sendero de ladrillos hacia el garaje vimos cómo iba apareciendo la luz de un voluminoso foco halógeno medio enterrado entre los arbustos al costado del sendero, que se iba volviendo más tenue o más brillante, como un gigantesco ojo de cíclope que parpadeara en dirección a la cavernosa casa de la ladera. Era la primera vez que Corrina parecía moverse

con más lentitud desde que habíamos cogido el coche de mi madre. Contempló el garaje y la terraza del primer piso, ambos atestados de gente. Una variedad agresiva de rock eléctrico con el toque folk que añadían unos acordeones retumbaba en algún lugar de las profundidades de la casa. De vez en cuando, la voz aguda y estridente del cantante se elevaba por encima del estruendo de la música.

Corrina se me acercó.

—Muy bien —dijo, mirándome—, te diré lo que tienes que hacer. Quédate a mi lado y no hables mucho. Sólo sígueme, ¿de acuerdo?

Yo asentí aturdido. No iba a costarme demasiado quedarme callado. Estaba tan nervioso que me sentía como si me hubiera bebido un batido de cemento y se me hubiera petrificado en la garganta.

Corrina me dio un par de palmaditas en el pecho.

—Si conservas la calma, todo saldrá bien.

Eso iba a ser mucho más difícil.

Me enganchó por un brazo y me condujo hacia el garaje. Un anillo de luces blancas diminutas recorría el techo. No había coches, sino sillones y sofás distribuidos por todas partes, y gente que fumaba de pie, sentada en los apoyabrazos o los respaldos de los sillones o tumbada en los sofás. Corrina me guió entre la densa multitud, pasando con dificultad entre los grupos, apretándose contra mí y mirando las caras de los invitados sin reconocer a nadie. Yo tampoco vi ninguna cara conocida, o al menos eso me pareció, aunque había muchos chicos de mi edad en ese garaje y también bastante gente mayor. La edad no parecía contar. Todos formaban parte de la misma fiesta.

Nos adentramos un poco más en la casa y subimos por una escalera estrecha hasta el salón. La mitad de las paredes eran ventanales que iban del suelo al techo; sin embargo, resultaba imposible ver el exterior, porque la sala estaba atiborrada de cuerpos sudorosos que se retorcían y se agitaban al ritmo del nuevo tema que se oía por los altavoces, conectados a la música en vivo que se tocaba en otra parte de la casa. Era la misma banda, los mismos acordeones fastidiosos y la misma voz todavía más molesta, pero la canción era como un río de cauce sinuoso, como una nana cantada en un susurro por una voz extraña y ronca. Nubes de humo se arremolinaban sobre la cabeza de la gente que bailaba, y pude distinguir destellos de collares largos, lentejuelas de oro y plata, camisas negras relucientes y medias de red, mientras Corrina me arrastraba por la sala en tinieblas, tenuemente iluminada por altos tubos de

papel pergamino manchados de tabaco. El ambiente rezumaba estilo y la gente no podía ser más fabulosa. Me alegré de que el pelo me tapara los ojos, para que nadie notara que estaba aterrorizado.

Corrina me hizo esquivar un sofá cubierto por un cúmulo de cuerpos serpenteantes y se detuvo junto al cristal negro de uno de los ventanales. Me señaló el exterior, en dirección a la terraza que rodeaba el salón. Más allá, las luces de Los Ángeles eran un cielo invertido de estrellas dispersas por todo el valle.

—Ahí está —dijo, señalando a un hombre de traje blanco inmaculado y camiseta negra.

Un bigote y una perilla que parecían de espumillón se agitaban en torno a su boca, mientras hablaba como un mimo al otro lado del cristal.

—Ése no es Toby —repliqué.

—¡Claro que no! —dijo Corrina, frunciendo el ceño—. Es Dougie O’Keefe, el hombre que me ha visto una docena de veces y todavía se comporta como si yo no existiera. Le di una de mis maquetas, lo oí comentar con alguien que le había gustado y después, cuando volví a verlo, el muy gilipollas me trató de nuevo como si fuera Doña Invisible. Y encima tuvo la jeta de mirar a las chicas que venían detrás de mí y decirles: «Bueno, ¿cuál de vosotras quiere que la ayude a convertirse en la próxima Iggy Azalea?».

—¿En quién?

—¡Dios santo, Hendrix! ¡No tienes ni idea de nada! —Corrina se quedó un momento mirando a Dougie O’Keefe con una mueca de tristeza en los labios—. Se comportó como si yo ni siquiera estuviera presente. Sólo miraba a las chicas blancas, superaltas y superdelgadas que estaban detrás de mí. — Se volvió en mi dirección—. ¿Sabes lo más ridículo de todo? Una de esas chicas se había hecho trenzas africanas en toda la cabeza. ¡Trenzas africanas rubias!

Hizo un gesto de desesperación y se dirigió a la cocina sin mí. Al ir tras ella, pasé junto a un mueble alargado convertido en barra, donde un hombre de camisa brillante de color lavanda, desabotonada del todo, arrojaba botellas de licor por encima de un hombro, las recogía sobre el otro hombro y las hacía rodar por un brazo, antes de servir las copas. Nadie lo aplaudía, como si todo lo que hacía fuera lo más normal del mundo.

En el pasillo, más allá de la cocina, había una puerta que daba paso a una escalera, que a su vez bajaba hasta una sala donde sonaba la música en vivo.



Debía de ser una especie de búnker, porque hasta que estuvimos abajo no noté que el volumen era realmente atronador. Intenté comentárselo a Corrina, pero no oía nada de lo que le decía y además no dejaba de interponer la mano entre los dos, para que no me acercara tanto a su oreja. No había espacio para bailar, porque había demasiada gente y el pequeño escenario del fondo estaba atestado, con los teclados, la batería, los dos acordeones, el bajo, la guitarra y todos los músicos que tocaban, además del tipo que estaba parado delante, que parecía un leñador pálido y esmirriado, con una barba tremenda. Vestía mono vaquero y camisa de cuadros. Iba despeinado como si acabara de levantarse, pero la cabellera oscura no se le movía, a pesar de que agitaba la cabeza como si le estuvieran dando una tanda de puñetazos en el estómago.

Lo reconocí del colegio. Era Toby Fuller, de dieciocho años; ese mismo otoño comenzaría los estudios en el CalArt, el Instituto de Arte de California.

Tenía al salón electrizado, convertido en un mar de gritos y manos que se sacudían, en particular las dos filas de chicas que se apiñaban en torno al escenario. Era evidente que actuaba para ellas, porque cuando se detuvo e hizo oscilar la base del micrófono como si fuera un péndulo y la música se volvió más lenta y la gente se calmó, las recorrió despacio con la mirada, una a una, mientras les cantaba en un susurro: «Perdóname y no la tomes conmigo. Yo sólo te digo que soy el mejor haciendo el amor».

Después echó hacia atrás la cabeza y gritó:

—¡Así soy yo!

Y toda la banda estalló en un frenético cataclismo de sonido.

Corrina estaba de pie apoyada en la pared más cercana a la escalera, con los brazos cruzados y apretados delante del pecho, mirándolo fijamente. No me extrañaba que Toby gustara a las chicas, con su pinta de aspirante a leñador y sus Converse Chuck Taylor rojas. Cuando terminó la canción y empezó a hablar por el micrófono mientras el resto de la banda trasteaba con los instrumentos, preparándose para el siguiente tema, Corrina no se abrió paso hasta el escenario, como pensé que haría. En lugar de eso, se deslizó entre la gente hasta un costado de la sala, hacia el lugar donde estaba la mesa de sonido. El tipo que la manejaba se había apartado y hablaba con una de las chicas que rodeaban el escenario. Corrina contempló la mesa durante uno o dos segundos y, a continuación, pasó con rapidez las dos manos por los botones y los interruptores. Se oyó un pitido de acople estridente y todos los instrumentos se quedaron mudos. Los focos seguían apuntando al escenario, y

los chicos de la banda empezaron a hacer señas con las manos en dirección a la mesa de sonido. No veían quién la estaba manejando y, antes de que el ingeniero tuviera tiempo de volver, Corrina cogió el micrófono que había enchufado a la mesa.

—Toby Fuller —dijo—: eres un mentiroso.

Toby dejó de agitar las manos, petrificado y de repente aterrorizado, porque sabía que la voz de Corrina estaba resonando en ese momento en todos los altavoces que había distribuidos por la casa.

—Eres un eyaculador precoz, Toby. Doy fe. Si no me creéis, podéis preguntárselo a él, ya que anda por ahí contándole a todo el mundo que se ha acostado conmigo.

Por un momento pareció como si el aire hubiera sido succionado de la sala, pero enseguida se oyeron gritos y carcajadas, y el ingeniero de sonido menudo con cara de ardilla volvió a la mesa, abriéndose paso entre la gente. Corrina intentó escabullirse, pero el tipo la agarró por un brazo y le dio un tirón para retenerla. Entonces ella tropezó, se cayó y se dio un golpe en la cabeza contra la mesa. Yo enseguida salté hacia Corrina, pero como aquello era una locura me estrellé accidentalmente contra otro chico, que dejó caer el vaso de plástico que llevaba en la mano y derramó toda la cerveza sobre el equipo de sonido. Se oyeron unos cuantos chasquidos y siseos eléctricos, y el tipo de la mesa soltó a Corrina, que, aunque estaba un poco mareada, se dejó guiar por mí hacia la escalera. Logré esquivar a varias personas que parecían a punto de sumirse en el pánico, pero durante un momento fugaz quedamos atrapados contra la pared, sin poder movernos. Los dos nos volvimos para mirar a Toby, que para entonces estaba solo en el escenario, con los brazos caídos a los lados del cuerpo, forzando la vista para tratar de encontrar a Corrina entre la gente. Debía de saber que había sido ella. Era imposible que no hubiera reconocido la voz.

En cuanto pudimos, subimos corriendo la escalera. A Corrina le salía de la nariz un grueso reguero de sangre que se le curvaba en torno a la comisura de la boca, pero creo que ella ni siquiera lo notaba. Cuando estuvimos de nuevo en la planta principal y vimos a toda la gente moviéndose sin orden ni concierto, como un rebaño acabado de salir del corral, Corrina se deslizó por delante de mí. Me agarró de la mano y me mantuvo cerca, pegado a su espalda, como si la estuviera abrazando, aunque en realidad era ella la que me hacía abrazarla. Seguimos caminando como un animal de cuatro patas insólito.

—¡Vamos, Hendrix! —dijo—. ¡Cúbreme las espaldas, pero muévete!

Fue como si supiera lo que iba a pasar, porque de repente comprendí que me estaba utilizando como escudo. La voz de Toby vibraba por detrás de nosotros, imponiéndose al vocerío del resto de la gente.

—¡Corrina! ¡Corrina! ¿Dónde te has metido, zorra?

La siguió llamando a voces, mientras nosotros nos acercábamos a la puerta. Cuando ya casi estábamos en los peldaños de la entrada, Corrina se volvió, asomó la cabeza por debajo de mi axila y le gritó:

—¡Yo no soy una chica más a la que puedas follarte y olvidar, Toby Fuller! ¿O debería llamarte Toby *Dos Segundos* Fuller?

Sin poder contenerme, me volví para ver qué cara ponía, y me alegré de haberlo hecho, porque de lo contrario no habría atinado a agachar la cabeza, protegiendo también a Corrina, cuando dos botellas de cerveza vinieron volando hacia nosotros. Una de ellas fue a dar en el marco de la puerta y la segunda se estrelló en las baldosas del suelo.

Corrina se echó a reír.

—¿Tú también, O’Keefe? ¿Ahora me recuerdas, viejo pervertido?

*Dos Segundos* Fuller arrojó otra botella, que alcanzó la pared a nuestras espaldas. Empujé a Corrina, y los dos salimos corriendo por el sendero del garaje, cruzamos la calle y subimos la cuesta polvorienta hasta el coche, que nos esperaba un poco más allá. Corrina arrancó el pequeño Volkswagen azul y, con un chorretón de sangre en torno a la boca y la barbilla, pisó el acelerador y nos sacó a toda velocidad de la fiesta de O’Keefe y del estruendoso caos que se había desencadenado en el interior.

## AUNQUE NO SEAS NADIE, ERES ALGUIEN

Corrina continuó conduciendo por las tortuosas carreteras de las colinas a una velocidad desmesurada, hasta que pude convencerla de que no nos seguía ningún coche y de que ya nos habíamos escapado. Al cabo de unos segundos, levantó el pie del acelerador, se puso a trastear con la radio hasta encontrar una canción que le gustaba y se metió por un camino diferente para volver a la ciudad. Iba marcando el ritmo de la música con la cabeza, como si eso la tranquilizara, pero a mí la melodía suave no me calmaba, ni tampoco la brisa cálida que sentía en la cara.

—¿Podemos parar?

Corrina me miró de soslayo con expresión de disgusto.

—Como mínimo —añadí—, deberíamos ocuparnos de eso.

Señalé la sangre que aún le goteaba de la barbilla y le manchaba la camiseta.

—De acuerdo —contestó ella, acelerando otra vez—. Conozco un sitio.

Dio un violento giro en redondo en Mulholland Drive, siguió por un camino en zigzag y estacionó en el arcén, frente a una verja de hierro. Yo nunca había estado por esa zona, pero cuando Corrina apagó el motor y nos quedamos un rato sentados, recuperando el aliento y escuchando el silencio cada vez más profundo, me di cuenta de que estábamos en algún punto de las colinas por encima del Hollywood Bowl. Encontré pañuelos de papel en la guantera y ella echó el asiento hacia atrás, sostuvo un pañuelo arrugado debajo de la nariz y cerró los ojos.

—Bueno, ahora sí que no soy nadie —dijo.

—¿Qué? ¡Has estado increíble! Lo has pillado tan por sorpresa y lo has dejado tan fuera de combate que probablemente aún estará medio atontado, tratando de decidir qué hacer con su vida.

—¡Ja! No me hagas reír, Hendrix, que estoy sangrando.

—A propósito, ¿te encuentras bien?

—Me recuperaré enseguida.

Se había dado un golpe espantoso. Yo no era un gran deportista; de hecho, ni siquiera se me daba bien el balón prisionero en el patio del colegio. Pero estaba seguro de que mucha gente se habría venido abajo nada más recibir un golpe como el que ella había recibido en la cara. Puede que la adrenalina la mantuviera en movimiento, o quizá fuera otra cosa.

—Ahora el que no es nadie es él.

—No te ofendas, Hendrix, pero no tienes ni idea.

Mantuvo los ojos cerrados, sin prestarme atención, de modo que preferí no molestarla. No sabía en qué estaba pensando, pero si esa noche podía considerarse una pequeña muestra de su vida cotidiana, supuse que necesitaría por lo menos doce horas de sueño al día sólo para reponerse. Mi vida era tan emocionante como una costra de barro seco en la suela de unas zapatillas; en tres horas con Corrina me había divertido más que en todo un año.

Sin embargo, la manera en que insistía en su inexistencia me provocaba un nudo en la garganta, porque me recordaba a mi abuelo. Ella no dejaba de repetirlo —«No soy nadie, no soy nadie»—, como si creyera que estaba desapareciendo del mundo. No obstante, el que de verdad no era nadie era mi abuelo, porque le pasaba lo contrario. Estaba cada día más solo en un mundo que desaparecía con rapidez a su alrededor.

Cuando le dejó de sangrar la nariz, se guardó los pañuelos de papel en el bolsillo y se volvió en otra dirección, hacia los árboles y las luces distantes de la ciudad, distribuidas como adornos de Navidad entre las densas copas de los pinos.

—Hendrix —dijo, al cabo de un rato—, a ti no te molesta el silencio, ¿verdad?

—Estoy acostumbrado —respondí—. Es parte de mi vida diaria. No sé si lo recordarás, pero en clase leí un poema sobre algo que llamé «el Gran Vacío Azul»...

—Lo recuerdo —contestó.

Continuaba dándome la espalda, con un hombro apoyado en el asiento del coche. El otro subía y bajaba siguiendo el ritmo de su respiración. Dudó un momento, pero después se volvió hacia mí y me observó con aquella mirada sesgada que me cortaba el aliento.

—Era triste y muy bonito, pero no hay duda de que la idea se la robaste a

Miles Davis.

Me quedé de una pieza. Ni siquiera imaginaba que alguna vez me hubiera prestado atención en clase. Hizo que me sintiera una persona de carne y hueso, y no una simple colección de reflexiones perdidas en el viento.

—¿A quién? —pregunté, tratando de disimular una sonrisa.

Se echó a reír.

—Una cosa que me gusta de ti, Hendrix, es que no sabes mentir.

Tenía razón. En eso y en lo otro. Yo no sabía casi nada de música, pero el abuelo me había contado algo de Miles Davis que se me había quedado grabado. Me había dicho que Davis era un genio no sólo porque sabía tocar y adelantarse a la nota perfecta, sino también porque era capaz de hacer música con el silencio. Sabía prolongar los silencios de tal manera que su música se volvía más rica y estructurada, gracias a la tensión entre los sonidos y el silencio, y yo pensé que podía usar esa idea para escribir un poema sobre mi vida en casa, donde con frecuencia me movía por las habitaciones vacías, preguntándome cómo sería tener conmigo la voz de alguna otra persona. «Con cuánta calidez puede elevarse una voz desde el silencio cuando llevas mucho tiempo esperándola», escribí.

—Me gustó tu poema, Hendrix —dijo Corrina—. Perdóname por no habértelo dicho en su momento.

—No pasa nada —respondí.

Nadie me había dicho si le había gustado o no. La mayoría de los chicos de la clase hacían alusiones más o menos veladas a sus experiencias con las drogas o el sexo, o por lo menos presumían de saberlo todo al respecto.

—¿Quieres ver algo maravilloso de verdad? —preguntó.

Habría querido decirle una cosa, pero me daba miedo decirla, y todavía me daba más miedo parecer asustado, porque si no era capaz de mentir, seguro que mi cara me habría delatado.

Entonces dije lo segundo que me vino a la cabeza.

—¿Podrías limpiarte antes los restos de sangre de la barbilla? Pareces un vampiro.

Se echó a reír a carcajadas y el coche entero se sacudió, o tal vez fuera mi estómago, al estallar la bola de nervios que tenía dentro.

—Vamos —dijo, mientras abría la puerta—. No tengas miedo. —Pero enseguida se volvió, con las manos levantadas como garras, y añadió con voz falsamente tétrica—: ¡Sólo te rebanaré la garganta!

Cerró la puerta de golpe y cruzó la calle corriendo para adentrarse en las sombras que rodeaban la valla de hierro. Respiré hondo y fui tras ella.

El portón estaba cerrado con candado, pero ella continuó andando a lo largo de la verja, hasta un punto donde la valla bajaba un poco y era fácil escalarla. Pasamos por encima y atravesamos el aparcamiento oscuro, hasta una escalera de madera de pocos peldaños. Allí ya había varios chicos reunidos y, aunque no parecía que hubiera entre ellos ningún conocido nuestro ni nadie que nos hubiera visto en la fiesta, subimos la escalera y Corrina me tiró de un brazo para que la siguiera por un camino de tierra, por detrás de unos arbustos, lejos de todos. Al cabo de un momento, estábamos sentados al borde de un acantilado, con el viento en la cara, solos y con todo el valle para nosotros. El lago de luz de Los Ángeles se extendía a nuestros pies, y las estrellas que salpicaban el cielo sobre nuestras cabezas eran su reflejo blanco azulado. Un río de faros de vehículos discurría desde la ciudad hasta el pie de las colinas. Me habría gustado apagar esas luces, porque parecían lo único que nos mantenía unidos a la ciudad y yo quería creer que podíamos alejarnos, flotando a la deriva, hacia un lugar diferente.

—Corrina —dije.

—Oye, Hendrix, ¿no podríamos quedarnos un momento callados? Lo necesito.

Asentí y volví otra vez la mirada hacia el valle. Intenté localizar mi casa, o Venice, o al menos el océano, pero todo estaba demasiado lejos. No es que no hubiera salido nunca de Los Ángeles. De hecho, el año anterior había pasado muchos fines de semana con el abuelo en las montañas San Gabriel, e incluso habíamos llegado hasta el Parque Nacional Sequoia. Pero nunca me había marchado de verdad. Me había pasado toda la vida sumido en la neblina de ese valle, y en ese momento, al borde del acantilado con Corrina, la ciudad de mil trescientos kilómetros cuadrados me pareció muy pequeña.

Mi vida entera me pareció pequeña. Oía el viento y, de vez en cuando, un claxon solitario en la carretera, en las colinas, a nuestras espaldas; pero alrededor de todo eso, en la vastedad invisible más allá de la ciudad, en el espacio inmenso entre dos estrellas, había silencio. Podía gritar con todas mis fuerzas desde esa altura y mi voz se elevaría de manera fugaz, para después hundirse inevitablemente en el silencio insondable. Pero quizá eso también

fuera hermoso: en lugar de hacer mucho ruido en una sala pequeña, era posible darlo todo en un alarido único y prolongado, en una música que cobra importancia porque conoce el silencio que la rodea.

Me habría gustado preguntarle a Corrina qué opinaba al respecto, pero tenía la cabeza entre las rodillas, hecha un ovillo cuya sombra se recortaba sobre un tronco achaparrado, y no dejaba de balancearse con suavidad adelante y atrás. Estaba tan cerca de ella que la oía respirar por la nariz.

—Corrina, ¿todavía quieres que estemos callados?

—Ahora ya sabes que soy un desastre —dijo, aún con la cabeza gacha, mirando el suelo polvoriento—. Me sorprende que sigas aquí.

—Pues no pienso irme.

—No digas eso, por favor. Todos se van cuando pueden. Reconócelo. Todos se levantan y se largan cuando creen que ya pueden irse.

Corrina no podía saberlo, pero sus palabras parecían el eco de las que había pronunciado mi madre mucho tiempo atrás, de algo que había dicho acerca del Padre Muerto, acerca del no-padre que había sido antes de morir o, como mínimo, del no-marido que había sido para ella. Casi nunca hablaba de él y, cuando hablaba, lo hacía en tono distante, como dando a entender que prefería no decir nada al respecto. Pero a veces el rencor afloraba en ella como brota el agua a través de la roca. «Maldito inútil —había dicho una vez—. Se fue y después murió, cuando ya se había ido. Al menos podría haberse despedido si tanto deseaba marcharse.»

—Nos habíamos hecho una promesa —prosiguió Corrina—. Prometimos que no se lo contaríamos a nadie. —Tragó saliva—. La idea fue de Toby, pero yo estuve de acuerdo. Era un secreto. Yo también lo quería y me pareció bien. Es cierto que me acosté con él, pero teníamos que guardar el secreto. Ésa era la gracia. Pero después... —La voz se le fue apagando—. ¿Sabes cómo me siento desde que sé que se lo ha contado a todo el mundo? —continuó—. Como si todos hubieran estado alrededor de ese coche, mirándonos. Gilipollas. No lo hicimos para ellos. Se suponía que lo hacíamos sólo para nosotros.

—La ha cagado.

—Sí, y además... ¡es tan jodidamente típico! Tendría que haberlo sabido. —Inspiró hondo, y cuando volvió a hablar, pareció como si las palabras le quemaran la garganta—. Siempre que confío en alguien, se levanta y se va. ¡Siempre! ¿Por qué?



Alzó la cabeza y vi que tenía rastros de lágrimas marcados en las mejillas. Era como si una ventana se le hubiera abierto en el pecho y me estuviera mostrando el corazón palpitante en su interior, mientras me decía: «Por favor, por favor, ocúpate de esto. No quiero hacerlo sola». Pero esa manera de mirarme, el temblor de sus labios y las arrugas que le surcaban la frente no tardaron en disiparse. Se sorbió las lágrimas y se secó la cara. Volvía a ser la chica dura de antes. Le llevó sólo un momento. De nuevo era una roca.

Le apoyé la mano en el hombro.

—¿Estás bien?

—No, es obvio que no. Mi vida es una puta mierda.

—Y la mía.

—No, Hendrix —respondió—. Como la mía, no. Me siento encerrada, pero no como si estuviera presa en una mazmorra, sino mucho peor, porque soy libre de ir a donde quiera, pero hay unos barrotes que me separan de la gente a mi alrededor.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres la persona más libre que conozco. Las reglas no cuentan para ti. ¡Ahora mismo acabas de destrozar a ese Toby!

—Sí, pero nunca más podré volver a la casa de O’Keefe. Y él era mi principal contacto, Hendrix. No puedo ir a ninguna parte en esta ciudad, créeme. La gente dice: «¡Los Ángeles es tan grande! ¡Es fabuloso!», pero es igual que cualquier otra ciudad. Es pequeña. Los que te conocen, te conocen, y los que te odian, te odian. Y ya está.

—¿Qué dices? ¡Tú eres mucho más que eso! Acabas de graduarte. ¡Puedes hacer lo que quieras!

—De hecho, no. No puedo. Tengo diecisiete años. He de obedecer a mis padres hasta que cumpla los dieciocho. Pensaron que era un genio cuando estaba en preescolar y me pasaron directamente al segundo curso, pero no era ningún genio. Mis padres me habían enseñado a leer pronto, nada más. Estoy muy lejos de ser un genio. Muy lejos.

—Sin embargo... No sé... Eres capaz de hacer cosas que nadie más puede hacer.

—No sigas por ahí. No soy mágica ni nada parecido. Me revuelco en la misma mierda que el resto.

Se puso de pie y pasó delante de mí para ir hasta la otra punta de la cornisa que ocupábamos en lo alto del acantilado.

—Tienes que salir más, Hendrix —continuó, señalándome la ciudad—. Tienes que ver mundo, salir a ver lo que hay por ahí. Esta ciudad está acabada. Todo está acabado. El colegio. Todo. Está acabado. Necesito salir de esta mierda de sitio.

Me levanté y ella se me acercó. Noté que dudaba y no acababa de decidirse a seguir hablando.

—Me van a mandar a Rosewood para que curse un año más, después de la graduación —dijo al fin—. ¿Has oído hablar del «colegio para adolescentes con trastornos emocionales»? ¿Sí? Pues ese mismo.

—¿No puedes ir a la universidad, como todo el mundo?

—Mi padre, que por lo visto lee el pensamiento mejor que el Profesor X, tiene otra idea. Una mucho más beneficiosa para todos. Siempre sabe lo que hay que hacer, porque para eso es psicólogo. —Negó con la cabeza en un gesto de tristeza—. He visto mi informe. Esta mañana hemos tenido una pelea monumental. Eso no es nada raro, pero cuando he salido de casa, me he metido en su oficina y he cogido la carpeta. Y ahí estaba. Toda yo, metida en una carpeta de cartón no demasiado gruesa. Todavía la llevo en el estuche de la guitarra. Toda mi vida, guardada en el puto estuche de la guitarra. Sí, ya ves —dijo con énfasis—. El mierdoso de mi padre tiene archivada a su hija en una puta carpeta de cartón.

Se apartó de mí y se volvió para contemplar el valle. Apretó los puños y gritó con todas sus fuerzas.

—Tengo que marcharme de esta ciudad —dijo, cuando dejó de gritar—. Aquí no soy nadie. No soy nadie para Toby, ni para O’Keefe. Me voy. No puedo quedarme. Tengo que irme. —Hizo un gesto afirmativo y siguió repitiendo lo mismo sin cesar—. Me marchó. Me tengo que ir. —Su rabia creciente me puso la carne de gallina—. Para mi padre, no soy más que un diagnóstico en un informe. Y yo no soy un informe, Hendrix. No quiero ser un informe para nadie.

Mientras la veía ahí, respirando agitada y contemplando las luces parpadeantes de la ciudad a nuestros pies, no pude evitar que me viniera a la cabeza la imagen de mi abuelo, cuando contemplaba el Pacífico y temía que la enfermedad lo borrara a él también y los convirtiera a él y a la abuela en nadie. Pero eso no iba a pasar, porque todos somos alguien. Cada uno de nosotros somos alguien con una historia que demuestra que estamos vivos.

—No es cierto que no seas nadie, Corrina.

—Me da igual lo que digas. Ya lo he decidido. Me voy.

—¿Adónde piensas ir? —le pregunté, pero el mecanismo ya había sido accionado, los engranajes estaban girando y las ideas empezaban a formarse.

—No lo sé.

—¿Qué harás para llegar a ese sitio que no sabes cuál es?

Corrina caminaba mientras hablaba y balanceaba los brazos hacia el vacío que se abría a nuestros pies. Había cierta ferocidad en su manera de andar, una determinación magnética y palpitante detrás de su frustración.

—No lo sé. Tomaré el tren. El autobús. No tengo dinero, no lo sé. Haré autoestop.

—Es muy mala idea.

—No intentes detenerme, Hendrix. Me iré de todas formas.

—No intento detenerte. Al contrario. Llévame contigo.

Se detuvo, se volvió para mirarme y se echó a reír.

—¿Qué? ¡No!

—Te lo digo en serio —insistí—. Llévame contigo.

—Debes de ser un desastre haciendo autoestop.

—Así es. Pero te diré algo: tú también. —Me acerqué un poco más e inspiré profundamente—. Coge el coche de mi madre.

—¿Qué?

—Ella no está y ya nos lo hemos llevado esta noche. Cógelo otra vez. Mi madre no se enterará hasta que vuelva.

Corrina arqueó las cejas.

—Puedes usar el coche de mi madre para salir de esta maldita ciudad —insistí—. Pero necesito que me lleves contigo.

Sonrió de una manera distante, como si los muchos engranajes de su mente hubieran dejado muy atrás esa posibilidad.

—Tengo una idea —dije entonces.

No estaba muy seguro de lo que estaba haciendo, pero sentía como si la fuerza de la marea nos hubiera arrastrado a Corrina, al abuelo y a mí hasta la misma playa, yuviéramos que levantarnos para marcharnos juntos hacia algún sitio.

—No vayas a pensar que puedes salvarme, Hendrix. No necesito que me salve nadie.

—No es eso —contesté—, sino lo contrario. Soy yo el que necesita tu ayuda.

Quizá porque soy el mayor idiota del mundo, o tal vez porque nunca he sido el consentido de mamá, sino el niño mimado del abuelo, o acaso porque, a diferencia de la mayoría de los adolescentes, que quieren largarse y perder de vista a la familia, yo necesitaba agarrarme a lo poco que quedaba de la mía antes de que desapareciera del todo, se me ocurrió que aquélla podía ser mi única oportunidad de ayudar al abuelo.

—Necesito ir a Ithaca, en el estado de Nueva York —dije.

—¿Qué?

—Cogemos el coche de mi madre y matamos dos pájaros de un tiro, ¿no? Tú nos llevas a Ithaca y yo te ayudo a salir de Los Ángeles. Estarás en la otra punta del país y, desde allí, podrás ir a donde quieras.

—Hendrix —replicó Corrina—, ¿hablas en serio?

—Sí —dije—, tan en serio como cuando escribí sobre el Gran Vacío Azul.

Corrina asintió. Noté que su particular tipo de euforia empezaba a asomar a su sonrisa.

—¿Algo más?

—Sí —dije—. También vendrá mi abuelo.

Soltó una carcajada y se volvió en redondo, apartándose de mí.

—¿Tu abuelo? ¡Eso sí que es para mearse de risa! —Se volvió de nuevo para mirarme—. ¿Lo dices en serio?

—Sí.

Cuando se me acercó andando pude sentir el calor que irradiaba. Quizá yo también irradiaba un poco de calor. Se detuvo justo delante de mí.

—Entonces ¿me ayudarás si yo te ayudo? ¿Sin pedir nada más? —me preguntó.

—Nada más.

—De puta madre.

Corrina me golpeó en el pecho, se volvió otra vez y abarcó con la mirada toda la ciudad de Los Ángeles.

—Haz las maletas esta noche, Hendrix, porque mañana nos abrimos.

## EL GRAN VACÍO AZUL

Esa noche me quedé dormido repitiendo las palabras de Corrina —«Mañana nos abrimos»— e intentando convencerme de que estaba entusiasmado; pero era mentira, porque en medio de la noche me despertó una pesadilla mucho más real que cualquier mantra que pudiera repetir.

Era siempre el mismo sueño: estoy flotando en una balsa pequeña de madera, rodeada de agua y oscuridad, sin luna ni estrellas, ni nada más que el balanceo de las olas y el crujir de la madera sobre el agua debajo de mí. Un olor a tierra mohosa me persigue mientras navego a la deriva. Hay algo que acecha y me espera. Las olas van y vienen, la balsa sube y baja, y yo siento que algo se prepara, una tormenta que no se forma en el cielo, sino en las profundidades. De repente, como si una ballena subiera a la superficie, surge del mar la enorme cabeza desgredada de mi padre, seguida de sus hombros, como si viniera subiendo una escalera. Agua y algas se le escurren de la larga cabellera y de la barba. Sus ojos tienen el fulgor de un relámpago en la noche. Es diez veces más grande que un hombre normal y sé que ha venido a destrozarme la balsa y a arrastrarme con él a los oscuros abismos marinos. Y justo cuando la embarcación se resquebraja y empiezo a hundirme, cuando siento en las costillas la tenaza de sus dedos gigantescos... me despierto.

Me había quedado dormido en el cuarto de estar, con la cabeza apoyada en la maleta y, como cada vez que me despertaba de esa pesadilla, el *Viejo Salido* estaba a mi lado, empujándome con el hocico, cubriéndome de lametazos un costado de la cara y recordándome que seguía vivo.

Mi casa, el Gran Vacío Azul, con las paredes pintadas de un acuoso azul oscuro, se doblegaba bajo el peso de la ausencia del Padre Muerto, que dominaba y atormentaba nuestro hogar como un dios furioso o un fantasma. Por eso yo creía en la existencia de los fantasmas, pero no de los infantiles espectros que arrastran grilletes y se cubren con una sábana, ni tampoco de las

increíbles imágenes reverberantes y traslúcidas de las personas fallecidas, sino de los fantasmas auténticos: espíritus cuya ausencia continúa presente y cuyo peso persiste cuando las personas ya se han ido. El fantasma del Padre Muerto estaba siempre conmigo, incluso en las pausas entre las palabras de mi madre, y me asustaba sobre todo cuando se manifestaba en las preguntas sin respuesta que flotaban en el silencio del Gran Vacío Azul.

¡Sabía tan poco acerca de mi padre! Lo único que sabía realmente era cómo había muerto, lejos de nosotros, en Ithaca, su lugar de origen. El conductor borracho derrapó, sumido en su propia bruma, y el Padre Muerto, solo, se precipitó desde el puente hacia la negrura del río. Su coche fue el ataúd que se llevó su cuerpo, mientras su corazón se llevaba a las profundidades del río todo lo que yo habría querido saber.

Yo tenía preguntas para el Padre Muerto —«¿por qué te fuiste?», «¿por qué estabas en Ithaca?», «¿pensabas volver algún día?»—, pero no eran más que susurros en la neblina de su silencio, porque nadie me contaba nada. Ni mi madre, ni el abuelo.

—No hay nada que contar —solía decir ella—. Decidió irse y se fue. Para mí ese canalla murió el día en que se marchó.

Y el abuelo hablaba todavía menos, a pesar de que me había criado y había sido como un padre para mí, lo que me convertía —por muy deprimente que fuera— en un hijo más para él. O al menos yo sentía ese peso. Yo era el hijo que se había quedado, el que aún seguía con vida. ¿Qué se suponía que debía hacer con eso?

En cualquier caso, al cabo de un rato se me aquietó el corazón, el *Viejo Salido* se acostó hecho un ovillo a mi lado y volví a quedarme dormido con la cabeza apoyada en la maleta, hasta que me desperté a la mañana siguiente... y todo era distinto.

El sol entraba a raudales por el ventanal e incidía sobre los bordes de los paneles de cristal de la vitrina, arrancándoles una constelación de estrellas que iluminaban el cuarto de estar. La casa no había vuelto a parecerme tan cálida y amarilla desde que el abuelo se había marchado a la residencia. Incluso el *Viejo Salido* lo notaba. Tumbado en el suelo, con los ojos cerrados, estiró las patas y arqueó el lomo. Le rasqué la cabeza, la piel que le colgaba

debajo de la barbilla y el puente del hocico. Después me tumbé junto a él y permanecimos así un momento, al calor del sol, hasta que oí una voz en el otro extremo de la habitación.

—Bien. Ya te has levantado. A ver si salimos ya.

Casi me da un infarto, porque enseguida me di cuenta de que era Corrina, y me preocupaba haberme quedado dormido en calzoncillos y tener un misil mañanero erguido en todo su esplendor, listo para entrar en acción mucho antes que el resto de mi persona. Pero por suerte tenía la ropa puesta y el cuerpo en modo de autoprotección, después de toda una noche sofocado por la angustia.

Corrina me había dejado tarde en casa. Había aparcado el coche en el sendero y se había ido a la suya caminando, mientras yo hacía las maletas. Pero no me di cuenta de que se había quedado con las llaves hasta que la vi haciéndolas girar alrededor de un dedo. Estaba sentada en el sillón blanco junto a la ventana y parecía lista para dar otro concierto, con las mismas botas y los mismos vaqueros, una camiseta blanca limpia y una bandana del color del crepúsculo en el pelo. Me miró con expresión severa.

—¿Estás listo?

—Tengo que ducharme.

—¡Muévete!

El *Viejo Salido* se puso de pie antes que yo y ladró a Corrina, feliz por lo que pudiera venir después, mientras yo me ponía en marcha y me dirigía al cuarto de baño, al final del pasillo.

Cuanto terminé, volví al salón para reunirme con ella, que estaba junto a la repisa de la chimenea, con una fotografía enmarcada entre las manos. Era mi foto preferida del abuelo, tomada en la época de Vietnam. Está de pie en una playa, con otros soldados apiñados a su alrededor. Todos van sin camisa; sólo llevan puestos los pantalones, con las perneras enrolladas, y están descalzos en la arena. Sostienen vasos de plástico, es probable que llenos de cerveza, y es fácil advertir que todos escuchan al abuelo. Quizá estuviera a mitad de un discurso cuando tomaron la foto. La mayoría de los hombres no miran a la cámara, pero el abuelo sí. Clava la vista en el objetivo. No hay miedo en su expresión. Mira al frente desde la fotografía, con una confianza sólida en los ojos de mirada límpida, como diciendo: «Haré todo lo que sea preciso para que estos chicos vuelvan a sus hogares». Sin embargo, estaban en una guerra, y en una guerra no todos regresan con sus familias.

No obstante, había pasado el tiempo y ahora me tocaba a mí llevarlo a él a su casa.

—¿Es éste? —preguntó Corrina, levantando la fotografía para enseñármela.

—Sí. El héroe de guerra.

—Está muy guapo en esta foto. Tremendamente guapo. —Hizo una mueca—. ¿Cómo es que no te pareces a él? Aquí debía de tener sólo un par de años más que tú.

—Gracias por recordármelo —dije—. Por cierto, en esa foto el abuelo tenía veintisiete años.

—Aun así —dijo ella—. Sois familia. —Me miró e inclinó un poco la cabeza, estudiándome—. Bueno, sí que veo un poco el parecido.

—Puede ser —respondí yo, encogiéndome de hombros.

—¡Uau! —exclamó—. Dices que en esta foto ya era un madurito atractivo, ¿no? ¡Tiene tus mismos ojos: azules como la ginebra Bombay Sapphire! Increíble.

«¿Madurito atractivo?» Hice un gesto de escepticismo.

—Me pregunto si le gustará ser recordado de esa forma —comenté, cambiando de tema—, como un hombre descalzo en la playa, con un vaso de plástico en la mano.

—Parece tranquilo. —Corrina tenía la mirada fija en la fotografía mientras hablaba—. Imagina todo lo que estaría pasando en segundo plano, quizá a pocos kilómetros de allí, en las colinas, o tal vez río arriba. Es aterrador. Sin embargo, ¡parece tan tranquilo! —repitió, señalando al abuelo.

—Recuérdala —dije—. Recuerda esa imagen cuando estemos viajando con él en el coche. Ten presente alguna cosa buena de él. No siempre será así. Debes saberlo. Puede ponerse muy difícil.

—Tú también.

—Gracias, pero hablo en serio. Hace cosas raras.

—No tengo problemas con la gente que hace cosas raras —replicó Corrina, mientras ponía de nuevo la foto en su lugar—. Tú eres raro. —Sonrió. Miró otra vez la fotografía y después se volvió hacia mí—. En ocasiones tienes la misma sonrisa sesgada de tu abuelo, ¿sabes?, como si la mitad derecha de tu cara estuviera un poco más contenta que la otra mitad. —Se me acercó y me apoyó el dedo índice en el pecho—. En realidad, creo que te pareces bastante a él.



Después fue hacia la puerta y recogió su mochila y el estuche de la guitarra.

—Ven, Hendrix, vamos a sacar de su encierro a ese héroe de guerra.

Dejó la puerta abierta, mientras salía y se echaba la mochila al hombro, sonriendo con expresión maliciosa a la mañana brillante y azul de Los Ángeles. Cogí mi maleta y fui tras ella.

—¿Él también viene con nosotros? —dijo, cuando me vio llevar al *Viejo Salido* al coche.

—No puedo dejarlo solo toda una semana.

—No, supongo que no.

Inclinó la cabeza y se me quedó mirando un momento en silencio. No podía verle los ojos detrás de los círculos oscuros de las gafas de sol.

—A ver si lo he entendido bien —dijo al fin—: mi fantástica fuga se está volviendo un poco multitudinaria, ¿no?

—Vengo con equipaje.

—Sí, ya lo veo. Básicamente, vienes con toda la familia.

—Básicamente, sí —respondí.

Me sentía un poco mal por mi madre, por supuesto, porque sabía que no iba a entender mi necesidad de hacer algo así. A veces me parecía que, tras la muerte de mi padre, una parte de ella había muerto también, y lo poco que le quedaba de interés en el mundo se lo entregaba por completo a sus reuniones del consejo de administración y a sus conferencias. Era como si el bufete Brenner, Stoddard & Pell fuera su auténtica familia.

—¿Tiene nombre este coche? —preguntó Corrina.

—¿Qué?

—¡Nombre, cavernícola! Todos los coches necesitan un nombre.

—¿Como «Volkswagen Escarabajo 2016»?

—¡No, cielo santo, no! Como *Emmy Lou* o *Peggy Sue* o *María la Orgullosa*.

—¿Tiene que ser un nombre de chica?

—Sí, y mejor si hace referencia a alguna canción.

—No me sé muchas canciones.

—Ya lo sé. Veamos. —Ladeó un poco la cabeza y levantó la mirada al cielo—. *Bombardera Azul* —dijo.

—¿Eso es un nombre de chica?

—¡Claro que sí! —exclamó, mientras se acomodaba en el asiento del

conductor.

Yo también ocupé mi puesto. El reflejo de la luz en el gran ventanal de la fachada era tan resplandeciente que casi ocultaba la casa de detrás.

Corrina giró la llave y acarició el salpicadero.

—Bueno, *Bombardera Azul*, ¡allá vamos!

## LA FUGA

Cuando llegamos al Calypso, Corrina aparcó lo más cerca que pudo de la puerta principal. Apagó el motor y se quedó con las manos apoyadas en el volante, mirando hacia el otro extremo del aparcamiento, en dirección a la fila de árboles y arbustos altos que marcaban el límite del jardín de la residencia.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Intentar sacarlo de ahí sin que me hagan muchas preguntas.

—¿No puedes sacarlo escondido dentro de un carro de la comida, tapado con un mantel?

—No.

—Una pena —comentó Corrina, negando con la cabeza—, porque habría sido genial.

A mí también me habría gustado que fuera genial, por supuesto, pero si el abuelo se esfumaba de repente del Calypso, la dirección denunciaría su desaparición, y si pasaban veinticuatro horas y no aparecía, la policía declarararía la alerta plateada y tendríamos a todos los agentes del país siguiéndonos la pista, por no hablar del diluvio de llamadas y mensajes de texto y correos electrónicos que recibiría mi madre para informarla de la situación. Sin duda, nada de eso habría sido genial. Si nos interceptaban en algún lugar de las Rocosas y nos veíamos acorralados, atrapados y seguros de haber fracasado antes incluso de haber cruzado las montañas, eso tampoco sería genial.

Encontré al abuelo solo, sentado en el muro bajo de piedra del final del patio, detrás del restaurante, contemplando el estanque artificial con una cascada verde neón que bajaba por unas rocas de cartón piedra. Las palmeras que se erguían detrás de las rocas eran auténticas, pero el aire alrededor del

estanque olía a lejía. El abuelo iba vestido como siempre, con pantalones finos y guayabera, y se hacía pantalla con la mano sobre los ojos para protegerse del sol.

—¿Qué tal te encuentras hoy, abuelo?

—Un día más en el paraíso.

Me senté a su lado y lo abracé. Él me pasó un brazo por los hombros.

—Necesito que me hagas un favor, abuelo.

Con un amplio gesto, señaló el paraíso que se extendía ante nosotros.

—¡Claro que sí, muchacho! —dijo en tono sarcástico—. Todo lo que hay en mi reino te pertenece. Cógelo. Es tuyo.

—Hablo en serio, abuelo.

—Yo también —replicó él, esforzándose por sonreír con tristeza—. Antes cuidaba de ti todo el tiempo. Y míranos ahora.

—Parece justo que ahora cuide yo de ti.

—Sólo desde tu punto de vista. A mí no me parece justo.

Se puso de pie, fue andando hasta el otro extremo del patio y señaló el interior del restaurante a través de la ventana.

—¡Mira! ¡El club de rummy! ¡Ésa sí que es una buena razón para levantarse de la cama!

Se echó a reír amargamente, y yo lo seguí hasta el otro lado del patio.

—Muy bien. ¿Qué te parece si continuamos hablando de esto en tu habitación?

En cuanto oyó la palabra proscrita, frunció el ceño.

—Es un apartamento, Teddy. Si fuera una maldita habitación, querría decir que tu madre me ha metido en un asilo de ancianos. Es un apartamento. No soy un paciente, sino un residente.

—Ya lo sé. Es tu apartamento.

—No te atrevas a decir que se te había olvidado.

—No, no lo diré —respondí—. Pero ven conmigo. Vamos a tu apartamento.

Cuando llegamos, fui directo al botiquín del cuarto de baño.

—Ya me he tomado las medicinas de la mañana —dijo.

Sin prestarle atención, metí todos los frascos en su neceser de piel, donde tenía las cosas para afeitarse. Se quedó en la puerta, mirándome, mientras yo cogía el cepillo de dientes y otros artículos de higiene, los metía también en el

neceser y guardaba todo en la maleta pequeña que encontré en el armario debajo del lavabo.

—¿Voy a algún sitio? —preguntó.

—Sí —contesté, pero ahora venía la parte más difícil. Una cosa era mentir al personal del Calypso y otra muy distinta mentir al abuelo. No podría haberlo hecho—. Voy a llevarte a casa.

Negó con la cabeza. Pasé por delante de él para volver al dormitorio, encontré una maleta más grande y empecé a llenarla de ropa tan rápido como pude.

—No —dijo—. Teddy, por favor. Ya sé que me echas de menos. Yo también te extraño, pero tu madre tiene razón. Detesto este lugar, pero no puedo vivir con vosotros. ¿Qué pasará cuando te vayas a la universidad? Tu madre volverá a traerme.

—No, abuelo —respondí—. No voy a llevarte a nuestra casa, sino a la tuya. A Ithaca.

Vino al dormitorio y se sentó en una esquina de la cama.

—Para un momento, Teddy —dijo en voz baja.

—Tenemos prisa, abuelo. Déjame guardar las cosas, por favor.

Mientras yo seguía haciendo las maletas, él levantó la voz.

—¡Para! —gritó.

Me quedé quieto y me volví para mirar hacia la puerta, porque lo último que necesitábamos era que vinieran Julio y Frank a ver qué ocurría y que el abuelo les montara un escándalo.

—Todo esto es muy confuso —prosiguió, hablando otra vez en voz baja—. Por favor, explícame qué está pasando.

Dejé la maleta, me arrodillé a sus pies y lo cogí de la mano.

—¿Recuerdas que me dijiste que querías volver a Ithaca? Ver tu vieja iglesia y tu antigua casa... Dar una vez más los paseos que solías dar con la abuela después de cenar... ¿Te acuerdas? La iglesia de Santa Elena, donde os casasteis...

—Nos casó el padre Ferraro.

—¡Eso mismo!

—El que tenía mal aliento.

—¡Sí! El del mal aliento. Y tuviste que esperar de pie, delante del padre Ferraro, preguntándote si la abuela se habría retrasado o si habría cambiado de idea, porque como tardaba tanto...

Sonrió.

—Su hermana se había equivocado de zapatos. Le había llevado los de tacón y tu abuela no quería verse más alta que yo delante de toda la gente. Así era ella: siempre pensaba primero en los demás.

—Ahí es adonde vamos. Ahí te llevo. Pero tenemos que ponernos en marcha, abuelo. Por favor. —Me levanté y lo cogí por los hombros—. Tú solamente ven conmigo, presta atención y no hables con nadie mientras salimos. Corrina nos está esperando fuera y tenemos prisa.

—¿Quién?

—Mi amiga Corrina.

—¿Y dónde conociste a esa... amiga? —preguntó, con expresión traviesa.

—Ya te lo he contado.

—Pues ¡cuéntamelo de nuevo, maldita sea!

Se lo había contado hacía tiempo, pero como él mismo había dicho en otra ocasión, lo bueno de las personas con alzhéimer es que puedes explicarles mil veces el mismo chiste, porque nunca recuerdan cómo acaba. Me lo había dicho con una sonrisa, pero a mí no me había hecho gracia. Era parte del horror del alzhéimer. Cuando empieza, no hay marcha atrás. Avanza con una fuerza aterradora y te arranca la historia de tu vida, robándote de uno en uno cada momento, hasta hacerte desaparecer del todo.

—Corrina es aquella chica del colegio que veo algunas noches, cuando vuelvo a casa por el paseo marítimo. Sólo somos amigos. O ni siquiera eso. No lo sé seguro. Lo cierto es que está muy por encima de mis posibilidades.

—«Muy por encima de mis posibilidades.» ¡Qué manera tan estúpida de referirse a otra persona! No es bueno poner a nadie en un pedestal, muchacho. ¿Qué habría pasado si yo hubiera pensado lo mismo de tu abuela? Y mira qué bien nos fue. Resultó que estábamos hechos el uno para el otro.

—Ya lo sé.

El abuelo se sentó en la cama.

—Ithaca —dijo—. ¿De verdad vas a llevarme a casa?

—Si no te pones los zapatos, no.

Recorrió con la mirada la habitación. Parecía relajado, como si hubiera deshecho el nudo de confusión que por lo general le crispaba la cara. Tenía los zapatos al lado, en el suelo, pero no se movió.

—¡Vamos! —lo animé.

Pero continuó mirándome sin verme, de modo que me agaché para

ponérselos y atarle los cordones. Guardé sus zapatillas en la maleta y me la colgué del hombro. Lo ayudé a incorporarse y me siguió hasta el pasillo. Entonces se detuvo.

—Espera —dijo, y volvió a la habitación arrastrando los pies.

—¡Abuelo!

Al cabo de un segundo salió otra vez al pasillo, con la fotografía recién enmarcada de la abuela y el Padre Muerto, cuando era un bebé, en la mano.

—Tu abuela viene con nosotros —anunció.

Asentí en silencio y me encaminé hacia la recepción para registrar la salida.

Nadie nos saludó por los pasillos y casi llegamos al vestíbulo sin que el abuelo saliera de su brumosa ensoñación.

—Estaba pensando en aquella heladería... —dijo de pronto—, la que estaba en la esquina de Meadow y Cascadilla. ¿Cómo se llamaba?

—No te preocupes por eso ahora, abuelo. Ya lo pensaremos luego.

—Solíamos ir paseando hasta allí después de cenar —prosiguió, como si no me hubiera oído—. ¿Cómo demonios se llamaba la condenada heladería? Algo como «Caridad» o algún otro nombre que hacía pensar en una iglesia.

—Intenta prestar atención, abuelo. No te despistes.

Negó con la cabeza despacio.

—Por fin —dijo—. Por fin volvemos a casa.

Sonreía como un niño, pero me pregunté si no tendría esa misma expresión cuando se embarcó en el último avión que lo sacó definitivamente de Saigón. Era la sonrisa de un superviviente, una expresión de gratitud, ensombrecida por el miedo. ¿Pensaría que había vuelto a casa si resultaba que la heladería ya no estaba? ¿La consideraría su casa? ¿Sería capaz de reconocer que aquello había sido su hogar?

—¡A casa! —gritó, en medio del vestíbulo.

—Por favor, abuelo —susurré—. No montes un número.

—¡Me voy a casa! —exclamó, y volvió a repetirlo en el mostrador de recepción.

Yo intenté mirar a la recepcionista a los ojos.

—Reunión familiar —dije.

—¿Reunión familiar? —preguntó ella.

—Sí.

La recepcionista se dio cuenta de que el abuelo llevaba la fotografía en la

mano y sonrió.

—Le vendrá bien. ¡Que os divirtáis los tres!

—Eso haremos —respondí, sonriéndole con cara de felicidad, pero sintiéndome a la vez un poco culpable, porque sabía que se refería a mi madre, a mi abuelo y a mí, divirtiéndonos a menos de tres kilómetros de distancia, en el Gran Vacío Azul.

Ni se le pasaba por la cabeza que nos íbamos a la otra punta del país con Corrina. Pero la mentira funcionó y la recepcionista nos despidió agitando la mano con amabilidad.

Mientras bajábamos la escalera en dirección al aparcamiento, seguí la corriente al abuelo y continué hablando con él de la heladería que nunca había oído mencionar pero que de pronto se había convertido en el recuerdo semiborrado más importante de los que trataba de recuperar. Por dentro cruzaba los dedos para que no fuera a pensar de repente que la abuela Betty lo estaría esperando al final del viaje. Si sacaba ese tema y me obligaba a decirle «No, la abuela está muerta», se encontraría de nuevo en aquel extraño limbo donde siempre recibía la noticia por primera vez. Hay cosas que pueden tener gracia, pero recibir cada dos por tres la noticia de que ha muerto la persona amada y oír en cada ocasión el anuncio con el mismo dolor que el primer día es una tortura que nadie se merece.

Por suerte no sacó el tema. Y la escena que vimos fue fantástica: el *Viejo Salido* saltaba con alegría delante del coche y Corrina nos saludaba con la mano. Estaba sentada en el capó, con el teléfono móvil en una mano y la correa en la otra, echada hacia atrás, con la cara vuelta hacia el sol, que derramaba sobre ella ríos de luz y le encendía el cabello oscuro y la piel dorada. Todo un campo de molinetes de colores que se pusieron a girar en mi interior.

—Ésta es mi amiga Corrina —le dije al abuelo.

Ella le tendió la mano y él se la estrechó, pero noté que los engranajes se movían más despacio detrás de sus ojos. Lo había sacado a toda prisa al exterior y le estaba presentando a una desconocida. Se volvió hacia la puerta principal del Calypso. Un destello de miedo le temblaba en los pliegues de las mejillas, pero lo resistió.

—Tu amiga —señaló en voz baja.

—Sólo somos amigos, abuelo —repliqué.

Corrina me miró, entornando los ojos.



—Sí, claro que sí —dijo.

Y estaba a punto de añadir algo más, pero yo levanté la mano para detenerla.

—Mi amiga nos ayudará a llegar a Ithaca —le expliqué al abuelo, que hizo un gesto afirmativo.

—Ithaca —repitió.

Corrina nos sacó de allí, entró en la I-10 y, cuando empezamos a ganar velocidad, se puso a buscar en el teléfono hasta encontrar la canción que quería.

—¡Un gran tema para la carretera! —gritó, sobreponiéndose al rugido del viento que entraba por las ventanillas bajadas—. Un clásico. A los exhippies les encanta.

—Baja el volumen —le dije.

—¡No lo estropees, Hendrix! —respondió ella a voz en cuello.

A mí me preocupaba que las prisas, la conmoción y los estímulos provocaran en cualquier momento una crisis de pánico en el abuelo. Me volví para tratar de tranquilizarlo, pero vi que no me necesitaba. Iba marcando suavemente el ritmo con la cabeza, llevado por la fuerza imperiosa de la segunda guitarra y la percusión, mientras la guitarra principal dibujaba una sinuosa melodía, baja y profunda, y una potente voz femenina, clara y firme como una piedra caliente, anclaba todo el conjunto. Sin duda era un gran tema para la carretera, una música que cobraba fuerza y avanzaba, lo mismo que la *Bombardera Azul*, lanzada a toda velocidad, mientras Corrina la guiaba entre el escaso tráfico de la autopista.

—Conozco esa canción —dijo el abuelo desde el asiento trasero.

—¿Ah, sí? —replicó Corrina—. Es *Somebody to Love*. Jefferson Airplane. Del álbum *Surrealistic Pillow*, 1967.

El abuelo se irguió en el asiento.

—¡Es cierto! ¡Dios mío, *Somebody to Love!* Es esa canción, sí. A Betty le encantaba.

—¿Le gustaba? —pregunté yo, volviéndome hacia él, que asintió con una sonrisa.

Levantó un dedo y se puso a moverlo en el aire, mientras la voz femenina se quebraba en una nota y la guitarra desgranaba un breve fraseo. Sentí una oleada de alivio.

Entonces el abuelo se inclinó hacia el asiento delantero y asomó la cabeza entre nosotros.

—Sé dónde estoy —me dijo en voz baja—. Sé adónde vamos.

Me apoyó la mano en el hombro y sonrió, mientras nos alejábamos con rapidez de la ciudad, con el sol en los ojos.

## LA MÚSICA JUSTA PARA EL MOMENTO

Yo tenía una sensación de burbujeo en el estómago, como si estuviera a punto de vomitar, mientras Corrina pilotaba la *Bombardera Azul* en nuestra rápida y valerosa huida de Los Ángeles, siguiendo la I-10 hacia el este, para luego dejar el sol a nuestras espaldas y deslizarnos entre el poco tráfico del mediodía. Pero en cuanto pasamos por San Bernardino, el monte San Antonio y Cedarpines y pusimos rumbo al norte, hacia Las Vegas, experimenté un estallido de euforia ridículo y torpe; me sentí aliviado por haber logrado superar el límite de la ciudad y la carretera de circunvalación, y por encontrarnos ya en las reseca colinas desérticas, donde el terreno se abría y la carretera torcía otra vez hacia el este, en dirección a las vastas, incontaminadas y luminosas extensiones del valle. También me animó el grito que Corrina lanzó al aire claro y seco de California:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo estamos haciendo, Hendrix!

Entonces el dique en mi interior finalmente se rompió:

—¡Sí! —aullé.

—Muy bien —dijo el abuelo, desde el asiento trasero—, pero recordad que yo también sigo aquí. A ver si conseguís llevarme entero a nuestro destino. —Frunció el ceño y miró por la ventanilla, hacia la llanura en torno a Victorville—. Por cierto, ¿adónde vamos?

—¿Qué?

Me volví para mirarlo, porque había ido hablando con nosotros todo el camino y no podía ser que hubiera perdido el contacto con la realidad.

—Ya sé que vamos a Ithaca, Teddy —aclaró—. Lo que quiero decir es cómo vamos a llegar.

Le enseñé el teléfono móvil.

—Con Google Maps.

—No —contestó el abuelo—. ¿Por qué ruta? ¿Cómo vamos a cruzar el país? ¿Qué camino tomaremos?

El plano que aparecía en la pantalla del teléfono estaba muy ampliado, por lo que sólo se veía la indicación de seguir al oeste por la Interestatal 15 hasta nuevo aviso. Reduje el zoom y consideré las dos rutas propuestas: una por el norte y otra por el sur. La del norte era cincuenta y dos kilómetros más corta que la del sur y, según la aplicación, tardaríamos dos horas menos en recorrerla.

Corrina vio que estaba estudiando el mapa y se echó a reír.

—¡Hendrix, el gran navegante!

—Muy bien —dije—. Iremos por el norte. Próxima parada: Denver.

—Yo también elegiría ese camino —convino el abuelo—. Lo he cogido varias veces.

El plan era seguir por la I-15, cruzar Las Vegas hasta la confluencia con la I-70 en los montes de Utah y, a partir de ahí, continuar entre abruptas montañas hasta Denver, donde tomaríamos la I-76 hacia las granjas de Nebraska, para después recorrer las extensas llanuras entre Omaha y Des Moines por la I-80, rozar la costa meridional del lago Michigan, bordear toda la base del estado en forma de manopla y llegar a Toledo, donde seguiríamos por la I-90 hasta Cleveland y Erie, para internarnos por fin en el estado de Nueva York, atravesar los delicados lagos Finger por la I-86 y llegar sanos y salvos a Ithaca, situada en un extremo del lago Cayuga.

Mientras el abuelo y yo discutíamos todo eso, Corrina buscaba en su móvil la música que le gustaba. Cuando terminaba de escuchar una canción, cambiaba de grupo, y a veces ni siquiera esperaba a que acabara el tema para poner otro. Me empezó a preocupar que estuviera prestando mucha más atención a la música que a la carretera.

—Oye —le dije—, ¿por qué no elegimos una sola banda y escuchamos todo lo que tengas?

—No —respondió Corrina—. Hay que encontrar la música justa para cada momento.

—¿Y cuál es esa música ahora?

—No lo sé. Pero lo sabré en cuanto la oiga.

Por último encontró lo que buscaba: una banda llamada Verrugas Eléctricas, un grupo compuesto sólo por chicas, que se había formado en Los Ángeles, pero se había trasladado a Nueva York. Corrina conocía a una de las

integrantes: Aiko, la teclista. Se la habían presentado una noche en el Dragonfly.

—Son muy buenas —me dijo, mientras subía el volumen—. No se andan con tonterías. Son rockeras de la vieja escuela. Me encantan. Tienen la tensión y la oscuridad de Advaeta, pero con un sonido pop parecido al de las Dum Dum Girls.

Me la quedé mirando con cara inexpresiva y Corrina levantó la vista al cielo, irritada por mi ignorancia.

—Una vez —me contó—, Aiko me invitó al Troubadour por la tarde, lo que ya de por sí me pareció genial, porque supuse que la sala y el escenario estarían vacíos y habría tiempo y espacio para improvisar un poco, pero no imaginé que me dejarían tocar con ellas. Sin embargo, cuando llegamos, resultó que la guitarrista estaba desaparecida en combate, ¡y me invitaron a tocar! ¿Te lo imaginas?

Se le iluminó la cara con el recuerdo. Hablaba tan deprisa y con tanta emoción que incluso el abuelo se puso a escuchar la historia.

—Así que empecé a tocar. No con mi guitarra, claro. Con la mía lo habría hecho mucho mejor, pero ¡estaba tocando con las Verrugas Eléctricas! ¿Te lo puedes creer?

—¡Uau! —exclamé—. Tuvo que ser fabuloso.

Corrina me miró de reojo, forzando una sonrisa, porque era evidente que mi respuesta no había sido lo bastante entusiasta.

—Me habría pasado el día entero tocando con ellas, pero al final su guitarrista volvió y tuve que devolverle su lugar. Pero después... —Corrina sonrió, afirmando lentamente con la cabeza, mientras aceleraba—. Después Aiko me dijo que yo era genial. Genial de verdad. Genial como para pertenecer a su banda.

—Entonces ¿por qué no empezaste a tocar con ellas? —pregunté.

—Porque dos semanas después se fueron a Nueva York. Justo cuando estás a punto de dar un paso importante en tu vida... ¡Puf! El sueño se esfuma. Como siempre.

—Ya... —respondí. Guardamos silencio un momento y empecé a sentirme incómodo, porque no sabía qué más decir—. Bueno —añadí al fin—, ¿quién quiere pertenecer a una banda llamada «Verrugas Eléctricas»?

Corrina soltó un largo resoplido de disgusto.

—Nunca dejas de sorprenderme, Hendrix. ¡Un tipo llamado «Hendrix»

debería ser una puta enciclopedia de la música! ¡Deberías saber más que nadie!

—«Una puta enciclopedia», ¿eh? —intervino el abuelo desde el asiento trasero.

Corrina lo miró por el espejo retrovisor y yo me volví para disculparme por el lenguaje malsonante, pero vi que estaba sonriendo.

—Si quieres saber mi opinión —dijo—, a la música de esa banda le falta algo.

—¿Ah, sí? —replicó Corrina, a la defensiva—. ¿Y qué es?

—Una buena guitarrista.

Sonrió y volvió a recostarse en el asiento, agarrando al *Viejo Salido* por la piel del cuello y rascándole una oreja. Corrina se sonrojó y pareció a punto de decir algo, pero al final guardó silencio y se concentró en la carretera. Se quedó callada, pero sin poder disimular una sonrisa, mientras las Verrugas Eléctricas llenaban el coche con su música poderosa y emocionante, aunque estropeada por una guitarrista mediocre.

Más o menos una hora después, a la entrada de Barstow, vi un cartel de la hamburguesería In-N-Out. Corrina tomó la salida correspondiente y continuó cuesta arriba, para llevarnos hasta allí. Necesitábamos parar un momento, hacer nuestras necesidades, dejar que el *Viejo Salido* estirara un poco las patas e hiciera sus cosas —con suerte, manteniendo la discreción en sus inclinaciones pornográficas, si es que necesitaba explayarse—, y comer algo, porque nos moríamos de hambre.

El aparcamiento estaba lleno hasta los topes, por lo que supusimos que todo el mundo habría elegido ese lugar para hacer un alto en el trayecto entre Los Ángeles y Las Vegas. Tuvimos que estacionar al fondo, cerca del muro rosa desteñido de un gran centro comercial especializado en gangas de temporadas anteriores.

Lo primero que hice fue soltar al *Viejo Salido*, que se puso a correr en círculos alrededor del coche y después se fue a toda velocidad hasta el otro extremo del aparcamiento. El abuelo se apeó y fue tras él, llamándolo a gritos. Yo estaba contento. Tras alejarse un poco, el abuelo se volvió hacia la

*Bombardera Azul* y hacia Corrina, que estaba de pie, con las piernas separadas como un superhéroe, haciendo flexiones a los costados para estirar la espalda.

—¡Eh! —le gritó—. ¡Conduces de maravilla!

Ella interrumpió los estiramientos.

—Siempre lo he creído. —Se quitó las gafas de sol y lo miró, entornando los ojos—. Pero nadie me lo había dicho nunca. Gracias.

—Bueno, alguien tenía que decírtelo. ¿Sabes una cosa? Estoy tratando de recordar la última vez que me monté en un coche.

Se volvió hacia mí. El *Viejo Salido* regresó a mi lado y lo agarré por el collar.

—Debió de ser contigo, ¿no? —me dijo el abuelo.

Empecé a jugar con la correa del perro entre los dedos, rehuyendo la mirada del abuelo, porque me irritaba no recordar exactamente cuándo habíamos viajado los dos en un coche por última vez y, sobre todo, cuándo lo habíamos hecho los dos solos. Eso era lo peor de todo. ¿Cómo iba a saber que los momentos más simples podían llegar a ser los más importantes? No había forma de predecirlo. ¿Cuántos momentos importantes habría dejado que se hundieran en el olvido?

Como el *Viejo Salido* se estaba portando bien, le pregunté a Corrina si le importaba quedarse con él cerca del coche y tal vez llevarlo a caminar un poco, para mantenerlo alejado de las piernas de la gente, de los niños pequeños y de la base de las farolas, mientras yo me llevaba al abuelo al interior del local, a comprar hamburguesas y patatas fritas para todos. Antes de contestar, sacó la guitarra y se aseguró la correa del *Viejo Salido* alrededor de una de las botas.

—Se quedará tranquilo conmigo hasta que volváis —dijo, mientras afinaba las cuerdas.

Me dio una impresión muy extraña verla apoyada en la puerta trasera del coche de mi madre, mientras mi perro la miraba con la cabeza ladeada, respirando apacible con su lengua afuera y oyéndola tocar. Corrina parecía serena y relajada, pero yo me preguntaba cómo lo conseguiría y si de verdad era posible que estuviera tan tranquila.

—Siempre está tocando la guitarra, ¿no? —me preguntó el abuelo, mientras nos dirigíamos al In-N-Out.

—Supongo que sí —contesté.

Había gente por todas partes, ocupando cada asiento y cada centímetro cuadrado de las mesas del exterior, por lo que intenté pasar lo más rápido que pude por la terraza.

El abuelo se echó a reír.

—¡Eh, no tan deprisa, Teddy!

Reduje la velocidad, pero el abuelo insistió:

—Se te está empezando a notar que estás nervioso. Sé muy bien cómo te pones. Te conozco.

—¿Me conoces?

—Sí, porque te crie. Para un abuelo, su nieto es un libro abierto.

Empujé la puerta de cristal y nos pusimos a la cola, una fila larga y serpenteante que se había formado delante de las cajas. Era una hamburguesería de grandes dimensiones, con espacio para acomodar a todo un ejército.

—Te pones nervioso. Siempre te pasaba camino de la escuela, o cuando tenías que hablar con alguien en el supermercado o en el cine. En cualquier parte. De repente, te ponías nervioso. Y yo me preocupaba por ti.

La gente avanzaba y, por suerte, la cola se movía con bastante rapidez, pero el abuelo se quedó parado y bloqueó a los que venían detrás, en una fila que para entonces llegaba a la puerta doble de cristal.

—Y más adelante, cuando tenías once o doce años, no podías sacar a pasear a *Skipper* por la tarde sin poner esa misma expresión. Pobre niño. Eras muy nervioso.

Sabía a qué expresión se refería: la sonrisa que no acababa de formarse y la mirada furtiva. Era mi intento patético de disimular el miedo horriblemente incómodo que giraba en mi interior como las borrosas aspas de un ventilador. Muy bien, podíamos hablar al respecto. Estaba poniendo esa cara, pero no porque me avergonzara de ser un pobre niño aterrorizado y medio tonto. Puede que pareciera asustado, pero no lo estaba. No tenía miedo. Estaba enfadado con él porque hablaba demasiado alto y gesticulaba en exceso, sin darse cuenta de que había mucha gente a nuestro alrededor, ni preocuparse por avanzar con la cola.

—Vamos, abuelo, camina —le dije, pero no se movió.

—Me refiero a que, si te gusta esa chica, no te quedes ahí mirándola con los labios temblorosos. Díselo y ya está.

—Muy bien, perfecto. Ahora muévete.



—No puedes esperar que te lea el pensamiento. Si quieres que esté contigo, tienes que arriesgarte y decirle lo que sientes. A veces las personas necesitan saber a qué atenerse. Es así de simple.

—Sólo somos amigos. No sabes de qué estás hablando.

—Y tú ¿cómo puedes saber lo que siente esa chica? —dijo, levantando las manos en un amplio gesto—. Desde luego, si te quedas encerrado en tu cabeza, nunca lo sabrás.

Lo cogí de la mano y lo arrastré un par de pasos hacia adelante. Se movió, aunque a regañadientes.

—Muy bien —convine tratando de apaciguarlo—. Ya hablaremos de todo eso cuando hayamos pedido las hamburguesas. ¿Qué quieres? —le pregunté, señalando el cartel luminoso.

No había muchas opciones: diferentes cantidades de carne picada de ternera a la plancha, con o sin queso, y con patatas fritas. ¿Qué pretendía que eligiera el abuelo? ¿El volumen de carne que se sentía capaz de engullir? Aun así, seguí interrumpiéndolo para preguntarle qué quería, en un tono de voz mucho más irritado del que me habría gustado utilizar, hasta que me di cuenta de que había llegado demasiado lejos por el camino equivocado y noté que una nube le ensombrecía la mirada. No habían pasado ni dos horas desde que habíamos salido y ya se me había olvidado la atención que requería. La gente se volvía hacia nosotros y desviaba la mirada con rapidez. Algunos continuaban mirándonos.

El abuelo empezó a subir el tono de voz.

—¡Es increíble! Estoy tratando de enseñarte un par de cosillas sobre la vida y lo que conviene hacer cuando te gusta una chica, y tú no paras de hablarme como si el menor de edad fuera yo. Pero ¿sabes una cosa, Teddy? ¡Yo soy el adulto!

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero baja la voz.

—Siempre me estás llevando de aquí para allá, diciéndome lo que tengo que hacer.

—Abuelo, por favor...

—Todos me creéis un inútil, pero ¡no soy ningún inútil! ¡Soy un veterano del cuerpo de infantería de la Marina! ¡Un maldito sargento! ¡No te atrevas a hablarme como si fuera un jodido niño!

El padre y la madre que estaban delante de nosotros se movieron para interponerse entre sus hijos y el abuelo, al tiempo que les tapaban los oídos a

los niños. Uno de los cajeros, un tipo alto, levantó la vista para mirarnos y habló con rapidez por el micrófono que tenía junto a la boca. Por todas partes, en el atestado restaurante, la gente nos miraba como si estuviéramos locos, porque el abuelo hablaba atropelladamente y levantaba la voz en tono iracundo. Tuve miedo de que el encargado viniera a preguntarnos nuestros nombres y de que llamara a la policía para que nos detuviera antes incluso de salir del estado de California, de modo que levanté las manos en señal de disculpa y presenté mis excusas a la muchedumbre mientras trataba de conducir al abuelo de vuelta hacia el aparcamiento.

—¡No pidas perdón en mi nombre, como si yo no estuviera delante! — gritó él, al tiempo que yo maniobraba para tratar de que pasara por la puerta doble de cristal.

Un año antes no habría tenido fuerza suficiente para obligarlo a volver al coche, ni para alejarlo de la gente a la que habíamos asustado y escandalizado. Pero en los siete meses que el abuelo había pasado en el *Calypso*, yo había crecido en estatura y me había vuelto más fuerte, y él en cambio se había encogido, había perdido peso y la espalda se le había encorvado un poco más. Si antes le había parecido preocupado, ahora estaba horrorizado de verdad, porque tenía una sensación espantosa de mal augurio, de tragedia inminente. Si al abuelo se le iba por completo la cabeza, sin una habitación que destrozar, ¿qué haría entonces? ¿Se dañaría a sí mismo? En ese caso, toda la culpa sería mía, porque en lugar de conservar las historias del LFH, las habría destruido para siempre.

Al ver que regresábamos al coche, Corrina paró de tocar y levantó la cabeza. Dejó la guitarra con rapidez en el asiento trasero.

—¡No necesito que me trates como a un niño! —iba gritando el abuelo, mientras yo lo dirigía hacia la *Bombardera Azul*.

Cuando vio a Corrina, la miró con expresión airada, y ella me pasó la correa del perro.

—Ya voy yo a buscar las hamburguesas —dijo.

En un segundo se marchó y, de inmediato, yo hice subir al *Viejo Salido* al asiento trasero y cerré la puerta, dejando bajadas las ventanillas. Tenía que concentrarme en una sola cosa para poder atender al abuelo. Al menos se había tranquilizado un poco, pero no dejaba de mascullar y me seguía con la mirada, con cara de suspicacia, desde el otro lado del coche. Se me había olvidado tratarlo como él necesitaba. Era consciente de que había obrado mal.

Lo había bombardeado con preguntas y lo había sometido a una lluvia de estímulos, sin tener en cuenta que acababa de sacarlo de manera abrupta y repentina del silencio y la tranquila rutina del Calypso. Al otro lado de la hamburguesería In-N-Out, la carretera describía una curva y se perdía detrás de una colina polvorienta. Era imposible saber qué pasaría unos kilómetros más allá, pero yo me sentía responsable y tenía miedo.

Cuando Corrina volvió con las hamburguesas, las dejó sobre el capó del coche, lo único que aún quedaba a la sombra. Se sentó a unos metros de nosotros y nos observó con atención mientras comía. El abuelo dejó de ir y venir y se recostó en el maletero, sin dejar de mascullar sobre lo cansado y harto que estaba de que la gente murmurara a su alrededor y lo tratara como si fuera un niño pequeño. Pero cuando le gritó a Corrina «Y tú ¿quién demonios eres?!», me acerqué a él despacio, sin saber qué hacer, y le apoyé una mano en el hombro.

—Abuelo, soy yo, Teddy, y quiero que sepas que estoy haciendo lo que me pediste. Necesito que me ayudes. Por favor, ayúdame a llevarte de regreso a Ithaca.

Detrás de mí, Corrina sacó la guitarra del asiento trasero, con cuidado para que el *Viejo Salido* no se escapara, y se apoyó en el maletero de la *Bombardera Azul*, al lado del abuelo.

—¡Esa maldita música! ¡Siempre la misma! —exclamó el abuelo, hablándome a mí—. ¡Estoy harto de Sinatra, de Sam Cooke y de Ella Fitzgerald! Parece como si quisieran dormirme hasta matarme con sus baladas. ¿Por qué les gustan tanto?

Se refería a la música que animaba los bailes del Calypso, otra de las actividades de la residencia en la que se negaba a participar.

—Pero ésta es diferente —le dijo Corrina, acercando un oído a las cuerdas—. Los exhippies suelen pedirme este tema. Les encanta. ¿Lo recuerdas? Dijiste que te gustaba Jefferson Airplane. O que le gustaba a Betty. Esta canción os la dedico a Betty y a ti.

Se recostó en el coche e hizo sonar un par de acordes, mientras yo me situaba cerca del abuelo. No lo toqué. Solamente me aposté a su lado, por si acaso. Se le notaba que aún tenía ganas de pelea, pero cuando Corrina se puso a tocar, empezó a relajarse. Noté que se le aflojaban los hombros y que

marcaba el ritmo con la cabeza. Corrina tocó las primeras notas, rasgueó un poco la guitarra y al final empezó a tararear en voz muy baja lo que debían de ser las primeras líneas de la canción.

El abuelo se tuvo que acercar un poco más.

—Espera. Ésta la conozco —dijo—. ¿Cómo demonios se llama?

Corrina siguió tocando y tarareando por lo bajo, aunque un poco más fuerte que antes.

—¡La conozco! —exclamó el abuelo, con una media sonrisa—. ¡Ja! ¿Cuándo la habré oído por última vez? Recuerdo que la primera vez fue en la radio, en el porche de casa.

Corrina hizo una pausa para escucharlo.

—Yo iba caminando, subiendo la cuesta de Woodcrest Avenue —prosiguió el abuelo—, y Betty estaba en el porche, bailando y cantando mientras esa melodía sonaba en la radio.

Como si hubiera estado esperando esa señal del abuelo, Corrina entonó las primeras palabras de la pieza. Repitió la estrofa, la volvió a cantar, luego una tercera vez y después se puso a tocar la guitarra, cada vez con más fuerza. Al final, miró al abuelo a los ojos, le sonrió y empezó a cantar a plena voz, marcando el ritmo con la barbilla y animándolo a acompañarla.

La música era poderosa, pero no estridente, sino más bien motivadora y llena de emoción, y el abuelo la seguía, moviendo la cabeza.

—Van Morrison —dijo.

—¿Qué?

—El nombre del compositor, que además la cantaba —me dijo—. Van Morrison. *Into the Mystic*. Betty la adoraba. Todos la adoraban. ¿1970? —le preguntó a Corrina, y ella asintió.

Sonrió y se puso a cantar con ella, con su voz áspera y desafinada. Ella le sonreía entre una estrofa y la siguiente, mientras cantaba. El abuelo la seguía de manera intermitente, cogiendo al vuelo palabras sueltas. Entonces levantaron la voz y continuaron cantando juntos. Yo le pasé un brazo por los hombros y el abuelo me hizo un gesto afirmativo, sin dejar de cantar.

Corrina se animó y se puso a tocar lo que debía de ser la versión ampliada del tema, o quizá su propia versión —no lo sabía—, pero tuve esa sensación extraña y agradable que solemos tener cuando descubrimos algo

muy evidente que se nos había escapado hasta ese momento. Me di cuenta de que todas las veces que el abuelo se había negado a participar en los karaokes o los bailes del Calypso era porque tocaban canciones que no le gustaban.

Corrina había encontrado la música justa para el momento. La había reconocido en cuanto la había oído o, en este caso, en cuanto la había tocado.

No estaba bien estar donde estábamos, bajo el sol, a más de ciento cincuenta kilómetros de casa, haciendo quién sabe qué. No estaba bien nuestro plan, pero parecía el mejor para ese momento. Porque teníamos otra historia para el LFH, una sobre lo mucho que el abuelo y la abuela disfrutaban con el rock and roll. Otro capítulo de su larga historia de amor. Yo lo había descubierto entonces y me gustaba imaginarlos bailando en el porche de su casa, con esa canción de fondo, entrelazados, girando alrededor de la silla de mimbre y parándose junto a las petunias para besarse. Había sucedido en su Ithaca, y yo le había prometido al abuelo que lo llevaría de regreso.

*MR. AND MRS. FANTASY*

—¡Dios mío! ¡Yes! —le dijo Corrina al abuelo.

—¡Sí! ¡Yes! —exclamó él riendo.

—¿Qué? —pregunté yo.

—El nombre de la banda —me explicó, marcando el ritmo con la cabeza, mientras Corrina subía el volumen.

El abuelo y Corrina se pusieron a cantar *I've Seen All Good People* a voz en cuello, pero a mitad del tema ella bajó el volumen. Después señaló un cartel en forma de corazón que anunciaba un restaurante, al otro lado de la carretera, y redujo la velocidad lo suficiente para que todos pudiéramos verlo bien. A pesar del cartel, no había ningún restaurante a la vista. Sólo se veía la polvorienta extensión gris, unos pocos arbustos de salvia y, a lo lejos, un acantilado bajo la sombra que proyectaban las nubes. El corazón rojo se erguía solitario en medio del desierto, con un nombre al pie, «Jenny Rose», como un tatuaje que aún se conservara tras la desaparición del cuerpo.

—Jenny Rose —dijo Corrina.

—¿Es el nombre de otro coche? —pregunté.

—No —gruñó ella—. Sheryl Crow. «Tuesday Night Music Club.» 1993.

—¿Qué?

—Fue su primer álbum. Ese cartel aparece en el reverso de la portada —prosiguió Corrina, que para entonces había vuelto a acelerar y había cambiado de carril para seguir avanzando.

Cuando terminó el tema de Yes, se volvió un momento para mirar al abuelo y pasó rápidamente a otra canción.

—*Dear Mister Fantasy* —dijo—. Traffic. Primer álbum. 1967. «Mr. Fantasy.»

—*Dear Mister Fantasy* —repitió el abuelo en el asiento trasero—. ¡Dios mío! Recuerdo esa canción.

—Lo sospechaba —contestó Corrina.

—¿Cómo demonios sabes todo eso? —le pregunté.

—Los exhippies —me explicó. Al ver que yo no lo entendía, me miró y negó con la cabeza—. Me bautizaron con el nombre del título de una canción de Bob Dylan, ¿qué más quieres que te diga?

—Y después ¿qué? ¿Te obligaron a escuchar canciones viejas durante el resto de tu vida?

—Clásicos —apuntó el abuelo a mi espalda.

—¿Qué?

—Son clásicos —me corrigió—. No los llames «canciones viejas».

—Así es, Hendrix. —añadió Corrina, con una sonrisa socarrona—. Son clásicos.

Se echó a reír y después empezó a cantar con la música de la radio, haciendo una segunda voz en perfecta armonía con la del cantante.

El abuelo hizo un gesto afirmativo.

—¡Tienes una voz enorme! —exclamó, y luego se recostó en el respaldo y se puso a mirar por la ventanilla.

Ella sonrió, sin dejar de cantar, y aunque estábamos dentro del coche, rodeados por todas partes por el polvo inerte del desierto, la imaginé en el paseo marítimo y sentí que su voz se elevaba por encima del griterío estúpido, como cuando oyes el canto de un pájaro entre las copas de los árboles y tienes que pararte para apreciar la pausa y la calidez de tu propio aliento interior.

—Muy bien —dijo, cuando terminó la canción—. Está decidido. Voy a hacer dos listas de reproducción: una para tu abuelo y otra para mí. Es lo que nos hace falta. Todo viaje por carretera necesita listas de reproducción que molen mucho.

—¿Y yo? —le pregunté.

—¿Tú qué?

—¿A mí no me harás una lista?

—Tú ya eres un caso perdido, Hendrix. En cambio tu abuelo es genial.

Se volvió, le hizo el signo de la paz con los dedos y el abuelo le respondió con un gesto afirmativo. Entonces Corrina se puso a toquetear el teléfono.

—Además —prosiguió—, tú no necesitas una lista propia, porque las dos que pienso hacer son en cierto modo para ti.

Hubo algo en la forma de decirlo, quizá en la manera de arrugar la nariz o

en el tono burlón de la falsa irritación que mostró hacia mí, que me hizo sentir oleadas de felicidad.

—Bueno, está bien —le dije, y me volví hacia el abuelo—: ya me ha quedado claro que Corrina es la Wikipedia de la música. Lo que no entiendo es por qué tú también sabes tanto.

—Por tu abuela —respondió él con una sonrisa.

—¿Qué?

—Tu abuela me inició en el rock and roll. Siempre iba un paso por delante de mí. —Volvió a incorporarse y se inclinó hacia adelante, para acercarse a nosotros—. Fue porque tuve que irme a Vietnam.

Cuando el abuelo empezó a contarnos la historia, me di cuenta de que era la primera vez que la oía, de modo que saqué enseguida el LFH de la bolsa que tenía entre los pies y me puse a anotar todo lo que decía con tanta rapidez como pude.

#### LA HISTORIA DE CÓMO INICIÓ LA ABUELA AL ABUELO EN EL ROCK AND ROLL

Cuando pensamos en la guerra de Vietnam, solemos suponer que la mayoría de nuestros soldados fueron llamados a filas, pero no fue así. Dos tercios de los soldados estadounidenses que participaron en aquella guerra lo hicieron como voluntarios. Mi abuelo fue uno de ellos. Corría el año 1966, tenía veintiséis años y estaba en la ruina. El taller mecánico que había intentado dirigir durante los tres primeros años de su matrimonio había quebrado. Tenía un hijo de dos años y, de no haber sido por la ayuda de sus suegros, habría perdido la casa. No tenía alternativa. Necesitaba el dinero y los beneficios que le ofrecía el Ejército, de modo que se alistó.

Después de seis semanas de campamento de entrenamiento básico, volvió a su casa por un breve período de tiempo, antes de que lo enviaran al otro extremo del país, para cruzar el Pacífico desde allí. Sólo había estado seis semanas fuera, pero la separación había sido igualmente dolorosa. Lo notó al regresar del campamento, por el tipo de discos que ponía mi abuela.

—Escucha —le dijo ella, cuando estaban los dos sentados en los peldaños del porche, antes de que él bajara la cuesta hacia la parada del autobús para irse a la guerra—. Todo está cambiando. Todo, excepto nosotros.

Tenían muchos discos de la música folk que les gustaba, y tras el alistamiento de mi abuelo mi abuela había puesto miles de veces la canción en la que Malvina Reynolds se preguntaba qué le habían hecho a la lluvia y aquella otra de Joan Báez sobre la novia de Saigón. Las había escuchado tantas veces que era probable que hubiera perdido la cuenta. Mi abuelo entendía a la perfección que ella necesitara oír esa música triste,



melancólica y casi inocente. Pero durante el breve permiso entre el campamento de entrenamiento y la incorporación a filas, se dio cuenta de que ella escuchaba otro tipo de música, de una clase que él oía por primera vez.

—Suena como si todos estuvieran furiosos —le comentó.

—Sí —admitió ella—. Yo también estoy furiosa.

—Conmigo no, por favor —le suplicó él—. No te enfades conmigo mi último día en casa.

—No estoy enfadada contigo, Charlie, sino por ti. Estoy furiosa por tu causa.

Eso era el rock and roll para ella. Lo escuchaba para pensar en mi abuelo, en las razones por las que se había marchado y en lo mucho que deseaba su regreso.

—Prométeme que buscarás música parecida a ésta cuando llegues a Vietnam, que pensarás en mí y sabrás que estoy furiosa por ti, aquí en casa.

Sonaba *For What It's Worth*, de Buffalo Springfield.

—Habla sobre una protesta en Los Ángeles —le explicó—. Pero me hace pensar en Vietnam.

Y cuando el abuelo estuvo allí y conoció a otros soldados que también apreciaban ese tipo de canciones y pedían a sus familiares que se las enviaran, empezó a escuchar esos temas siempre que tenía oportunidad. Notó que la música se volvía eléctrica, notó la oscuridad en los acordes y se puso furioso en la distancia, cada vez más resuelto a hacer lo que fuera necesario, con toda su capacidad y sus fuerzas, para mantenerse con vida y volver a casa.

—¡Es genial! ¡Increíble! —exclamó Corrina cuando el abuelo terminó de contar la historia.

Durante las horas que transcurrieron mientras atravesábamos el resto de California, mientras yo convertía las notas del relato que acabábamos de oír en un nuevo capítulo del LFH, Corrina se dedicó a estrechar su amistad con el abuelo, hablando de «rock bueno» y «rock de mierda», cantando a coro y buscando con el teléfono algunas canciones que ella no conocía pero él recordaba a medias. Yo no conocía ninguna. Sly & The Family Stone. *Me and Bobby McGee*. The Lovin' Spoonful. Grace Slick. *Cloud 9*. *Eight Miles High*. *Easy Wind*. Thunderclap Newman. The Meters. El abuelo y Corrina no dejaban de mencionar nombres a toda velocidad y yo no podía distinguir cuál se refería a una canción y cuál a una banda. Cuando Corrina encontraba un tema, a veces me sonaba lejanamente conocido. Quizá había oído retazos en una película o en un anuncio, pero nunca la canción completa. Era así porque solíamos escuchar las noticias en casa o en el coche, y yo era el tipo de bicho raro que se toma el trabajo de buscar en los viejos catálogos de la biblioteca

para ver si encuentra grabaciones de Maya Angelou hablando de las razones por las que canta el pájaro enjaulado o de Carl Sandburg leyendo sobre la niebla y sus patitas de gato.

Sin embargo, poco después de cruzar la frontera de Nevada, los interrumpí.

—Oye —le dije al abuelo, en una pausa entre canciones—, ¿la abuela hizo que siguieras escuchando música nueva también después de la guerra?

—Por supuesto —respondió—. No quería impedirle que escuchara lo que quisiera. Le encantaba la música. Con el tiempo, llegó a gustarme a mí también, porque a ella le gustaba.

—Entonces mi padre debió de crecer escuchando un montón de rock and roll, ¿no? —dije.

No sé por qué se lo pregunté. O quizá sí. Tal vez la idea de llevarlo de vuelta a su casa me había traído a la mente la imagen del Padre Muerto. Del mismo modo que el abuelo llevaba la fotografía, yo arrastraba conmigo el fantasma de mi padre, o quizá su espectro me estaba persiguiendo, con aquella mano mojada que salía del agua y la voz que me llamaba para que fuera a reunirme con él.

El abuelo guardó silencio un momento. Me volví para mirarlo y él me apoyó una mano en el hombro.

—Sí —respondió en voz baja.

Pensé que iba decir algo más, pero desvió la mirada hacia la ventanilla.

—¿Como qué, por ejemplo? —pregunté—. ¿Cuáles eran sus canciones favoritas?

—No lo sé, Teddy —contestó el abuelo—. No sé muy bien qué le gustaba.

—¿No tenía discos? —insistí—. ¿Qué tipo de música solía poner?

—Ya te he dicho que no lo sé —repitió el abuelo—. No me atosigues.

Era un asunto espinoso. Sabía que no debía marearlo con más preguntas, pero su reacción me dolió, porque sobre todo en ese momento estaba seguro de que sabía muchas cosas que me estaba ocultando adrede. ¡Se trataba de mi padre! «¿Cuál era su canción favorita?» «¿Qué sabor de helado le gustaba?» «¿De qué color era la camiseta de su equipo de la liga infantil de béisbol?» Eran tonterías, pero tenían mucha importancia.

Sin embargo, el abuelo debía de estar pensando todavía en Vietnam, porque cuando cruzamos la frontera de Nevada y Corrina subió el volumen

para escuchar *Fortunate Son*, de Creedence Clearwater Revival, que estaba en su lista de reproducción, no cantó con ella; permaneció en silencio, con la vista perdida en las extensiones polvorientas del desierto de Mojave, con una mano sobre la cabeza del *Viejo Salido*, frotándole la coronilla sin prestarle atención.

—Vamos a parar en Las Vegas —dijo por fin—. Quiero pasar a ver al Cuentahistorias.

Bajé el volumen de la música, para oírlo mejor.

—¿A quién?

—Al Cuentahistorias —respondió el abuelo—. Vamos a pasar por al lado de su casa y hace años que no lo veo.

—Hoy tenemos que tratar de llegar lo más cerca posible de Denver —expliqué—. No vamos a parar, a menos que sea imprescindible.

—Podríamos parar —replicó el abuelo.

—¿Quién es el Cuentahistorias? —insistió Corrina.

Me volví hacia el asiento trasero.

—Ya es tarde y ni siquiera sabemos dónde vamos a dormir esta noche.

—Si pasamos cerca de su casa y no paramos, se enterará. Siempre se entera de todo.

—Nadie se enterará de nada. Nadie sabe lo que estamos haciendo. ¡Ése es el tema, abuelo!

—En serio —dijo Corrina—, ¿quién es ese tipo? ¿Alguien va a decírmelo?

—Me preocupa el tiempo. No nos sobra —dije.

—¿A ti te preocupa el tiempo? —preguntó el abuelo—. ¿A ti? Tenemos tiempo, Teddy.

Empezaba a notar el grave rumor de la rabia en su interior y no podía permitir que volviera a estallar. La escena en el In-N-Out había sido más que suficiente para todo el día y me había dejado agotado. Podría haberme quedado dormido al instante en el asiento del acompañante, pero tenía miedo de lo que pudiera suceder en cuanto cerrara los ojos. De hecho, me preocupaba lo que fuera a pasar cuando finalmente tuviera que irme a dormir esa noche y las noches siguientes.

—De acuerdo —accedí, mientras me volvía otra vez hacia la carretera y me hundía en el asiento—. Pero que sea una visita corta.

—¡Yuju! —gritó Corrina, levantando el puño—. ¡Viva Las Vegas!

## EL CUENTAHISTORIAS

El Cuentahistorias era el tipo que aparecía al lado del abuelo en la foto de la playa, el hombre alto y ancho de hombros, sin camisa y con una densa cabellera oscura peinada hacia atrás, que se reía como si le estuviera aullando a la luna. Yo no lo conocía en persona, pero había oído hablar mucho de él. Historias tristes. Un fragmento de granada lo había alcanzado en la espalda y lo había dejado parálítico de cintura para abajo. El abuelo había mantenido el contacto con él, pero hacía años que no lo veía.

Fuimos a Las Vegas para hacerle una visita, pero no a esa Las Vegas que Corrina imaginaba. Nos llevó un buen rato encontrar la manera de salir de la I-15, para seguir por las calles de la ciudad, con los esplendorosos megahoteles del Strip a nuestra izquierda, hasta dejarlos atrás. El abuelo iba recuperando cada vez más la memoria y, al final, tras pasar varias veces por la misma calle, reconoció el edificio beige con detalles rojos del Boulder Station Casino, que podría haber sido perfectamente la escenografía de un western si una torre de quince pisos hubiera tenido cabida en una película del oeste. En cuanto lo reconoció, dijo que el Cuentahistorias tenía que vivir a la fuerza por allí cerca, porque sabía que trabajaba en ese lugar y que acudía a diario en silla de ruedas.

Las viviendas de los alrededores eran mucho más pequeñas que la mía. Algunas eran simples caravanas, o al menos tenían ese tamaño, con jardincillos delanteros que no pasaban de ser pequeños cuadrados de tierra. La zona tenía un aspecto desierto y desolado, por lo que empecé a ponerme nervioso. Quería llegar e irme enseguida, porque aún nos quedaban una carretera y muchos kilómetros por delante.

Mientras circulábamos por esas calles miserables con verjas retorcidas que habían perdido los barrotes, pensé en todas las veces que me había quejado de que nuestra casa fuera demasiado pequeña y en lo mucho que había

deseado vivir en una de las minimansiones llenas de colorido y rodeadas de árboles de las mejores colinas de Venice o del otro lado del paseo de Santa Mónica.

Por fin, tras recorrer a paso de caracol la Avondale Avenue, el abuelo señaló una de las fachadas: un rectángulo de color rosa desvaído. Era una de las pocas casas que conservaban la tela metálica de la valla en perfectas condiciones. Sus paredes relucían al sol cegador del desierto.

—Es ahí —dijo el abuelo—. Ahí es donde vive.

Eran poco más de las tres y media de la tarde y, en cuanto aparcamos frente a la casa y Corrina apagó el motor, sentimos que el calor empezaba a colarse dentro del coche porque el aire acondicionado había dejado de funcionar. Le puse la correa al *Viejo Salido*, le abrí la puerta y los cuatro nos dirigimos hacia el portón de la casa.

—¿Estáis seguros? —preguntó Corrina, abanicándose con una mano—. Me preocupa un poco que quienquiera que viva ahí salga a recibirnos con una escopeta.

La atmósfera era pesada y agobiante, y por detrás de la vivienda se oían zumbidos y resoplidos de carácter claramente mecánico. Las dos ventanas de la fachada y el panel de vidrio de la puerta principal tenían cortinas, y estaban corridas. Noté que el extremo de una de esas cortinas se levantaba en un movimiento fugaz y volvía a caer con tanta rapidez como se había levantado.

El *Viejo Salido* iba y venía, olfateando el suelo cerca de la verja.

—Bueno —dijo Corrina—, veamos si hay alguien en casa.

Cuando yo me dirigía hacia el portón, se abrió la puerta principal y un hombre en silla de ruedas se puso a agitar las manos con frenesí, como queriendo señalarme algo. El *Viejo Salido* empezó a ladrar.

—¡Espera! —gritó el hombre.

Pero ya era tarde. Nada más rozar con un dedo el cerrojo del portón, una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo y me dejó aturdido, mareado y entumecido.

Todos retrocedieron un paso, y el hombre de la silla de ruedas se inclinó para bajar un interruptor en una caja adosada a los peldaños de la entrada.

—¡Ya está! —gritó, y nos hizo señas para que pasáramos.

Yo me quedé quieto, o todo lo quieto que pude, porque tenía la sensación de que todo se movía a mi alrededor. El abuelo me rodeó los hombros con un brazo, abrió el cerrojo del portón y nos hizo pasar.

—Vais a tener que perdonarme —dijo el Cuentahistorias—. Es un chisme que he instalado para mantener alejados a los niños del barrio.

Me limité a negar tristemente con la cabeza, porque ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¿Llorar? Aún sentía el temblor de la descarga eléctrica, pero le dije que ya me encontraba bien.

Asintió y le tendió la mano al abuelo.

—¡Charlie! No me habías dicho que vendrías. ¿Por qué demonios no me llamaste? ¡Venid, pasad!

Nos hizo entrar en su cuarto de estar con aire acondicionado y cerró la puerta con rapidez. La casa era una madriguera con una red enmarañada de cables sobre las paredes, conectados a una serie de teclados y monitores, y a una colección dispersa de componentes informáticos, consolas y otros aparatos cuyas fechas de fabricación debían de abarcar por lo menos cuatro décadas. Había ordenadores Apple de modelos desconocidos para mí, una vieja Nintendo entre libros apilados en un estante bajo y un montón de pantallas por todas partes. Distinguí una encima de un sofá enorme y otra colocada de canto en la esquina de un sillón. Sobre una butaca había un antiguo sistema Atari, con el videojuego Pong aún instalado y erguido sobre la consola como el retablo de un altar. Por una de las pantallas iba pasando un pato de dibujos animados en dos tonos, que el Cuentahistorias derribó con despreocupación con una pistola Nintendo gris, mientras se deslizaba sobre su silla hasta el otro extremo del cuarto de estar, donde terminaba la moqueta y empezaban las baldosas de la cocina. No era mucha la distancia, pero me sorprendió la rapidez y la habilidad con que se movía entre el caos.

—Aquí vivo —explicó, señalando la habitación a su alrededor—. Es lo que llamo «el Nido». Bienvenidos —nos dijo, y después añadió, mirando al abuelo—: ¿Cuántos años han pasado?

El abuelo miró primero a su alrededor y después al Cuentahistorias.

—No lo sé —dijo.

—Por lo menos cuatro. Tal vez más. ¡Cuánto tiempo, cabrón de mierda! —El Cuentahistorias nos echó una mirada a Corrina y a mí, y se encogió de hombros—. Perdonad el lenguaje. Tengo unos modales de puta pena... Eh... Lo que quiero decir es que... Mierda, ya sabéis lo que quiero decir. Lo siento.

Yo estaba paralizado en medio de la habitación. Hasta el *Viejo Salido* parecía tenso, y olisqueaba cables y ordenadores, temeroso de recibir otra descarga eléctrica. O al menos eso pensaba yo, mientras seguía moviéndome

despacio, sin dejar de parpadear, bostezar e inspirar hondo para asegurarme de que mi cuerpo funcionaba tal como debía.

Corrina dio un rodeo y se situó delante de mí.

—A mí no me molesta —dijo.

—Ya —convino el Cuentahistorias—. De vuestro grupo, tú pareces la más dura.

—Lo soy —replicó ella, mientras se izaba hasta lo alto de la encimera que hacía las veces de barra de bar.

Había un par de butacas altas vacías, pero ni siquiera las miró. Allí sentada, sus ojos quedaban más o menos a la altura de los míos. Se volvió para mirarme con una sonrisa.

—Yo también lo creo —intervino el abuelo. Se lo veía cansado y se dejó caer en una de las butacas—. Estoy demasiado viejo.

—Bueno —dijo el Cuentahistorias—, no habrás hecho todo el camino hasta aquí para decirme eso, ¿no? ¿Ha pasado algo? Diría que te has traído a toda la familia —añadió, pero después miró al abuelo con expresión inquisitiva—. Sólo que no es así.

—Mi hijo está tratando de ayudarme —respondió el abuelo.

Yo levanté la vista desde mi confusa bruma, atento a lo que vendría a continuación y preocupado porque parecía que empezaba a fallarle la cabeza. Me acerqué y me apoyé en la barra del bar, entre Corrina y él, que se quitó el sombrero y se lo colgó de una rodilla.

—Quiero decir que me está ayudando mi nieto —se corrigió, antes de frotarse la cara y levantar la mirada hacia las tablas de la pared.

Colgada de un clavo, había una gorra de veterano de Vietnam, negra y dorada, igual que la suya.

—¡Y yo que pensaba que todas las historias eran mías! —El Cuentahistorias sonrió—. ¡Esto se merece un brindis!

A juzgar por la colección de botellas vacías que había apiñadas sobre un barril al lado de la puerta, el Cuentahistorias debía de ser un gran cliente de las licorerías Basil Hayden. Enseguida se dio cuenta de lo que estaba mirando.

—Sí, ya ves: bourbon caro para un pobre pensionista... Pero como dijo el viejo Lincoln: «La gente sin vicios tiene muy pocas virtudes». Además, ¡qué carajo! ¡Estamos en Las Vegas! ¿Te sirvo un vaso del bueno, Charlie?

El abuelo negó con la cabeza.

—No puedo.

El Cuentahistorias frunció el ceño.

—¡Esa puta cabrona! —soltó, y todos comprendimos que se refería a la enfermedad del abuelo—. ¿Qué vais a beber vosotros dos? —añadió, señalándonos con un dedo.

—Lo mismo que tú —replicó Corrina.

Y el Cuentahistorias se echó a reír. Yo no dije nada, porque Corrina se había quitado las gafas de sol y las había colgado del cuello de mi camiseta, y no estaba seguro de si las chispas eléctricas que sentía en mi interior se debían a la descarga recibida en la valla o al roce de sus dedos en la piel de mi pecho.

Mientras el Cuentahistorias dirigía la silla de ruedas hacia un aparador, en busca de vasos, el abuelo negó con la cabeza.

—Lou —le dijo—. Son niños.

El Cuentahistorias se volvió para mirarlo un momento, mientras se servía un par de dedos de bourbon de una botella recién abierta. Se los bebió de un trago y se sirvió una medida un poco más generosa.

—Otra cabronada, ¿no? —dijo—. El Tío Sam te hace firmar por un año, te envía a la otra punta del mundo para que te revienten la espalda y te jodan de mil maneras diferentes y, cuando vuelves a casa, ni siquiera puedes beber una copa de bourbon. Puta vida, ¿verdad?

—Putá vida —repitió Corrina, balanceando las piernas, que le colgaban de la encimera, y disfrutando de manera muy evidente de cada palabra que salía de la boca del Cuentahistorias—. Injusta, implacable e indiferente —añadió.

—Y no podemos hacer nada al respecto —comentó el Cuentahistorias.

—Así es —convino ella—. Por lo que todo acaba siendo una fábrica de solitarios.

El Cuentahistorias se echó a reír.

—«Una fábrica de solitarios.» Me gusta. Eres muy ingeniosa. ¿Estáis juntos, vosotros dos? —preguntó, señalándome con la mano—. ¿Sois pareja? ¿Salís? ¿Cómo cojones lo llamáis ahora?

—No —se apresuró a aclarar Corrina.

—Entonces ¿a qué estás esperando? —me preguntó el Cuentahistorias.

—Mmm... No depende sólo de mí. Ella también tiene opinión —dije.

—Y que lo digas, Hendrix —intervino Corrina.

—Sí, sí, por supuesto. Es evidente que tiene opinión —replicó el



Cuentahistorias con una carcajada—. Por cierto, veo que falta alguien. —Se sorbió los mocos—. La optimista de la familia.

—¡Por favor! —le supliqué, alejándome de la encimera—. No sabe que estamos aquí.

El Cuentahistorias asintió al notar la urgencia en mi tono de voz.

—Te entiendo, muchacho. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

Se sirvió un poco más de bourbon y después dirigió la silla de ruedas hacia la pantalla donde seguían apareciendo silenciosos patos en vuelo y un perro del mismo color que el *Viejo Salido*, que miraba con atención a la cámara como a la espera de que pasara algo. El Cuentahistorias apagó el televisor y volvió a situarse delante de nosotros.

—Como ya os he dicho —prosiguió—, todo son historias.

—Muy bien, Lou —dijo el abuelo—. Sólo quería pasar por aquí un momento, a ver qué tal estabas. Veo que tienes más mierda aquí dentro que la última vez que te visité.

Me gustaba cuando el abuelo utilizaba lenguaje malsonante. Cuando decía tacos, pese a lo que pensara la gente del Calypso, parecía que aún tuviera esperanzas de recuperar el control, como si se aferrara a algo con todas sus fuerzas y se negara a soltarlo todavía.

—Hace cuatro años, quizá cinco —dijo el Cuentahistorias.

—Sí. He tenido algunos problemas.

—Lo sé —replicó el Cuentahistorias—. Lo sé.

Se acercó al sillón, retiró el televisor que había apoyado encima y lo dejó en el suelo.

—Siéntate, Charlie. Pareces agotado.

—Lo estoy. Pero vuelvo a casa —dijo el abuelo—. Vamos a Ithaca. Eso hacemos.

Se dejó caer pesadamente en el sillón y echó la cabeza hacia atrás.

—Por fin vuelvo a casa.

—¡Ah! —exclamó el Cuentahistorias—. Bueno, ya sabes: todo el mundo respeta la carretera. Así son las cosas. Todos respetan a los que deciden ponerse en camino.

—Eso mismo digo yo —replicó el abuelo—. Todo el mundo respeta la carretera.

Asintieron, como si ambos se estuvieran refiriendo a algún episodio del pasado.

El Cuentahistorias me miró.

—No te preocupes, muchacho, tu secreto está a salvo conmigo. Sin embargo... —Eché un vistazo al abuelo, que parecía tener los párpados pesados—. Cuéntame más sobre lo que estáis haciendo. Quiero ayudarlos. El viaje es largo.

—Es largo, sí —contesté—. Pero tenemos que hacerlo.

El Cuentahistorias frunció el ceño y me señaló con un dedo.

—No te echés atrás; a nadie le gusta la gente que se acobarda. Demuestra que tienes un par. Y ahora escúchame bien, porque voy a contarte una historia de tu abuelo. Seguro que nunca te ha hablado de la vez que nos salvó la vida a casi todos, en medio de un puto bombardeo. Si hay alguien que puede conseguir algo así, es ese tipo de ahí. —Señaló al abuelo, que quizá había sido un héroe de guerra en otra época, pero en ese momento era un anciano pequeño, vestido con ropa arrugada y hundido en un sillón fabricado para un hombre mucho más grande que él—. Vamos —prosiguió el Cuentahistorias—, ponte cómodo. Puede que queden un par de latas de cerveza en el fondo de la nevera. Coge una para ti y otra para tu amiga. Parece sedienta.

El abuelo lo miró con gesto serio.

—¿Qué pasa? ¿Acaso tú no bebías cerveza a su edad? ¿Acaso no era legal? ¡Por el amor de Dios!

—El chico tiene quince años.

—Diecisiete —lo corregí yo.

—Pero sigues siendo un niño —me dijo el abuelo.

—Puf —resopló el Cuentahistorias, desechando con un ademán sus objeciones—. Sólo con un año más podría ingresar en el puto infierno. No le hagas caso al viejo —me dijo—. Ve a buscar un par de latas.

Pero no nos contó solamente una historia, sino cinco o seis, imbricadas unas con otras: los horrores de encontrarse en las colinas del norte de Vietnam, cerca de la zona desmilitarizada, durante el primer cuatrimestre de 1968; el aprecio que todos los soldados tenían al abuelo; lo mucho que les gustaba que hablara poco y no dijera tonterías ni se anduviera con rodeos; y lo mucho que apreciaban que fuera mayor que el resto de los sargentos, pero aun así hiciera el mismo trabajo que ellos, por muy pesado y tedioso que fuera, codo con codo con los demás en el barro, entre los juncos y bajo la lluvia. Según nos explicó el Cuentahistorias, la palabra más importante para todos ellos era «nosotros».

«Nos arrastrábamos entre la pestilencia del suelo encharcado, el hedor a hojas y ramas podridas, bajo una vegetación que parecía hecha para dinosaurios, entre los ruidos de dinosaurio de la jungla, entre el fango y la extrañeza de todo a nuestro alrededor, encorvando el espinazo en medio de helechos y árboles que se doblegaban bajo el peso del agua, como grandes cortinas verdes que nadie se atrevía a descorder, porque detrás acechaba el silencio de la muerte. “¿Dónde estamos?”, nos preguntábamos todos. “¿Dónde estamos esperando? ¿Por dónde andamos? ¿Por qué estamos aquí?” Ratas en las mochilas. Serpientes en los macutos. Nubes y más nubes de bichos en los ojos, la ropa y el pelo.

»Nunca entendíamos las órdenes ni sabíamos adónde íbamos, ni siquiera cuando el destino estaba claro, como cuando el transporte nos llevó al norte y nos depositó sin detenerse, reduciendo sólo la velocidad, con la orden de arrojarnos rodando a un campo que ya estaba plagado de fuego trazador, de balas que silbaban entre los juncos y las hierbas altas, de proyectiles entre las hojas y los árboles, en el suelo y en el barro. Tuvimos que arrastrarnos por el fango, con el fuego de mortero silbando sobre nuestras cabezas.

»Pasamos la noche recostados en los sacos de arena de las trincheras, abrazados a nuestras propias rodillas y gritando. Cavamos zanjas de protección más profundas y pasamos una noche más, tratando de detectar cualquier actividad con nuestras miras infrarrojas. Entonces llovieron toneladas de bombas de mortero, la línea de las trincheras se quebró y el combate cuerpo a cuerpo trajo consigo un río de cadáveres. El estallido de una granada nos proyectó contra la pared, y el estruendo de la batalla a nuestro alrededor, los gritos, los aullidos, el siniestro traqueteo de las ametralladoras, el chapoteo del barro y los gemidos de los heridos comenzaron a entretenerse en un solo ruido en nuestros oídos. Teníamos las manos pegajosas de nuestra propia sangre y gritábamos pidiendo ayuda, pero sin poder oír nuestros gritos, porque el estruendo era ensordecedor. Estaba oscuro y la angustia y el dolor no nos dejaban ver nada, pero Charlie nos sacó a rastras de allí, hacia una zanja más profunda, y la lucha prosiguió a nuestro alrededor hasta las primeras luces del alba, cuando sacamos a todos los heridos a la espera de los helicópteros. Pensábamos que Charlie había pasado la noche a nuestro lado, pero no había sido así, había vuelto atrás para sacar de la trinchera a Jack Powers, a Matt Washington y a unos cuantos más. Los incendios rugían en las aldeas. Las cabañas y los cobertizos ardían y el fuego se propagaba a los

árboles, los arbustos y todo lo que nos rodeaba. La guerra estaba en nosotros, en nuestros cuerpos, en nuestros ataúdes, que sólo contenían los susurros de muerte del aliento de nuestros huesos. La jungla acechaba en nuestras mentes.»

## TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A SAN LUIS

Cuando el Cuentahistorias terminó, levantó la botella de Basil Hayden's, observó lo que quedaba de bebida en su interior y, tras dudarlo unos segundos, se sirvió otro vaso.

—Fue un infierno —dijo, después de beber otro trago—. Un maldito infierno.

El abuelo había escuchado el relato del Cuentahistorias y había ido asintiendo en ocasiones para confirmar lo que contaba, pero su cara había permanecido inexpresiva y sombría. Se había quedado inmóvil en el sillón, inclinándose de vez en cuando sólo para rascarle el cuello al *Viejo Salido*. Fui al cuarto de baño y, cuando volví, el Cuentahistorias se había bebido el bourbon y el abuelo estaba diciendo:

—No sé por qué tengo que recordar justo esas cosas. Hay otras que me gustaría tener presentes y, sin embargo, se me olvidan. En cambio, preferiría olvidar ese tipo de historias. Lo siento, Lou, pero es así. Todavía me parece oír el ruido de las ametralladoras con tanta nitidez como si estuvieran aquí. Esa tensión nunca se supera. ¡Y, Dios mío, los cadáveres! Daría cualquier cosa por olvidar los cadáveres, Lou, pero no puedo.

—Yo tampoco —contestó el Cuentahistorias—. Y no puedo hablar con nadie de esto. ¿Quién va a querer escucharme, excepto los que estuvieron allí con nosotros? Todos volvimos de la guerra un poco muertos por dentro. Tuvimos suerte de que no acabaran de matarnos.

—Qué horror —murmuró Corrina, mientras se apoyaba levemente en mí.

Yo tenía las manos sobre la encimera. Me recosté en la barra y ella sólo apoyó una mano en una de las mías y la dejó allí. Cuando percibí su aliento suave y triste junto a mi cuerpo, sentí en las entrañas un aleteo, como el ondular de una bandera al viento.

—Hay muchas cosas que contar —dijo el Cuentahistorias.

—Por eso te llaman «el Cuentahistorias», ¿no? —contesté—. ¿Podrías contarnos alguna de Betty? Para mi abuelo.

El abuelo levantó la vista y sonrió. Creo que tenía algo que decir, pero se guardó las palabras, mientras trataba de controlar otras cosas que quizá tenía también en su interior. Le brillaban los ojos. El *Viejo Salido* lo empujó con el hocico y se frotó la cabeza contra su pierna. El abuelo volvió a hundirse en el sillón y me di cuenta de que estaba saboreando pequeños recuerdos que en ese mismo instante había conseguido rescatar.

—Es verdad —dijo el Cuentahistorias, mirando al abuelo, mientras hacía avanzar y retroceder la silla de ruedas con una mano, tratando de encontrar la posición más cómoda—. Tú tenías a alguien que te esperaba en casa. De hecho, te esperaba más de un «alguien».

De repente, mi padre estaba otra vez con nosotros en la habitación. El abuelo y Betty habían eludido la catástrofe y la familia volvía a reunirse, pese a tener todas las probabilidades en su contra. El Padre Muerto cobraba vida de nuevo, recuperado del pasado para ocupar palpitante el momento presente gracias a las palabras del Cuentahistorias. Estoy seguro de que a eso se refieren las culturas antiguas cuando hablan del poder de la narración y el significado del mito. Eso quieren decir cuando hablan del tiempo mítico, en el que el pasado cobra vida en el presente.

—¿Conocías a mi padre? —le pregunté.

—No mucho —respondió el abuelo, antes de que el Cuentahistorias tuviera tiempo de contestar—. Nadie lo conocía demasiado, ¿verdad, Lou?

El Cuentahistorias miró primero al abuelo y después a mí.

Nadie decía nada y, tal como solía pasar en el Gran Vacío Azul, el silencio se llenó con el fantasma del Padre Muerto, que flotaba como una neblina invisible, para recordarnos a todos que no nos permitiría que lo olvidáramos, que también nos seguiría en este viaje.

El Cuentahistorias fue el primero en hablar.

—¿Qué esperas encontrar en el este? —preguntó.

—A Betty —respondió el abuelo.

Dejé que su respuesta se asentara un segundo, para asegurarme de que no iba a decir nada más, ni pensaba añadir nada realmente extraño, como que la abuela aún seguía allí y también quizá el Padre Muerto, o que volvía a tener veintinueve años y estaba atravesando el país en compañía de otro veterano,

con las mochilas debajo de los asientos del autobús, en el trayecto entre San Francisco y Nueva York, en el largo viaje que lo devolvía a casa desde la guerra tras regresar con vida de Vietnam.

—Teddy va a llevarme a casa —prosiguió el abuelo.

—Así es —dije yo.

—Y yo debo respetar los límites de velocidad —añadió Corrina—, lo que hace que vayamos un poco más lentos.

Levantó su lata de cerveza, pero al ver que estaba vacía, bebió un sorbo de la mía.

—Sí, y el abuelo está en una residencia. Hemos registrado la salida, pero sólo para tres días, incluido el de hoy.

El Cuentahistorias se golpeó una mano con el puño.

—No habréis pasado por ningún peaje, ¿no?

—No —respondió Corrina.

—Bien —dijo el Cuentahistorias, que se bebió lo que quedaba de bourbon en el vaso que había dejado sobre el aparador y empezó a escribir en uno de los teclados junto al sillón adyacente al del abuelo—. ¿Estáis seguros? —gruñó, sin mirarnos.

—Sí —insistió Corrina—. No hemos venido por ninguna de esas carreteras.

Aún tenía mi lata de cerveza y yo empezaba a preguntarme si me la devolvería, pero su actitud era tremendamente natural, como si estuviera más que acostumbrada a apoyarse en la barra de un bar y hablar de la carretera, de mil y un lugares que visitar y de un mundo gigantesco, hecho para ser vivido y recorrido, y abierto a dejarse explorar, ver, oír, oler, tocar y saborear.

El abuelo miró por encima del hombro del Cuentahistorias, en dirección a una pantalla pequeña que había sobre una estantería.

—No has cambiado —dijo—. Sigues siendo el mismo conspirador de siempre.

—No es conspiración. Es algo que está pasando, Charlie.

—Sí, claro. ¿Qué tienes ahí? —preguntó el abuelo, inclinándose para verlo un poco más de cerca.

—Mira —replicó el Cuentahistorias, mientras señalaba una pantalla mucho más grande, apoyada en el suelo junto al sillón y colocada en ángulo, para que pudiéramos verla desde la barra—. Es un mapa de todas las

carreteras estatales e interestatales del país en las que han instalado cámaras para leer las matrículas.

—¿De verdad? —pregunté yo.

—¿Qué cojones me estás diciendo? —añadió Corrina.

—Lo que oyes —respondió el Cuentahistorias—. Esto es real. Los peajes son los sitios donde resulta más fácil instalar cámaras, claro, pero también las han puesto a lo largo de muchas carreteras. Por suerte, siempre que el Tío Sam intenta este tipo de cosas, alguno de nosotros lo descubre.

—¿En qué carreteras? —pregunté—. ¿En todas?

—No lo sé con seguridad, pero podéis dar por sentado que todas están controladas, ya que son la mayoría —replicó el Cuentahistorias—. Depende del estado, por supuesto. Pero ya podéis olvidaros de Chicago y de todo Nueva Jersey. No vayáis por ahí.

—¿Chicago? Pero ¡si está en nuestra ruta!

—Descartadlo. Zona controlada. Tendrán la matrícula de vuestro coche y una fotografía de sus ocupantes en cuanto estéis a un par de kilómetros de Peoria, Illinois. No vayáis.

Corrina bajó de un salto de la barra y se agachó junto al monitor.

—Están en todas partes —dijo.

—¿Cómo sabes lo de las cámaras lectoras de matrículas? —pregunté.

—Verás —empezó el Cuentahistorias, mientras viraba en redondo para situarse de cara a nosotros—, somos muchos los que nos juntamos para recorrer las carreteras. La mayoría va en moto, pero algunos tenemos que ir en coche o en sidecar. Cruzamos el desierto o las montañas y vamos parando en las ciudades y los pueblos del camino, en todos los que encontramos, como para recordar que estamos aquí. Todo es legal, no hay nada de que preocuparse. La policía está con nosotros. Ya no estamos en 1968 y la gente ha dejado de odiar a los veteranos. Pero algunos de los tipos que nos acompañan tienen multas pendientes y muchas veces cruzamos los límites interestatales. El otro día paramos en Denver, se nos acercaron un par de polis y fueron directamente a poner avisos de multa en el parabrisas de dos de los coches y una de las motos, ¡sin verificar por radio las putas matrículas! Los habían avisado acerca de cuáles eran los vehículos de los infractores. ¡Ya lo sabían! No tuvieron que comprobarlo. Los agentes no querían fastidiarnos, pero recibieron la orden y no tuvieron más remedio que obedecer.

El Cuentahistorias le dio unos golpecitos a Corrina en el hombro para



que se apartara y ella lo dejó pasar. Entonces, él cogió otra vez la botella, la inclinó para servirse un poco más y se la apoyó en el muslo.

—Mi trabajo en el casino consiste sólo en evitar que sus servidores se caigan —prosiguió—. Es más o menos lo único que esperan de mí. Pero la información ya no es un papel en el cajón de una mesa de escritorio polvorienta, como antes. Es una cadena invisible de unos y ceros que se extiende hasta el infinito a través del espacio. Hasta hace unos años la llamaban «la autopista de la información». —Levantó la vista y me miró—. Y por esa autopista es posible circular a gran velocidad. Voy en silla de ruedas, pero no soy ciego. Cuando entro en un sitio donde se supone que no debo estar, me fijo mucho. —Hizo una pausa y me señaló—. Si se lo cuentas a alguien, te corto los huevos y los frío, ¿me oyes?

Lo estaba oyendo y no pensaba contárselo a nadie, de modo que asentí, para que lo supiera.

—Pero habrá carreteras que no estén vigiladas, ¿no? —le pregunté.

—Por supuesto. —Se dirigió otra vez hacia el teclado—. Muchas, pero hay que estar alerta.

—¿Por qué no podemos pasar por Denver? —dije—. Pensábamos ir de aquí a Denver y, desde allí, seguir hasta Chicago.

El Cuentahistorias amplió el mapa y lo señaló con la mano que aún sostenía el vaso vacío.

—Os recomiendo ir por el sur, pasando por Flagstaff, y seguir la antigua Ruta 66, para después torcer hacia el norte. No podéis ir por la ruta del sur, porque os atraparán cuando paséis por Washington y, además, daríais demasiado rodeo. Vuestra ruta es ésta.

Seguí con la vista el recorrido que el Cuentahistorias marcaba con el dedo en la pantalla.

—Parece que todos los caminos conducen a San Luis. Tendremos que pasar por ahí a la fuerza —dije.

—Así es —respondió el Cuentahistorias, mirándome—. ¿Te molesta?

—Si es el mejor camino, por supuesto que no —respondí.

Observó al abuelo, que negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Hay algo en San Luis?

—No, nada —replicó el Cuentahistorias, que desvió la mirada e hizo un amplio gesto con la mano, como desechando mi pregunta—. Es sólo que me vienen muchos recuerdos. No me hagáis caso.

—Ya está bien —intervino el abuelo—. Basta.

El Cuentahistorias empezó a apartarse de nosotros, pero yo me levanté y me interpuse en su camino.

—¿Qué hay en San Luis?

—Lou —le advirtió el abuelo—. No es el momento.

Un silencio incómodo empezó a invadir la habitación. Sentí que se me formaban gotas de sudor en la frente.

—Abuelo —dije, con tanta calma como pude, porque no quería que se agitara—, ¿me estás ocultando algo?

A mi pregunta siguió más silencio.

—¿Algo sobre papá?

El abuelo desvió la mirada y se cerró por completo, como hacía siempre que yo le preguntaba por el Padre Muerto, pero el Cuentahistorias arqueó las cejas y en su forma de observar al abuelo se delató. No pude contenerme.

—Murió en un río en las afueras de Ithaca —dije—. Es lo único que sé. Pero la historia no acaba ahí, ¿verdad? ¿Qué me dices, abuelo?

El Cuentahistorias se volvió para mirarlo de nuevo.

—No hay ninguna razón para no contarle al chico que allí vive ella —dijo.

—¡Maldita sea, Lou!

—Él mismo lo ha dicho —replicó el Cuentahistorias—. De todos modos, vais a pasar por San Luis.

—¿Quién vive en San Luis? —pregunté—. ¿De quién habláis?

—Lou... —El abuelo agarró al Cuentahistorias por el hombro.

—Es la única manera —dijo el Cuentahistorias, mientras accionaba las ruedas de la silla para desplazarse hacia el centro de la habitación y quedar fuera del alcance del abuelo—. ¡Por el amor de Dios, Charlie! Ya no es un niño.

—Hice una promesa —replicó el abuelo.

—¡Madre mía, Charlie! ¡Tú sí que no cambias!

—Estoy tratando de enseñar al chico lo que significa una promesa, el valor que tiene...

—Ya lo sé —dijo el Cuentahistorias—. Ya sé qué le estás enseñando.

—Un momento —intervine yo—. ¿De qué estáis hablando?

—Pregúntaselo a tu abuelo —respondió el Cuentahistorias, mientras giraba en redondo con la silla de ruedas, rodeaba la barra y se dirigía a la

cocina.

Una vez allí, abrió la nevera y sacó la última lata de cerveza Beast.

—¡Maldita sea, Lou! —repitió el abuelo—. Nunca aprenderás a quedarte callado, ¿verdad?

El Cuentahistorias bajó la mirada hacia la lata de cerveza y me la lanzó desde la cocina.

—Tu padre murió en un accidente de tráfico en Ithaca, eso es verdad. Lo que no sabes es que iba a verse con una mujer con la que tenía un lío. Ahora ella ya no vive en Ithaca, sino en San Luis. O más bien en los alrededores de San Luis, en un pueblo llamado Troy, en el estado de Illinois. Vais a pasar muy cerca de su casa.

El abuelo negó despacio con la cabeza.

Yo inspiré profundamente, porque de pronto comprendía que la historia de la muerte de mi padre también existía en la mente de otras personas y en muchas conversaciones posibles. Quizá parezca una tontería, pero hasta ese momento había considerado que el tema sólo nos concernía a mi madre, a mi abuelo y a mí. No se me había ocurrido que el nombre del Padre Muerto pudiera viajar todavía de boca en boca, en lugar de disolverse por completo en la nada. No había pensado que su nombre pudiera vivir aún en los labios de los demás, quizá no del modo que él habría deseado, pero presente y palpitante de todas formas: un hombre que había existido y respirado, y que sin duda se había jodido la vida.

El abuelo cruzó la habitación y vino hacia mí, me apoyó una mano en el hombro y me miró con los ojos llorosos, como si estuviera a punto de decir algo, pero al final no habló. Se apoyó en la barra y me pasó un brazo por los hombros. Yo hice lo mismo.

—Mi hijo era un chico inteligente —afirmó, sin dirigirse a nadie en particular, con la mirada clavada en el suelo o en el espacio entre Corrina y yo—. Inteligente, pero egoísta. —Le tembló la voz—. Muy egoísta.

—No podía ser tan malo —dijo Corrina, sonriéndole—, teniendo en cuenta de dónde venía.

Corrina era mucho más fuerte que yo. Yo estaba sin palabras y sentía la boca reseca.

—No, no era tan malo —contestó el abuelo, negando con la cabeza.

Se agarró a mí mientras se le quebraba la voz y yo me agarré a él con todas mis fuerzas.

—Escucha —dijo el Cuentahistorias detrás de nosotros, en la cocina, mientras abría y cerraba los cajones de los armarios, como buscando algo—. Sabes muy bien que las cosas no son tan sencillas.

Le estaba hablando al abuelo, pero yo le di la razón. Cuando murió mi padre, yo era demasiado pequeño para conocerlo de verdad. Sólo conservaba fragmentos de recuerdos y era probable que fueran imaginarios. Pequeñas pinceladas de cómo me habría gustado que fuera y no de cómo había sido en realidad. Pero, vivo o muerto, seguía siendo mi padre, y es muy extraña la sensación que tiene un niño cuando descubre que su padre o su madre están equivocados, y no sólo sobre alguna tontería aprendida en la escuela, como la manera más rápida de memorizar las tablas de multiplicar, sino sobre algún aspecto profundo y fundamental, como la diferencia entre la verdad y la mentira. Resulta muy extraño saber que eres tú y no tu padre quien tiene la razón. Me hizo pensar en mi madre. Quizá no había sido sólo la soledad, sino también el engaño, lo que la había empujado a concentrar toda su atención y sus fuerzas en Brenner, Stoddard & Pell. Quizá en otra época había sido diferente, más parecida a una madre. Tal vez aún le quedara un poco de eso.

—Mamá —dije en voz alta, como para conjurar también su presencia en la habitación.

Para entonces, el abuelo estaba apoyado con todo su peso sobre mí, de modo que lo llevé hasta el sillón y Corrina me ayudó a sentarlo.

—Estoy cansado —señaló.

—Ya —contestó Corrina—, y también deberíamos comer algo.

El Cuentahistorias parecía haber encontrado lo que estaba buscando en los armarios. Regresó al cuarto de estar con un vaso de algo en la mano y una rodaja de lima dentro.

—¿Pizza? —sugirió.

Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Sí —respondió Corrina—. Y sírveme una copa de lo mismo que estás bebiendo. No creo que vayamos a ir a ninguna parte esta noche.

Tenía razón. El abuelo parecía distante, confuso y medio dormido en el sillón, y el sol que hasta poco antes se colaba por los bordes de las cortinas había desaparecido. Me asomé a la ventana y vi que ya había anochecido. De todos modos, no tenía sentido ponerse en carretera, porque habíamos cambiado de ruta.

## DE DÓNDE SOMOS

Escuchamos más historias de la guerra, luego el abuelo se quedó dormido en el sillón y el Cuentahistorias en la silla, y el *Viejo Salido* se hizo un ovillo a los pies del abuelo, pero Corrina y yo seguíamos despiertos.

—¿Quieres ver si encontramos la manera de subir al tejado? —me preguntó ella.

Abrimos la puerta trasera de la cocina y hallamos un cobertizo adosado a la casa, que debía de contener el generador eléctrico. Trepamos por el cobertizo y subimos a la azotea. Fuimos hasta el borde y nos sentamos, con los pies colgando sobre la fachada. En la acera de enfrente, los vecinos del Cuentahistorias habían levantado una pared con bloques de hormigón alrededor de un jardín, pero desde nuestra posición podíamos distinguir un tobogán y otros juguetes infantiles de plástico, de colores primarios y brillantes.

—Resulta raro, ¿no? —dijo Corrina, señalando en esa dirección—, pensar que podríamos haber crecido en otro sitio. ¿Te imaginas haber pasado la infancia aquí?

—Ahora sería un vaquero. Saldría al alba hacia las colinas, a caballo, y volvería poco después del anochecer —respondí, abarcando con un gesto las montañas azules y moradas que se erguían a lo lejos.

Sabía que quedaban a muchos kilómetros, pero parecían cercanas, como si estuvieran en los límites del barrio del Cuentahistorias.

—Sí —dijo ella—. Yo también. —Guardó silencio un momento—. A menudo me pregunto cómo habría sido pasar la infancia en otro lugar. ¿Qué habría ocurrido si los exhippies no me hubieran sacado de Guatemala?

—Es probable que no hubieras conocido a las Verrugas Eléctricas.

Se rio un poco, entre dientes. Como por la tarde había hecho un calor de mil demonios, yo había dejado la cazadora vaquera en la *Bombardera Azul*; pero ahora que el sol se había marchado, el aire del desierto era mucho más fresco. Corrina también tenía frío. Estaba temblando. Me arrepentí de no haber cogido la cazadora, porque en ese momento podría habérsela echado por los hombros.

—Serías una persona del todo diferente —dije.

—¿Y eso sería bueno o malo? —preguntó.

—No lo sé —respondí—. Pero yo no te habría conocido y tú no serías tú. Para mí sería bastante malo.

Se encogió de hombros.

—Pero no es eso lo que preguntas —añadí.

—No. —Hizo una pausa y continuó—. Siento como si llevara toda la vida escuchando a gente que me dice lo que no soy. Sé todo lo que no soy y también lo que no soy del todo. Pero me gustaría sentir que formo parte de algo. Me gustaría sentir que realmente soy algo y que lo soy por completo.

Pensé que iba a seguir hablando, pero guardó silencio. Estuvimos un rato callados, contemplando el paisaje a nuestro alrededor: una extensión sembrada de rectángulos oscuros o apenas iluminados. Pero yo sabía que Corrina me estaba mirando.

—Vengo de una familia muy rara —dije al cabo de un rato—. Ya suponía que mi padre debía de tener algún lío a espaldas de mi madre, pero me jode que nadie me lo haya contado. Mi madre lo sabía y nunca me ha dicho nada. El silencio es tan malo como la mentira.

—Te entiendo —dijo Corrina, echándose hacia atrás—. No sabes cuánto te entiendo.

Me sentía extraño, en parte porque poco antes había recibido una descarga eléctrica, pero también porque no dejaba de pensar en el Padre Muerto, en la mujer de San Luis, en lo que mi madre sabía o quizá no sabía y en la razón por la que tampoco el abuelo pudiera contarme nada. También me preguntaba por qué las cosas importantes de verdad suelen ser las que nadie quiere mencionar en una conversación.

—Los dos venimos de familias raras —dije al fin, más que nada por decir algo, por intentarlo.

—Sí, más o menos —resopló ella—. Ninguno de los dos sabemos mucho acerca de nuestros padres.

—Pero tus padres no esconden ningún misterio —contesté.

—No me refiero a los exhippies —dijo ella—, sino a mis padres biológicos. La palabra misma los esconde: «biológicos», como si estuvieran encerrados en un libro o en una enciclopedia. ¿Dónde están? ¿Quiénes son? Ya sabes... Ese tipo de misterios.

—Sí, disculpa —respondí.

—Además... —Me miró y después desvió la vista hacia las montañas—. Todo eso me lleva a pensar en otros misterios o, más que en misterios, en agujeros negros imposibles de entender. Como el hecho de estar todo el tiempo atrapada entre dos mundos diferentes, sin comprender del todo ninguno de los dos. A veces siento que los demás quieren que elija uno, pero soy incapaz. Estoy en medio y nadie puede hacer nada al respecto. ¿Cómo voy a encontrar yo la solución?

Asentí.

—Debes de sentirte muy sola.

—¡Joder, claro que me siento sola! —Negó con la cabeza—. Tengo unos padres que me quieren mucho, sí, claro, pero no me conocen. ¿Cómo explicártelo? Si a mi padre le mencionas un concierto, te dirá la fecha, el año, quiénes actuaron y la lista de los temas que interpretaron. Pero no sabe tocar ningún instrumento. ¿Cómo va a entenderme? Muchas veces me pregunto si mis padres de Guatemala tocarán algo.

—¿Te preguntas si lo has heredado de ellos? ¿Por la genética?

—Sí y no —respondió Corrina, llevándose las dos manos a la cabeza, como para intentar que no le estallara—. No es tan sencillo. Hasta cierto punto, me viene de los exhippies. Fueron ellos los que me inscribieron en el campamento de rock para niñas. Fui muchos años y allí empecé a conocer la música que les gusta a mis padres. ¡Es todo tan raro...! Al principio no querían que me dedicara a esto. No se fiaban. Pero cuando me oyeron tocar los temas que les gustan tanto, les pareció bien.

Se puso de pie, cruzó la azotea y se detuvo en el otro extremo, con las manos en los bolsillos, contemplando el resplandor de Las Vegas, con el fino haz de luz que se proyectaba hacia el cielo desde la pirámide y las luces de los edificios a su alrededor de los colores de una bolsa de caramelos. Se parecía a Los Ángeles, con la diferencia de que no había más que hoteles.

Sin dejar de darme la espalda, Corrina continuó:

—A veces me pregunto si toco la guitarra porque es la única manera de

que me escuchen, la única forma de que me miren y me escuchen de verdad, de que se sientan orgullosos de mí, o al menos de que me lo demuestren. Pero cuando toco estoy tocando su música, ¿te das cuenta? Estoy en su mundo, al que no pertenezco del todo, pero ellos nunca hablan de eso.

Estuve a punto de decirle que la entendía, pero me quedé callado, escuchando, porque en realidad no sabía si la entendía y habría sido una estupidez pensar lo contrario.

—Mi padre hace listas de mis pautas de comportamiento, pero nunca me pregunta: «Oye, ¿qué se siente cuando eres una niña de piel morena criada por padres blancos?». ¿Y mi madre? Mi madre siempre me dice: «Cariño, a nosotros no nos importa la raza. Sólo nos importa que somos familia».

Corrina se volvió hacia mí e, incluso en la penumbra, pude distinguir el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Pero es muy jodido decir eso, Hendrix. Porque si a mi madre no le importa la raza, tampoco le importo yo. —Hizo un gesto con las manos, señalando el espacio a nuestro alrededor—. Si estamos los tres en una fiesta y ellos se quedan en la otra punta de la sala, nadie los mirará pensando que son mis padres. Todos buscarán a una pareja de gente morena como yo.

Pensé en la fotografía que Corrina había encontrado en el Gran Vacío Azul, la foto del abuelo, el héroe de guerra con el vaso desechable en la mano. Hizo una broma al respecto, pero en el fondo me estaba diciendo: «Ésta es tu historia, Hendrix». Ahí estaba, mirándome directamente a los ojos. Me recordó el primer trabajo que nos había asignado la señora Keene en clase de poesía: escribir un poema con el tema «De dónde soy». Todos leímos el nuestro en voz alta, y el de Corrina hablaba de una bola de fuego que giraba sobre sí misma, semejante al sol, con manchas brillantes que se proyectaban como lenguas hacia el exterior y retrocedían de nuevo hasta el centro candente.

—Vamos a ver, Corrina —le había dicho la señora Keene delante de toda la clase—. No os pedí que escribierais sobre abstracciones, sino sobre algo concreto. Háblanos de tu lugar de origen, de la comida, de la cultura, del aroma de la cocina de tu abuela, de los sonidos de tu barrio y todo eso.

Corrina se puso de pie.

—Muy bien —dijo—. «De dónde soy.» Whisky y puré de patatas. Mis padres son unos putos irlandeses.

La profesora la echó de clase por decir tacos.

Pero ¿cómo culparla por su frustración? No era necesario que palabras



como «hogar» o «familia» cupieran en una sola caja, pulcramente etiquetada, para que todos pudiéramos ordenarlas sin problemas en nuestra estantería correspondiente. ¿Qué habría pasado si Corrina hubiera decidido escribir un libro sobre su familia? ¿Qué aspecto tendría el «Libro de la Familia de Corrina», el LFC? ¿Qué significaba «familia» exactamente? ¿Y qué era un «hogar», después de todo? Seguro que no se parecía en nada a las profundidades abisales de mi Gran Vacío Azul.

En la azotea, Corrina hablaba con la voz un poco más ronca.

—¿Para qué te cuento todo esto? Te debe de parecer que estoy medio loca. Quizá mi padre tenga razón.

—No —aseguré, acercándome un poco—. Tú no estás loca.

—No, claro —replicó en tono irónico—. ¿Qué sabrás tú, blanquito? Ni siquiera me conoces.

—No digo que te conozca. Digo que te estoy escuchando y no me parece que estés loca. —Inspiré hondo—. En serio. Recuerdo cuando leíste en clase aquel poema sobre una bola de fuego. Para mí tenía sentido. Me impresionó. Era una imagen impactante. ¡Impresionante como una puta bola de fuego! ¡Tenía mucho sentido!

—¿De verdad?

—Era algo vivo y fluido, que quizá se estaba moviendo o cambiando. —Hice una pausa—. Debería habértelo dicho en aquel momento.

Corrina resopló un poco.

Fui hacia ella y me volví para mirar el horizonte.

—Ojalá te lo hubiera dicho entonces —insistí—. Y también tendría que habérselo dicho a la señora Keene.

Corrina inspiró por la nariz.

—No voy a engañarte, Hendrix. Me habría gustado que alguien se lo dijera a la profe.

Asentí y los dos nos quedamos un rato inmóviles, codo con codo, contemplando la chillona iluminación de la ciudad.

—Muy bien —exclamé al cabo de un momento—. Ahí está Las Vegas —añadí, señalando las luces—. Pero nosotros vamos a otro sitio.

La conduje conmigo hasta el otro extremo del tejado, de cara a las montañas distantes, que se erguían como sombras azules en la noche.

—No sabemos qué encontraremos —dije, indicando con el dedo la extensión invisible más allá de las cimas.

—Pero vamos de todos modos —replicó Corrina—. Es la historia de mi vida. Me siento como si cada mañana me levantara para saltar desde lo alto de un acantilado, con la esperanza de que haya agua debajo.

—O fuego —dije yo—. «Una fulguración que se eleva de la superficie del sol, con la esperanza de regresar al fuego, en lugar de apagarse.» Era algo así, ¿no?

Corrina asintió.

—Algo así, sí. No me puedo creer que te acuerdes.

—Me sé de memoria muchos poemas. Recordar versos es... lo mío.

—¿Qué otro poema recuerdas?

No dije nada, porque noté que tenía la mano a tan sólo unos centímetros de la suya y me di cuenta de que, al menos para mí, había una especie de fuego invisible que ardía entre nosotros, que se elevaba desde nuestra piel y se fusionaba en el suave aliento que formaba el espacio entre sus dedos y los míos, y una voz interior me decía que la cogiera de la mano, mientras que otra me aconsejaba que me tranquilizara, porque ella acababa de enseñarme las entrañas, y yo hubiera dado cualquier cosa por disponer de un puto manual de instrucciones, pero no tenía nada parecido, de modo que me limité a temblar y a tartamudear, mientras trataba de decir lo primero que me vino a la mente.

—¿Has oído hablar de E. E. Cummings? —pregunté.

—¿Eh, eh? Vaya nombre.

—Muy gracioso. El hecho es que tiene un poema que me recuerda a ti: «La voz de tus ojos es más profunda que todas las rosas / nadie, ni siquiera la lluvia, tiene las manos tan pequeñas».

Me miró y sonrió.

—«La voz de tus ojos...» Me gusta.

—Y a mí me gustan tus manos —dije.

Y entonces le cogí una y la apoyé en una de las mías, palma con palma, calor con calor, con mis dedos gigantes y temblorosos sobresaliendo por encima de los suyos.

—Son mucho más pequeñas que las mías, pero creo que son más fuertes.

—Porque toco la guitarra.

—Sí, pero también por ti. Eres fuerte.

—Y tú.

Se apoyó en mí, la cara en mi pecho, y yo la rodeé suavemente con los brazos. Sentía su aliento a través de la camisa.

—Míranos —murmuró—. ¿Quién habría dicho que íbamos a estar juntos en una azotea en Las Vegas?

Nos quedamos así un buen rato, envueltos en el abrazo del otro, sumidos en el silencio del otro, que nos rodeaba como una especie de capullo cálido capaz de cerrarle el paso al frío.

Luego nos sentamos y contemplamos las montañas, y yo sonreí cuando ella empezó a cantar con una voz tan hermosa como la luz del desierto, con los colores del crepúsculo cuando se confunde con la noche, con el color de la sensación que me recorrió las entrañas cuando ella se sentó al borde de la azotea, se recostó en mi hombro y se puso a cantar.

Me dijo que la canción se titulaba *Bell Bottom Blues* y que con toda probabilidad le gustaría al abuelo, pero a mí me pareció que debía de significar algo muy diferente para ella, algo íntimo, algo que despertaba ecos profundos en su interior. Lo bueno de la música —como estaba empezando a comprender— era que se movía como un espíritu o un encantamiento, poderosa e independiente, dentro de cada uno de nosotros. Y mientras ella cantaba, mis pensamientos siguieron su propio curso y me pregunté si el abuelo habría escuchado ese tema cuando era un héroe de guerra y si le habría gustado. Yo habría querido saber si había cantado alguna vez esa canción, esa letra que decía «No quiero desaparecer» cuando estaba en el otro extremo del mundo, en Vietnam, y si la abuela también la había escuchado mientras no hacía más que esperar y esperar y esperar su regreso a casa.

—Canta una de las tuyas —le dije cuando terminó—. Son las que más me gustan.

Corrina asintió, sin mirarme. Guardó silencio un momento y sentí que se tomaba un instante para recuperar el aliento.

—De acuerdo —dijo por fin.

## ADÓNDE VAMOS

Corrina y yo dormimos en el cuarto de estar con el abuelo, ella en el sofá y yo en el suelo, por si se levantaba confuso. Sin embargo, él no fue el primero en levantarse, sino el Cuentahistorias, que se despertó antes que nadie y se dirigió a la cocina a preparar café. El *Viejo Salido* lo siguió y, conociéndolo, supongo que debió de empezar a hacer de las suyas con el dispensador de agua que había situado junto a la puerta del baño, porque me despertó un golpe en la cocina, seguido de los gritos del Cuentahistorias. Antes de que pudiera reaccionar, oí que la puerta trasera se abría y se cerraba de un portazo.

En la cocina se seguían oyendo exclamaciones y gruñidos, pero yo me froté la cara y me volví hacia el abuelo, que estaba mirando a su alrededor desconcertado.

—Abuelo —le dije—. Soy yo, Teddy. Nos quedamos dormidos en el cuarto de estar.

Me miró entornando los ojos y movió los hombros para desentumecerlos. Se levantó con aire extrañado y se puso a inspeccionar la habitación.

—¡Perro del carajo! —gritaba el Cuentahistorias desde la cocina—. ¡A ver si venís a limpiar!

El abuelo me miró, se volvió hacia la cocina, miró a Corrina, que estaba acostada en el sofá, y después se volvió otra vez hacia la cocina, con unos surcos profundos de preocupación marcados en la cara. Me levanté, lo abracé y le recordé que estábamos viajando juntos de regreso a Ithaca, y que habíamos pasado la noche en casa del Cuentahistorias. Se lo dije lentamente y de la manera más sencilla que pude, mientras su antiguo compañero seguía gritando detrás de mí.

—Ya te hemos oído la primera vez —le dijo Corrina al Cuentahistorias, al tiempo que se levantaba del sofá.

Cogió un paño que colgaba del mango del frigorífico y empezó a secar el agua derramada. Después nos aseamos, tomamos varios tazones de cereales con leche, le dimos de comer al *Viejo Salido* y agradecimos la hospitalidad al Cuentahistorias, que salió a los peldaños de la entrada y se agachó para desconectar la electricidad de la valla y que yo no repitiera la estupidez de electrocutarme. Cuando el abuelo salió a la acera, el Cuentahistorias le gritó:

—¡Charlie! ¡Todo el mundo respeta la carretera, colega!

Levantó la mano para saludarlo y le hizo el signo de la paz.

El abuelo dejó escapar una carcajada breve y sonrió.

—No te rindas, Lou. Sigue adelante —le dijo.

Y los dos asintieron con mirada sonriente. Entonces el abuelo se volvió hacia nosotros y nos apiñamos todos dentro de la *Bombardera Azul*.

Corrina era la única que se había cambiado de ropa. Yo llevaba los mismos vaqueros y la misma camiseta del día anterior; el abuelo seguía con la cara medio oculta por la gorra de veterano y, aunque ella se había puesto los mismos vaqueros negros, llevaba una camiseta diferente, con las mangas cortadas y la fotografía de una banda desconocida serigrafiada en blanco y negro en la parte delantera. Todos los integrantes de la banda eran muy delgados y parecían al borde de la muerte.

En poco tiempo, Corrina consiguió dejar atrás el barrio del Cuentahistorias, los singulares edificios del Strip, los polvorientos aparcamientos de caravanas, los desvaídos establecimientos de comida rápida y las grandes tiendas de oportunidades y saldos que se sucedían a lo largo de la monótona autopista como las lentas aspas de un ventilador enorme.

Había retenciones más allá de Paradise, pero en cuanto dejamos atrás el último grupo de casas blancas prefabricadas de Henderson, que parecían recortadas con un cortapastas de repostería, volvimos a encontrarnos en plena carretera, bajo el cielo azul y con extensiones infinitas a nuestro alrededor. Podríamos haber estado en la luna y me habría dado lo mismo, porque tenía a mi lado a todos los que me importaban. Miré a Corrina, que, con la cara oculta detrás de las gafas de sol redondas con montura dorada, no dejaba de cantar al ritmo potente de su lista de reproducción, y le sonreí feliz.

Hicimos muchos kilómetros y seguimos avanzando hacia la presa Hoover, mientras Corrina conducía la *Bombardera Azul* en dirección al estado de Arizona. Llegamos a un puente, con unas cuantas colinas delante y la vasta extensión gris del desierto un poco más allá, pero entonces la carretera

empezó a bajar y a cada curva bajaba un poco más, y lo que antes me habían parecido colinas resultaron ser rocas apiladas en lo alto de montículos gigantescos que después se convirtieron en el barranco más enorme que había visto en mi vida. La piedra gris rojiza de Nevada dio paso a las rocas de color rojo amarronado de Arizona, con la gran serpiente del río Colorado actuando a modo de frontera en las profundidades del barranco. En lo alto, sobre nuestras cabezas, penachos espectaculares de nubes se extendían por el cielo.

Estábamos en camino. El abuelo iba tranquilo y en silencio, y casi todo el rato se limitaba a contemplar el paisaje y a escuchar la música que Corrina hacía salir en una corriente continua por los altavoces. Durante un trecho pedregoso y jalonado de montes y colinas, una extraña paz me invadió, y tuve la sensación de que nuestro ridículo plan podía funcionar después de todo, lo mismo que los kilómetros y kilómetros de música sin interrupciones de la lista de reproducción de Corrina: Sarah Jaffe, Hindi Zahra, los Heavy, Pimps of Joytime, Gary Clark Jr., Little Hurricane, We Are Trees, los Districts...

Sin embargo, cuando ya habíamos entrado en la I-40, cerca de Kingman, y después de pasar junto a unos campos de golf de un verdor surrealista entre los grises y ocres del desierto, el teléfono de Corrina empezó a temblar y a zumbar sobre el salpicadero. Los dos vimos la imagen de la cara flaca y rubicunda de su padre que nos miraba desde la pantalla del móvil. Parecía mucho mayor de lo que era: casi calvo, con unos pocos mechones ralos aferrados aún al cuero cabelludo y unos ojos que parecían amarillos por el cansancio. En la fotografía no llevaba puestas las gafas, que no obstante le habían dejado marcas rojas a ambos lados del puente de la nariz.

Corrina no prestó atención a la llamada.

—Cállate —le dijo al teléfono.

Su padre llamó una vez más e insistió una tercera. Corrina gruñó disgustada.

—Haz que se calle —me dijo.

Pensando que le estaba haciendo un favor, cogí el teléfono y me dispuse a rechazar la llamada, pero el coche pilló un bache, el móvil se me resbaló de la mano y pulsé sin querer el botón de respuesta.

El zumbido se detuvo, la reproducción de la música entró en pausa y la voz metálica del padre de Corrina irrumpió en el interior del coche.

—¿Corrina? ¿Corrina? ¿Dónde estás?

Como el manos libres no estaba activado, la voz sonaba diminuta y

lejana, pero las palabras eran siempre las mismas: llamaba a Corrina y le rogaba que respondiera.

Ella descargó un golpe sobre el volante y se volvió hacia mí. Aunque no distinguía sus ojos detrás de las gafas de sol, sabía que me miraba con furia. Yo estaba demasiado avergonzado para moverme y demasiado asustado para hablar. Permanecí rígido y en silencio, como si el cinturón de seguridad me mantuviera las manos atadas a la espalda y la boca amordazada. La *Bombardera Azul* empezó a circular aún más rápido que antes.

—¡Corrina, por favor! —continuó su padre—. ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

—Bueno, ¿y a qué esperas para contestarle? —dijo el abuelo desde el asiento trasero, señalando el teléfono—. ¿Es tu padre? Dile algo.

—¿Corrina?

Sin embargo, antes de que el abuelo o su padre pudieran decir nada más, Corrina cortó la comunicación. La cara de su padre desapareció de la pantalla y ella ni siquiera se volvió para echarme un vistazo fugaz.

—Eres un estúpido, Hendrix —le dijo a la carretera, tendida delante de nosotros.

—Lo siento. Ha sido un accidente.

Alcanzamos tal velocidad que el coche se sacudió sobre las ruedas. Cuando estaba a punto de pedirle a Corrina que condujera con más prudencia, pisó todavía más a fondo el acelerador, dio un volantazo, se atravesó delante de otro coche que venía por el carril central y salió como una exhalación por la vía de servicio hacia el ancho arcén pedregoso, donde patinó en la grava al intentar frenar y estuvo a punto de perder el control del vehículo.

—¡Eh! —gritó el abuelo.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunté yo.

En cuanto estacionó la *Bombardera Azul* y apagó el motor, abrió la puerta y salió corriendo cuesta arriba. Al principio intenté seguirla, pero como dejé la puerta abierta el *Viejo Salido* vino detrás de mí, dando saltos entre los matorrales de salvia que crecían junto a la carretera. Me dio miedo que escapara en dirección a la autopista, pero de repente oí que la puerta del abuelo se abría y tuve que volverme. No se había apartado de nuestro vehículo, pero estaba del lado por donde pasaban los coches a ciento cuarenta kilómetros por hora, estirando los brazos. Regresé corriendo junto a él.

—Ven, abuelo —le dije, en cuanto llegué a su lado—. Vamos a buscar al

*Viejo Salido.*

—¿Por qué lo llamas así? Su nombre es *Skipper*.

Parecía contrariado, pero dejó que lo guiara alrededor del coche, pasando por detrás del maletero, hasta el arcén y la cuesta adyacente. No muy lejos distinguí al *Viejo Salido*, junto a una roca. También vi a Corrina, que estaba de pie, con las manos apoyadas en las caderas.

—Esa chica está loca —comentó el abuelo mientras nos acercábamos.

Corrina estaba de espaldas a nosotros.

—Mierda —oí que decía.

—¡Eh! —le grité—. No puedes salir corriendo de esa manera.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Casi nos matas. ¿Y si el coche hubiera volcado? ¿Y si hubiéramos chocado? Te lo digo de verdad, Corrina. Ha sido una tontería.

Se volvió hacia mí.

—Ya tengo un padre, Hendrix. No necesito otro.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca?

Francamente, estaba aterrorizado. Ni siquiera podía mantener las manos quietas. Tenía que metérmelas en los bolsillos para que me dejaran de temblar. ¿Por qué Corrina no estaba asustada? Se limitaba a quedarse ahí parada, mirándome, como si fuéramos dos perros que se estudiaran el uno al otro antes de acercarse. ¿Sería que nunca tenía miedo? A decir verdad, yo ni siquiera me creía su fachada de chica dura. Era probable que no se diera cuenta de lo que había hecho. Pero su inconsciencia y su temeridad me resultaban igual de espeluznantes que los delirios y las lagunas de memoria del abuelo.

—Ya te he dicho que lo siento, ¿de acuerdo? —dije—. Pero también tenemos que pensar en él. ¿No has visto que ha salido del coche por el lado de la carretera?

Lo dije señalando con disimulo al abuelo, intentando ser discreto, pero él se dio cuenta de todos modos.

—Estoy aquí, Teddy. No soy invisible.

—¡Por favor, Hendrix! —protestó Corrina—. Deja de preocuparte tanto. Es muy molesto.

—El problema aquí no soy yo. ¡Eso ha sido muy peligroso!

—¡Deja de gritarme! —exclamó Corrina.

—Está bien —respondí más calmado—. Disculpa por haber contestado al teléfono. Ha sido un accidente. Lo siento.



—Lo siento, lo siento, lo siento —dijo Corrina, echando otra mirada al móvil, antes de guardárselo en el bolsillo y emprender la marcha a través de los matorrales, pero en una dirección diferente a la del *Viejo Salido*.

—Bueno —dijo el abuelo, mientras la veía alejarse—, me parece que ahora deberías ir tras ella.

—No lo creo —contesté.

—Hazme caso —insistió el abuelo—. No puedes dejar que se vaya así. Por lo general, cuando una persona se va de ese modo, lo que quiere...

—Abuelo, no siempre tienes todas las respuestas, aunque a ti te parezca que sí —le dije, y después inspiré profundamente—. Por favor. Déjala tranquila.

El abuelo me miró con cara de pocos amigos y llamó al *Viejo Salido*.

No era que yo no quisiera salir corriendo detrás de Corrina —lo estaba deseando—, pero en los últimos días la había oído pedir silencio y la había visto buscar un espacio propio. Lo menos que podía hacer era respetarla, sobre todo después de haber contestado al maldito teléfono como un auténtico imbécil y de haber metido a su padre en el coche, destrozando la sensación de libertad que habíamos tenido hasta ese momento. Sabía que el padre de Corrina no me conocía, ni tampoco al abuelo, y ni siquiera sospechaba que su hija podía estar con nosotros, pero aun así me preocupaba lo que pudiera hacer y temía que de algún modo consiguiera detenernos y nos obligara a regresar antes de que llegáramos demasiado lejos, cuando aún no habíamos pasado ni dos días en la carretera. Porque después de todo, los padres solían hacer ese tipo de cosas: demostrar su poder, tanto si te gustaba como si no.

Claro que en el fondo yo no lo sabía con seguridad.

Un poco más allá, las nubes comenzaban a acumularse en el cielo y proyectaban su sombra sobre el desierto. Ví que Corrina caminaba en redondo, describía un pequeño círculo y se quedaba mirando las mismas nubes que yo. A mi derecha, el abuelo había encontrado un palo y se lo estaba lanzando al *Viejo Salido* para jugar.

—Oye —le dije—, anoche no hablamos.

—No hicimos nada más que hablar —contestó él.

—Me refiero a papá —dije.

Se quedó un momento en silencio.

—Se trata de mi padre. ¿No tengo derecho a conocerlo un poco más?

—Fue hace muchos años, Teddy.

—Pero ¿qué pasó? ¿Por qué mamá y tú nunca queréis hablar de él?

—Ya lo oíste. La engañaba con otra. —El abuelo volvió a recoger el palo y lo arrojó con más fuerza que antes—. Delante de mis malditas narices, en nuestro pueblo, en Ithaca. ¡Y yo que creía que hacía todos esos viajes para venir a ver a tu abuela enferma! —Volvió a mirarme—. Tu madre también lo creía, ¿sabes?

El *Viejo Salido* le trajo el palo, y el abuelo tuvo que forcejear un poco con él para quitárselo de la boca. Era el único con el que jugaba de esa manera brusca. A los dos les gustaba.

—No hay mucho más que decir.

—¿Cómo que no? No sé... ¿Me parezco a él?

El abuelo soltó el palo y se volvió en mi dirección.

—No, Teddy. —Vino hacia mí y me apoyó una mano sobre el hombro—. No te pareces en nada a él.

—No podéis hacerlo desaparecer así como así. ¿Por qué queréis que desaparezca?

—Teddy —refunfuñó el abuelo—, tú no puedes entenderlo. Tu madre y yo decidimos que era mejor no mencionarlo. No tenía sentido hacer que lo echaras todavía más de menos.

El *Viejo Salido* daba saltos entre nosotros, mirando al abuelo. Aún conservaba el palo en la boca y no dejaba de agitar el rabo con alegría.

—Además —prosiguió—, no tienes idea de lo furioso que me puse con él, por lo que le hizo a tu madre y lo que nos hizo a tu abuela y a mí. Nunca se lo perdoné, Teddy.

Se agachó y con rapidez le arrebató el palo al *Viejo Salido* de entre las fauces.

—Pero... —dije yo.

—No —me interrumpió él, mientras se volvía de espaldas a mí y arrojaba lejos el palo—. Se acabó el interrogatorio.

Se alejó unos cuantos pasos, detrás del *Viejo Salido*, y yo dejé que se marchara. Corrina iba todavía unos treinta metros por delante de nosotros, mirando el móvil y levantando de vez en cuando la vista hacia el horizonte cada vez más oscuro. Se llevó una mano a la cabeza y no la movió. Me recordó a mi madre, a una imagen que tenía de ella, antes de que fuera la Mamá Ejecutiva del traje gris, la estatua rígida y sin emociones, en torno a la

época de la muerte de mi padre. No sabía muy bien si era anterior o posterior a que mi padre se ahogara, pero veía la imagen con tanta claridad como si la tuviera delante en una fotografía.

Mi madre estaba sentada en el sofá del cuarto de estar, rodeada de pilas de ropa recién lavada que estaba a punto de doblar y, al encontrar una pieza de ropa interior del Padre Muerto, se había echado a llorar. Se llevó la prenda a la cara, como si fuera una máscara, y se puso a llorar y a gemir ruidosamente, medio oculta detrás de ese disfraz aterrador.

¿Quizá necesitaba el traje sastre para no volver a desmoronarse?

El abuelo estaba muy ocupado con el *Viejo Salido*, de modo que fui hacia donde se hallaba Corrina. Olía a lluvia, como si fuera posible paladear el agua en el aire a mi alrededor, aunque estaba pisando el suelo polvoriento y reseco.

—Hola —la saludé.

—Hola.

—Deja que te haga una pregunta —dije—. ¿Quieres que demos la vuelta y regresemos?

—No —respondió—. Acabamos de empezar. Además, ni siquiera habrían notado mi ausencia de no haber sido porque me llevé mil dólares de la caja registradora de la oficina de mi padre.

Su sonrisa era tan radiante como falsa.

—Mierda.

—No me mires así. Robamos el coche de tu madre. Yo también tenía que robar algo. Además, necesito dinero para pagar mis gastos cuando nos separemos. —Se me quedó mirando un buen rato—. ¿Adónde me dirijo exactamente, Hendrix? ¿Qué estoy haciendo? Vosotros tenéis un sitio adonde ir: Ithaca. ¿Y yo? ¿Adónde voy yo?

—No lo sé. Tal vez también haya algo para ti en Ithaca.

—Lo dudo. —Dio una patada al polvo del suelo—. Quiero una oportunidad para hacer algo grande. No me apetece ser sólo la chica que se deja ver en algunas fiestas. Quiero tocar con una banda importante. ¡Necesito una oportunidad de verdad, Hendrix!

—Me parece bien.

Levantó la mirada de repente.

—¡Aiko! —gritó—. ¡Aiko! ¡Dios mío! ¡Las Verrugas Eléctricas son tan importantes que están actuando en Brooklyn! Tengo que llamarla.

Cuando volvimos, el *Viejo Salido* estaba en riguroso «modo obediencia», echado a los pies del abuelo, que por su parte parecía haber entrado en «modo mando», porque estaba de pie con la espalda recta y las dos manos entrelazadas a la espalda. Miró hacia el este. Las nubes ya habían borrado las cumbres de las montañas y se derramaban sobre el desierto como gigantescas olas grises listas para romper en la orilla.

—La tormenta se acerca con rapidez —dijo—. Vamos, Teddy. Pongamos en marcha el... ejem... la *Bombardera Azul*. En cualquier momento empezará a llover.

Su expresión era sosegada y sus luminosos ojos azules tenían una mirada clara y presente. Por un momento, me pareció ver un destello del abuelo de antes, tal como había sido hacía unos años, cuando era capaz de disimular una mueca sutil de ironía detrás de cada orden, como si se estuviera riendo de sí mismo tras su expresión de absoluta seriedad.

—¿Qué tal estás, abuelo?

—No puedo decir que esto sea el paraíso —respondió con un guiño—. Vámonos ya.

Nos pusimos en marcha, con el *Viejo Salido* siguiendo de cerca al abuelo después de recibir una sola orden («¡Aquí!»). Nos acomodamos en la *Bombardera Azul*, el abuelo comprobó que la guitarra de Corrina estuviera bien sujeta con el cinturón de seguridad, subimos las ventanillas y Corrina encendió el motor.

—A Ithaca —dijo.

—A Brooklyn —dije yo.

—¡Ah, sí! —exclamó ella—. Hay una canción para eso. —Se puso a buscar en el teléfono hasta que la encontró—. Beastie Boys. «Licensed to Ill.» 1986. *No Sleep Till Brooklyn*. ¡No dormiremos hasta llegar a Brooklyn!

Y la canción empezó a sonar, mientras la *Bombardera Azul* avanzaba levantando grava. Empezamos en el carril derecho, pero no tardamos en ganar velocidad y desplazarnos dos carriles a la izquierda. A nuestro alrededor, el desierto se sumió en un tono más profundo de gris con la llegada de la lluvia, que limpió de polvo las rocas y los matorrales y nos trajo la oscuridad de la noche en pleno día.

## TORMENTAS EN EL DESIERTO

Había dos cosas que no me había planteado antes de partir: con qué frecuencia necesitaríamos repostar gasolina y dónde dormiríamos por las noches.

Corrina señaló un cartel mientras circulábamos a toda velocidad.

—¿Qué decía?

—«Gran Cañón, 100 kilómetros.»

Después pasamos junto a otro, donde podía leerse que las dos salidas siguientes conducían al Gran Cañón, unos cien kilómetros al norte.

—Lo que busco —dijo Corrina— es la señal de una gasolinera. Tenemos que llenar el depósito.

—Perfecto —respondí—. Pararemos en la siguiente.

—Hendrix...

—¿Sí?

Yo aún me sentía en las nubes después de haber logrado inspirar a Corrina y, a pesar de la lluvia, estaba disfrutando del trayecto a través de un paisaje de páramos con árboles dispersos.

—¿Has visto alguna gasolinera últimamente?

—No.

—Esto es grave.

Me volví para mirar al abuelo, que estaba dormido, y me puse a pensar qué pasaría si el coche se paraba por falta de combustible y nos dejaba tirados al borde de una carretera de Arizona sin cobertura móvil. Me dije que cuando por fin alguien se detuviera para ayudarnos querría saber nuestros nombres y nos enviaría de vuelta a Los Ángeles, como a unos fracasados.

Permanecimos en silencio unos cuantos kilómetros más, hasta que por fin vimos un letrero de Mobil. Había que apartarse un poco de la carretera para llegar y, cuando entramos en la gasolinera, vimos a un hombre vestido con

mono de trabajo que estaba cubriendo los surtidores con grandes bolsas de plástico.

—Lo siento —nos dijo—. Se ha acabado la gasolina.

—¿Cómo es posible que pase algo así? —pregunté, mientras dejábamos atrás la estación de servicio.

—Estamos en medio de la nada, Hendrix —respondió Corrina.

Volvimos a la I-40, en dirección a Flagstaff. Corrina ya no cantaba con la música.

Treinta kilómetros más allá, vimos otro letrero. La gasolinera estaba justo al lado de la carretera, a tan sólo unos cien metros de distancia, por la vía de acceso. Se llamaba Feed & Mercantile y tenía el logotipo de Texaco pintado en los surtidores. El tejado verde del local se prolongaba sobre el porche delantero. Y a lo largo del porche había una pequeña baranda de madera que nos habría servido para atar un caballo si hubiésemos tenido uno, o si todavía se estilaban ese tipo de cosas.

Había dos viejos sentados en el porche, como dos albaricoques resecos. Se habían acomodado en un banco de madera que con toda probabilidad se habría venido abajo si alguien más se hubiera sentado con ellos. Cuando nos vieron llegar, siguieron fumando impasibles e inmóviles. Estacionamos el coche delante de uno de los surtidores y me bajé, dispuesto a descubrir cómo llenar el depósito, ya que el día anterior lo había hecho Corrina. Saqué el surtidor del dispensador de gasolina y seguí las instrucciones, pero no salió nada. Aunque me encontraba bajo la marquesina roja y negra de Texaco, la lluvia caía en diagonal y me salpicaba la cara. Me puse a estudiar el dispensador, consciente de que los albaricoques resecos me estaban mirando. Había un trozo de papel pegado con cinta adhesiva. Me acerqué para verlo mejor e intenté descifrar el mensaje, pero estaba roto por la mitad y la lluvia había emborronado la tinta azul hasta volver ilegibles las palabras.

Corrina abrió la puerta.

—A veces hay que pagar por adelantado —explicó, elevando la voz para que la oyera por encima del estruendo de la lluvia sobre la marquesina de plástico y metal.

Sin embargo, ése no era el problema y yo lo sabía. Volví a meterme en el coche, para no empaparme todavía más.

—¿Aquí tampoco tienen gasolina? —preguntó Corrina—. ¡Dios mío! Debe de haberse agotado en toda la zona.

—¿Qué hacemos? —dije.

—Ver si podemos llegar a Flagstaff.

Pero cuando giró la llave, no pasó nada. El motor hizo un ruido asmático, pero no se encendió.

—¡Mierda! —exclamó Corrina, golpeando el volante—. No tendría que haber apagado el motor.

Probó varias veces más, sin éxito.

—No nos queda gasolina —dijo el abuelo desde el asiento trasero—. Vas a quemar la transmisión si sigues insistiendo.

No me había dado cuenta de que se había despertado, pero me alegraba de que volviera a estar con nosotros, presente y alerta.

—¿Qué hacemos? —le pregunté.

—Conseguir combustible —indicó—. No hay nada más que podamos hacer.

Corrina apoyó la cabeza en el volante.

—No sé cómo he podido dejar que bajara tanto el nivel de gasolina —gimió—. Antes de comprarse los coches eléctricos, los exhippies tenían una regla: nunca permitir que el indicador estuviera por debajo de un cuarto del depósito. Jamás había quebrantado esa regla. ¡Y tenía que hacerlo justo ahora!

Levantó la cabeza y contempló la lluvia.

Saqué el teléfono, pero estábamos en un área sin cobertura.

—No podemos quedarnos aquí sentados —dijo el abuelo.

—Ya lo sé —respondí, y enseguida me di cuenta de que se disponía a salir del coche—. ¡No, espera! —lo detuve—. Entraré yo a preguntar.

La lluvia arreció y empezó a fustigarme con violencia mientras corría en dirección al porche. Al llegar a la puerta delantera, me sacudí el agua de los zapatos y eché un vistazo a los dos albaricoques resecos. De cerca, observé que ambos tenían un bigote blanco y poblado. Los dos parpadearon y me miraron entornando los ojos, pero ninguno dijo nada.

—¿Hay alguna manera de conseguir gasolina por aquí? —les pregunté.

Fruncieron los labios, pero no contestaron. Volvieron la vista y se pusieron a contemplar el coche, o tal vez la carretera en la distancia, o cualquier otra cosa que tuvieran en la cabeza, mientras yo entraba en el local.

En la tienda había camisetas y otros recuerdos de la Ruta 66, y también golosinas en las estanterías y cerveza y refrescos en dos neveras pequeñas. Las aspas de dos ventiladores giraban lentamente en el techo. La caja

registradora y una máquina dispensadora de billetes de lotería destacaban sobre un pequeño mostrador, construido con las mismas tablas de madera que revestían las paredes. La iluminación era tenue y cálida y, quizá a causa de la lluvia, el ambiente resultaba agradable y acogedor. No había nadie en la tienda, pero se oía una música lejana procedente de otra habitación. A través de una estrecha puerta de madera, vi unas bolsas grandes de plástico apiladas sobre unas estanterías, de modo que rodeé el mostrador y pasé a la sala contigua. Las bolsas resultaron ser sacos de cereales y pienso para caballos y aves de corral. Tampoco había nadie en esa habitación, pero la música se oía un poco más fuerte o quizá yo la distinguía un poco mejor, no podía estar seguro. Ni siquiera tenía la certeza de que en realidad fuera música y no simples voces que a mí me parecían musicales; en cualquier caso, si eran voces, me resultaban muy interesantes y no dejaban de atraerme, aunque parecían filtrarse a través de las paredes.

El resto del local seguía desierto y, como para entonces la música me recorría el cuerpo como un picor que me era imposible rascar, volví a la parte delantera de la tienda, salí al pasillo donde había visto el cartel de los lavabos y encontré otro pasillo pequeño, con una hilera de buzones y una puerta medio abierta al fondo. El sonido procedía de detrás de esa puerta, y para entonces ya había comprendido que no era música, sino voces que hablaban una lengua incomprensible para mí, o quizá un idioma vagamente familiar, pero de una manera distante y apenas reconocible, como en un recuerdo. A través de la puerta abierta, vi fardos de heno alineados a lo largo de la pared de bloques de hormigón, paja dispersa por el suelo y pieles de animales pequeños colgadas del techo.

Cuando entré en el pequeño cobertizo de aspecto precario, vi a dos chicas blancas de mi edad, o quizá un poco mayores, de pie cerca de la pared del fondo, balanceándose con la vista fija en el suelo y mascullando una especie de gemido ondulante y melodioso. De inmediato sentí vergüenza por haber invadido su intimidad, pero también fascinación por el funeral que al parecer estaban celebrando para un animal que quizá fuera un perro y que habían depositado en un pozo cavado a sus pies.

No se volvieron para mirarme. Ni siquiera parecieron notar mi presencia. Me habría quedado para siempre en la puerta del cobertizo, como un idiota, de no haber sido porque Corrina me agarró de repente por el hombro para



arrastrarme por el pasillo donde se alineaban los buzones. Las voces lastimosas siguieron gimiendo a nuestras espaldas, sin interrupción, como el ruido de las olas en una noche fría y oscura en la playa de Venice.

—¿Qué hacías ahí dentro? —me preguntó Corrina mientras me arrastraba hacia la tienda.

—No sé —respondí—. He oído el ruido y he ido a ver qué era.

—Tienes cara de estar soñando.

—Estaban celebrando un funeral.

—Eso es muy deprimente —dijo Corrina—. Y también siniestro. Todo este sitio es siniestro.

—Y no hay gasolina —añadí.

Me condujo a través del porche, por delante de los albaricoques resecos y de vuelta a la lluvia, y me señaló el otro extremo de la gasolinera.

—Por ahí hay un camino —dijo—. He visto algo allá abajo: coches, un garaje... Vamos a ver qué es.

Eché a andar hacia allí, pero yo la cogí de un brazo.

—No podemos dejar solo al abuelo —le dije—. ¿Y si se le ocurre marcharse?

—¿Por qué? ¿Se le puede ocurrir?

—Sí —le confirmé.

Corrina hizo un gesto en dirección al garaje.

—Mira —dijo—. Eso de ahí parece un taller mecánico y el camino hace bajada. Quizá podamos empujar el coche.

Volvimos a la *Bombardera Azul* y Corrina nos explicó lo que había que hacer. Yo no tenía ni la más remota idea de cómo se empujaba un vehículo, pero en cuanto ella lo puso en punto muerto y pudimos moverlo y sacarlo de debajo de la marquesina, comprendí que era posible. El abuelo también quería ayudar. La ventanilla estaba bajada y empezó a gritar desde el asiento trasero.

—¡Dejadme salir! —dijo—. Os ayudaré a empujar.

—No —contesté.

—Tú no eres quién para decirme lo que puedo o no puedo hacer, Teddy —repuso él.

Íbamos empujando poco a poco, sin avanzar demasiado. Nos habría venido bien un poco de ayuda, pero ¿y si resbalaba y se daba un golpe en la cabeza? ¿Y si se caía y el coche lo arrollaba?

Corrina me gritó por encima del capó.

—¡Hendrix! —dijo—. ¡Necesitamos un conductor, alguien que lleve el volante!

Tenía razón. Íbamos directos hacia un grupo de árboles. Había que hacer girar el coche a la izquierda para que siguiera por el camino. Teníamos que forzar la vista y protegernos los ojos con las manos a modo de visera para poder ver a través de la cortina de lluvia, pero Corrina no dejaba de sonreírme.

—¡Necesitamos un capitán! —gritó, para que el abuelo la oyera a través de la ventanilla—. Nos tienes que ayudar, Charlie. Vamos, ponte al volante.

Se volvió para mirarme.

—¡Lo conseguiremos!

Me habría gustado congelar el tiempo, deslizarme por el capó, rodearla con los brazos y revelarles el secreto que encerraba en el corazón, ahora que sabía que era del todo cierto, porque cuando ves a la chica más guapa del mundo con el pelo pegado a la frente por culpa de la lluvia y la camiseta adherida al cuerpo como una segunda piel, y te das cuenta de que entiende las señales y se preocupa por tu abuelo incluso más que tú, entonces el secreto que has intentado silenciar en tu fuero interno se desvela y se propaga por el cuerpo como un sol que enciende la noche y la convierte en día.

Instalamos al abuelo en el asiento del conductor y, con su ayuda, conseguimos que la *Bombardera Azul* describiera un arco en el barro, en dirección al camino.

—¡Sí! —gritó Corrina.

Yo también grité, lancé un rugido gutural y salvaje. Me sentía más libre que nunca. El coche empezó a ganar velocidad y de repente resultó mucho más fácil moverlo, hasta que nos dimos cuenta de que la pendiente era más pronunciada de lo que pensábamos y de que bajaba solo, sin necesidad de empujarlo, así que en lugar de aplicar toda nuestra fuerza sobre el lado delantero de las ventanillas bajadas, nos cambiamos precipitadamente al lado trasero y tratamos de retenerlo. Pero el coche era demasiado pesado y no dejaba de acelerar cuesta abajo. Tuvimos que echar a correr, para que no se nos escapara.

—¡Frena! —aullaba Corrina—. ¡Frena!

—¡Frena! —gritaba yo.

El abuelo agarraba el volante con las dos manos y al menos conseguía mantener la dirección, pero de repente comprendimos que, de seguir en la

misma línea, la *Bombardera Azul* se estrellaría contra la puerta metálica del taller mecánico situado al pie de la cuesta. El coche ganó todavía más velocidad, mientras nosotros procurábamos correr a su lado.

—¡Charlie! —gritó Corrina—. ¡Frena, maldita sea!

—¡Estoy frenando! —respondió el abuelo.

Y así era. Las ruedas ya no giraban. Se limitaba a deslizarse cuesta abajo, siguiendo las rodadas marcadas en el barro rojizo. La *Bombardera Azul* mantenía el rumbo hacia la puerta y llegué a pensar que el abuelo iba a chocar contra el taller, pero al final dio un volantazo, los neumáticos se salieron de las rodadas, la velocidad disminuyó y el coche acabó atravesado en el camino en terreno llano, al pie de la pendiente, a pocos metros de la puerta del garaje.

Teníamos el corazón desbocado y las piernas enteras cubiertas de fango, pero estábamos sanos y salvos.

—Sube las ventanillas, Charlie —le dijo Corrina—. Volvemos enseguida.

—No bajes del coche —añadí.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza con aire disgustado. La tienda vecina al garaje tenía la puerta de cristal y, cuando Corrina y yo nos acercamos, vi que había varias personas dentro. Abrimos la puerta y entramos, y tres hombres, todos ellos el doble de corpulentos que una persona de tamaño medio, dejaron lo que estaban haciendo para levantar la cabeza y mirarnos.

En realidad, era casi como si hubiera seis cabezas en el local: las tres calvas de los gigantes y las calaveras con lenguas de fuego en la boca y en los ojos que llevaban impresas en las camisetas. Uno de los tres hombres estaba de pie detrás del mostrador improvisado, que parecía simplemente un trozo de valla vieja. Había otro con las botas de motero apoyadas en el mostrador, reclinado en una silla que se sostenía sólo sobre las dos patas traseras. El tercero estaba sentado en un taburete, pero se levantó cuando entramos. La calavera, que le ocupaba todo el torso, parecía más grande que mi cabeza.

El del mostrador estaba silbando, pero cuando entramos el de la silla le gritó:

—¡Mierda, ya has conseguido que se me pegue la puta canción! ¡Y no hay manera de recordar el título! ¡Si no puedes decirme el nombre de la canción de los cojones, deja ya de silbar! ¿Sabes qué tema es?

El hombre del mostrador se encogió de hombros.

—No, no me acuerdo.

El del taburete, que era el más grande de los tres, nos miró con expresión malhumorada.

—¿Queréis algo? —preguntó.

—Gasolina —respondió Corrina.

—Los surtidores están allá arriba —replicó el hombre despacio.

—Están vacíos.

El hombre la recorrió con la mirada, con tanta lentitud como hablaba. Los tres la observaron y supongo que se fijarían en su camiseta y en el nombre de la banda que llevaba impresa, o tal vez sólo se la estaban comiendo con los ojos, los muy guarros. No parecía importarles que su actitud pudiera darnos miedo. Al contrario, parecían disfrutar con esa posibilidad.

—Estás muy lejos de casa, muchacho —me dijo el tipo del mostrador.

Los tres llevaban barba larga, que los hacía parecer mayores de lo que imaginé que eran. Quizá fueran hermanos. Pensé en las chicas que había visto en la tienda. Pero el garaje también era una especie de tienda. Había varias estanterías con una reducida oferta de líquido limpiaparabrisas, anticongelante, aceite de motor, escobillas, bayetas, alfombrillas de goma y —por supuesto— gasolina en bidones de plástico de cinco litros.

—¿De dónde sois? —quiso saber el tipo que estaba al lado de Corrina.

—De Los Ángeles —contestó ella.

Señalé los bidones en los estantes.

—¿Cuánto cuesta la gasolina? —pregunté.

El primer hombre se acercó un paso más.

—¿Los Ángeles? —le dijo a Corrina—. Estás muy lejos de casa. —Se volvió para mirarme—. Te gustan del sur de la frontera, ¿eh?

Sonrió y me di cuenta de que era tan feo como la calavera de su camiseta. El tipo del mostrador soltó una carcajada y el de la silla bajó las piernas, dejando que las patas delanteras se estrellaran contra el suelo. El ruido del golpe me sobresaltó.

—Os hemos visto bajar por el camino —dijo—. ¿Viene alguien más con vosotros?

—Mi abuelo —respondí.

El hombre negó despacio con la cabeza.

—¿Adónde vais?

—A Nueva York.

Mi respuesta le dio risa y los otros se unieron a sus carcajadas.

—Hay un buen trecho entre Los Ángeles y Nueva York.

—¿Cuánto cuesta la gasolina? —insistió Corrina, mientras se acercaba a la estantería y cogía dos bidones de cinco litros.

—¿Cuánto pagarías tú? —le dijo el tipo de la silla, echándose hacia delante, con las manos entre las rodillas.

—¿A cuánto vendéis la gasolina? —insistí yo, que por dentro estaba temblando como una hoja, aunque esperaba que no se me notara por fuera—. Tenemos prisa —añadí.

—Claro que tenéis prisa —dijo el tipo de la silla—. ¿Cuánto estáis dispuestos a pagar?

Me metí la mano en el bolsillo para sacar la cartera como un auténtico imbécil, y en ese momento se abrió la puerta detrás de mí. La lluvia entró con una ráfaga de viento y el abuelo me apoyó una mano sobre el hombro. Pasó por detrás de mí y fue hacia Corrina.

—¿Habéis encontrado gasolina? —preguntó.

Yo pensaba que no se estaba enterando de nada, pero en ese momento, cuando apoyó una mano en la espalda de Corrina y se quedó mirando fijamente a los tres barbudos, me di cuenta de que había comprendido la situación nada más entrar.

—Así es. La han encontrado —dijo el hombre de la silla, mirando al abuelo. Cuando vio la gorra que llevaba puesta, le cambió la expresión—. ¿Infantería de la Marina?

—Del sesenta y siete al sesenta y nueve. Khe Sanh, Hue —respondió el abuelo—. ¿Y tú?

—Faluya.

El abuelo hizo un gesto afirmativo, cruzó la sala y fue a estrecharle la mano. Los otros tipos se relajaron. El más grande, el que había estado sentado en el taburete, fue a colocarse detrás de la caja registradora.

—Eh —le dijo el veterano—. Atiende a estos chicos.

Llevamos al mostrador cuatro bidones de cinco litros de gasolina y Corrina añadió dos botes de líquido refrigerante. Mientras pagábamos y metíamos la compra en las bolsas que nos dieron, el abuelo siguió conversando con frases fragmentarias, entrecortadas y casi cifradas, sobre la guerra urbana, Faluya, Bagdad y Hue, en Vietnam.

El veterano incluso nos acompañó cuando salimos de la tienda, nos ayudó a echar la gasolina en el depósito y esperó hasta estar seguro de que podíamos

arrancar. En cuanto pusimos el motor en marcha, el abuelo volvió a estrecharle la mano y le dijo algo en voz baja, al oído. El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Disculpa la molestia —dijo—. No era nuestra intención asustar a los chicos. Sólo queríamos divertirnos un poco.

El abuelo asintió.

—Gracias por la ayuda.

Corrina asomó la cabeza por la ventanilla y levantó la vista, desplazando la mirada desde la calavera que el veterano tenía impresa sobre el vientre hasta sus ojos.

—Ted Nugent —dijo.

—¿Qué?

—Ted Nugent. *Call of the Wild*. 1974. Tu amigo silba como el puto culo, pero ésa es la canción. Una mierda de tema, por cierto.

Arrancó la *Bombardera Azul* en marcha atrás, describió una curva para alejarse del garaje y dejó al veterano solo, quieto en el barro, mientras subíamos la cuesta.

—Vaya pandilla de gilipollas —comentó, tomando la vía de salida de la gasolinera—. Imbéciles.

—No digas eso —la reprendió el abuelo—. Sólo necesitaban ver las cosas bajo una luz diferente.

—Hermanos, colegas, miembros de un mismo club... Vaya mierda —insistió Corrina.

—Bueno, la mayoría de la gente respeta al que decide ponerse en camino —dijo el abuelo—. Porque después de todo, en el fondo, todo el mundo respeta la carretera.

## ALUCINACIONES GRISES

Corrina condujo la *Bombardera Azul* de vuelta a la I-40 y puso rumbo a Flagstaff mientras yo contemplaba el ataque de la tormenta contra la cumbre del pico Humphreys. Los relámpagos se encendían de forma incesante, como si en el cielo se estuviera disputando una batalla aterradora.

Al cabo de un rato, comprendimos que los tres estábamos de acuerdo en una cosa: el encuentro con la pandilla de imbéciles nos había abierto el apetito. Enseguida vimos carteles que señalaban la proximidad de Flagstaff, por lo que supusimos que pronto encontraríamos algún sitio donde comer. Lo primero que vimos fue un lugar donde llenar por fin el depósito de gasolina y, al poco tiempo, una taquería. Entramos y nos sentamos a una de las mesas, esforzándonos por no parecer fugitivos de la justicia. El abuelo estaba callado y, aunque en el garaje se había mostrado despierto y lleno de energía, en la carretera había vuelto a quedarse dormido, y yo temía que tuviera la mente cansada. Cuando el camarero le preguntó qué quería, no contestó. Inspiró hondo con expresión de confusión creciente.

—Abuelo —le dije—, ¿qué te parece si pedimos lo de siempre? A ti te gusta el burrito de pollo y a mí las carnitas. Pediremos eso, ¿de acuerdo?

Levantó la mirada y me sonrió.

—Sí —dijo—. Por supuesto.

El restaurante tenía los techos abovedados, tabiques multicolor intercalados entre las mesas alineadas a lo largo de una de las paredes, otras mesas dispersas por el resto del local y una barra alargada, detrás de la cual destacaba un tiburón enorme de plástico que parecía irrumpir a través de un muro de ladrillos falsos. De las paredes y el techo colgaban otros elementos de inspiración náutica: tablas de surf, trampas para langostas, carteles para submarinistas que señalaban sin mayor sutileza el camino hacia los «sueños húmedos», boyas de gomaespuma y más peces de plástico. El ambiente me

gustó, pero la música a todo volumen que retumbaba en el local cavernoso, las cuatro pantallas grandes de televisión que dominaban diferentes puntos del restaurante y el bullicio de clientes y camareros me hicieron temer que quizá no fuera el lugar más adecuado para el abuelo.

Nos trajeron los platos y, poco después, el abuelo tuvo que ir al lavabo. Lo acompañé y esperé fuera mientras él hacía sus necesidades y se lavaba las manos. En el camino de vuelta a la mesa, noté que me agarraba el brazo con fuerza. Lo ayudé a sentarse, pero él se quedó mirando la comida, como si ya se le hubiera olvidado qué era. Y, cuando levantó la vista y miró a su alrededor, observé que sus ojos se movían rápidamente, como si acabara de despertarse de una siesta y no recordara haberse quedado dormido.

—¿Puedes decirme de nuevo dónde demonios estamos? —preguntó.

—En Flagstaff —respondió Corrina.

El abuelo hizo un gesto afirmativo, pero me di cuenta de que se estaba esforzando para recordar quién era ella.

—Estamos haciendo un viaje por carretera —le dije—. Lo estamos pasando en grande.

Corrina notó de inmediato la lucha interna del abuelo.

—Todo el mundo respeta la carretera, Charlie —dijo, repitiendo sus mismas palabras.

El abuelo hizo una mueca y se concentró en el plato. Durante unos instantes, los tres seguimos comiendo en silencio, pero al cabo de un momento también Corrina se puso a mirar a su alrededor con escepticismo. Además del tema náutico, había sombreros mexicanos por todas partes, pero no colgados de las paredes, sino colocados sobre la cabeza de los tiburones o de las burdas caricaturas de hombres morenos que había pintadas en los carteles y rótulos del restaurante. Al entrar en el local, ni siquiera me había dado cuenta de que todos los presentes éramos blancos excepto Corrina.

—Parece que he escogido un sitio bastante idiota para comer —dije—. Lo estoy viendo ahora.

—¿Tú crees? —contestó ella, mientras pinchaba con el tenedor un trozo de enchilada—. La comida no es mala, pero... ¡hostia puta, vaya sitio!

—¿Qué manera de hablar es ésa? —intervino el abuelo desde el otro lado de la mesa, mirando a Corrina con expresión severa—. Si os llevo a comer fuera, lo mínimo que espero es que os comportéis.

—Perdona —dijo Corrina, y se volvió para mirarme.



—A ti también te lo digo —añadió el abuelo, dirigiéndose a mí—. Das por sentado que voy a invitarte a comer cada vez que nos vemos, pero parece que hayas olvidado la educación que te di.

Agitaba el tenedor mientras hablaba y Corrina no dejaba de mirarme. Yo no entendía muy bien qué estaba pasando. Cuando íbamos a comer al Holy Guacamole de Los Ángeles, en la playa, solía pagar yo o, mejor dicho, pagaba con el dinero que me daba mi madre, y también lo pagaba todo desde que nos habíamos puesto en camino.

—No tengo por qué hacer estos viajes —prosiguió el abuelo—. Vengo sólo para verte y siempre es igual: otro restaurante y una chica diferente en cada ocasión. Comemos y nos vamos. ¿Por qué no me preguntas qué tal está tu madre?

—¿Abuelo...? —dije.

—Jake, no tienes ni idea de lo mucho que hemos tenido que luchar para poder darte la vida que te hemos dado. ¡Ni idea! Al menos podrías mostrar un poco de respeto.

La furia le hervía en los ojos entornados y yo no sabía cómo conseguir que se calmara. Aunque estaba de espaldas a la mayor parte del restaurante, seguro que al menos algunos de los comensales nos estarían oyendo. El fantasma había vuelto y se había sentado a comer con nosotros, pero esta vez estaba dentro de mí.

—Abuelo —le susurré—. Soy yo, Teddy.

Resopló ruidosamente por la nariz.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Hazme un favor —le dijo Corrina—. Canta conmigo aquella canción, una de las primeras de Joni Mitchell, la que me dijiste que a ti y a Betty os gustaba tanto...

Cantó los primeros versos y le tendió una mano, pero él se la apartó de un manotazo y, con el impulso, el brazo de Corrina fue a golpearse contra la pared.

—¡Basta ya! —dijo el abuelo—. No te burles de mí, Jake —prosiguió, mirándome—. Tú y tus mujeres... ¡Tú y todas tus mujeres! —Inspiró con expresión amarga—. ¿Cómo has dicho que se llama ésta? ¿A quién me toca conocer hoy?

—¡Abuelo, por favor! —insistí, esta vez un poco más fuerte, sin preocuparme de que el resto de los clientes del restaurante nos oyeran. Le

pasé un brazo por los hombros a Corrina y me incliné hacia el abuelo—. Soy yo: Teddy. Hemos parado en este restaurante para comer unos burritos, como hacemos siempre. Ésta es mi amiga Corrina. Ella conduce nuestro coche. Te quiero mucho, abuelo. Estoy haciendo lo que me pediste. Siempre hago lo que me pides. ¿Qué te parece si nos comemos con tranquilidad los burritos?

Traté de hablar con tanta clama y sosiego como pude y, de repente, sin pensarlo, le cogí la mano a Corrina. Ella no la apartó, y cuando se la apreté también apretó la mía. Ni siquiera me hizo falta mirarla para saber que no estaba enfadada.

—No lo entiendo —dijo el abuelo.

—Abuelo, me gustaría llevarte de vuelta al coche —le dije yo.

—No lo entiendo —repitió, mientras yo veía cómo poco a poco lo invadía la nebulosa confusión de uno de sus días malos.

Era mucho peor que cuando olvidaba palabras como «frigorífico» o «sopa», y daba más miedo, porque parecía que estuviera viviendo en otra época, como si contemplara una doble exposición del mundo, una alucinación gris del pasado sobreimpresa en el momento que estábamos viviendo.

Me puse de pie y le di a Corrina unos billetes, que ella se limitó a recibir con un gesto de asentimiento. Fui hasta el otro lado de la mesa e intenté ayudar al abuelo para que se levantara del asiento. Al principio se resistió un poco, pero ya no estaba tan furioso y, en su confusión, parecía más atemorizado que enfadado. Lo llevé hasta el coche y lo ayudé a acomodarse en la parte trasera, al lado del *Viejo Salido*. El tapizado estaba un poco mojado, porque habíamos tenido que dejar las ventanillas abiertas, por el perro. Pero ya no llovía y el aire era límpido y fresco, y los cúmulos gigantescos se desplazaban despacio sobre nuestras cabezas, como navíos en el enorme puerto del cielo. Levanté la mirada para contemplarlos, antes de recostarme en la *Bombardera Azul* y leer en voz alta una historia del LFH que el abuelo me había contado tiempo atrás.

## LA HISTORIA DEL PRIMER BESO DE LOS ABUELOS

Betty McCarthy era una preciosidad, la chica más guapa de Ithaca. Sus padres creían que su belleza sería su pasaporte a la felicidad, y que la felicidad consistía en tener dinero y seguridad. Se equivocaban.

En 1963, no había en Ithaca mucha gente acomodada que no estuviera relacionada con la Universidad Cornell o el Ithaca College. Pero, aun así, había algunos jóvenes que parecían prometer mucho, aunque no fueran hijos de profesores. Charlie Hendrix

no era uno de esos jóvenes, pero su amigo Frank Morris sí. Todo el mundo estaba convencido de que Frank llegaría a ser médico, abogado o senador. Su padre tenía un taller mecánico en las afueras de la ciudad. El viejo ni siquiera se había graduado, pero su hijo Frank había sido el mejor de su promoción y tenía grandes proyectos de futuro. Todos lo sabían y esperaban que fuera así. Todo el mundo conocía a Frank. Cuando iba con una chica a la heladería Purity Ice Cream, le daban helados gratis. El camarero del Macavoy siempre invitaba a su acompañante a una copa de jerez en cuanto entraban en la sala. Todos conocían a Frank y todos lo adoraban, sobre todo Frank. Mi abuelo y él trabajaban en el taller del padre de éste, y eso, en teoría, los convertía en amigos, aunque no solían pasar mucho tiempo juntos.

La noche de su primera cita con Betty, Frank pensaba ir con ella al Macavoy, pero de repente recordó que ya había quedado con Kim Lynch, con quien llevaba cierto tiempo viéndose en secreto y para quien tenía otros planes.

—¿Podrías salir tú con Betty, Charlie? Si le dices discretamente a Davy que me estás haciendo un favor, os dará una buena mesa.

—Es una cita, Frank. No puedes pasársela a otro.

—¿No puedo? Tal vez no, pero te estoy pidiendo que me hagas un favor de amigo.

Charlie aceptó a regañadientes y, cuando se presentó en la puerta de la casa de Betty, ella pensó que se trataba de una broma. Le pidió que se sentara a su lado en los peldaños del porche para esperar juntos a Frank y poder decirle, cuando apareciera, que era un grosero y que siempre lo había considerado un poco ruin. Charlie intentó consolarla y trató de defender a su amigo, pero resultó muy poco convincente, porque él tampoco creía que hubiera hecho bien. Al cabo de un rato, terminó confesando a Betty toda la verdad o, mejor dicho, casi toda, porque no le dijo ni una palabra acerca de Kim. Después de todo, ¿quién era él para criticarla?

—Bueno, ya está. No me hace falta saber nada más —dijo Betty—. Pero yo no me he vestido y arreglado para nada. —Eché un vistazo al coche de Charlie—. Charlie Hendrix —le dijo—, tú no vas a ser médico ni profesor de universidad, y además eres un poco más bajito que cualquiera de los chicos con los que me plantearía salir, pero llevas una hora sentado conmigo en el porche de mi casa y no te has quejado ni una sola vez.

—Me gusta estar contigo.

Betty puso los ojos en blanco.

—Te lo digo de verdad. Lo que más me gusta de ti es tu voz.

Al oír eso, Betty se echó a reír. La mayoría de los chicos le decían tonterías para halagarla, pero ninguno le había dicho nunca ninguna tontería acerca de su voz. Ninguno, hasta que llegó Charlie.

—Estás enfadada, pero no lo demuestras. Lo único que noto en tu voz es seriedad. Más que furiosa con Frank, estás desconcertada, porque no te puedes creer que exista en el mundo una desfachatez como la suya.

—Es cierto —convino ella—. ¡Con lo fácil que es ser sincero y honesto!

—Estoy de acuerdo.

Sonrió.

—¿Pensabas llevarme al Macavoy?

—A decir verdad, Betty, preferiría no llevarte. No me parece el lugar más adecuado. Y aunque sé que allí te está esperando una copa de jerez gratis, prefiero que vayamos a otro sitio, aunque tenga que pagar.

—¿Llevas una manta en el coche?

—Sí.

—Entonces tengo una idea.

Ese último comentario hizo que el abuelo se preocupara de inmediato.

—Te diré una cosa —continuó la abuela—, al menos tienes coche, Charlie.

Lo guio a través de la ciudad, hacia el nordeste, en dirección a las colinas, y por el camino le preguntó si era un caballero, y él le contestó que sí.

—¿Cómo puedo estar segura? —le dijo ella.

—¿Qué tengo que hacer para demostrártelo?

—Si eres un caballero, no intentarás besarme esta noche.

—No lo haré.

Lo condujo hasta un campo, una especie de claro en una ladera que formaba un anfiteatro natural sobre el lago Cayuga y la infinitud de la noche. Allí contemplaron las estrellas que nadaban lentamente en la inmensidad del cielo. Hablaron de las vidas que estaban comenzando. Se llevaban tres años, habían ido al mismo instituto y al abuelo le sorprendió que ella se acordara de cuando él estaba en el último curso. Ahora ella estaba terminando sus estudios superiores en Ithaca y él trabajaba en el garaje de los Morris, con el objetivo de ahorrar todo lo posible para abrir su propio taller mecánico en cuanto pudiera. Se hicieron reír mucho el uno al otro. Y lo que ambos sabían sin necesidad de decirlo era que se tenían confianza. Al final, cuando fue tarde y llegó la hora de que el abuelo acompañara a la abuela a su casa, ella le dijo que adelante.

—Puedes besarme, si quieres.

—No —replicó él.

La abuela se echó a reír.

—De verdad, hazlo. No me importa.

—Eso sería faltar a mi promesa —insistió el abuelo—. Y no me parece una buena manera de empezar algo que quiero que continúe. Siempre cumplo mis promesas.

—¡Vaya! —exclamó ella, dándole un puñetazo de broma en el hombro—. No seas testarudo. Arruinarás el momento.

—No —dijo él empecinado—. Pero te pediré un favor.

—¡Menudo descarado!

—¿Me dejarás que te traiga a este mismo sitio mañana por la noche?

A la noche siguiente volvieron al mismo lugar, y al notar que sus corazones palpitantes entorpecían una conversación que la noche anterior había fluido con mucha más facilidad, la abuela no pudo aguantarse más y se adelantó al abuelo.

—¡Por el amor de Dios, Charlie! ¿Me dejas que te bese, para quitarnos eso de encima de una vez?

—Sí —respondió él.

Y ella lo besó. Al cabo de un rato, se interrumpieron y guardaron silencio un momento.

—Y ahora —dijo el abuelo, cogiendo a la abuela de la mano—, ¿puedo besarte de nuevo?

Ella se echó a reír y la noche fue perfecta, con una sola excepción: el abuelo se sintió un poco culpable por llevarla de vuelta a casa media hora más tarde de lo acordado.

Se lo leí en voz alta a través de la ventanilla abierta, mientras esperábamos a que Corrina pagara. Cuando llegué al final, él ya estaba asintiendo con la cabeza y recordando.

—¿Teddy? —me dijo.

Yo me alegré de que volviera a reconocermelo y a estar conmigo. Abrió la puerta, salió del coche y se apoyó en la *Bombardera Azul*, a mi lado.

—Esto es horrible.

—Lo sé.

Llevábamos sólo un día en la carretera y ya empezaba a preguntarme si habría tomado la decisión correcta. Solamente quería mantener mi promesa, pero sin hacer todavía más daño al abuelo.

## FUEGO DE CAMPAMENTO

Al cabo de un rato, Corrina salió, le pusimos la correa al *Viejo Salido* y nos lo llevamos a dar un paseo por los alrededores, para que estirara las patas e hiciera sus tonterías si le apetecía, porque me parecía entender lo que debía de ser eso de estar un poco mal de la cabeza, actuar como un demente y tener la necesidad de quitarse de encima la locura de vez en cuando para no llevarla metida dentro, como una bomba a punto de estallar en cualquier momento repentino e inexplicable del futuro.

El abuelo llevaba la correa, porque el *Viejo Salido* le hacía más caso a él que a Corrina o a mí. Echamos a andar cuesta abajo, hacia los límites del vecindario, para explorar otra parte de Flagstaff que se extendía al pie de la colina.

—Siento lo sucedido —le dije a Corrina, mientras íbamos andando detrás del abuelo y el *Viejo Salido*.

—No te preocupes —respondió ella—. Ya me estoy acostumbrando. Hay que amoldarse. Primero le sigues un poco el juego dentro de su mundo, y eso está muy bien, y después lo ayudas a regresar poco a poco al nuestro.

—¿Te duele la mano? —le pregunté.

—No, estoy bien. Pero ¡vaya sitio, Hendrix! ¿Has visto el cartel? ¿Te has fijado en el logo? Un tiburón con sombrero mexicano y bigotazo negro. Y el tipo blanco que atendía la barra también llevaba sombrero mexicano y bigote falso. —Dio unos manotazos en el aire—. Es eso lo que me da miedo. Ese tipo se pone un disfraz racista todos los días de su vida. —Levantó la vista y me miró—. Te lo digo en serio, Hendrix, no sé qué es peor, si los gilipollas del garaje o el tipo de la barra, que no sabe lo que hace. Lo que me da miedo es eso. No tu abuelo.

—También lo siento. Perdona.

—Deja de disculparte, Hendrix. Así no arreglas nada. Mejor piensa dónde vamos a dormir esta noche.

—Sí, claro —respondí—. No lo había pensado.

—Ya —dijo Corrina—. Por eso te lo digo.

Guardamos silencio un momento. Parecía como si la cabeza me fuera a estallar. Tenía que pensar en el abuelo, pero no podía dejar de dar vueltas a lo que Corrina acababa de decirme. ¡Era tan raro! Como si el hecho de ser blanco me pusiera parches de pirata en los ojos y me volviera ciego a todo el dolor. Yo no era como los tipos del garaje, ni como los del restaurante, pero si no hacía un esfuerzo mucho mayor para quitarme los malditos parches y contar lo que veía, entonces me parecería mucho más a esos tipos de lo que habría deseado.

Corrina tenía razón. Y también era cierto que debíamos encontrar un lugar donde dormir.

—Mira —le dije—, no sé si hoy deberíamos volver a la carretera. Podríamos y, de hecho, creo que deberíamos seguir. Pero tal vez sería mejor que nos lo tomáramos con más calma, por el abuelo.

Cuando trazamos la ruta nueva en casa del Cuentahistorias, habíamos planeado salir de Las Vegas y pasar la noche en Albuquerque: un trayecto de unas ocho horas si no había mucho tráfico. Y a partir de ahí, al día siguiente, otras nueve horas por carretera hasta algún sitio en los alrededores de Oklahoma City. Pero sólo habíamos llegado a Flagstaff y yo ya había puesto bastante nervioso al abuelo para todo el día. Decidí que durante el resto del viaje compraríamos comida para llevar siempre que pudiéramos.

Ya era tarde cuando conseguimos alojamiento. El lugar estaba en una colina en las afueras de Flagstaff y parecía más una cabaña en medio del bosque que un motel de carretera o un hostel, pero la lluvia y los nubarrones se habían retirado y había por lo menos un millar de pajaritos trinando entre los pinos alrededor de la cabaña. Nos alegramos de pasar el resto del día fuera del coche, sobre todo el *Viejo Salido*, que se puso a caminar en círculos e intentó soltarse de la correa, hasta que el abuelo lo tranquilizó.

El empleado de recepción no debía de ser mucho mayor que yo. Tenía el pelo negro, largo y grasiento, y continuamente se lo estaba metiendo detrás de las orejas mientras hablaba con nosotros, sin mirarnos a los ojos en ningún

momento. Me pareció que estaba colocado, pero me dio igual, porque aceptó el pago en efectivo y no nos pidió ningún documento. Había sólo ocho habitaciones y dos baños en el motel-cabaña. Nosotros éramos los únicos huéspedes que iban a pasar allí la noche, pero el chico nos dijo que, si pagábamos una sola habitación, tendríamos que dormir los tres en la misma. La propietaria llegaría por la mañana y serviría el desayuno a las ocho. Por lo visto, ella misma hacía el pan.

Corrina había pedido en la taquería que nos guardaran las sobras en una bolsa, de modo que las recalentamos en el microondas y cenamos pronto, sentados en la cocina. En cuanto anocheció, el abuelo se fue a dormir. Había sólo dos camas en la habitación y yo no podía pensar en otra cosa. Me preguntaba qué opinaría Corrina al respecto, pero el solo hecho de imaginarme en la cama con ella me hacía sentir un poco mareado, como si hubiera bebido.

Pasamos un rato concentrados en nuestros teléfonos después de que el abuelo fuera a acostarse. La sala común tenía un enorme techo abovedado con vigas vistas que subían hasta cierta altura del tejado en forma de A. Había una chimenea de piedra y, aunque era verano, hacía mucho más frío allí, en la noche entre las montañas desérticas, que en Los Ángeles.

—¿Intentamos hacer fuego? —preguntó Corrina.

Yo reaccioné con escepticismo, porque (a) nunca había encendido un fuego en toda mi vida y de inmediato me vino a la mente la imagen de un incendio provocado que podía arrasarse toda la cabaña, y (b) tenía ideas paranoides sobre la existencia de reglas desconocidas que quizá prohibieran encender fuego y que, de ser quebrantadas, determinarían nuestra expulsión inmediata del motel. Pero el recepcionista con cara de colocado se había esfumado mientras cenábamos y Corrina estaba decidida. Encontró un mechero en la cocina, pero no pudo localizar la leña. Se quedó de pie junto a la chimenea, dándole vueltas al mechero en una mano. Como vi que estaba temblando, levanté la pesada manta del Ejército que había encontrado doblada sobre el sillón y se la eché por los hombros.

—¡Qué bien! —exclamó.

—Entonces ¿no piensas llamar a tu padre?

Su mirada se perdió en la chimenea vacía.

—Las líneas que mejor recuerdo de su informe sobre mí son éstas —contestó—: «Malinterpreta con facilidad la realidad, se embarulla y se



confunde, porque es incapaz de discriminar sus emociones. Eso desencadena estallidos desproporcionados contra otras personas, cuando en realidad lo que le falla es su propio concepto de sí misma». No quiero pensar en ese tipo, y mucho menos hablar con él.

—Vaya —dije—. Es muy duro.

Era curioso, pero las palabras del padre de Corrina me hicieron pensar en el abuelo, ya que era probable que ese diagnóstico encajara en él igual de bien. Me pregunté qué encontraría si alguien se molestara en escribir sobre mí.

—¿Sabes qué no dice ese informe? No es difícil adivinarlo. Lo que falta es esta sensación que tengo siempre de que todos me dejan o están a punto de abandonarme. Y es verdad, Hendrix. Es cierto: me abandonan. Se van. Bueno, pues ¡a la mierda todos ellos! Esta vez me he marchado yo.

Guardó silencio.

—¿Sabes una cosa? —dije—. Siempre había creído que tenías un millón de amigos y que vivías como una estrella del rock and roll, sin preocupaciones ni problemas.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Soy la Puta Perdedora Corrina. Encantada de conocerte.

Me tendió la mano, pero no se la estreché.

—No —señalé—. Ahora sé que te pareces a mí mucho más de lo que pensaba. —Me encogí de hombros—. No digo que eso sea bueno, sino que lo entiendo. Como mínimo, entiendo la parte de sentirte sola.

Se envolvió un poco más en la manta.

—No me gusta nada sentirme sola, ni estar sola... Pero así son las cosas. Estoy completamente sola, Hendrix.

—Yo también —afirmé—. Me siento así todo el tiempo.

Noté que se estremecía. No quería pasar toda la noche hablando de cosas muy deprimentes y, como la mayor parte de la luz de la sala procedía de lámparas tenues, me acordé de la vez en que el abuelo y yo habíamos decidido «acampar» en medio del salón, allí en el Gran Vacío Azul. Había sido idea suya y lo recordé en ese momento, con cierta nostalgia bobalicona.

Le pedí a Corrina que se sentara en la alfombra, delante de la chimenea, y yo me senté justo enfrente de ella, con las rodillas casi tocándose. Metimos las esquinas de la manta por debajo de nosotros y levanté el centro por encima de nuestras cabezas, como una tienda de campaña.

—Enciende el mechero —le sugerí.

Lo encendió y la pequeña llama se puso a bailar.

—Éste es el fuego de nuestro campamento —le indiqué.

—Espera.

Corrina se deslizó fuera de la manta y corrió a la cocina. Cuando volvió, traía una linterna.

—Esto es mucho mejor —aseguró—. Hace más efecto.

—Es como una metáfora del fuego —comenté.

—Sí, eso mismo, poeta: la metáfora del fuego. ¿Las metáforas sirven para calentarse?

—Yo no tengo frío —repliqué.

—Yo tampoco —dijo ella—. Ya no.

Sostuve la manta por encima de nuestras cabezas y ella encendió la linterna, colocó los dedos encima y empezó a proyectar sombras temblorosas en las paredes de nuestra tienda. Después sujetó la linterna debajo de la barbilla e hizo muecas fantasmagóricas y divertidas, y al final me la puso a mí debajo del mentón y dijo que parecía un zombi.

Entonces le llegó el turno a ella de sostener la tienda, mientras yo empuñaba la linterna y la hacía girar en círculos.

—Mira —le dije—. ¡Menudo espectáculo! Son los focos enormes que barren el cielo encima del anfiteatro la noche del estreno de tu primer gran concierto.

Ella se echó a reír y cogió otra vez la linterna.

—Mira —repitió, al tiempo que se la metía en la boca—. *He meán inheniáo lah mehíllah*. —Se quitó la linterna de la boca y se la puso detrás de una oreja—. Ahora se me ha incendiado la oreja.

El pelo le resplandecía con un fulgor profundamente ambarino y crepuscular y, cuando se pasó la mano por la cabellera, separando los mechones, pareció como si le brotaran pequeñas chispas que quedaron flotando en el aire de nuestra tienda, entre los dos.

—Ten cuidado con el fuego —le advertí, quitándole de nuevo la linterna—. Mira con cuánta facilidad salta entre nosotros —añadí, mientras me la colocaba debajo de la camiseta, junto al corazón.

Corrina soltó una carcajada divertida. Buscó debajo de mi camiseta y cogió la linterna. Sus dedos no estaban fríos, pero aun así se me puso la piel de gallina.

—Mira —señaló, haciendo lo mismo—. A mí también me pasa.

Como su camiseta era negra, el resplandor no era tan intenso, pero aun así fue suficiente para que se me encendiera otro fuego en el estómago.

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Yo mismo me gusto más cuando estoy contigo.

—Yo también. O mejor dicho... —Hizo una pausa. Estaba oscuro en la tienda, excepto por la luz apoyada sobre su pecho—. Cuando estoy contigo, soy el «yo» que quiero ser de verdad.

—A mí me pasa igual —respondí.

Como si fuera cosa de la gravedad, me dio la impresión de que ella se me estaba acercando, que se inclinaba hacia mí y la luz se aproximaba.

—Lo único que quiero es seguir como hasta ahora —explicó.

—Yo también —coincidí—. No quiero volver.

—Yo tampoco.

—Me gusta cuando dices «yo tampoco».

—Y a mí me gusta cuando dices «yo también».

—A mí también.

—Y a mí.

Sentía su aliento en los labios y, aunque era consciente de adónde conducía nuestro tonto diálogo, pensé que una sencilla pregunta sería la mejor manera de actuar, para asegurarme de que la invitación fuera clara.

—¿Me dejas que te bese, por favor?

Sabía que iba a contestarme que sí, porque la linterna cayó entre los dos y sentí una feliz expectación que me recorría todo el cuerpo. Sabía que estábamos a punto de besarnos, pero justo en ese momento se abrió la puerta principal.

Corrina soltó un grito y yo retiré la manta que nos cubría, mientras blandía la linterna como si fuera un puñal.

—¿Qué significa esto?

Una mujer alta nos miraba desde la puerta que se abría al vestíbulo, con los brazos en jarras. Aunque hacía bastante frío, vestía sólo una camiseta blanca de algodón y una camisa fina de franela, abierta por delante como si fuera una cazadora. Traía colgados del hombro cuerdas y mosquetones de montaña. Llevaba unos shorts de futbolista y se le marcaban los músculos por todas partes, incluido el cuello. Daba la impresión de ser capaz de pulverizar piedras con sólo colocárselas detrás de las rodillas y hacer una sentadilla.

—¿Qué pasa aquí? —insistió, con un acento que me pareció ruso—.

¿Dónde está Greggie?

Probablemente era más joven que mi madre, pero tenía el pelo tan rubio que parecía blanco.

Corrina se deslizó hacia atrás y se puso de pie, y yo la imité enseguida.

La mujer cerró la puerta de golpe y exclamó:

—¡Esto no es un local para orgías de adolescentes!

—Mmm. —Intenté hablar—. Mi abuelo está durmiendo en la otra habitación.

—¿Os estáis liando con tu abuelo durmiendo en la habitación contigua?

A decir verdad, me parecía mejor opción que hacerlo en la otra cama de su misma habitación, pero no quise discutir con Miss Músculos.

—No nos estamos liando —dijo Corrina.

Casi no podía levantar la vista del suelo y me di cuenta de que el rubor le enrojecía las mejillas y el cuello.

—¡Nada de sexo! Es una de nuestras reglas.

—¿Es usted la dueña? —pregunté.

—Sí.

Pasó junto a nosotros y se dirigió a la cocina.

—¡Greggie! —gritó.

—Por favor —le supliqué—. Mi abuelo está durmiendo.

Hizo una mueca de desagrado y fue directa al frigorífico, del que empezó a extraer comida para prepararse un plato con todo lo que encontró. De repente se me ocurrió que no estábamos en un hotel, ni mucho menos, sino en una pensión clandestina, sin los permisos obligatorios, y que por esa razón sólo aceptaban dinero en efectivo.

El recepcionista fumado entró desde el patio trasero, por la puerta de la cocina.

—Hola, cariño —saludó, con una sonrisa soñolienta.

Tenía los ojos como dos uvas pasas.

—Greggie, ¿han pagado?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones?

—Mmm..

—Una —respondí yo.

La rompepiedras rusa miró a Corrina.

—Habitación número dos. Es tuya. Duerme allí.

Corrina asintió con la cabeza.

—Traen un perro —explicó Greggie, con una voz que se le disolvía en la garganta.

Tenía las manos en los bolsillos de los vaqueros y los hombros se le encorvaban tanto hacia adelante que por un momento pensé que iba a plegarse por la mitad y a cerrar el libro de su cuerpo contra su propia cara. Con sólo mirarlo, me daban ganas de parpadear. De hacerlo por él.

—El desayuno es a las ocho —informó la rompepedras, pero no a nosotros, sino a Greggie.

—Entendido —contesté.

Había una tensión horrorosa en la sala, y Corrina parecía muy afligida, pero a mí me daba miedo abrazarla delante de la policía del sexo.

—Eh —dije en cambio, con una voz que quería ser alegre y cantarina—, he oído que hace usted un pan fantástico.

—Es verdad —afirmó la rompepedras sin mirarme.

—Bueno, entonces... Buenas noches —dije.

—Buenas noches.

Corrina guardó silencio y yo le señalé el pasillo hacia los dormitorios. Su habitación era la primera y la más cercana a la cocina.

—No voy a pegar ojo en toda la noche —aseguró—. ¿Qué coño está pasando?

—No lo sé.

—No quiero quedarme sola.

—Esa mujer nos matará, o al menos me matará a mí, si me ve entrar en la habitación contigo.

—Ahora no está mirando.

Corrina abrió la puerta y entró.

—Ven, pasa —susurró.

Dudé. Fue una mala idea. No pronuncié una palabra. Solamente me detuve un momento en el pasillo, y fue como si hubiera dicho: «No puedo», o «Tengo que hacerle compañía al abuelo», o «Tengo tanto miedo que necesito mi mantita de bebé».

Corrina se puso seria. Me miró con cara de enfado y me cerró la puerta en la cara.

En la cocina se oía que alguien picaba algo con un cuchillo sobre una tabla de madera, y entonces yo, con la mano todavía aferrando la linterna, abrí

la puerta del baño más cercano y me quedé dentro, escuchando. Los ruidos se aquietaron y se oyeron pasos que subían por la raquítica escalera hasta el desván que se extendía encima del salón. Esperé un momento y volví a salir al pasillo para dirigirme al cuarto del abuelo, que para entonces también era el mío, pero me detuve de nuevo cuando oí unos susurros raros en la sala común.

Sin embargo, enseguida volví a ponerme en marcha, y encima bastante jodido, porque estaba seguro de que los ruidos que se oían en el salón eran de Greggie y la rompepiedras, quebrantando las reglas.

## CAMINO DE PRUEBAS

Me desperté por la mañana, solo en la habitación, y sentí pánico. Había puesto el despertador, pero obviamente se había hecho tarde. Salí al pasillo y corrí hasta la cocina, sin siquiera detenerme para mirarme en un espejo.

El abuelo estaba sentado a la mesa, bebiendo café. Me dije que ojalá fuera descafeinado. La rompepiedras estaba junto al fregadero, bebiendo también café y escuchando cómo contaba una historia. Sonreía y parecía feliz y descansada, lo mismo que el abuelo, que incluso se había vestido y calzado. De no haber sido por la pelusilla blanca que le cubría las mejillas y el mentón, habría estado mejor que nunca. Hacía muchos días que no lo veía tan bien arreglado.

—¡Dios mío, qué tarde te levantas! —exclamó cuando me vio. Eran las siete y media—. Me ha dicho Asya que os vio ayer por la noche.

Perfecto. Situación incómoda. Todavía estaba medio dormido, pero sabía desviar la conversación.

—¿Dónde está el *Viejo Salido*?

—No lo llames así.

—No te preocupes —me dijo Asya.

—Está ahí detrás —prosiguió el abuelo—. Greg le está lanzando un frisbi. —Sonrió—. ¿Y tu amiga?

—No lo sé. ¿Se ha levantado ya?

—No —contestó Asya, que a continuación se volvió hacia el abuelo—. Por lo que dices, debía de ser una mujer adorable, Charlie. Tuviste mucha suerte.

—Y aún la tengo —respondió él—. Todavía la quiero. Cada minuto que pasé con ella mereció la pena.

Oí que se abría una puerta detrás de mí y enseguida otra, que se cerró con rapidez, y entonces se oyó el ruido de la ducha. Me senté a la mesa con el abuelo y me serví café. Asya cortó una rebanada gruesa de pan en la tabla de madera y me la trajo servida en un plato.

—Es pan de calabacines —explicó, mientras me señalaba la mantequilla y las mermeladas que tenía delante.

Volvió a su puesto, de pie contra el fregadero, y continuó:

—Es lo que intento hacerle ver a Greggie. No todo puede ser vino y rosas, ¿verdad? Hay que tener fe. En una pareja, los dos deben estar seguros de que están hechos el uno para el otro y de que van a salir adelante, pase lo que pase. Los dos deben creerlo, ¿no es así? Yo tengo fe. Tengo fe en lo nuestro.

—Haces bien —contestó el abuelo.

Yo tenía mis propias opiniones sobre Greggie y la fe que pudiera tener o no, pero me las guardé para mí. Me preguntaba cuánto tiempo llevarían hablando. Temía que fuera mala idea alojarnos en un lugar donde la gente pudiera llegar a conocernos.

—Me habría gustado tenerla a mi lado, para que me ayudara con esto del alzhéimer —prosiguió el abuelo—. Ella era mi roca. ¡Era tan fuerte!

—Sí, seguro que sí —asintió Asya.

—¿Cuánto rato lleváis hablando?

—Desde las seis y media —señaló el abuelo—. Asya es una anfitriona excelente. ¿No te parece delicioso este pan?

Me lo parecía, pero lo que más me preocupaba era que Asya hubiera llamado a la policía mientras el abuelo estaba distraído.

Charlaron un poco más, esta vez sobre ella y sobre cómo había conocido a Greggie, mientras yo no dejaba de mirar al pasillo, a ver si Corrina venía a reunirse con nosotros. Al final la vi salir a toda prisa del cuarto de baño, envuelta en una toalla gruesa, y encerrarse de un portazo en su habitación. Cuando llegó a la cocina, se sentó frente al abuelo.

Se sirvió una taza de café y me miró.

—Hendrix, hueles peor que un saco de cebollas rancias.

Durante unos instantes, nadie dijo nada más.

—¿Buenos días? —sugerí yo arriesgándome.

—Teddy —dijo el abuelo—, ve a meterte en la ducha.

Me inquietaba lo que pudieran decir cuando yo no estuviera delante, pero



necesitaba con desesperación una ducha, de modo que me fui al cuarto de baño. Sin embargo, mientras me frotaba las axilas para arrancar de raíz el olor a cebollas podridas, no podía dejar de pensar que era lunes por la mañana, el día en que el personal del Calypso esperaba el regreso del abuelo de la reunión familiar, y que tan sólo faltaban dos días para que mi madre volviera de Shanghái. Si los del Calypso la llamaban en el transcurso del día, lo cual era bastante probable, ella me llamaría enseguida a mí para preguntarme qué demonios estaba pasando, y entonces yo me vería obligado a contárselo o a mentir, aunque no estaba seguro de ir a salir bien parado en ninguno de los dos casos. Se me daba fatal eso de quebrantar las reglas. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Cuando volví a la cocina, con ropa interior limpia y la piel enrojecida por el agua caliente y por tanto frotar con la pastilla de jabón, Corrina y el abuelo ya lo habían guardado todo en las maletas y las habían metido en el coche, y el abuelo estaba sentado en la mecedora del porche, esperando al lado del *Viejo Salido*.

En la cocina, Asya preparaba comida para llevar, con Corrina.

—Vais a necesitarla —dijo—. Si pensáis llegar a Oklahoma City, tenéis un largo camino por delante.

Corrina terminó de meter los sándwiches en bolsas y le dio a Asya un abrazo de despedida.

—Te mandaré un archivo en cuanto pueda subirlo a la nube —le aseguró—. Vamos, Hendrix —añadió, volviéndose hacia mí—. Tenemos que quemar muchos kilómetros.

Me miró con una sonrisa que era más bien de superioridad y pasó junto a mí sin detenerse, en dirección a la puerta principal.

Asya me cogió por los hombros.

«Ya está —pensé—. Aquí viene el beso de Judas; ahora es cuando me dice que ha llamado a la policía, que nos están esperando al final de la calle y que cómo puedo ser tan mala persona, que por qué demonios he podido pensar que iba a salirme bien un plan tan demencial.»

Sin embargo, no me dijo nada de eso. Me desordenó el pelo, que para entonces estaba limpio y perfectamente desordenado.

—Eres un buen muchacho —dijo—. Cuida a tu abuelo.

Y me abrazó.

—Lo haré.

Cuando me soltó, pude recuperar el aliento.

—¡Ahora vete! —gritó.

Y yo la obedecí. En cuanto estuvimos en la sinuosa carretera, bajando la cuesta camino de la autopista, al fin pude respirar con más facilidad. Lunes por la noche: Tulsa. Martes por la noche: Indianápolis. Y tendríamos que llegar a Ithaca el miércoles, a ser posible antes de que mi madre averiguara con exactitud dónde nos encontrábamos. Siguiendo ese plan, había una remota posibilidad de que todo saliera bien.

Estábamos casi en el cruce para incorporarnos a la I-40, cuando Corrina dijo:

—¿Sabes lo que me fastidia? Tener que conducir todo el rato.

—Lo siento —dije.

—Deja de disculparte por todo.

—¿Qué quieres que haga? —repliqué—. Yo no puedo conducir. Ojalá pudiera.

—Hendrix, te has dejado anular tanto por las reglas que ya no sabes pensar por ti mismo. Es triste, tío. Muy triste.

—Muy bien, para —ordenó el abuelo desde el asiento trasero.

Corrina lo miró por el retrovisor, pero no le hizo caso.

—Para —insistió él.

Esta vez Corrina me miró a mí y yo asentí con la cabeza.

Se detuvo en el área de servicio, a unos cientos de metros de la entrada a la interestatal.

—Ahora bájate —le pidió él.

El motor todavía estaba encendido y Corrina lo apagó.

—Eh... Charlie, verás... Espero que no estés enfadado conmigo. Estaba tratando de decirle a Hendrix que no hay que tener siempre tanto miedo de todo, ni seguir todas las reglas.

—¡A la mierda las malditas reglas! Bájate del coche.

—Abuelo —intervine—. No te enfades con ella.

—No estoy enfadado —respondió él—. Es que me estáis volviendo loco. ¡Estoy harto de vuestra cháchara! Ahora —añadió, dirigiéndose a Corrina—, bájate del coche.

Ella lo obedeció, y entonces el abuelo empujó el respaldo del asiento delantero y empezó a apearse también. Yo me bajé del coche de un salto y lo rodeé corriendo por detrás para asegurarme de que el abuelo no saliera

caminando entre el tráfico.

—Ahora conduciré yo —dijo—. Teddy, ayúdame a ponerme al volante.

Era una idea malísima.

—Abuelo... —empecé.

—Me siento de maravilla, Teddy.

—Ya lo sé, pero...

—He conducido este coche mucho más que tu madre desde que lo compré.

—Sí, pero...

—¡Llevo toda la maldita vida conduciendo, Teddy! Lo hago con los ojos cerrados. Y conducir por carretera es lo más fácil.

Un camión pasó a toda velocidad por el carril más próximo a nosotros y el viento que levantó le arrancó la gorra al abuelo y se la llevó volando por encima del techo del coche. El semirremolque no pasó tan cerca como para habernos atropellado, pero lo bastante como para que yo pensara que podría haberlo hecho. Vi cómo giraba a la derecha, para incorporarse al tráfico de la I-40. Corrina se precipitó hacia el otro lado del coche, para atrapar la gorra antes de que se la llevara el viento y saliera por los aires hacia las copas de los pinos que se erguían sobre las colinas, al otro lado de la autopista.

—Abuelo —dije—, ya sé que sabes conducir, pero no puedo dejar que lo hagas.

—Teddy...

Lo cogí por un brazo, me lo acerqué y le susurré al oído:

—Por favor, quiero hacer una cosa. Necesito tu ayuda.

Sin soltarle el brazo, me aparté un poco.

—Muy bien —le dije a Corrina, por encima del techo del coche—.

Enséñame a conducir.

En cuanto lo dije, el abuelo se dispuso a sentarse otra vez en su sitio.

—Gracias a Dios —soltó.

—¿Estás seguro? —preguntó Corrina—. ¿Tú?

—Sí.

—Muy bien, Hendrix. Hagámoslo.

Entonces Corrina condujo la *Bombardera Azul* hasta un aparcamiento enorme que estaba casi vacío, delante de un Best Buy y un Home Depot, se detuvo en un punto muy alejado de los pocos coches que había aparcados

cerca de los comercios y apagó el motor. Intercambiamos asientos, y cuando estuve en el del conductor, el abuelo se inclinó hacia adelante y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya verás lo fácil que es —afirmó para animarme.

—Muy bien —dijo Corrina—. Primera lección. Arrancar y frenar.

Me estuvo enseñando; el abuelo también colaboró, y al cabo de unos minutos de sacudidas, de golpearlos contra los cinturones de seguridad y de caer violentamente contra el respaldo, les cogí el tranquillo a los pedales y aprendí a conseguir transiciones mucho más suaves. Después empecé a sentirme más cómodo al volante, y Corrina me dirigió hacia la entrada del aparcamiento y me hizo circular con el resto de los coches, girando y poniendo rumbo a las tiendas. Tras una hora de hacer más o menos lo mismo, comencé a tener cierta sensación de control, y Corrina me dijo que ya podía salir a la carretera y, entre exclamaciones de aprobación —«¡Muy bien, Hendrix, muy bien!»—, me hizo acelerar, hasta que llegamos a una señal de stop. Por un extraño giro del destino cósmico, la calle de la bifurcación se llamaba «camino de Pruebas», como si fuera evidente que yo todavía estaba a prueba como conductor.

—Gira a la izquierda por el camino de Pruebas —dijo Corrina riendo.

Así lo hice, aunque quizá demasiado rápido, porque los neumáticos chirriaron y casi me fui contra el camión que venía hacia nosotros. Pero, aun así, aunque la sangre se movía más deprisa en mis venas que la *Bombardera Azul* por la carretera, me sentí bien. Las cumbres castañas manchadas de verde parecían hacerme señas para que me acercara, y las nubes en el luminoso cielo azul eran como vehículos inmersos en el tráfico sobre nuestras cabezas, que se movían rápido y con fluidez, y se adelantaban entre sí, dirigiéndose todos hacia algún punto a nuestras espaldas.

Practicamos durante una hora más por los caminos de los alrededores, hasta que encontramos un cartel que marcaba la antigua Ruta 66. Señalaba una pequeña carretera desierta de dos carriles que discurría en paralelo a la I-40.

—¡Aquí está, Hendrix! —exclamó Corrina—. ¡Cógela! ¡Llévanos a Tulsa!

Sacó el teléfono, eligió una canción y me pidió que mantuviera el ritmo. La música empezó a sonar, ella se puso a cantar y yo sentí que su voz se movía dentro de mí, como si el pulso de sus notas marcara el latido de la sangre en mis venas, mientras el ronroneo de la *Bombardera Azul* subía desde los

pedales, me hacía vibrar las piernas y me provocaba un *crescendo* en el estómago, parecido a las palpitaciones que había sentido en el corazón cuando noté el silencio de Corrina, su respiración y la forma en que se inclinaba hacia mis labios en la oscuridad.

Corrina cantaba a voz en cuello, a coro con la canción. Para entonces, yo ya sabía que adoraba a Patti Smith y hasta me había aprendido los datos del tema que estaba sonando: *Because the Night*, del álbum «Easter», de 1978.

—Bueno, ya está bien —dijo el abuelo desde el asiento trasero—. ¡Teddy! —gritó—. ¡Reduce la velocidad!

Sin darme cuenta, me había puesto casi a ciento treinta y rodaba como una exhalación, dejando atrás los árboles, los prados, las pequeñas cabañas y los caminos de grava que se extendían a ambos lados de la Ruta 66. Levanté el pie del acelerador y Corrina sonrió, sin dejar de cantar con Patti Smith de fondo, aunque había bajado el volumen para que pudiéramos oírnos sin gritar.

Cuando terminó la canción, Corrina volvió a poner la lista de reproducción del abuelo.

—Sly and the Family Stone —le dijo—. 1969. *Thank you*.

Él asintió.

—Todavía estoy enfadada contigo —me advirtió, con media cara crispada en una mueca de disgusto—. Pero eres un gran tipo, Hendrix. Eres un tipo estupendo.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla, rápido y ligero, pero entre sus labios alentaba todavía la noche anterior, y yo volvía a estar vivo, despierto y solo en la tienda con Corrina, mientras el resto del mundo contenía la respiración, en una oscuridad silenciosa que se abría más allá de nosotros.

—¡Nueva York, allá vamos! —gritó Corrina por la ventanilla, con el pelo flotando al viento.

Cuando la ruta antigua desembocó en la autopista, dirigí la *Bombardera Azul* hacia el este, en dirección a Ithaca.

## UN ATAJO

Escuchamos *Dancing in the Streets*, *Think*, *Route 66*, *Mustang Sally*, *Hit the Road Jack*, *Ramblin' Man*, *Going Up the Country* y *Long Distance Operator*. Después, Corrina cambió de lista y me dijo que había llegado el momento de escuchar sólo a mujeres rokeras: las Ronettes, las Supremes, las Shirelles, Yeah Yeah Yeahs, Joan Jett, the Breeders, Heart, the Pretenders, Patti Smith, Bikini Kill, Melissa Etheridge, las Donnas, Flyleaf, Advaeta, Shingai Shoniwa, Cherry Glazerr, ZZ Ward, PHOX, Nadia Washington, Jessica Newry y así hasta Dusty Springfield.

Seguimos avanzando a través de la desolación poblada de arbustos grises del este de Arizona y, cuando llegamos a lo que llaman el «bosque petrificado» —aunque no había nada que ver, excepto la misma llanura interminable a nuestro alrededor—, la mente me empezó a engañar, porque mientras veía lo que debería haberme parecido una extensión infinita de campos en torno a la I-40, no dejaba de pensar que estaba conduciendo la *Bombardera Azul* hacia un punto fijo donde el cielo y la tierra se confundían, como si estuviera yendo directamente hacia la superficie de un lienzo enorme, con la posibilidad de atravesar la tela y descubrir lo que había detrás si pisaba bastante a fondo el acelerador.

A primera hora de la tarde, mientras nos acercábamos a la frontera de Nuevo México, comenzaron a surgir del desierto promontorios estratificados de aspecto lunar y enormes masas globulares de piedra, cuerpos solitarios curvilíneos que parecían varados en el tiempo y el espacio. El GPS me indicaba que mientras circulábamos por el extremo oriental de Arizona, en dirección a Nuevo México, estábamos cruzando una serie de reservas hopi, navajo y zuni. Contemplando los contornos cuadrados de las pequeñas viviendas que parecían flotar sobre las cimas de unas colinas semejantes a olas, me puse a pensar en lo lejos que estaban todas esas viviendas de las

ciudades y los poblados más cercanos y en lo bonito que debía de ser asomarse cada mañana a una de esas ventanas y ver despertar al mundo sobre la inmensidad del desierto, pero también en la gran distancia que separaba esas casas del resto de la civilización y en lo que esa distancia podía significar.

El teléfono de Corrina era nuestro equipo de música y lo llevábamos siempre encima del salpicadero, por lo que resultaba fácil ver cuándo llamaba su padre. Lo hizo tres veces y, en las tres ocasiones, Corrina borró su cara de la pantalla de un manotazo, sin interrumpir la música, como para no dejarlo atravesar la pared de sonido que había levantado contra él. Pero tras la tercera llamada ignorada, su padre le envió un mensaje de texto, que alcancé a leer antes de que ella lo quitara de la pantalla. Decía solamente:

No me obligues a llamar a la policía.

Yo estaba seguro de que el abuelo no había podido leerlo desde el asiento trasero. Miré a Corrina, pero ella apartó la vista y se puso a contemplar por la ventanilla. No hicimos ningún comentario. Veía subir y bajar sus hombros con la respiración mientras su cabeza permanecía apoyada en el cristal. Habría querido preguntarle por el mensaje, pero tenía miedo de lo que pudiera decir el abuelo si le dábamos pie a intervenir, de modo que guardé silencio. Ni siquiera hablamos al respecto cuando paramos para comer, pero yo no me podía quitar de la cabeza la amenaza de su padre y no dejaba de pensar que la policía ya nos debía de estar buscando.

Creíamos que tendríamos que acabar comiendo en un KFC, un Pizza Hut o un Long John Silver, pero encontramos un restaurante típico de la Ruta 66 y nos dijimos que era el lugar ideal para nosotros. La localidad de Gallup se había enorgullecido de ser, al menos en otra época, «la capital india del mundo», pero a nosotros, dos chicos del oeste de Los Ángeles, la ciudad nos pareció triste y abandonada. En el pequeño restaurante había fotografías de lo que en otro tiempo debió de ser el centro de la ciudad: edificios de ladrillos con rótulos de neón que formaban una versión reducida y como de película de vaqueros de Times Square, pero todo eso había desaparecido.

Me pregunté por el apelativo de la ciudad. Había leído en algún sitio que en todo el país había más de quinientas tribus indígenas, cada una reconocida como una nación dentro de Estados Unidos. No me pareció bien ponerlas a

todas en el mismo saco. ¿A quién se le habría ocurrido eso de «la capital india del mundo»? De repente me vino a la cabeza que durante la mayor parte de mi vida había visto imágenes de indios en tazas, camisetas, tabloneros de anuncios, festivales y cascos de fútbol americano, y también en los nombres y las mascotas de los equipos deportivos, pero nunca los había visto en persona. Me sentí despreciable. Llevábamos casi todo el día circulando por las tierras de los navajos y no sabía nada de ellos. Le dije al tipo de la caja que tenían que cambiar el cartel de la entrada de la ciudad por otro que dijera: GALLUP. CIUDAD IMPORTANTE PARA LOS PUEBLOS NAVAJO, HOPI Y ZUNI. EN SU GUÍA ENCONTRARÁ OTRAS CAPITALES DE NACIONES ORIGINALES.

—Ajá —me respondió el hombre, echándome un breve vistazo de arriba abajo, antes de darme la espalda—. Intentaré decírselo a alguien.

—Estaría bien que lo hiciera —insistí, al darme cuenta de la mala acogida que había tenido mi sugerencia.

Nos llevamos la comida y la consumimos dentro del coche, encima del capó y de pie junto a la *Bombardera Azul*, en el aparcamiento.

Después de comer me ofrecí para conducir de nuevo y a Corrina le pareció bien, porque tenía sueño y se sentía al borde del coma glucémico tras devorar una triple pila de tortitas de chocolate. Con los pies descalzos apoyados en el salpicadero y el respaldo echado hacia atrás, se quedó dormida a mi lado poco antes de llegar a un cartel que marcaba la Divisoria Continental. Había dejado preparada otra lista de reproducción para el abuelo: Chuck Berry, War, The Band, Aretha Franklin, Fleetwood Mac, Cat Stevens, Nick Drake, Neil Young, Jefferson Airplane, Marvin Gaye y Little Richard. Mientras sonaba el grupo America y el abuelo de vez en cuando cantaba un par de versos al unísono con la música que salía de los altavoces, me puse a pensar que estábamos cruzando la línea divisoria entre el oeste y el este del continente, siguiendo simplemente las subidas y bajadas de la carretera, y que esa noche dormiríamos a cuatro estados de distancia de la casa que dejamos atrás y a medio país de la que nos esperaba.

Al final, también el abuelo se quedó dormido. Por eso, cuando poco después pasamos por Grants y vi un cartel que indicaba un desvío, no supe interpretar si la señal anunciaba un desvío obligatorio o el camino para llegar a algún otro sitio. Nuestra carretera seguía en línea recta y el GPS marcaba que continuara por la I-40, de modo que así lo hice. Mientras cruzábamos el territorio del pueblo laguna, vi varias señales más que indicaban un desvío



hacia la Ruta 6. Aun así, el GPS seguía aconsejándome que siguiera recto y yo lo obedecí, hasta dejar atrás la última de las señales, poco después de la salida 126, en Los Lunas. Tras cruzar como una exhalación bajo el paso elevado, el desierto se desplegó a nuestro alrededor, o más bien nos invadió, porque apenas un poco más adelante el polvo gris de las áridas extensiones y el asfalto también gris de la carretera se volvieron una misma cosa. Todo parecía subir en una larga cuesta hacia las nubes.

No volví a ver más señales de desvío, pero al cabo de un momento empecé a ponerme nervioso. En la autopista no había mucho tráfico, pero habíamos visto camiones, caravanas y algún que otro coche. De repente, estábamos solos. Entonces, tras recorrer el amplio arco que la I-40 describía hacia el norte y el este, comprendí el problema. La cara de un promontorio que se erguía casi al borde de la autopista se había desmoronado, sepultando todos sus carriles bajo una ancha pendiente de rocas, grava y escombros.

Reduje la velocidad y me detuve en medio de la nada. No había coches delante de nosotros, sino sólo una extensión pedregosa que se expandía más de un kilómetro sobre la carretera. Tampoco había coches detrás. Consideré la posibilidad de invadir la mediana de arena y girar en redondo para volver a la última señal de desvío; pero había otro camino de tierra un poco más adelante y, cuando consulté el mapa en el teléfono, vi que las Carreteras Indias de Servicio conectaban con la Ruta 6, por lo que supuse que siguiendo por ese camino podríamos ahorrar tiempo. Después de todo, ¿qué había aprendido en clase de geometría? Que la distancia más corta entre dos puntos siempre era una recta. Me dije que las carreteras de servicio debían de servir justo para eso.

Me metí en el camino de tierra, pero al cabo de muy poco rato el suelo se volvió más arenoso y tuve que reducir la velocidad. En un momento dado, topamos con un pedrusco y la sacudida despertó a Corrina.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde demonios estamos?

También el abuelo se despertó.

—¿Qué pasa?

—Un atajo —dije yo.

—Oh, no —exclamó Corrina reaccionando.

Un bache sacudió la *Bombardera Azul* y la hizo derrapar hacia un lado sobre la arena.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿En qué demonios estabas pensando?

—Había un desvío —dije.

—Pero esto no puede ser el desvío —señaló Corrina, mientras interrumpía la música y se ponía a buscar un mapa en el teléfono—. ¿Adónde nos llevas?

Quise explicárselo, pero cada vez me costaba más trabajo controlar el coche. La arena iba volviéndose más profunda y la *Bombardera Azul* derrapaba y se sacudía. La grava crujía bajo los neumáticos y golpeaba el suelo del coche.

—¡Estás loco! —gritó Corrina.

El abuelo también empezó a gritarme que redujera la velocidad, que girara, que parara y les explicara lo ocurrido, y yo no dejaba de escudriñar desesperadamente los bordes del camino, en busca de alguna señal de la Ruta 6, para no tener que explicarles nada y poder demostrarles que era capaz de llevarlos a donde querían ir. Pero, mientras sus voces me atronaban los oídos y el coche saltaba y se sacudía, yo no veía nada, excepto una vasta desolación árida y desierta.

Entonces topamos con algo, oímos una pequeña explosión y la *Bombardera Azul* dio una sacudida, se desvió y fue a parar a una pequeña zanja a un costado del camino. Nos quedamos en silencio, desconcertados y en estado de choque hasta que yo, con las dos manos apoyadas aún sobre el volante, por fin hablé.

—¡Mierda! —grité.

Intenté poner la marcha atrás, pero las ruedas no tenían agarre y el abuelo me dijo que parara. Pese a las muchas veces que intenté explicar lo que había hecho y por qué lo había decidido, Corrina no dejaba de decir:

—¡Había un desvío! ¡Un desvío! ¿Acaso no sabes leer?

El abuelo se bajó y yo pensé que iba a inspeccionar la *Bombardera Azul* para determinar el alcance de los daños, pero siguió andando, cruzó el camino y se quedó parado, con la mirada perdida en la inmensidad. El *Viejo Salido* saltó del coche y lo siguió. A excepción del promontorio solitario que se recortaba a lo lejos, detrás de nosotros, el resto del desierto era una desolación de polvo y hierba quemada. No había nada más que ver, salvo el cielo y el manto rasgado de las nubes por encima de nosotros.

## Segunda parte

AHORA

## LOS PROBLEMAS QUE PODEMOS RESOLVER

Vivimos en tres tiempos a la vez: en el presente siempre, pero el pasado es como la sombra que arrastramos, que nos pisa los talones y, cuando nos volvemos, gira con nosotros, y de repente lo tenemos delante, proyectando sus oscuros contornos sobre el futuro... O al menos así me siento yo mientras camino por el desierto, pensando en mi pasado en Los Ángeles, y entonces me vuelvo y, con el sol de la tarde a mi espalda, veo la sombra que se prolonga delante de mí, apuntando hacia el este, en dirección a San Luis. No estoy seguro de que vaya a llegar, pero, si llego, el fantasma me estará esperando allí, aunque con otra mujer.

Y ahora, mientras Corrina se apoya en el coche y contempla el desierto reseco y amarillo a lo lejos, no puedo explicar por qué sufro esta colisión de recuerdos, memorias y expectativas, pero no lo lamento, ni siquiera lamento el miedo y la angustia que bullen en mis pensamientos. Parece bueno y normal sentirme como me siento.

—¿Alguna vez has cambiado un neumático? —le pregunto a Corrina.

—No. Pero no puede ser muy difícil, ¿verdad?

—No —respondo, aunque sin creerlo.

Vaciamos el maletero y encontramos la rueda de repuesto y la caja de herramientas bajo la alfombrilla de goma. No parece imposible. No hay tantas herramientas. Pero en cuanto nos ponemos manos a la obra descubrimos que no sabemos muy bien cómo utilizarlas, ni somos capaces de determinar si la *Bombardera Azul* está demasiado inclinada dentro de la zanja para levantarla con el gato.

Los dos estamos sudando y Corrina se ha sujetado el pelo con una de sus bandanas desteñidas. De repente se incorpora y se aparta.

—¿Y si no lo conseguimos, Hendrix? —dice.

Sé que todavía está enfadada conmigo y que es probable que empiece a arrepentirse de participar en este viaje de locos, o al menos de tener que aguantarme a mí y todo lo que viene conmigo.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —estallo de pronto, y todo lo que llevo dentro brota imparable—. Mi madre no tardará en descubrirlo y, en cuanto lo sepa, me matará. Los del Calypso seguro que me prohibirán que vuelva a visitar al abuelo. Ahora mismo, ya deben de haber declarado la alerta plateada por desaparición de un anciano, y tu padre ya debe de haber llamado a la policía. ¿Qué estoy haciendo? ¿Cómo pude pensar que podía hacer una cosa así?

Intento calmarme contemplando la extensión desolada y desierta. El vacío. El sol sigue siendo una esfera cegadora en el cielo vespertino y las palabras que emergen de mi interior tienen el sonido de la rabia o de la furia, pero no son nada de eso. Son simplemente libertad.

—Sólo intento darle lo que quiere, algo que nadie más puede ni desea darle. Es mi abuelo, pero también es el único padre que he tenido. Mi madre siempre me está sermoneando sobre lo importante que es disfrutar de vida social, participar en actividades y conocer gente, pero nunca viene a verme a nada de lo que hago. Él sí que viene. O, mejor dicho, venía. Y ahora mira cómo está. No es justo. Yo sólo quería portarme con él tal como él se ha portado conmigo. Sólo por una vez.

—Ya, te entiendo. Pero yo también estoy aquí —me dice Corrina—. El problema no es sólo tuyo.

Tiene razón, por supuesto.

Y sigue hablando.

—Yo tampoco sé muy bien qué estoy haciendo aquí contigo y el loco de tu abuelo. —Mira a su alrededor—. Ni siquiera sé hacia dónde está Los Ángeles, ni en qué dirección queda Nueva York. —Levanta la mirada al cielo para orientarse y señala hacia el oeste, en dirección al sol—. ¿Sabes una cosa? Después de todas las llamadas y los mensajes de mi padre y toda la presión que he tenido que soportar, he mirado qué distancia hay de aquí a Guatemala. Y no te lo vas a creer, pero la distancia entre Los Ángeles e Ithaca es casi la misma que entre Los Ángeles y Guatemala. Es casi la misma

distancia, pero ¿qué podría hacer yo al llegar allí? —Duda un momento—. Un viaje es perfectamente posible y el otro no. —Le tiemblan los labios—. Yo no tengo una Ithaca. ¿Qué puedo hacer al respecto?

Guarda silencio y viene hacia mí. Me gustaría coger una piedra y arrojarla con todas mis fuerzas contra todos los problemas del mundo y en particular contra ese problema de Corrina. ¿Es posible amar a una persona cuando eres incapaz de resolver sus problemas? ¿Le sirves de algo?

La angustia me hace respirar con pesadez y me alejo del coche porque mi cuerpo necesita hacer algo, como aplastar alguna cosa o trepar hasta la cima de una montaña, y todo lo que llevo dentro pugna por salir. Es la hora más bochornosa y sofocante de la tarde y estoy tan empapado en sudor que me pregunto si será así como se deshidrata la gente, sintiendo que toda la humedad abandona a chorros su cuerpo. Necesito hacer una pausa. Necesito alejarme de Corrina, del abuelo y del *Viejo Salido* y caminar solo entre el polvo, para ver si puedo descubrir algo en la marea de sangre que me recorre las venas o en los guijarros dispersos que se arremolinan en el suelo. Pero no hay nada que descubrir y, justo cuando estoy pensando que hemos llegado al final del viaje y que nos he fallado al abuelo, a Corrina y también a mí mismo, veo que el abuelo se agacha para inspeccionar la rueda y la caja de herramientas.

Con el gato en una mano y la llave para aflojar las tuercas en la otra, rodea el coche. Abre el maletero y se sienta en un hueco. Noto que masculla algo y, cuando empiezo a preocuparme por lo que puede hacer con las herramientas en la mano, me hace señas para que me acerque y después le hace señas también a Corrina. Al principio, ella se lo queda mirando a unos veinte metros de distancia, pero después él la llama por su nombre y ella asiente con la cabeza y acude.

—Chicos —dice el abuelo, cuando nos tiene a los dos de pie a su lado—, resolvamos el problema que somos capaces de resolver y volvamos a ponernos en camino, porque no podemos pasar la noche en medio del desierto esperando un milagro. Tenemos que hacer algo. —Me da el gato a mí y la llave a Corrina—. Seguid mis instrucciones.

Nos guía hacia la parte trasera, donde nos sentamos, para empujar y presionar la *Bombardera Azul* con mayor firmeza contra el suelo; después nos dirige en torno a la zanja y nos indica que hagamos lo mismo sobre la rueda delantera derecha. A continuación, nos dice que pongamos el gato debajo del

coche, cerca de la rueda izquierda pinchada, y me enseña a utilizarlo. Me da pánico que el vehículo se me desmorone encima del brazo, pero no ocurre nada. El abuelo dirige a Corrina, que retira todas las tuercas y me las va pasando. Y de ese modo, los tres, trabajando juntos, retiramos la rueda con el neumático pinchado y colocamos la de repuesto. Corrina se pone al volante, el abuelo y yo empujamos y, después de levantar una buena cantidad de tierra y arena, la *Bombardera Azul* comienza a avanzar sobre el borde de la zanja, cuya pared se desmorona. En cuanto los dos neumáticos traseros se apoyan en terreno firme, el coche sale de la zanja, Corrina lo dirige hacia el centro del camino de tierra, gira en redondo y allí se detiene.

Volvemos a montar en la *Bombardera Azul*. Corrina arranca y empieza a rodar, girando, esquivando los obstáculos y contorneando los baches y las piedras más grandes que hay dispersas por el camino. Cuando al fin logramos regresar a la intersección con la I-40, me vuelvo para mirar el lugar de donde hemos venido y lo que veo es una nube de polvo que se extiende hasta la línea del horizonte. Sólo consigo pensar en el pánico que he sentido cuando he creído que por mi culpa nos íbamos a quedar varados en ese páramo.

Permanecemos un buen rato en silencio, mientras Corrina pasa la mediana y pone rumbo hacia el oeste por la I-40. Estamos retrocediendo. Es como ir en dirección prohibida y el tiempo, ese cabrón, actúa en contra de nosotros. Corrina no parece enfadada, sino más bien contemplativa. Ni siquiera ha puesto música.

—Ha sido una estupidez —dice finalmente.

No hace falta que diga nada más para que la entienda.

—Sí —respondo—. Ha sido una mala idea. Me he portado como un idiota.

—¡Uau! —exclama—. Qué fácil ha resultado, ¿no?

—¿El qué?

—Reconocer tu error.

—Claro que ha sido fácil. Me equivoco la mayoría de las veces.

Mi comentario la hace reír.

—Eres tonto, pero no eres ningún idiota —me dice, y a mí me gusta que lo diga—. ¿Sabes una cosa, Hendrix? Eres tonto del culo.

—Gracias.

—Me gustaría saber por qué siempre me acaban gustando los tontos del culo.



—¿Son todos tan tontos como yo?

Se echa a reír.

—No. Tú eres el más tonto de todos.

Sonríó.

—Hay un poema para eso.

Ella vuelve a reír.

—Por supuesto.

## FATHER LOTUS

Seguimos por la I-40 hasta la Ruta 6 y después por la 25 hasta la Panamericana, que entra en Albuquerque, donde el sol del atardecer enciende la ciudad con un fulgor amarillo anaranjado. Buscamos un lugar donde comer algo y encontramos tacos y burritos con pimientos verdes en un restaurante gigantesco llamado La Frontera, pero volvemos a llevarnos la comida al coche. A las siete y media estamos de vuelta en la I-40, circulando en dirección este hacia Albuquerque, con Corrina al volante, el abuelo en el asiento trasero al lado del *Viejo Salido*, la música a todo volumen y el sol del verano negándose aún a abandonar el cielo. La carretera se pierde detrás de nosotros, mientras nos deslizamos sobre una espuma de polvo y hormigón. Sabemos que debemos quemar muchos kilómetros, hasta bien entrada la noche.

Sin embargo, tenemos dos problemas. Estamos llegando al final de nuestro tercer día en la carretera y hemos avanzado mucho menos de lo que habríamos deseado. Había calculado que mañana llegaríamos a Ithaca, pero todavía no hemos salido del desierto. Necesitamos recorrer más distancia y además debemos torcer hacia el norte y no sólo avanzar hacia el este.

—¿Y si seguimos conduciendo toda la noche? —le pregunto a Corrina.

—Quizá —responde ella—. Si tú duermes mientras yo conduzco, y después yo duermo mientras conduces tú.

—Podríamos llegar a San Luis antes del mediodía.

—Es cierto —recuerda Corrina—, tenemos que parar en San Luis.

—No, no hace falta que paremos —dice el abuelo.

Corrina me mira y frunce el ceño, a la espera de que yo responda; pero no digo nada, porque de hecho no estoy muy seguro de querer parar en esa ciudad. De repente me da miedo la idea de conocer a esa mujer, aunque es probable que sea la única persona que pueda revelarme todas las grandes cosas que quiero saber, e incluso las pequeñas, que siempre me han intrigado.

¿Cómo se reía? ¿Se ponía zapatillas de estar por casa? ¿Abría la puerta a los desconocidos? ¿Fregaba los platos todas las noches? ¿Le picaba la ropa de lana? ¿Le gustaba la pizza con pepperoni o solamente con mozzarella?

Nada de eso es importante, pero en el fondo lo es y además me hace pensar en todo lo que se pregunta Corrina. ¡Qué mal me siento! Al fin y al cabo, yo tengo mi Ithaca y también mi San Luis. ¿Qué significa si ahora, después de todo esto, no voy?

—Todavía queda mucho camino antes de llegar —digo, y agradezco que ninguno de los dos insista.

De momento, lo dejan correr.

Durante la mayor parte del trayecto, he marcado el ritmo con un pie, desde el asiento del pasajero, al compás del zumbido de los neumáticos sobre el pavimento. Pero en algún punto a unos cincuenta kilómetros de Santa Rosa, mientras Corrina reduce la velocidad en medio de un tráfico cada vez más denso y al final detiene el coche, me doy cuenta de que no puedo estar quieto en mi sitio, que no dejo de enderezar la espalda y estirar las piernas. Las rodillas se me mueven solas. Escuchamos dos canciones enteras de las Sleater-Kinney sin avanzar ni un centímetro en la carretera, y al fin estallo.

—¿Qué demonios está pasando?

—No lo sé —responde Corrina.

—Pronto volveremos a ponernos en marcha —interviene el abuelo desde el asiento trasero—. Deben de estar de obras.

No hago más que estirar el cuello para ver si distingo el comienzo de la larga caravana. Consulto el teléfono, pero el GPS no sirve de nada. La carretera está marcada en rojo por retenciones, pero no hay ninguna explicación. No hay señales de obras, ni indicaciones de que haya habido un accidente o se haya producido una catástrofe, ni tampoco vemos ambulancias que acudan al lugar de los hechos.

De vez en cuando avanzamos unos metros, pero no llegamos a desplazarnos más que la longitud de uno o dos coches antes de detenernos otra vez durante unos cuantos minutos más. Al final observo que los vehículos del otro lado de la carretera también están parados, pero un par de kilómetros más adelante el tráfico en ambas direcciones circula por la carretera de servicio al lado de la autopista y por una secundaria que discurre hacia el norte. Muchos

de los vehículos a nuestro alrededor están tan llenos como el nuestro. Y muchos de los ocupantes son chicos de nuestra edad o un poco mayores. También vemos un par de furgonetas y minibuses.

Escuchamos otra canción entera sin movernos y al final Corrina se asoma por el coche, dejando el motor en marcha, e intenta mirar lo más lejos que puede, con una mano apoyada en el techo y la otra sobre la puerta abierta. Después, mira dentro del vehículo de la fila vecina.

—Hola —le dice a un chico blanco con rastas rubias recogidas en una coleta—. ¿Qué pasa? ¿Hay un concierto o algo?

—Claro —contesta él—. En el anfiteatro Yellow Mountain.

—Mierda —responde Corrina—. Nunca he ido. ¿Quién toca?

—Father Lotus.

A Corrina se le ilumina la cara.

—¡Me encanta!

—Dicen que va a tocar por primera vez todos los temas de su nuevo álbum —le cuenta Rastas Rubias.

—Oye —interviene el conductor del coche, inclinándose para hablar con Corrina—, deberías venir con nosotros.

—¡Ojalá tuviera entradas! —responde ella.

—Bueno, no desesperes —le dice el otro—. Todavía puede producirse un milagro.

Entonces sube el volumen de la música que está sonando en su coche, probablemente una canción de Father Lotus. Es un tema de rock sinuoso, eléctrico y psicodélico, que los chicos escuchan marcando el ritmo con la cabeza.

El abuelo se ha quedado dormido en el asiento trasero. Está roncando, con la cabeza del *Viejo Salido* apoyada sobre las rodillas. Rastas Rubias vuelve a hacer un gesto con la cabeza, pero esta vez señala al abuelo.

—Él podría quedarse con el coche por el pueblo. Está chulo. Si tuviera una entrada, te la daría.

—Dos —dice Corrina, señalándome con el pulgar.

Rastas Rubias se lleva un corte, como si ella lo hubiera agarrado de repente por el brazo y lo hubiera enviado de vuelta a Arizona.

—Sí —responde él—. Claro.

El tipo echa una mirada al abuelo y después se pone a buscar algo en la guantera. Enciende un porro y le da una calada mientras escucha la música. El

humo se cuele en la *Bombardera Azul*. Me gustaría pensar que es un idiota y que está haciendo lo posible para que lo detengan, pero no hay polis a la vista y, a decir verdad, por toda esta autopista, ahora convertida en un aparcamiento, se ven salir de muchos vehículos pequeños penachos de humo que se elevan y desaparecen sobre el desierto enrojecido a la luz del atardecer.

Pasamos casi media hora parados y Corrina no deja de conversar con los tipos del coche de al lado sobre los dos primeros álbumes de Father Lotus. Se ve que los está deslumbrando con sus conocimientos. Rechaza dos veces el porro que le pasan y me pregunta a mí si quiero, demostrando buenos modales; pero al cabo de un rato, cuando Rastas Rubias bebe un sorbo de su termo y se lo pasa a Corrina, la pilla desprevenida, porque ella está concentrada por completo en su monólogo sobre la técnica de superposición acústica característica de Father Lotus, un genio de la orquestación, tanto si la banda es eléctrica como si es acústica. Rastas Rubias está en éxtasis. La escucha como si fuera la telonera del concierto, o la entrevista previa al espectáculo, o el reportaje que hace aún más interesante el gran acontecimiento. Es uno de esos tontos felices y está tan colocado que ni siquiera se da cuenta de lo que hace, y su amigo el conductor no está mirando cuando le pasa el termo a Corrina. Sólo se vuelve y se limita a mirarla cuando ella ya ha hecho una pausa para echar un buen trago.

—¿Qué cojones estás haciendo?! —le grita el conductor a Rastas Rubias.

—Está asqueroso —comenta Corrina, cuando le devuelve el termo.

—Mierda —dice Rastas Rubias.

El tráfico empieza a moverse y el conductor del coche vecino golpea con las dos manos el volante mientras avanza. Le está hablando a Rastas Rubias, pero no oímos lo que dice, porque nuestra fila sigue parada. Corrina se sienta y parece quedarse embobada, mirando cómo circulan los vehículos.

—Menuda idiotez —dice.

Levanta el pie del freno y empezamos a rodar, porque los coches de nuestra fila ya se están moviendo también.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, porque no es propio de ella estar tan callada.

—Sí —dice al fin—. Ahora sí. Pero no sé qué es lo que acabo de beber. Lo he tomado sin pensar. Parecía té con hielo, pero sabía como si tuviera

tierra y algo más, algo como corteza de árbol o ramas, y picaba un poco. Todavía tengo el gusto en la garganta.

Alcanzamos otra vez a los dos chicos de antes y vemos que Rastas Rubias está asomado a la ventanilla, como si nos esperara.

—Tía —le dice a Corrina—, tendría que haberte avisado de que era té frío.

—¿Té frío? —pregunto yo.

—Sí —contesta él, como si eso lo explicara todo.

—Es una puta infusión de setas, tío —interviene el conductor—. De setas mágicas. Vas a alucinar durante horas.

Corrina niega con la cabeza.

—Eh —dice Rastas Rubias—, al menos es una bebida sana y natural.

—Vete a tomar por el culo —responde ella.

—Oye, tía —protesta él—. Yo sólo pretendía ser amable.

—Eres un imbécil —le dice el conductor—. Un idiota profundo.

Vuelve a inclinarse hacia nosotros e inspecciona la carretera, delante y detrás de nuestro coche a medida que los dos vehículos se deslizan despacio hacia la salida, con al resto del tráfico.

—Tenéis que seguirnos, tío —me dice—. Esta chica no puede ir conduciendo.

—¡Eh, que todavía estoy aquí! —interviene Corrina.

—¿Has tomado setas alguna vez? —le pregunta.

—Sí —responde Corrina—. Por supuesto.

Por supuesto que nunca las ha tomado y me doy cuenta de que está mintiendo. Él también lo nota.

—Tú síguenos —insiste—. Necesitarás un montón de agua. Y te lo digo en serio: no puedes conducir.

Aunque no tengo la menor confianza en ese par de gilipollas, sé que probablemente necesitaré más ayuda de la que creo, porque, si bien el abuelo continúa roncando en el asiento trasero, se despertará cuando paremos y entonces tendré a mi cargo a dos personas y no sabré qué hacer. Y el *Viejo Salido*, como si me hubiera leído la mente o —lo que es más probable— como si hubiera olido el miedo que flota en el aire, levanta la cabeza y mete el hocico entre los dos asientos delanteros, mientras vamos tras el coche destartado de los dos idiotas y el resto del tráfico por un paso elevado y

bajamos después hacia el desierto, cada vez más oscuro. El sol empieza a ponerse, y las nubes forman haces salvajes de violeta y bermellón que barren el cielo crepuscular.

En cuanto salimos de la autopista, los coches se mueven más deprisa y avanzamos hacia lo que parece una corona de rocas amarillas gigantes que emergen de la tierra y se proyectan hacia el cielo. El tráfico se dispersa en una extensión enorme, al otro lado de la corona rocosa, donde han acondicionado un vasto anfiteatro: Yellow Mountain. En otras circunstancias, Corrina estaría entusiasmada. Debería ser una especie de paraíso para ella, pero no lo es. Noto que está temblando.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Te notas algún efecto?

—No —responde en voz baja—. Pero tengo miedo.

—Deberías echarlo —le digo.

—¿Qué?

—Vomitarlo. Potarlo. Lo antes posible.

Levanta la vista para mirarme. Nunca la había visto tan asustada. No es tristeza. Es un miedo parecido al que vi en la cara del abuelo cuando me hizo prometerle que no iba dejar que olvidara a la abuela, el tipo de miedo que debe de sentir uno cuando se da cuenta de que ha perdido el control y un mundo extraño se está haciendo con el mando de todo.

—Para —le digo—. Frena.

Lo hace, pero los dos tipos del otro coche no lo notan —o tal vez sí— y siguen adelante. Es mucho más fácil fingir que te interesas por los demás que esforzarte de verdad y hacer algo al respecto.

Corrina conduce la *Bombardera Azul* hasta un pequeño espacio entre un par de arbustos de salvia, deja el motor en marcha, abre la puerta y corre para esconderse detrás de uno de los arbustos, que, sin embargo, apenas la ocultan. Me bajo del coche e intento alejarme un poco para que se sienta cómoda cuando se meta los dedos en la garganta; pero no demasiado, por si me necesita. Entonces, en cuanto oigo lo que está pasando, y también lo huelo, corro para sujetarle el pelo, mientras el chorro marrón mancha el suelo polvoriento. Cuando termina, tiene los ojos hinchados por las lágrimas. Se incorpora y se aleja.

—Estaré bien —dice—. Estoy bien.

Se para, se tambalea un poco, se desmorona y cae sentada en el polvo. Mira a lo lejos, hacia la parte trasera de lo que debe de ser el escenario. El anfiteatro se levanta al fondo y está medio lleno de gente, que ya baila con las actuaciones de los teloneros. La mayor parte del desierto en torno al escenario, alrededor de nosotros, dentro de esta mitad de la corona rocosa de Yellow Mountain, se ha convertido en un aparcamiento, con un laberinto de calles entre las filas de coches. La gente ha instalado mesas y tiendas delante y detrás de los vehículos y el conjunto parece un pueblo, tal como ha dicho el gilipollas número uno.

Entre el pseudopueblo y el escenario, una fuente colosal que parece del todo fuera de lugar proyecta hacia el cielo una columna de agua que se desintegra y vuelve a caer en el amplio estanque. Las luces multicolor que la enfocan la convierten en una especie de espectáculo de pirotecnia, pero es agua, y agua es justo lo que Corrina necesita.

No puedo dejar solo al abuelo, de modo que vuelvo a la *Bombardera Azul*, apago el motor y lo despierto.

—¿Dónde estamos? ¿En Woodstock? —pregunta.

No sé si él también está en otro mundo, perdido en los delirios surrealistas del alzhéimer. Probablemente la escena que nos rodea se parece a lo que debió de ser Woodstock —gente medio desnuda girando en círculos o tirada por el suelo, entre nubes de humo—, pero el abuelo no estuvo en Woodstock, de modo que lo suyo no puede ser un recuerdo. Sonríe y me coge de la mano.

—Ayúdame a salir del coche, Teddy.

Los llevo a él y al *Viejo Salido* con Corrina, que por suerte no ha decidido levantarse y marcharse caminando hacia la noche del desierto. Tiene la mirada clavada en la fuente, mientras escucha la música y contempla el espectáculo de luces reflejado en las mil caras de la multitud que va ocupando el anfiteatro.

—Corrina no se encuentra bien —le digo al abuelo.

—Ya veo —responde.

La ayudo a ponerse de pie y la conduzco hasta la fuente. El abuelo camina a nuestro lado, llevando al *Viejo Salido* con la correa, y justo en el instante en que llegamos el gentío estalla en un rugido, las luces se encienden en una



explosión de colores y nos embiste una marea de sonido que parece surgida del centro de la tierra, bajo nuestros pies. Debe de ser la banda de Father Lotus, porque Corrina empieza a saltar y a gritar:

—¡Esto es lo que quiero! ¡Esto es lo que voy a hacer con mi vida!

Espero que se refiera a la música. Pero se mete en la fuente y se pone a correr con el agua hasta las rodillas, la cabeza echada hacia atrás y la lengua fuera, como si quisiera beber gota a gota la festiva lluvia de colores. El *Viejo Salido* corre tras ella. Yo tengo miedo de que venga la policía, pero no parece que haya ningún agente por los alrededores. Es como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para apartarse y dejar que este pequeño oasis del desierto viva sin reglas, casi sin concepto del tiempo, ocupado por una masa palpitante, movediza y serpenteante de gente, con Father Lotus en el centro, bailando, cantando y dirigiendo a esos miles de espectadores como un barbudo sacerdote demente que arroja sobre la multitud una red pulsante de música capaz de elevarse y florecer sobre Yellow Mountain y sobre todos nosotros.

Para algunos, esto debe de ser el cielo y, durante unos breves momentos, puede que también lo sea para Corrina; pero de repente se detiene, se vuelve hacia mí y vomita de nuevo dentro de la fuente. Ahora sí que ha devuelto de verdad. Después, cae de rodillas y yo corro hacia ella, porque tengo la impresión de que va a desplomarse boca abajo en el agua.

La saco a rastras de la fuente y me siento en el borde con ella, que sigue teniendo arcadas, aunque ahora ya no vomita. Después la ayudo a lavarse la cara. Entonces tira de mí para que me acerque, y yo le paso un brazo por los hombros y ella me abraza, con la cabeza apoyada en mi pecho. Y nos quedamos así, con su cabeza moviéndose al ritmo de mi respiración, y me pregunto si alguien más en el mundo se sentirá como me siento yo ahora, tan libre, tan... lo contrario de «solo». Intento encontrar la palabra, pero no lo consigo, aunque tampoco me importa, porque sé que lo estoy viviendo.

Permanecemos así un buen rato, hasta que ella al final se aparta y se va con el abuelo.

—Lo siento —le dice.

Casi me echo a reír, porque sé que al decírselo a él, también está tratando de decírmelo a mí.

—De modo que no te encuentras bien, ¿eh? —pregunta el abuelo—. ¿Te gusta esto? —añade, señalando con la cabeza el concierto, mientras el

espectáculo de luces en el escenario y los focos de la fuente forman un tenue caleidoscopio sobre su cara.

—Sí —responde ella.

—Se parece a algo que ya he escuchado, pero al mismo tiempo suena distinto —comenta el abuelo—. Es del todo nuevo, pero a la vez me resulta familiar.

—¿A que sí? —asiente Corrina.

—Por eso versionas temas antiguos, ¿no? Para hacer tuyo algo que la gente pensaba que ya conocía.

—Así es.

—Eres una buena chica —afirma.

—¿Tú crees?

—Sí —le confirma él.

Le pasa un brazo por el hombro, y ella lo acepta y se recuesta contra su cuerpo. Y aunque puede que el madurito atractivo sea más interesante que yo, no me pongo celoso, porque del mismo modo que el aparcamiento a nuestro alrededor puede considerarse una especie de pueblo, también es cierto que Corrina, el abuelo, el *Viejo Salido* y yo ya somos una especie de familia y estamos juntos en la carretera.

El abuelo nos dice que deberíamos volver al coche, secarnos y conseguir más agua y, mientras atravesamos el descampado para ir hasta la *Bombardera Azul*, vemos que hay grupos de gente en torno a hornillos de gas y pequeñas hogueras y que algunos venden comida —comida de verdad, sin drogas añadidas, como tamales o sándwiches de queso a la plancha— y botellas de agua y refrescos. Nos abastecemos de todo lo que nos hace falta y hablamos un poco con los que aún esperan fuera del anfiteatro a que se produzca el milagro de conseguir una entrada. Todavía quedan unos cuantos colgados vagando con la expresión desencajada y un dedo levantado en el aire, pero son inofensivos y, si yo tuviera una entrada, seguramente se la daría.

En el coche, comemos lo que hemos comprado y nos aseguramos de que Corrina beba por lo menos dos botellas de agua mientras escuchamos la música del concierto de Father Lotus. El abuelo saca la pelota y juega a lanzársela al *Viejo Salido* en el espacio que hay entre las filas de coches. Corrina y yo los contemplamos, sentados en el capó. Cuando se cansan vuelven a su sitio en el asiento trasero.

—Cuentan que al final siempre te acaban ganando —dice Corrina—. Es

cierto, ¿no?

—¿Quiénes?

—Ellos —responde Corrina, con una mueca de disgusto—. Ellos, ellos, ellos. Están en todas partes y siempre se salen con la suya. Al final siempre te ganan. Lo he oído otras veces. Y es verdad. El mundo no es justo.

—Entonces ¿qué sentido tiene intentarlo?

—No lo sé, Hendrix, no lo sé. Pero lo intento de todos modos. Lo intento, porque no sé hacer otra cosa. —Me lanza una mirada—. Ojalá Aiko vuelva a llamarme. Ojalá me envíe un mensaje, un correo, cualquier cosa. Quiero meterme en esto. —Señala el escenario con un gesto—. Pero no en las gradas, sino en el escenario. Quiero estar dentro.

—Lo conseguirás —le aseguro—, te llame o no te llame.

Pienso en todas las cosas que me ha dicho y en todo lo que la he visto hacer, y en mi idea de que su voz es tan audaz y necesaria como el viento, y entonces levanto la vista y contemplo las estrellas más brillantes del cielo nocturno: Marte, un destello amarillo anaranjado, y Spica, azul y luminosa sobre la penumbra violácea. Las dos destacan por encima de las demás: «La constelación de Corrina —pienso—, su nombre en la marquesina del cielo».

—Creo que eso es lo que siempre ha tratado de enseñarme el abuelo —digo—: a intentarlo. A creer que es posible, a pesar de todo.

—Seguro que sí —responde Corrina—. Te quiere mucho. Se le nota. Y es evidente que tú también lo quieres.

Vuelvo la mirada hacia el asiento trasero de la *Bombardera Azul*, donde dormita el abuelo. Una leve sonrisa se le insinúa en la cara, y espero que esté soñando con la abuela, con el porche delantero de su antigua casa, con su cintura, que le cabía entera entre las manos, y con el modo en que podía levantarla del suelo con un solo brazo para después dejar caer la mochila y apoyarle la mano libre en la nuca mientras se besaban.

—Corrina —digo cuando ella mira por encima del improvisado pueblo hacia el escenario—, vas a conseguirlo. Ya lo verás.

—Ahora mismo no estoy pensando en eso —contesta, con lágrimas en los ojos—. Mi vida es una puta catástrofe. No soy de ningún sitio. No tengo nada.

No sé muy bien cómo responder a eso sin parecer imbécil. ¿Cómo le dices a una persona que no es cierto que no tenga nada, que tiene su vida, que se tiene a sí misma y que eso es muy bueno y muy importante? ¿Cómo se lo digo? ¿Acaso no se supone que lo tiene que sentir ella misma?

—No eres una puta catástrofe —le rebato.

—¡Ellos, ellos! Siempre están ahí —responde, moviendo un poco las manos.

Le cojo una y comienzo a masajearla. Parece relajarse y se vuelve hacia mí.

—Sí —convengo—, pero ellos no te convierten en una puta catástrofe. —Inspiro hondo e intento decir algo más—: Creo que hay un sitio que es tuyo y mío, y de nadie más. Es este lugar que tenemos aquí. Este lugar es de los dos.

—Y de tu abuelo —añade, con una sonrisa.

—De acuerdo. También es suyo, y del *Viejo Salido*.

Deja escapar el aire por la nariz y se apoya en mi hombro.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy masajando la mano. Se lo hice una vez al abuelo, cuando se le empezó a ir la cabeza en el Calypso, y al cabo de un momento se calmó.

—Es una sensación increíble.

—Eso es porque estás alucinando, literalmente.

—No —responde, sorbiéndose la nariz—. No es cierto. Estoy más que nada cansada y un poco desorientada, como si llevara varios días despierta.

Pero allí, a la luz de la luna y las estrellas, con el resplandor del concierto de Father Lotus sobre las rocas de Yellow Mountain a nuestro alrededor, empiezo a pensar en el fuego del campamento de Flagstaff y en lo lejos que hemos llegado.

—Corrina, ¿alguna vez le has dicho a alguien «te quiero»?

Permanece en silencio un momento. Tengo miedo de mirarla y también de decirle lo que de verdad me gustaría decirle.

—No lo sé —contesta por fin, pero por su tono de voz comprendo que sí—. Se lo he dicho a los exhippies, claro.

—Sí, pero eso no...

—No lo sé. Una vez, creo. A una persona.

Aunque por dentro estoy temblando, intento parecer tranquilo por fuera.

—No lo sé —repite—. Durante casi toda mi vida me he visto muy diferente de mis amigas y de todos los demás. Cuando lo recuerdo, me da mucha rabia que mi mayor deseo fuera ser guapa. Ni siquiera sabía muy bien qué significaba ser guapa, pero quería serlo, porque estaba segura de que no lo era.

Habla en voz baja y yo me siento muy pequeño en la enormidad del

desierto cada vez más oscuro a nuestro alrededor, pero volvemos a estar juntos, como en la tienda de campaña, y cuando pienso en eso me siento otra vez todo lo grande que necesito ser para estar en este mundo.

—Y, sin embargo —le digo, cogiéndola de la mano—, eres muy guapa. Pero no es ésa la razón de que seas tan adorable.

—¿Y cuál es?

—No es posible elegir una parte de ti sin tener todo el resto. No se trata de una parte o de otra, sino del conjunto, de cómo eres toda tú.

—¿Sabes? —dice—. En el instituto e incluso durante aquellas noches, en el paseo marítimo, ibas siempre con la cabeza gacha, y yo sólo te veía la coronilla, a pesar de lo condenadamente alto que eres. Pero ahora estás distinto. Es como si hubieras enderezado la espalda, o levantado la cabeza, o algo. Ahora te puedo mirar a los ojos. Tienes unos ojos preciosos, Hendrix.

Sus palabras me catapultan a bordo de un cohete y siento que ya he llegado mucho más allá de la órbita de Plutón.

—¿Me dejas que te bese, por favor?

—¿Besarme a mí?

—Sí.

—¿A esta puta catástrofe que huele a vómito?

—Sí.

—Estás loco.

—Sí.

—Sí.

—¿Sí?

—¡Sí! —dice.

Entonces tiende los brazos y me atrae hacia ella, y al cabo de un momento nos estamos besando de verdad, ahí mismo, encima del capó de la *Bombardera Azul*, con el abuelo a pocos pasos de nosotros, lo que resulta temerario y a la vez fantástico, porque es poesía en las mejores acepciones de la palabra, con nosotros dos enseñándole el dedo medio al universo, en nuestra rebelión contra ellos, porque aunque al final nos ganen, al menos habremos tenido esto, nos habremos tenido a los dos, y aunque el universo no vaya a escucharnos por muy fuerte que gritemos, ni tampoco vaya a preocuparse, nosotros nos besamos y nos seguimos besando, y sabemos de este modo, aunque sea de forma muy breve, lo que significa estar vivos.

Al final, sin embargo, el abuelo hace un ruido leve para recordarnos que

continúa ahí. Corrina tiene que buscar un lugar para hacer sus necesidades, y después yo también tengo que buscarlo, y es como si todo volviera a ser como siempre, pero yo no quiero que sea así. Sólo quiero quedarme dentro de ese sueño con ella.

Cuando vuelvo al coche, la oigo cantar y tocar a cierta distancia, y la encuentro en la carretera, caminando en círculos con el abuelo, cantando con él una canción: *The Dark End of the Street*. Ya he aprendido lo suficiente desde que salimos para saber que es un tema de James Carr, pero Corrina prefiere la versión de Cat Power. Sostiene la guitarra delante del cuerpo, mientras los dos caminan y cantan juntos, y entiendo que está tratando de mantener al abuelo tranquilo y con los pies en la tierra, porque estoy seguro de que a medida que ha ido avanzando la noche ha ido cayendo en una confusión cada vez mayor. «Algún día vendrán y nos encontrarán solos, en alguna parte», los oigo cantar. Poco a poco se dirigen hacia mí, a la luz marmórea de la luna.

Terminan la canción y entonces ella le da un abrazo, que él acepta. Después, él le habla de la vez que encontró a la abuela en el huerto de su casa, agachada en la tierra con sus botas de trabajo, cantando esa canción. El abuelo había preparado el terreno, lo había desbrozado, había cavado una pequeña zanja y había enriquecido el suelo con una capa de tierra nueva. La historia ya está en el LFH. Ya nos la había contado.

Cuando vuelven a meterse en el coche, Corrina me dice:

—No creo que debamos seguir conduciendo. Será mejor que nos quedemos aquí esta noche. Me cuesta mantener los ojos abiertos. Necesito dormir.

—A estas alturas, todo el mundo nos debe de estar buscando. Sería inútil tratar de seguir avanzando esta noche. Pero es probable que mañana ellos nos atrapen.

—Todavía no nos han atrapado, Hendrix.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, aparte de intentarlo? —le digo.

Sonríó y la beso, delante del abuelo, que hace una mueca extraña, pero enseguida se relaja y asiente con la cabeza. No sé dónde está en este momento, ni si está realmente conmigo, pero de algún modo sé que, en el fondo, estamos en sintonía el uno con el otro.

Acomodamos al abuelo en el asiento delantero, en el lugar del acompañante, y colocamos la guitarra en el del conductor, para poder acurrucarnos juntos detrás. El *Viejo Salido* se ha echado a los pies del abuelo,

y Corrina y yo nos abrazamos. Esperamos a oír los ronquidos del abuelo antes de volver a besarnos, y al cabo de un momento paramos, porque ella está muy cansada. Me limito a abrazarla.

Nos quedamos mucho rato así, en silencio, pero después me dice en voz muy baja:

—Hendrix, creo que debes de ser el único amigo de verdad que tengo.

—Yo también pienso lo mismo de ti.

No dejo de abrazarla, hasta que se le apacigua la respiración, noto que se relaja y al final me doy cuenta de que se ha quedado dormida.

## CADILLAC RANCH

Si miramos un mapa del estado de Texas y lo hacemos girar imaginariamente en el sentido de las agujas del reloj, de tal manera que la parte de arriba — semejante a un sombrero de copa— quede orientada hacia abajo, veremos que el estado se parece a un pájaro en vuelo, con la cabeza en alto y el pico apuntando al este, tal como volamos nosotros hacia el este por la I-40, volviendo el tiempo del revés, poniéndolo patas arriba, ya que nuestro viaje es en sí mismo una especie de poema que convierte *lo que fue* en *lo que será*.

A la mañana siguiente, después de comprar más provisiones en el pueblo que forman en el aparcamiento todos los que se quedan los tres días de concierto, dejamos atrás Yellow Mountain. Mientras avanzamos a toda velocidad hacia el este, el desierto va perdiendo el amarillo mostaza de la meseta de Nuevo México para adquirir el verde de las praderas del norte de Texas, y el terreno descende despacio hacia las anchas llanuras del centro del continente. Poco después de atravesar el cauce seco y polvoriento del Plaza Larga, en las afueras de Tucumcari, en Nuevo México, coronamos una última cuesta en el camino, dejamos atrás el último de los promontorios llamados «mesas» y avistamos Texas, que se abre ante nosotros como si no hubiera nada más en todo el resto del país: una extensión interminable de hierba. Unos nubarrones densos se acumulan durante toda la mañana y, cuando por fin cruzamos la frontera interestatal y entramos en Texas, las tormentas localizadas parecen las patas de una bestia enorme que corre por el desierto. A lo lejos se encienden los relámpagos. Al principio, la carretera todavía está seca. La lluvia viene del norte y su aliento húmedo se cierne al borde del camino, a la espera. Pero, tras una curva de la autopista, entramos de lleno en la tormenta y sus grises brazos nos envuelven y nos arrastran hacia el centro de la borrasca.



Es el camino a Ithaca, el que nos conduce a la abuela y también al Padre Muerto.

Me vuelvo hacia el abuelo.

—¿Qué crees que sentía mi padre por mi madre? ¿La quería?

El abuelo parpadea. Reacciona con lentitud y al final contesta.

—Sí, la quería.

—¿Qué pasó entonces? ¿Por qué se iba con otras mujeres?

—Es difícil saberlo —responde el abuelo, y después niega con la cabeza—. A partir de cierto punto, supongo que no pudo volver atrás.

—Pero tú nunca fuiste sincero conmigo respecto a mi padre. Ella tampoco.

El abuelo hace un gesto afirmativo y se vuelve para mirar por la ventanilla.

—Te queríamos mucho, Teddy. Te queremos. Es difícil decidir. Quizá no tenías edad para entenderlo. Quizá no la tengas todavía.

Hace una pausa.

—Yo creo que sí —le digo.

—Sí, quizá sí —replica él.

La presión aumenta en mi interior, densa y pesada como las nubes de lluvia que hacen descender el cielo sobre nuestras cabezas. El mundo, o quizá sólo mi perspectiva de él, parece sesgado, igual que la carretera que se extiende ante nosotros y avanza hacia el punto donde el cielo y la tierra se confunden en una sola cosa. Parece extraño y desconcertante, y aun así me resulta atractivo. Es como el antiguo mito griego en el que Urano, el cielo, se une con Gaia, la tierra, y de su amor nace la vida.

Volvemos a viajar en silencio, escuchando la otra lista de reproducción de Corrina, la música que le gusta más, la de nuestra época: Conner Youngblood, Kimbra, Nick Hakim, Shakey Graves, Laura Mvula, Daughter y Lucius.

Sin embargo, de pronto vemos señales que indican el camino hacia algo llamado Cadillac Ranch y Corrina me pide que averigüe a qué distancia se encuentra de la autopista. El entusiasmo en su voz me quita la presión que se me había ido acumulando.

—¡No me lo puedo creer! —exclama cuando le digo que está justo al lado de la autopista, a tan sólo un par de kilómetros por una carretera lateral.

Casi no hay que desviarse.

—¡Tenemos que ir a verlo! —dice.

—¿Por qué?

—Es un lugar de peregrinaje extraño para músicos y artistas. ¡No podemos pasar de largo como si nada! ¡Está tan cerca...!

Me encojo de hombros y acepto. En algún lugar en el fondo de mi memoria tengo la sensación de haber oído hablar del sitio, pero no recuerdo cuándo ni dónde. ¿Por qué será que algunas cosas, como ciertas palabras o imágenes, o la respuesta a las preguntas en los exámenes, se quedan flotando en la mente, fuera del alcance de la memoria? ¿Por qué no tenemos cada recuerdo almacenado como un archivo en el ordenador del cerebro? ¿Por qué no aparecen de inmediato cuando los buscamos, claros y luminosos como fotografías de alta definición?

Para el abuelo debe de ser mucho peor. Lo que recuerda y lo que no. Lo que desea recordar y lo que prefiere olvidar.

Me vuelvo para mirarlo, después de aceptar que haremos otra parada más. Es martes a mediodía. No sé si hemos cambiado de huso horario o no, y no tengo idea de la hora que debe de ser en Shanghái, pero supongo que no faltará mucho para que mi madre empiece a hacer la maleta para volver a Los Ángeles. Está a medio mundo de distancia y aun así su presencia me alcanza como un trueno que puedo oír y un relámpago que puedo ver, y me sacude de los pies a la cabeza. Pero de repente pienso que al menos parte del rencor que siento hacia ella, por ocultarme las historias de mi padre, debería ir dirigido también contra el anciano que viaja en el asiento trasero, mirando por la ventanilla el polvo que se convierte en barro a nuestro alrededor. No ha dicho nada desde el desayuno. Mientras Corrina sale de la I-40, sigue por la carretera lateral y por fin encuentra el portón en la valla que permite acceder al Cadillac Ranch, yo intento recuperar el espíritu que me hizo desear emprender este viaje, pero no lo hallo por ninguna parte. En lugar de esto que estamos haciendo, quiero hacer algo por mí. Quiero pasar el tiempo con Corrina, los dos solos.

Aparcamos cerca de la valla, entre dos charcos de color café con leche que acaban de formarse. Al otro lado, a un par de cientos de metros de la carretera, diez extraños tótems multicolor parecen surgir del suelo. Es un prado de vacas y, de hecho, hay innumerables reses negras paciendo en la extensión verde, más allá de la instalación artística. En la valla vemos un cartel:

PROPIEDAD DEL ESTADO DE TEXAS  
CUALQUIER TIPO DE GRAFFITI, PINTURA O SIMILAR  
ES ILEGAL  
A ESTE LADO DE LA VALLA

Y otro, un poco más allá:

PROPIEDAD PRIVADA  
PROHIBIDO TOCAR O MOLESTAR  
A LOS ANIMALES

Los carteles están lo bastante cerca de la entrada del prado para que nadie que vaya a pasar por el portón deje de verlos, pero a medida que nos aproximamos, arrastrando al abuelo con nosotros por el sendero fangoso en dirección a la instalación, comprobamos que nadie les ha hecho caso, porque los diez coches —que al final es lo que resultan ser los tótems— con el morro enterrado y la parte trasera en el aire están cubiertos de pintura en aerosol de colores eléctricos, en tonos rosa, verdes, amarillos, azules, morados y rojos. Son modelos antiguos de Cadillac, con unos alerones gigantescos que se proyectan desde los maleteros. Le cojo la mano al abuelo mientras cruzamos el portón para dirigirnos hacia los vehículos, pero camina cada vez más despacio y al final lo suelto y sigo adelante con Corrina, a través del fango pegajoso como la melaza. Me vuelvo y veo que todavía viene detrás de nosotros, y la sensación se hace más pesada e insoportable en mi interior. No quiero tener que vigilarlo, no quiero tener que preocuparme por él, al menos durante un rato. Necesito un descanso.

Corrina me cuenta que la primera vez que escuchó la canción *Cadillac Ranch* fue en la versión de la Gritty Dirt Band y que sólo más adelante se enteró de que el tema original era de Springsteen. Mientras me habla un poco más de la obsesión extraña que ha llegado a sentir por este lugar, me doy cuenta de que llevo unos segundos mirando fijamente la frase «GB ama a Brit» que está escrita en verde fosforescente sobre el techo del vehículo más cercano.

Hay un montón de botes de aerosol abandonados entre los coches y supongo que estarán vacíos y que por eso los habrán tirado, pero aun así empiezo a recogerlos y a probarlos para ver si puedo dejar mi huella en uno de los vehículos. Corrina se suma a mi búsqueda. No hay nadie más, estamos solos, y vamos y venimos en torno a los coches, probando todos los botes que vemos, hasta que al final encuentro uno azul con restos de pintura, me meto en uno de los coches al que le falta una puerta y me pongo a pintar en lo que sería el suelo del vehículo pero ahora es un plano vertical. Trazo dos uves con unos rizos que les salen del vértice: dos pájaros abstractos que vuelan sobre el torbellino de color del fondo. No puedo evitarlo, tengo que enseñárselos a Corrina. Pero ella me encuentra antes que yo a ella y trae otro bote de aerosol en la mano. Es amarillo.

—Mira —le digo, enseñándole los pájaros—. Somos nosotros.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé. Sólo sé que vamos juntos a algún sitio.

—¿Cuál de los dos eres tú? —pregunta.

Señalo el que va detrás, siguiendo al otro. Sonríe y lo marca con una H, y después traza una C debajo del pájaro líder.

Se ha remangado otra vez la camiseta gris y tiene los hombros mojados por la lluvia. Le indico el punto donde su hombro se une con el bíceps.

—¿Puedo besarte justo ahí?

Asiente, y cuando agacho la cabeza para hacerlo, ella sepulta los labios en mi nido de rizos y me besa la coronilla. Y estamos a punto de liarnos allí mismo, dentro del Cadillac semienterrado e hiperpintado, cuando oímos que el *Viejo Salido* se pone a ladrar como un histérico.

—¡Dios mío! —exclama Corrina, mientras sale del coche—. ¿Dónde está tu abuelo?

Llevo un rato tratando de rechazar la rabia que siento hacia él, porque sé que no es justa, pero es lo primero que me sale.

—¿Qué cojones...? —Pero enseguida me invade el miedo, que es mucho más fuerte—. Mierda, mierda...

El *Viejo Salido* no deja de ladrar, y lo encuentro a cierta distancia, en el prado fangoso, más cerca de las vacas. Al principio pienso que está jugando, asumiendo quizá un nuevo papel como pastor de ganado, pero distingo el tono de advertencia en su ladrido y sé que me está llamando. Y eso significa que está ladrando por el abuelo.

Corrina y yo vamos corriendo hacia el *Viejo Salido*. Las vacas se han acercado mucho más y algunas deben de creer que les traemos comida, porque nos miran y vienen hacia nosotros. El *Viejo Salido* no deja de saltar adelante y atrás, ladrando a las reses más cercanas e intentando reconducirlas en otra dirección. Me acerco un poco más y veo que el abuelo está de pie junto a una de ellas, que levanta la cabeza y se vuelve y, al hacerlo, lo derriba en el fango. Ahora no podemos verlo, porque ha quedado oculto detrás de los otros animales, pero no dejamos de correr. Cuando por fin llegamos, lo encontramos sentado en el barro, con la mirada clavada en el regazo, como un niño.

—¿Estás bien, abuelo?

Levanta la vista y me mira, con expresión triste, atemorizada y de desconcierto.

—Si te quedas sentado en el suelo, no podré llevarte a Ithaca.

—Te he fallado —dice, sin mirarme de verdad.

—No es cierto. ¿Cómo puedes decir eso? Yo te he fallado a ti. No debí traerte hasta aquí. Lo siento, abuelo. Perdóname.

El *Viejo Salido* está ladrando otra vez, porque una vaca se ha acercado demasiado.

—No —dice el abuelo—. A pesar de todo lo que hiciste, Jake, a pesar de todo lo que hayas hecho, no quiero que mis últimas palabras para ti sean éstas.

—Por favor, abuelo. Tú estás bien. Aquí nadie le está diciendo sus últimas palabras a nadie.

Sin embargo, sé que el abuelo no me está hablando a mí. No sé con seguridad si ha vuelto a confundirme con mi padre o si está hablando solo.

—Ojalá no te lo hubiera dicho —sigue el abuelo—. Siempre hay salvación. Pase lo que pase, siempre hay salvación. Debería haberla buscado. Lo siento. No sabes cuánto lo siento, hijo.

Corrina me mira. Se ha agachado junto al abuelo y le está acariciando la espalda.

—¿Qué le dijiste? —le pregunta, porque sabe que a mí me da miedo preguntárselo, aunque quiero saberlo—. Tranquilo —añade, pasándole un brazo por los hombros—. Tranquilo.

—«Tú no eres mi hijo» —responde el abuelo—. «Eres demasiado egoísta. Tú no eres hijo mío.» —Se queda con la mirada clavada en el suelo—. Lo siento —repite—. Lo siento.

Corrina le dice otra vez que esté tranquilo y que todo saldrá bien.

Después se vuelve y me sugiere que lo llevemos de regreso al coche, y a mí me gustaría añadir algo, pero no me salen las palabras. Sin embargo, al final, consigo hablar.

—Yo te quiero, abuelo —le digo—. Te quiero mucho.

—Sí —dice Corrina, mirándolo—. ¿Qué es lo que pasa con Teddy?

—Teddy —responde el abuelo, dirigiéndose a ella— es mi única oportunidad de hacer las cosas bien.

En ese momento, estoy y no estoy. Soy a la vez el hijo y el nieto. Una especie de hijo pródigo que está presente y no va a arruinárselo todo a los demás. Pero al mismo tiempo soy el centro del mundo y una ramita flotante tan pequeña y tan alejada de la costa que la marea podría arrastrarme y llevarme muy lejos. Y eso me hace sentir bien: notar que la marea del abuelo y de mi madre me arrastra. Es como si volviéramos a ser una familia.

—Quiero ir a casa —dice el abuelo.

—Lo estamos intentando, abuelo. Lo estamos intentando.

No sé muy bien a qué casa se refiere, pero con seguridad no es un charco de barro en medio de Texas donde se está ahogando en su propia culpa.

Si es verdad que hay salvación en este mundo, como él dice, creo que nos corresponde a nosotros encontrarla.

Corrina y yo lo agarramos cada uno por un hombro y lo levantamos. Lo llevamos a través del prado y pronto dejamos atrás los coches pintados de colores fosforescentes, con el *Viejo Salido* abriendo la marcha y marcando el camino hacia la *Bombardera Azul*. Hay barro por todas partes. Nos cubre los zapatos. El abuelo tiene la camisa y los pantalones negros de lodo. A Corrina y a mí, que vamos en pantalón corto, el barro nos ha pintado rayas y volutas abstractas en las piernas. También el *Viejo Salido* está completamente enfangado.

A veces pienso que nos encontramos en medio de la mierda justo para levantarnos y salir adelante. «Inténtalo, porque puedes.» Voy todo el rato hablándole al abuelo, diciéndole que hemos llegado muy lejos y que seguiremos adelante, y cuando le quito los zapatos y empiezo a limpiarlos de barro, vuelvo la mirada hacia el prado y pienso que él debió de hacer justo eso mismo en el fango de Vietnam, hace media vida. Seguro que sacó a rastras de un lodazal bajo la lluvia a uno de sus hombres para llevarlo a un lugar más

seguro, y le dijo todo el rato que conseguiría volver a su casa, porque en esta vida no podemos rendirnos, ni darnos por vencidos, cuando es la única que tenemos. Y no hay más salvación.

Corrina rebusca en la bolsa del abuelo, en el maletero, a ver si encuentra una camisa y un pantalón limpios, y yo mientras tanto le he quitado la ropa embarrada y le he dicho que se quede de pie junto a mí, para poder limpiar el asiento trasero del coche. En ese momento, una furgoneta marrón se acerca al Cadillac Ranch y aparca junto al portón. Seis chicos más o menos de nuestra edad saltan del interior del vehículo. Todos van vestidos con la misma camiseta azul celeste, que debe de ser de algún grupo de música juvenil. También veo a un hombre con una camiseta idéntica, en el asiento del conductor. El tipo nos mira sin reparo al abuelo y a mí, y aunque sé que debemos de tener un aspecto bastante extraño, me fastidia que nos mire con tanta insistencia. Los chicos tampoco nos quitan el ojo de encima. Tienen que pasar junto a nosotros para llegar al portón, y van riendo entre dientes mientras se acercan. Ninguno me mira a los ojos, ni me pregunta si necesitamos ayuda. Yo intento cubrir con el cuerpo al abuelo, que sigue esperando de pie, vestido sólo con los calzoncillos y una camiseta interior, y todavía estoy tratando de pensar en algo que decirles a esos imbéciles cuando Corrina interviene.

—¡Eh! —les grita—. ¡Mostrad un poco de respeto! —Se aleja del coche y les hace señas con los brazos—. ¡Mostrad respeto por la dignidad de este hombre!

Aprietan el paso en dirección al portón y ninguno dice nada, pero uno de ellos estalla en carcajadas mientras comienza a recorrer el sendero que conduce a los diez coches plantados en el suelo.

Corrina me pasa la ropa que el abuelo llevaba puesta el día que salimos y yo la coloco sobre el asiento, que para entonces ya está limpio. Saco una de mis camisetas, le echo encima media botella de agua y la uso para limpiarle la cara, el cuello y las manos. Corrina me ayuda a ponerle la guayabera y a sentarlo sobre el borde del asiento trasero. Todavía no le hemos puesto los pantalones, así que me agacho delante de él y le limpio los trozos de fango que aún tiene pegados a los tobillos. Después le lavo los pies. El abuelo permanece callado y dócil durante todo el proceso, y yo no sé si está confuso, cansado o tocado, como cuando alguien ha estado un rato llorando, pero deja que lo limpiemos y lo acomodemos en su asiento.

El *Viejo Salido* también está bastante sucio, pero por suerte es un perro de pelo corto y, aunque va a dejar toda la *Bombardera Azul* impregnada con su olor, al menos es bastante fácil limpiarlo. Corrina y yo encontramos otra camiseta, lo lavamos y lo secamos lo mejor que podemos, y lo hacemos montar en el asiento trasero, al lado del abuelo, justo cuando los chicos de las camisetas azules vuelven de ver los Cadillac. No dicen nada cuando se cruzan con nosotros, pero se nos quedan mirando otra vez y es como si hablaran con los ojos, como si nos estuvieran diciendo: «Nosotros somos nosotros y vosotros sois ellos». El hombre de la furgoneta nos mira todo el rato, pero no de manera inquietante, sino más bien con expresión cansada y aburrida, como si estuviera demasiado habituado a ver la vida en la pantalla del televisor, en lugar de tenerla allí, delante de su puta cara, con la posibilidad de mover el culo y vivirla.

Eso les grito a los chicos, mientras se alejan de la valla.

—¡A ver si vivís la vida!

Corrina se echa a reír.

—Muy bien —dice—. Supongo que nosotros también tendríamos que ponernos en camino.

—Espera.

Intento encontrar una esquina limpia en la camiseta que tengo en la mano, pero como no la encuentro me quito la que llevo puesta y la uso para limpiarle el barro de la mejilla a Corrina.

—¡Hendrix, te has quitado la camiseta por mí!

—Ajá...

—¡Qué dulce! —exclama, en un tono exageradamente tierno, pero por el mismo hecho de hacer una broma al respecto me doy cuenta de que el gesto le ha encantado.

—Por ti me quitaría cualquier cosa.

—Estás casi desnudo.

—Es verdad.

—¿Te quitarías las bermudas?

Dudo un momento.

—Ya te lo he dicho. Haría cualquier cosa por ti. —Después sonrío—. Pero creo que tendría un poco de frío.

Suelta una carcajada.

—Déjate la ropa, Hendrix, y llévanos a Tulsa.



—¿Quieres que conduzca yo?

—Sí, tú. Pero ¡sin atajos!

Me monto en el coche, Corrina también, y se pone a buscar música en el móvil, mientras yo vuelvo a la autopista por la carretera lateral.

—Charlie —dice—, ¿te gusta ésta?

El abuelo sigue callado en el asiento trasero, aunque el *Viejo Salido* gime de vez en cuando para llamar su atención. Me gustaría que hubiera una manera de cartografiar la mente del abuelo y saber adónde va cuando está confuso, si es que va a alguna parte. «Ve a buscarlo allí donde esté —me dijo una vez la doctora Hannaway—. No le pidas que venga a donde estás tú.» Corrina recorre su enorme base de datos en busca de canciones y sé que está esforzándose por encontrar una que le sirva al abuelo, una que signifique algo para él y lo ayude a estar presente y conectado con lo que más quiere en este momento, la abuela —o al menos su recuerdo—, y pienso que las palabras de la doctora Hannaway también son importantes para la manera en que veo a Corrina.

*I'm Your Captain/Closer to Home*, Grand Funk Railroad, 1970. «*Closer to Home*», «más cerca de casa». El abuelo empieza a cantar en voz baja, o más bien empieza a recitar la canción con su voz aguda, pero casi todo el rato en sincronía con el cantante. Los versos se repiten una y otra vez, y van adquiriendo fuerza, pero de alguna manera cuentan también una historia, que es lo que a mí me gusta, por supuesto. Pero el abuelo se pierde. No consigue seguir el hilo. Las palabras le salen entrecortadas, como si se hubiera comido algunas, y los versos se interrumpen antes de terminar. Me pregunto qué pasa en una mente como la suya, con el mundo convertido en una ventana apedreada en la que el cristal roto aún no se ha caído del todo.

Estamos otra vez en la I-40 y navegamos hacia el reducido contorno urbano de Amarillo, mientras yo voy pensando en la canción que está sonando, un tema bastante típico por su ritmo y por su fondo de blues, un himno del rock construido sobre la repetición de ciertas estrofas, del mismo modo que a veces se repiten los versos de un poema. El abuelo se sabe la letra porque ha oído la canción muchísimas veces, pero puede repetirla porque las palabras tienen un ritmo, una pulsación y una musicalidad. A medida que la canción avanza y oigo a Corrina cantarla con la música de fondo, tratando de animar al abuelo, me pregunto qué pasaría si le escribiera una canción al abuelo, o un poema, un poema con música y versos que se repiten, algo que él mismo pudiera cantar

sin esfuerzo para sus adentros, un poema que contara su historia y la de la abuela, algo que pudiera repetirse, como un disco de vinilo que gira y sigue girando, y nunca llega al final.

## LO QUE SÉ DE LA VERDAD

Por fin para de llover y las nubes empiezan a dispersarse mientras dejamos atrás el norte de Texas. En medio del estado de Oklahoma, las autopistas de peaje en torno a Oklahoma City nos obligan a zigzaguear y a dar mil rodeos por las carreteras secundarias, hasta Tulsa. Tardamos más tiempo, pero al final lo conseguimos, y la única auténtica complicación es encontrar alojamiento. Necesitamos una ducha, dormir y un lugar tranquilo donde el abuelo pueda sentirse seguro. Nadie acepta perros, y los que sí los aceptan exigen que paguemos con tarjeta de crédito, algo que no podemos hacer, porque si mi madre ya ha hablado con la gente del Calypso, sabrá que las cosas no van bien. Y si ha consultado el saldo de nuestra cuenta conjunta, habrá llegado a la conclusión correcta, porque antes de salir de Los Ángeles retiré todo el efectivo que pude. Si ha vuelto a casa antes de tiempo y ha visto que la *Bombardera Azul* ha desaparecido, que el Gran Vacío Azul está aún más vacío que de costumbre y que incluso el *Viejo Salido* se ha esfumado, entonces nos estará buscando, y con ella, la policía. No podemos darnos por vencidos ahora que hemos llegado tan lejos.

Pero entonces uno de esos temores se vuelve real, como si lo hubiera invitado a subir al coche con nosotros. Suena mi teléfono y veo que es la doctora Hannaway. Dejo que suene, pero el maldito móvil no para de zumbar y rebota en el posavasos de plástico, entre los dos asientos delanteros. Corrina me mira y ninguno de los dos decimos nada, porque sabemos que no queremos alertar al abuelo. Cojo el teléfono y escucho el mensaje, pero manteniendo bajo el volumen para que nadie más pueda oírlo:

«¿Dónde estáis tu abuelo y tú? Hemos hablado con tu madre y sabemos la verdad. Sabemos que no hay ninguna reunión familiar. Ponte en contacto con nosotros cuanto antes.»

Pero se equivoca. No sabe la verdad. Sí que hay una reunión familiar, o al menos algo parecido, pero estamos tardando más de lo previsto en llegar.

Sé que la carretera vuelve a dirigirse hacia el este cuando el sol incendia el espejo retrovisor mientras se pone detrás de las praderas, a nuestras espaldas. No consigo ver el nombre del río cuando lo atravesamos, pero distingo una bandada de avecillas que salen como flechas de debajo del puente, se elevan y vuelven a caer como estrellas oscuras en la penumbra. Corrina busca en internet y por fin encuentra una finca de dos apartamentos, cuyo propietario alquila el de abajo a viajeros. Si le pagamos en efectivo y por adelantado, es nuestro.

Nos cuesta trabajo localizarlo, pero al final, después de recorrer una sucesión de edificios marrones de dos pisos, todos idénticos, encerrados dentro de la verja negra de hierro que rodea la urbanización, damos con él. El dueño del apartamento tiene barba de leñador y lleva unas botas con los cordones desatados y pantalones cortos. Quedamos delante de su finca y le damos el dinero a cambio de las llaves.

—¿Alguna regla que debamos saber? —le pregunto.

—¿Reglas? ¿Por qué? ¿Necesitáis alguna?

Corrina se echa a reír.

—No —le contesta.

El tipo me mira con unos ojos hundidos y casi negros, y baja las alas de cuervo que tiene por cejas.

—¿De dónde venís?

—De Los Ángeles.

—¿Adónde vais?

—A Ithaca.

—Es un viaje muy largo por carretera.

—Sí —respondo—. Y todo el mundo respeta la carretera, ¿no?

—Tú lo has dicho, colega —contesta.

A continuación entrechoca la palma conmigo, me hace girar la mano y me la estrecha en un saludo demasiado guay y moderno para que yo pueda entenderlo.

—Fantástico —comento.

El tipo asiente con la cabeza, para demostrar que está de acuerdo.

—Quitad las sábanas de la cama y metedlas en la lavadora antes de irnos. Tenéis que estar fuera antes de las diez —nos dice.

Después nos hace el signo de la paz y sube la escalera hacia su apartamento. Cuando abre la puerta, en el espacio del aparcamiento reverberan unos potentes acordes al estilo de Corrina, que se acallan en cuanto la cierra.

Hacemos entrar al abuelo y busco en la televisión su canal de deportes, con la esperanza de que haya algún programa de noticias de béisbol. Los techos son bajos, la cocina y el cuarto de estar son en realidad una única habitación dividida por una estantería, y hay un solo dormitorio, pero el sofá se convierte en cama, el cuarto de baño está immaculado y el apartamento es barato y es nuestro. En el armario de la cocina hay incluso una lavadora y una secadora, y Corrina me pide que ponga a lavar toda nuestra ropa mientras ella sale a buscar una tienda abierta para comprar comida.

—Ten cuidado. No vayas a encontrar cerrada la verja de la urbanización cuando vuelvas —le digo—. Tengo la impresión de que aquí los horarios son estrictos.

—¿Estás preocupado por mí o tienes miedo de quebrantar las reglas? —contesta Corrina.

Y sí, soy un idiota, porque no me doy cuenta de que me está tomando el pelo hasta que cierra la puerta y se marcha. Sé que estaré contando los minutos hasta que vuelva.

Mientras preparo la ropa, el abuelo parece revivir viendo las noticias deportivas. Sólo hablan de béisbol, y él tiene un enrevesado laberinto de equipos a los que sigue, incluidos los Dodgers, que originalmente eran de Brooklyn, pero emigraron de Nueva York a Los Ángeles, como él. Está contento porque ayer ganaron.

—Abuelo —le digo, hablándole a su espalda—, voy a llevar tu maleta al dormitorio.

—No —responde, sin dejar de ver la televisión—. La habitación es para la chica.

—Creo que Corrina preferirá que tú te quedes el dormitorio.

—¿Yo? Entonces ¿dónde dormirás tú?

—Eh...

—Tú y yo acamparemos aquí —dice, señalando con un gesto la habitación a su alrededor.

No sé qué creará que hay entre Corrina y yo, ni tengo idea de lo que opina sobre las relaciones entre un chico y una chica. Nunca hemos hablado

del tema en profundidad. ¿Quién habla de sexo con su abuelo? Pero yo pienso en eso todo el tiempo. De hecho, no pienso en otra cosa. Corrina volverá a entrar por esa puerta, prepararemos la cena, acostaremos al abuelo como si fuera un niño pequeño y por fin podremos estar solos.

—¿Qué te parece si lo hablamos después de cenar? —digo.

Deja escapar una risita burlona.

—Lo que tú digas.

—Oye, abuelo —añado, tratando de cambiar de tema—. Hay otra cosa en la que he estado pensando.

Y es cierto. Ese asunto me ronda cabeza como una granada y sé que, en cuanto le quite la espoleta, no tendré que esperar mucho para oír la explosión.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? ¿Tu amiga? ¡Corrina! No es necesario que me pongas a prueba de esta forma.

—No; me refiero a la mujer que vive en San Luis. La de Ithaca.

El abuelo suelta un suspiro, silencia el televisor y se vuelve en el sillón, desviando la vista de la pantalla para mirarme a mí. Yo estoy sentado a la mesa redonda del comedor, y la única luz de la habitación, aparte de la del televisor, procede de la lámpara globular semejante a un ovni que hay suspendida sobre mi cabeza. Es probable que el abuelo no recuerde lo que me ha dicho ni cuánto me ha contado. Me siento mal por él. No quiero ponerlo en una situación incómoda, pero no puedo parar.

—Toda la historia, abuelo. Necesito saberlo todo.

—Lo siento, Teddy, pero yo tampoco sé toda la historia.

—No —respondo—. Eso ya no me sirve. Tienes que darme algo más que la respuesta habitual, abuelo. —Sé que me estoy portando de manera ruin, pero hay algo parecido a una ola que rompe en mi interior, entre un mar de espuma—. ¿Por qué le dijiste aquello a papá? ¿Qué estaba haciendo?

El abuelo se levanta y viene a sentarse conmigo debajo del ovni. Se mueve con lentitud, es como si el día le pesara sobre los hombros, como un abrigo mojado.

—Cecy —contesta—. Cecelia Devons, pero todo el mundo la llamaba Cecy. Yo la conocía. —Se frota la cara—. Escucha —me dice—. Te contaré lo que sé.

El cáncer fue socavando insidiosamente a la abuela y, cuando se lo diagnosticaron, le quedaba menos de un año de vida. Yo ya había empezado la escuela, de modo que mamá se quedaba en casa conmigo cada vez que papá viajaba a Ithaca a pasar unos días con los abuelos. Al principio iba una vez al mes, pero después, hacia la primavera, empezó a ir casi todas las semanas. Eso era lo que le decía a mi madre: que iba a ver a los abuelos. La mayoría de las veces era verdad, pero al final se descubrió que no siempre era así.

A veces, si sólo se quedaba el fin de semana, no le decía nada al abuelo. En una de esas ocasiones, por la tarde, el abuelo iba bajando por la calle Mulberry hacia la ferretería, cuando decidió tomar un atajo y seguir por el callejón que pasaba por detrás del café de Cecy. No iba prestando atención. Caminaba con la cabeza gacha, absorto en sus cavilaciones, pensando en la abuela y en el poco tiempo que le quedaba, cuando tuvo que pararse en seco a pocos pasos de la puerta que conducía a la cocina del café. Al principio no se lo creyó, pero allí, a la luz tenue de la puerta trasera, su hijo —mi padre— estaba sentado sobre los peldaños, besando a Cecy, la misma mujer que solía venderle el café al abuelo antes de que la abuela y él dejaran de beber café, la misma Cecy a la que conocía porque había estudiado en el instituto con mi padre.

No era difícil adivinar lo que estaba pasando a la luz mortecina de la única bombilla colgante. Cecy y mi padre tenían la cara bañada en lágrimas y se estaban besando con la pasión de dos personas que se conocían bien. Se cogían de la mano y mi padre apoyaba la mano libre sobre la mejilla de ella. El abuelo no sabía que papá estaba en la ciudad. Un amigo le había dicho que lo había visto en Ithaca dos semanas antes, pero él no le había creído porque tampoco esa vez había ido a visitar a la abuela.

—¿Cómo te atreves? —le dijo a mi padre.

Éste se puso de pie de un salto e intentó explicarse, pero el abuelo lo interrumpió.

—Tu madre se está muriendo, ¿y es así como la tratas? Tu mujer está en casa cuidando a tu hijo, ¿y es así como se lo pagas?

Mi padre dio un paso al frente, pero el abuelo lo empujó y lo hizo tropezar con los peldaños.

—Voy a llamar a tu mujer, Jake. La voy a llamar y le voy a decir que ya no eres mi hijo.

Se fue hecho una furia, pero no a la ferretería, sino de vuelta a su casa, desde donde llamó a mi madre y le contó lo que había visto y lo que para entonces sabía: que mi padre estaba teniendo una aventura con Cecy Devons.

Esa noche, el coche de mi padre destrozó la barandilla del puente y se precipitó al río.

—Tu abuela murió seis semanas después, y tu madre me propuso que me fuera a vivir con vosotros a Los Ángeles, para ayudarla a criarte. «No hace falta que ninguno de nosotros esté solo», me dijo. «Yo me ocuparé de todo.» Tu madre es una gran mujer, Teddy. Me recuerda mucho a tu abuela.

Cuando termina la historia, el abuelo se queda callado, y yo también, porque los rasgos del fantasma del Padre Muerto se han vuelto mucho más definidos. Las arrugas de los bordes de los ojos y los surcos de la frente son más claros, como si hubiera vuelto a la vida. No es un hombre del que me sienta orgulloso, ni alguien de quien me apetezca presumir, pero me parece más posible conocerlo y me siento feliz de que sea así. Su muerte me arrebató un futuro, pero ¿cómo habría sido ese futuro? Al abuelo, en cambio, su muerte le robó un pasado: toda una historia borrada por el sentimiento de culpa, y no por la enfermedad, y me pregunto qué habrá supuesto para él.

—Lo siento —le digo—. ¿Te hace daño recordar?

—Sí —responde—. Pero me alegro. Me alegro de poder recordarlo.

Me levanto y le doy un abrazo.

Cuando vuelve Corrina, nos encuentra abrazados, el abuelo sentado en la silla y yo con una rodilla sobre la alfombra. Pero no dice nada. Entra con las bolsas y cierra la puerta con un pie. Me pongo de pie para ayudarla y sacamos la compra en silencio. Uvas, plátanos, leche y cereales para el desayuno. Varias cosas para picar durante el viaje. Tres platos precocinados para calentar en el microondas y medio litro de helado para el postre. Caliento la cena mientras Corrina pone la mesa y el abuelo permanece cabizbajo en su silla. Cuando pasa junto a mí, Corrina me pregunta qué ha ocurrido.

—Te lo contaré más tarde —le digo.

Nos sentamos a cenar. El televisor sigue encendido y me digo que estaría bien ponerle otra vez el sonido, para tener algo que escuchar aparte de nuestros pensamientos, pero Corrina se me adelanta y acciona el mando a distancia. Los tres continuamos en silencio, mientras los presentadores hacen lo posible para levantarnos el ánimo.

Después de cenar, fregamos los platos y nos ocupamos de secar y doblar la ropa limpia. En la cadencia tranquila y silenciosa de la noche, pienso otra vez en el poema que me había planteado escribir y los versos se me empiezan a formar en la cabeza: «Porque enamorarse es fácil; lo importante es mantenerlo». Esto es algo serio. No quiero hacerlo de cualquier manera. Quiero que este poema sea para el abuelo.

Abrimos el sofá para convertirlo en cama y el abuelo anuncia una vez más que el dormitorio es para Corrina y que compartirá el sofá conmigo. Yo vuelvo a protestar, pero Corrina no se enfrenta a él. En lugar de eso, me apoya una mano sobre la espalda y me dice:



—Yo me quedo con la cama.

Me frota la espalda mientras lo dice y yo lo acepto, porque soy un idiota y sólo ahora entiendo por qué Corrina me ha estado sonriendo todo el rato mientras hacíamos esas tontas tareas domésticas. O no tan tontas, en realidad. Porque me parecían reales y llenas de sentido mientras las hacíamos juntos.

Corrina va al dormitorio para guardar su ropa limpia en la maleta y, poco después, el abuelo al fin se queda dormido en el sofá convertido en cama. Lo arropo con la manta, cierro con llave la puerta de entrada y echo el pestillo de seguridad, sabiendo que llevo toda la noche esperando este momento y preguntándome si también Corrina lo estará esperando. Apago el televisor y ahora la única luz procede de la puerta del dormitorio entreabierta, que tampoco es una gran iluminación, porque proviene de la lámpara de la mesilla de noche.

Me acerco a la puerta y susurro su nombre. Ella susurra el mío, hablando por la estrecha rendija de la puerta, y aunque no la veo, está justo ahí, justo al otro lado de la pared, como si me hubiera estado esperando.

—No tengo sueño.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

Veo aparecer su mano, que sale flotando lentamente del dormitorio y encuentra mi cara: el pulgar sobre mi nariz y el resto de los dedos en mi mejilla. Entonces desplaza uno y lo apoya en mis labios para que no haga ruido.

—¡Chis! —susurra—. Entra de una vez.

Obedezco y ella cierra la puerta con cuidado. Se ha cambiado de ropa. Se ha puesto unos bóxers míos y una de sus camisetas grises desteñidas, y yo siento un nudo en la garganta, un nudo tan apretado que estoy a punto de echarme a llorar, ¿y qué clase de imbécil patético y miserable se pondría a llorar delante de la chica más preciosa que ha existido, justo antes de preguntarle lo que tiene que preguntarle?

—No puedo hablar —digo en un murmullo.

—Entonces no hables.

—Pero ¿puedo besarte?

Corrina pone los ojos en blanco y espera un momento antes de contestar.

—Claro que sí, Hendrix. Puedes besarme. Hazlo, por favor.

Y nos ponemos en serio a ello, primero de pie, pero estoy tan nervioso y me tiemblan tanto las rodillas que tengo que sentarme en el borde de la cama, por lo que durante unos momentos ella se vuelve más alta que yo, mientras nos seguimos besando. Al final me empuja de espaldas y se me pone encima, y tengo su pelo sobre mi pecho. Encuentro con los dedos el suave surco detrás de sus orejas, y cuando nos quedamos sin aire, rodamos por la cama entre risas; de repente los dos miramos hacia la puerta y aguzamos el oído. Nada. Volvemos a concentrarnos el uno en el otro, despacio y en silencio.

—Poco a poco —me dice ella.

—De acuerdo.

Nos acariciamos con la ropa puesta y siento el frío de las sábanas en los hombros y la espalda.

—¿Te puedo besar aquí?

—Sí.

—¿Y aquí?

—Sí.

—¿Y aquí te puedo besar?

—Sí.

—¿Sí?

Hablamos en susurros, pero la oigo. Escucho con los oídos y con los dedos. Escucho con todo el cuerpo y pierdo la noción del tiempo, mientras presto atención al lenguaje de su rodilla flexionada y al espacio que deja para mi mano detrás de su espalda.

—¿Tienes un condón?

Estoy con los ojos cerrados cuando me hace esa pregunta y no los abro para contestarle. Me siento un imbécil.

—No.

—Tranquilo —dice—. He comprado unos cuantos en la tienda.

Sigo con los ojos cerrados, mientras ella abre el cajón de la mesilla de noche, pero tengo que abrirlos cuando me pone el envase cuadrado de plástico en la mano.

—¿Te has acostado alguna vez con alguien, Hendrix?

¿No prefieren mentir todos los chicos cuando les hacen esa pregunta? ¿No quieren parecerse más al hombre que les gustaría ser y no al que realmente son? ¿No tienen todos alguna historia que contar sobre la chica con

la que se acostaron en el campamento de verano, o alguna otra cosa similar? «Había una chica en el campamento de verano. No la conoces, porque tú no estabas.» Claro, la historia perfecta. El campamento de verano. La chica de las vacaciones.

Sin embargo, a Corrina no puedo contarle esa historia. Las verdades más importantes no son las que tú mismo descubres, sino las que cuentas a la persona que más te importa en el mundo, para que ella también las sepa.

—No.

—¿Quieres que lo hagamos? —me pregunta.

—Sí.

—No está de más preguntar, ¿no?

Me sonrío y la noche se abre temblorosa, como la luz de la luna en el agua, como una fuente que estalla en un millón de luces diminutas, y todo mi cuerpo es una campana de hierro que vibra con la proximidad de su aliento.

## BONNIE Y CLYDE

Por la mañana me despierta una pesadilla o, mejor dicho, me siento como si no hubiera dormido y en su lugar hubiera soñado despierto, flotando encima del sueño, consciente del amanecer y de la mañana cada vez más luminosa, en la pálida línea azul en torno a las cortinas del dormitorio.

En la pesadilla, el Padre Muerto está vivo en una casa de San Luis. Me ve acercarme de lejos, pero su cara está borrosa al otro lado de la ventana. Como es un sueño, la ventana es elástica, y él la deforma primero con la nariz y después con la barbilla, y los contornos de su rostro quedan dibujados en el cristal, como los de una antigua máscara mortuoria. Después estoy en el porche, junto a la ventana. Estoy escondido. No quiero que me vea, pero la cara gris se vuelve hacia mí. No tiene ojos, y aun así me ve. Echo a correr, pero su voz me persigue como una nube de humo.

Es tan temprano que ni siquiera el abuelo se ha levantado todavía. Sigo acostado entre las sábanas al lado de Corrina y creo que ninguno de los dos ha dormido mucho. La oigo respirar. No quiero levantarme. No quiero ir a ningún sitio. Quiero quedarme en la cama con ella, encontrar la manera de detener el tiempo y fingir que el resto del mundo permanece inmóvil a nuestro alrededor. Pero el mundo se mueve, el abuelo está al otro lado de la pared y, como todos los abuelos del mundo, suele levantarse temprano. Y yo no puedo soportar el sentimiento de culpa que me ha invadido de repente.

—Tengo que volver ahí fuera —comento.

—Sí —contesta ella.

Y pese a lo mal que me siento cuando pienso que el abuelo está en la otra habitación, tampoco puedo evitar la sensación de que he actuado bien.

«Sí», dijo ella anoche. «Sí», dije yo. «Sí.» «Sí.» Noto que de verdad estoy viviendo.

Una vez que todos nos hemos levantado y duchado, nos sentamos a desayunar, y aunque Corrina y yo no hablamos de lo sucedido anoche, no dejamos de intercambiar miradas y yo hago lo posible para que la conversación no decaiga.

—Es miércoles —declaro—. Mañana tenemos que llegar a Ithaca. Serán nueve horas y media hoy, y nueve horas y media mañana, y estaremos allí.

Corrina estudia el mapa en la pantalla de su teléfono.

—Indianápolis hoy, Ithaca mañana.

—Sí.

—Sí —repite ella, mirándome.

Ninguno de los dos podemos reprimir la sonrisa que nos ilumina la cara.

El abuelo nos observa.

A las ocho y media volvemos a estar en la carretera, pero no es fácil salir de Tulsa sin pasar por una autopista de peaje. Nos vemos obligados a ir de nuevo por la Ruta 66, estrecha y de dos carriles, esta vez con bastante menos entusiasmo que antes. Hoy nos movemos mucho más despacio, como si no pudiéramos seguirle el ritmo al universo a nuestro alrededor, como si la *Bombardera Azul* permaneciera inmóvil mientras el mundo gira sin parar bajo sus neumáticos. Quiero llegar. Me siento cerca, pero todavía estamos terriblemente lejos, y nuestra lentitud empeora muchísimo más las cosas.

Tardamos tres horas y media en llegar a Joplin, en el estado de Missouri, aunque tendrían que haber sido sólo dos. A este paso nunca conseguiremos llegar a tiempo. He desactivado todas las notificaciones del móvil, por lo que no sé si estoy recibiendo mensajes, pero lo consulto después de pasar una vez más por debajo de la autopista 44 y de levantar con rabia un puño amenazante contra el paso elevado de hormigón. ¡Malditas autopistas de peaje con sus cámaras! Todavía no nos han localizado, pero cuando miro los mensajes, veo que hay uno de la doctora Hannaway, del Calypso: «Teddy, llama, por favor. Sólo quiero asegurarme de que tu abuelo esté bien. Tendrá miedo, Teddy. Se sentirá confuso. Por favor, llévalo a un hospital. Ve a un lugar seguro y date a conocer. Hay otras residencias Calypso. ¿Estás cerca de alguna? Si es así, ve directamente a una de ellas. No esperes. La policía ya está al corriente. Estamos hablando de la policía, Teddy. Esto no es ningún juego».

En cuanto mi madre llamó para avisar de que el abuelo no estaba en el Gran Vacío Azul y de que yo también había desaparecido, junto con el *Viejo Salido* y la *Bombardera Azul*, declararon la alerta plateada.

Apenas unos minutos más tarde, recibo unos mensajes de mi madre. Me manda mensajes de texto. Ni siquiera me llama.

Camino del aeropuerto. Salgo de Shanghái antes de lo previsto.  
He hablado con la Dra. H.  
¿Qué diablos estás haciendo?

Pasan unos minutos y llega un cuarto mensaje:

¿Estás bien? Sólo dime que estás bien.

Paramos en un Sank-Atak para llenar el depósito y entro en la tienda vecina, a ver si encuentro algo más que unas bolsas de patatas fritas para almorzar. Tienen unos sándwiches descoloridos y marchitos envueltos en plástico. Cuando vuelvo, Corrina ha sacado la *Bombardera Azul* de la gasolinera y la ha aparcado debajo de unos olmos. Me doy cuenta de que hemos visto más árboles hoy, durante el trayecto por la carretera, que en todo el viaje desde Los Ángeles. Además aquí son diferentes, como si tuvieran más aire entre las ramas. Tienen más hojas que tiemblan con la brisa y cada una de las ramas se curva y se mece con independencia de las demás, como una multitud de personas que bailan cada una a su manera.

Corrina también está sola. El abuelo se ha llevado al *Viejo Salido*, atado con la correa, hasta los contenedores azules del final de aparcamiento, y ella se ha quedado sentada en el capó del coche, mirando el teléfono. Lleva puestos los vaqueros negros y una camiseta también negra, con un logo de «Advertencia: Contenido explícito» impreso en la parte delantera. Se ha remangado, como de costumbre, y no le veo los ojos detrás de las gafas de sol, pero por el ángulo de sus mejillas sé que está triste.

Cuando llego al coche, me dice que le ha enviado un mensaje a Aiko. Todavía no ha recibido respuesta, pero espera alguna reacción. Un mensaje, un correo, una llamada. Algo. Cualquiera cosa. Un pequeño indicio de que hay algo más para ella, en algún sitio, aparte de Los Ángeles, sus padres y Rosewood.

—Noto que me estoy escapando de verdad —dice—. No quiero volver, pero tampoco sé adónde voy.

Asiento con la cabeza.

Estamos en las afueras de Joplin, Missouri, la tierra de Mark Twain. Aquí pasaron mucho tiempo Bonnie y Clyde antes de que los atraparan.

—Somos fugitivos —le digo.

Corrina posa delante del coche y yo le hago fotos. Saca la guitarra y dice que la sostiene como Johnny Cash, pero en realidad da la impresión de estar empuñando un arma. Somos fugitivos. Me hago algunas fotos con ella. Intento parecer peligroso, pero no lo consigo. Salgo con cara de miedo. Corrina sale preciosa, como siempre, pero también está asustada. Es sólo que sabe disimularlo mejor. Tiene mucha práctica. Me pregunto si en el fondo no habrá estado siempre tan angustiada y atemorizada como yo.

Me alejo de los árboles en dirección a la carretera, donde parece que hay más cobertura, para enviarle las fotos tal como me ha pedido; pero entonces, como todavía estoy pensando en lo que el abuelo dijo anoche de mi madre, y me siento culpable por haberla hecho salir de Shanghái antes de lo previsto, y además sé que hay mucha gente en Los Ángeles preocupada por nosotros, le envío un mensaje:

Estamos bien. No te preocupes por nosotros. Te lo contaré todo cuando llegues a casa.

Y en ese momento, justo cuando pulso Enviar, caigo en la cuenta. Nos van a atrapar, lo mismo que a Bonnie y a Clyde. Apago el teléfono.

—Corrina.

—Hendrix.

—El GPS.

—¿Qué pasa con el GPS?

—Pueden localizar mi teléfono. La policía. Pueden saber exactamente dónde estamos. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Corrina pone en marcha el motor, mientras yo voy a buscar al abuelo y al *Viejo Salido*, y cuando volvemos a estar los tres sentados en la *Bombardera Azul* comenzamos a zigzaguear por la 60 y salimos por la carretera antigua de Joplin a San Luis. Ni siquiera podemos acercarnos a la autopista, donde estará patrullando la policía estatal y ya tendrá nuestra matrícula en el sistema

informático. Tienen cierta idea de dónde nos encontramos y me pregunto si mi madre les habrá dado alguna indicación sobre lugares donde buscarnos. No sé si habrá adivinado lo que estamos haciendo, ni si viaja directa a Ithaca de Shanghái, ni si nos estará esperando en el porche cuando aparquemos en el sendero de una casa que ni siquiera sabemos si aún existe, ni si conserva el mismo aspecto que tenía cuando los abuelos todavía vivían allí.

Corrina conduce tan rápido como puede sin exceder los límites de velocidad. No podemos arriesgarnos a que nos paren. No pueden atraparnos ahora. Aún no. Necesitamos uno o dos días más. Es todo lo que queremos.



## Y AHORA ¿QUÉ?

Nuestra nueva ruta por carreteras secundarias nos lleva al Bosque Nacional Mark Twain, y sólo mucho después de que los árboles nos encierren entre dos muros verdes me doy cuenta de que por primera vez desde que salimos de Los Ángeles estamos circulando sin vistas, sin una percepción de la línea del horizonte, sin ser capaces de ver lo que dejamos atrás ni lo que nos espera delante. La carretera se adentra cada vez más en el bosque y no tenemos manera de saber qué encontraremos al otro lado de cada curva. De vez en cuando pasamos delante de una casa o de las ruinas de una casa solitaria a punto de venirse abajo, pero erguida aún en lo que para mí es el medio de la nada.

Sin embargo, a medida que el bosque comienza a fragmentarse, aparece a nuestro alrededor una extensión llana de prados y campos cultivados en torno a la Estatal P, la carretera de un solo carril por donde circulamos. El paisaje le recuerda al abuelo los campos de las afueras de Ithaca. Sonríe y se pone a canturrear en el asiento trasero. Corrina y yo no decimos nada y él empieza a contarnos otra historia, sin necesidad de que nosotros estimulemos su memoria ni le hagamos preguntas. Me alegro de que simplemente le salga de dentro.

### LA HISTORIA DE CUANDO EL ABUELO POR FIN VOLVIÓ A CASA

El abuelo ya había hecho una vez este mismo camino cruzando todo el país, después de sobrevivir a la guerra de Vietnam y de regresar al final de su segundo turno en el frente, con tan sólo unos meses pendientes en la reserva. Volvió a San Francisco, se dirigió a la terminal de autobuses de Oakland y emprendió el trayecto de seis días a través de Cheyenne, Salt Lake City, Omaha, Chicago, Cleveland y Buffalo, hasta llegar a Ithaca.

Se bajó del autobús y a los pocos minutos estaba en casa, sentado en el porche con la abuela, mirándose los dos a los ojos y tratando de encontrar las palabras. El abuelo dedujo para qué serían los jerséis y le cogió la mano.

—He vuelto —le dijo—. Ya no tendré que marcharme.

Ella sabía de números. Y en aquel momento, la guerra se resumía en unas cuantas cifras: el número de bajas que difundían las noticias, la cantidad de aldeas recuperadas, los presupuestos y los votos a favor y en contra en el Congreso, pero ella sabía sobre todo el número de días, los 786 que habían transcurrido desde que él se había marchado al campamento para recibir el entrenamiento básico. Pero ya estaba de vuelta.

Sentado con ella en el porche, el abuelo sólo podía pensar en otro porche similar, en otra colina parecida de la ciudad, donde se habían sentado seis años atrás, antes de salir en lo que ellos llamaban su «cita que no fue una cita», la noche en que se habían enamorado. Y mientras estaban allí, cogidos de la mano, la abuela le dijo al fin lo que él temía que le dijera:

—No va a ser fácil.

—Lo sé —respondió él.

Y no lo fue. Todo era diferente. Estaban en abril de 1969 e Ithaca había cambiado desde que él se había marchado. El abuelo no entendía nada de lo que veía. Todo era diferente cuando volvió de la guerra: la ropa, la forma de hablar de la gente y su extraño aire de irónica amargura. Cualquiera que fuera la orientación política o las creencias de los demás, el abuelo tenía la impresión de que todos actuaban como sabelotodos. Le costó mucho adaptarse. Por la noche tenía pesadillas que lo hacían caerse de la cama. Cuando no supo usar el abrelatas nuevo de la cocina, agujereó la pared de un puñetazo.

También la abuela había cambiado bastante, y no sólo por la música que escuchaba, que para entonces ya era realmente potente —*Think*, de Aretha Franklin, *Piece of My Heart*, de Big Brother and the Holding Company, *What's Going On*, de Marvin Gaye, Canned Heat, Toots y los Maytals, Joe Cocker, los Who, música dura con voces que cantaban casi a gritos—, sino también por lo que hacía a lo largo del día. El abuelo no entendía la inquietud que se respiraba en el ambiente: las protestas contra la guerra, las marchas por los derechos civiles, los disturbios en las calles de Chicago durante la convención del Partido Demócrata... Incluso en Ithaca, los estudiantes de la Sociedad Afroamericana ocuparon uno de los edificios de la Universidad Cornell, el Willard Straight Hall. La abuela fue a los jardines a apoyarlos y a animar también a los Estudiantes por una Sociedad Democrática que se habían reunido en la escalera de entrada.

—Yo hago la guerra por ti desde aquí —le explicó al abuelo—. Si tú luchaste por la libertad en Vietnam, yo quiero hacerlo aquí, en Ithaca. Porque si no, ¿para qué peleaste, Charlie? Lo hago por ti. Por nosotros y por todos los que considero americanos. ¿Qué sentido tiene participar en una guerra por la libertad y la democracia en Vietnam, si no luchamos por lo mismo aquí en casa?

Pasaron los días y las semanas. En California, la Guardia Nacional roció desde helicópteros a los manifestantes con sustancias que irritaban la piel. Estallaron disturbios en el centro de Manhattan, a las puertas del Stonewall Inn, por el ataque a

unos clientes gais. Llegó el verano y el abuelo siguió intentando comprender a la abuela. En julio, llegamos por primera vez a la Luna. Nada parecía lo mismo. Nada era igual.

—Charlie —solía decirle ella—, para que volvamos a entendernos, tendrás que creerme cuando te digo que he estado defendiendo lo que tenemos aquí mientras tú estabas fuera arriesgando tu vida por nosotros. Te quiero. Déjame que te enseñe cuánto te quiero.

Y él le hizo caso. La creyó. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? No reconocía ni su propia casa. Sólo reconocía a la mujer a la que había prometido que volvería.

Así termina esta vez su historia el abuelo:

—Es lo que siempre te digo, Teddy. El sentido de la vida es aprender a amar. —Hace una pausa y continúa—. Tu abuela vivió con amor, muchacho. Tu abuela era el amor. Así la llamaba yo y así la llamé hasta el día de su muerte. Ése era su nombre para mí: Amor. Y así la seguiré llamando hasta que me llegue la hora. —Entonces hace una pausa y me mira—. ¿Verdad que sí?

Son casi las siete cuando cruzamos varios puentes cortos sobre el río Meramec y los lagos Butler, en la periferia meridional del área metropolitana de San Luis. Necesitamos gasolina y comida, y como hemos tardado todo el día en llegar hasta aquí no hemos hecho ningún plan para la noche.

—Mañana tenemos que llegar a Ithaca —digo.

—No creo que podamos —responde Corrina.

—Podremos si seguimos viajando toda la noche.

—Yo no puedo.

—Nos turnaremos.

—No creo que debas seguir conduciendo —dice Corrina.

Estoy a punto de ofenderme, pero me doy cuenta de que lo dice para cuidarme. Por muy tonta que sea la idea, es su manera de decirme: «Me preocupo por ti».

No podemos cruzar San Luis, pero observamos que podríamos volver a una autopista de verdad, la I-70, al noroeste de la ciudad, en Illinois, y continuar a través de Illinois, Indiana y Ohio hasta llegar a Pensilvania sin pasar por un solo peaje. A partir de ahí, nos espera el estado de Nueva York, con todo lo que pueda ofrecernos, y si conseguimos llegar, al menos podremos

sentarnos en la escalera de la iglesia y decir: «Ya está, abuelo, aquí estamos. Aquí es donde la abuela y tú os casasteis. Cuéntanos la historia. Dinos cómo fue, para que sepamos que tú lo recuerdas».

Sin embargo, justo en el punto por el que debemos entrar en la I-70 para hacer ese último tramo del trayecto, se encuentra la pequeña ciudad que he intentado imaginar desde que la oí mencionar por primera vez en Las Vegas. Y esa mujer, Cecy, está demasiado cerca como para no ir a buscarla. Me siento como el Padre Muerto, corrigiendo de nuevo el rumbo, con el único deseo de trazar un derrotero que me lleve directamente a Cecy.

Hemos salido a una carretera más grande y nos hemos incorporado al tráfico que se dirige a un puente. El río es el Misisipi. Cuando lo atravesemos, estaremos en las verdes llanuras de Illinois. El sol está bajo a nuestras espaldas. El oeste es una emborronada escena de rojos, amarillos y anaranjados en la ventanilla trasera y, aun así, de alguna manera tengo el pasado delante de mí, y el fantasma del Padre Muerto me espera al final de la carretera.

Demasiadas veces, en la escuela, en mi sopor solitario, su espectro acechaba mis ensoñaciones. Estaba en clase de geometría, o de biología, o de lengua, pensando en cualquier cosa, y entonces mi mente se iba a la deriva, me quedaba medio adormecido y me invadía la pesadilla del tsunami que se abatía sobre la costa de California. La escuela quedaba sumergida por la inundación y del agua surgían los brazos gigantes y pálidos del Padre Muerto, que se levantaban y caían sobre nosotros como crestas de olas enormes, arrastrando consigo todo el edificio hacia su tumba sumergida.

Por dentro soy un caos agitado por el viento. Me vuelvo para mirar al abuelo, con la esperanza de que me sujete. Me doy cuenta de que confío en que mantenga la mentira familiar para no tener que enfrentarme a lo que me espera un poco más adelante en el camino.

—Olvidémoslo —digo de repente—. Sigamos adelante. No quiero parar.

—¿Qué? —pregunta Corrina.

—Tenemos que llegar a Nueva York. No vamos a parar por mí.

Estoy temblando.

—¿Sabes por qué me fastidia lo que dices?! —replica Corrina, casi a gritos—. ¡Has llegado hasta aquí! ¡Tienes la oportunidad de saber más acerca de tu padre!

—Yo no tengo padre —niego, en un tono infantil que me da mucha rabia.

—Sí que lo tienes. Tuviste un padre. Lo tienes todavía. Y ahora podrías averiguar algo más sobre él.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya a ver su tumba? De todos modos, está enterrado en Ithaca.

—Tienes que ir a hablar con ella.

«No», pienso, pero no lo digo.

—Sí, ya lo sé.

—De acuerdo —conviene Corrina en tono amargo—. Sabes muy bien que yo lo haría si pudiera. Tú estás aquí, Hendrix.

Se le quiebra la voz y me doy cuenta de que soy un imbécil.

—De acuerdo —digo al fin, asintiendo con la cabeza—. Estoy dispuesto. Sólo tenemos que ver cómo encontrarla.

Sé que también será incómodo para el abuelo. ¿Cómo no iba a serlo? Justo cuando me estoy volviendo para hablar con él, cuando me dispongo a explicarle por qué necesito hacerlo, por qué llevo tanto tiempo dándole vueltas en la cabeza, y por qué ahora que la *Bombardera Azul* está pasando tan cerca de la fuente de información tengo que hacer lo posible por averiguar una historia que sólo Cecy puede ayudarme a descubrir, el abuelo se inclina hacia adelante y me apoya una mano sobre el hombro.

—Sé que está en Troy, porque envió flores cuando tu abuela murió. Ya se había mudado. Encontró trabajo en San Luis poco después de la muerte de tu padre. En su carta decía que lo sentía. No le respondí. Debería haberle respondido.

Me quedo sin habla. Me cuesta incluso inspirar y exhalar el aire por la nariz.

El *Viejo Salido* comprende la importancia del momento, porque él también está sentado y alerta, observándonos al abuelo y a mí. Gime un poco y después empuja con suavidad al abuelo con el hocico. El abuelo me quita la mano del hombro y le presta un poco de atención a él, mientras yo miro fijamente por la ventanilla.

Al cabo de un momento, consigo articular unas palabras.

—¿La culpas? —le pregunto—. ¿Por la muerte de papá?

—No.

—¿La culpaste en aquel momento?

—No estoy seguro. Estaba enfadado, pero no con ella. No creía que fuera culpa suya.

—¿Por qué no?

—Fue tu padre quien se iba de casa y viajaba cada poco tiempo para estar con ella. La culpa era suya por estar allí, o aquí, o donde estuviera. Pero no culpo a nadie por su muerte: ni a él, ni a ella, ni a nadie. He visto morir a demasiadas personas como para buscar las razones en cada ocasión. ¿Por qué el cáncer? ¿Por qué la guerra? ¿Por qué el accidente en la carretera? ¿Por qué morimos? No son preguntas para un viejo. Prefiero preguntarme qué hago ahora, mientras todavía estoy aquí.

Me quedo un buen rato reflexionando sobre lo que acaba de decir. Ponemos gasolina y encontramos la I-70, la última línea recta hacia el este, hasta el lugar adonde queremos ir, pero la seguimos sólo por un breve tramo, desde Collinsville hasta la salida 18, y después continuamos por la 162. Corrina sitúa la *Bombardera Azul* en el carril derecho, toma la salida, encuentra la carretera de Edwardsville y, en cuestión de minutos, el GPS de su teléfono nos anuncia que hemos llegado.

Troy es todo lo contrario de Los Ángeles. Si hay un pueblo a nuestro alrededor, no acabamos de localizarlo. Construcciones bajas y dispersas, unas cuantas farolas... No hay nada que ver, excepto el magnífico cuenco de la noche infinita que encierra el mundo a nuestro alrededor. En medio de una oscuridad casi completa, sin la contaminación lumínica de las ciudades, sin otros coches en la carretera, sólo con la tierra, el cielo y nosotros en medio, me doy cuenta de que así es la mayor parte del país: un mar de tierra a la espera de que te pierdas en él. Soy un chico de ciudad, y creo que las ciudades ocultan con una facilidad excesiva la majestuosidad del universo. Pero aquí no. Aquí me viene a la cabeza una palabra del griego antiguo, *poiesis*, raíz de la palabra «poesía», que básicamente significa «hacer algo a partir de la nada». Y aquí, en un lugar que en otra época me habría parecido el medio de la nada, redescubro la humildad, porque aquí recuerdo que soy pequeño e insignificante. Pero, aun así, delante de todo esto, quiero hacer poesía. Quiero que una vida que podría no tener ningún significado en absoluto signifique algo.

## LA HISTORIA DE CECY

Por lo general resulta difícil encontrar el domicilio de una persona, pero es bastante más fácil cuando su nombre coincide con el de su empresa y además trabaja en casa, al menos por lo que dedujimos de la web. Sería raro que hubiera más de una Cecelia Devons y que la nuestra no fuera la dueña de la Granja de Cecy, situada en el límite del pueblo.

Su casa está al final de una sinuosa calle que nos lleva de vuelta a una zona agrícola. Un cercado bajo de madera descascarada discurre a un lado del camino, frente a una zanja y un seto de arbustos que hay al otro lado. No hay farolas. Sólo unos pocos árboles solitarios se yerguen sobre la carretera. Sopla una brisa ligera y las ramas de los árboles se agitan y parecen burlarse de nosotros, iluminadas por el resplandor de los faros delanteros. Al cabo de poco, dejamos de ver casas. Sólo el camino. Y el mapa nos dice que la carretera está a punto de terminar. Pero no indica ninguna urbanización, ni nada en concreto, sino el fin de la carretera y luego nada.

Reducimos la velocidad a medida que nos acercamos al final del asfalto. No hay nada más allá. Ni un camino de tierra, ni un puente. Sólo hierba, un prado y lo que sea que pueda haber tras el alcance de los faros del coche. Entonces la vemos. A la izquierda, oculta por el último tramo de seto, hay una casa de madera oscura, con dos ventanas iluminadas en la fachada. Un sendero sube hasta el garaje, pero no nos adentramos por él. Corrina aparca delante de la casa, con el morro del vehículo orientado hacia el lugar por donde hemos venido.

—¿Estás listo? —me pregunta.

—No.

Salimos los tres, pero dejamos al *Viejo Salido* en el coche, de momento, con las ventanillas un poco bajadas para que pueda respirar. No sabemos qué nos espera y es posible que tengamos que marcharnos rápidamente. El abuelo

camina con lentitud, arrastrando los pies, mientras avanzamos por la suave pendiente que conduce a la casa. Una nube invisible de olor a establo flota por todas partes a nuestro alrededor. Se oye el balido de ovejas o de cabras y el gruñido de un cerdo; no los vemos, pero están ahí, y sus voces resultan casi mágicas en la oscuridad. El zumbido de los insectos y el rumor del viento entre los arbustos y las mieses del campo, a nuestra derecha, nos devuelven al presente.

Le doy un beso a Corrina en la mejilla, poco antes de llegar a los peldaños de la entrada.

—Me alegro de que hayas venido —le digo—. Si no fuera por ti, no estaría aquí en este momento.

—Yo también me alegro de estar aquí —dice ella.

El abuelo sube los escalones y yo voy tras él, pero al llegar a la puerta noto que duda. Llamo al timbre cuando me doy cuenta de que él no piensa hacerlo.

Al principio, nada. Sólo oímos los ruidos procedentes del exterior de la casa, pero después distinguimos algo parecido a unas voces, vemos que alguien aparta la cortina de la ventana que hay junto a la puerta y una chica bastante menor que yo se asoma para mirar el porche. Retrocede un paso cuando la puerta se abre, y se apoya en la mujer que nos observa.

Cuando la mujer me ve, sonrío, y hay tanta tristeza en sus ojos que no puedo evitar una sensación de profundo dolor.

—¿Charlie? —pregunta—. ¿Ted? —Nos saluda con un gesto—. Supongo que os estábamos esperando.

Deben de ser madre e hija, de pie con unos vaqueros y una camisa de franela casi idénticas, con los puños remangados hasta los codos como si las hubiéramos sorprendido trabajando y el pelo recogido en sendas coletas del color de la valla de madera que hemos visto junto a la carretera. Son una sola cosa y se mueven como una unidad, con la misma inclinación de la cabeza mientras nos miran y la misma pena en las comisuras de las sonrisas tristes. En la niña hay algo más que me inquieta, pero en ese momento de silencio solamente oigo las palabras del abuelo que me resuenan en la cabeza.

—Soy Ted Hendrix —digo, y a continuación presento a Corrina y al abuelo—. ¿Podemos pasar?

Cecy nos conduce al cuarto de estar, nos presenta a su hija, que se llama Rose, y se queda mirando a Corrina.



—De ella no me han dicho nada, aunque pensaban que quizá llevaríais a alguien que condujera el coche.

—¿Quiénes? —pregunta Corrina.

—¿Quién te ha dicho eso?

Ya sé la respuesta, antes incluso de formular la pregunta.

—La policía. Nos han llamado hace un rato. Tenían el presentimiento de que veníais hacia aquí.

—A Ithaca —digo.

Cecy asiente. Rose y ella se sientan juntas en un sillón, con Cecy inclinada hacia adelante y Rose encaramada en el apoyabrazos almohadillado. Permanecen muy juntas, mirándonos.

—Lo siento. Siento que por nuestra causa os haya llamado la policía.

—¿Qué hacéis aquí?

—No estoy seguro —replico—. Creo que necesito saber algunas cosas.

Adivino temor en ella y también en Rose.

—No estamos locos —añado, pero acto seguido le cuento una historia demencial.

Le digo que hace apenas cinco días, en lo alto de una colina, Corrina y yo decidimos hacer este viaje juntos; que el alzhéimer del abuelo le está devorando el cerebro y los recuerdos, y que quiero llevarlo de vuelta a Ithaca por última vez, para que vea la iglesia donde se casó, antes de que la enfermedad le borre para siempre el recuerdo de la abuela; y que es muy injusto que suceda algo así en un mundo que te arrebatara con tanta facilidad a tus seres queridos, porque de ese modo no sólo pierdes a las personas que amas, sino también sus recuerdos, como si nunca hubiesen existido. Después saco el LFH del bolsillo, lo levanto por encima de la cabeza, como si fuera un manuscrito bíblico, y le explico que tengo que escribir todas esas historias, porque cuando la enfermedad y la muerte lo hayan arrasado todo, al menos nos quedará un registro de cómo vivimos y quién vivió con nosotros mientras estuvimos aquí.

Le digo que en el libro hay una laguna que necesito rellenar y que ella es la única persona en el mundo que puede ayudarme. Pero mientras hablo sin parar, no dejo de mirar a Rose ni de preguntarme por qué su cara me resulta tan familiar, hasta que por fin lo comprendo.

—¿Qué edad tienes? —le pregunto.

—Diez años —contesta ella.

Me mira con los mismos ojos azul océano que tenemos el abuelo y yo, y también el Padre Muerto, y me pregunto cómo es posible que el mundo que parecía tan indeciblemente vasto hace apenas una hora se haya convertido en un instante en algo mucho más pequeño.

—Es tu hermana —dice Cecy—. Pero nunca pensé que llegaríais a conocerlos.

Dejo de mirar a Rose y la observo a ella.

—Aquí no tenemos secretos —añade.

—Vives en Los Ángeles —señala Rose—, la ciudad de donde era mi padre.

Y en su voz tímida vuelvo a sentir la enorme distancia que hay entre los dos lugares.

—Sí —respondo—. Lo siento. —Le señalo al abuelo—. Éste es tu abuelo.

Rose no se levanta del sillón, sino que se acerca todavía más a su madre.

Le apoyo una mano sobre la rodilla al abuelo.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

Me mira entornando los ojos y me aparta la mano.

—No entiendo nada —declara—. ¿Qué pasa?

—Abuelo... —le digo.

—¡Déjate de «abuelo»! —reacciona, levantando la voz.

—No, por favor, abuelo. Por favor. —Miro a Rose y a Cecy—. No os preocupéis. Está bien —les explico.

—No entiendo nada —repite el abuelo—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Corrina se levanta y se arrodilla a su lado. Le frota la espalda con suavidad y, aunque él la mira como si fuera la primera vez que la ve, acepta su consuelo. Corrina empieza a tararear una canción en voz baja.

—¿Te parece que lo lleve de vuelta al coche? —me pregunta.

—Pero...

No puedo terminar la frase porque no sé qué decir.

—Tranquilo —contesta ella—. Me gustaría salir con él un momento. De todos modos, todo esto me está poniendo un poco triste.

Quiero ayudarla, pero no porque dude de su capacidad para tranquilizar al abuelo —estos últimos días confío más en ella que en mí para esas cosas—, sino sólo por ayudarla. Quiero que encontremos juntos las respuestas, pero no

podemos, porque somos personas distintas, con vidas muy diferentes, y lo más que puedo hacer es prometerme que haré por ella lo que ella está haciendo ahora por mí.

Se lleva al abuelo fuera y sé que lo está ayudando a bajar otra vez los peldaños y la cuesta hasta la *Bombardera Azul*, donde conversará un poco con él y después sacará la guitarra para tocar las mismas canciones que interpretaba en Los Ángeles para los exhippies, canciones que cantaba la gente cuando todavía creía que era posible cambiar el mundo.

Mientras tanto, en el cuarto de estar, explico que esto suele pasarle sobre todo por la noche, cuando se enfrenta a demasiadas decisiones o emociones contradictorias. Por mi forma de hablar, parezco la doctora Hannaway, sólo que en una versión mucho más joven y estúpida.

—Tienes que llevarlo de vuelta a un lugar donde puedan darle la atención que necesita —dice Cecy—. Tú solo no puedes, Ted.

Me gusta que me llame Ted. En cierto modo, hace que me sienta un hombre hecho y derecho. Un hombre nuevo.

—Lo llevaré —digo—. Lo llevaré. —Me inclino hacia adelante en el sofá—. Pero ¿no hay nada que puedas contarme acerca de mi padre? De nuestro padre —me corrijo, mirando a Rose—. Cuando murió, ¿iba a despedirse de ti o tenía pensado quedarse contigo?

—No lo sé —responde Cecy.

Después le suelta la mano a Rose y se pone de pie. Se acerca a la chimenea, se apoya en la repisa y se queda mirando el hogar vacío.

—No creo que quisiera elegir.

Cecy y mi madre son tan diferentes como Troy y Los Ángeles. Mientras que mi madre es toda ángulos y movimientos acelerados, Cecy es suave y lenta. No usa maquillaje. Tiene los brazos y las piernas firmes, no son sólo huesos. Aun así, a pesar de los muchos kilómetros que las separan, no dejo de pensar que son muy parecidas.

Pienso en Cecy, que crio sola a Rose, y en mi madre, que me crio a mí. Durante todos esos años, podría haber salido y conocido a gente, pero en lugar de eso se sentaba conmigo en el sofá y me leía cuentos o, más adelante, me pedía que yo se los leyera a ella. En lugar de salir con sus amigos, se quedaba escuchando a su hijo de diez años, que de pie delante del sofá le leía a gritos un ejemplar viejo y manoseado de *El Hobbit*. Mi madre se partió la espalda trabajando sobre todo para mí, y puede que en casa fuera un fastidio, pero en

el mundo real, allí donde los ejércitos de madres y padres marchaban a través del aburrimiento y la tristeza de los sueños desechados, era toda una heroína. «He venido hasta aquí para encontrar a mi padre —pienso—, pero quizá sólo la he encontrado a ella, a mi madre, Penny Weaver, alguien más cuya historia merece ser recordada, la madre que ha luchado para que todo se mantenga en pie y lo ha conseguido.»

—La última vez que vino a verme —explica Cecy—, le anuncié que estaba embarazada. Le dije que quería tener al bebé. Estaba contento, pero también aterrorizado. Nos sentamos en los peldaños de la puerta trasera del viejo café donde yo trabajaba y me besó. Siempre tenía miedo de besarme en público. —Le ruedan lágrimas por las mejillas—. Lo siento —dice.

No me está hablando a mí, sino a Rose, y Rose se levanta de la silla donde se había sentado y va hacia su madre. La rodea con los brazos y suspira. Lo noto por el movimiento de sus hombros. Me pregunto cuántas veces habrá tenido que consolarla y en cuántas ocasiones le habrá dicho con un abrazo eso tan simple: «Por esto seguimos adelante; por esto vamos a despertarnos un día más».

—Pero cuando nos vio tu abuelo —prosigue Cecy—, tu padre dijo que íbamos a tener que hablar un poco más de todo. Dijo que debía volver a Los Ángeles cuanto antes, porque tu abuelo haría exactamente lo que había anunciado y llamaría a tu madre. —Hace una pausa y coge aire—. Por eso no lo sé, Ted. No lo sé. No sé si regresaba a Los Ángeles para quedarse con tu madre o para romper con ella. Murió, y os dejó a tu madre y a ti, pero también nos dejó a mí y a mi bolita de caramelo. Así la llamé cuando se lo conté a tu padre, porque en aquel momento no era más grande que una gominola.

—También puede ser que quisiera buscar la forma de que las cosas funcionaran para todos, aunque fuera imposible —digo.

—Sí. Así era tu padre. Era un tonto, pero tenía buen corazón. —Después se vuelve hacia mí y me mira—. Ted, me ha llamado la policía. Saben que estás por aquí, en algún lugar de los alrededores. No sé quién es Corrina, ni sé nada de ella, pero tienes que pensar en tu abuelo. Y en tu madre.

—Lo sé —respondo.

«Contengo multitudes», dice Walt Whitman, y en muchos aspectos el abuelo, el Padre Muerto y yo somos tres versiones del mismo hombre: uno muerto, uno moribundo y uno vivo y con la posibilidad de elegir qué hacer con el resto de su vida. Pasamos mucho más tiempo muertos que vivos, casi toda

la eternidad; y la vida, por lo tanto, no es más que un destello de luz, una rebelión fugaz contra la tiranía de la nada y la oscuridad, como una de las fulguraciones de Corrina, que saltan de la superficie del sol y arden luminosas pero breves antes de caer otra vez en el fuego. La vida misma es un poema y lo que hacemos con ella es nuestra poesía.

## «LUCHAMOS POR LO QUE AMAMOS, NO POR LO QUE SOMOS»

Es mucho más tarde y Cecy nos ha ofrecido su cuarto de estar para que pasemos la noche. Corrina y el abuelo han vuelto y él está tumbado en el sofá, medio dormido. Estaba sobre todo asustado, y no enfadado, cuando lo hemos hecho entrar de nuevo en la casa. Creo que lo entiendo. Yo también estoy demasiado cansado para enfadarme. El enfado consume demasiada energía. Sentado en el suelo, con la espalda contra el sofá y la cabeza del *Viejo Salido* apoyada sobre los muslos, escucho a Corrina, que está tocando y cantando una canción más para todos nosotros. El ambiente es cálido y estoy tranquilo. Me alegro de encontrarme aquí.

—Tienes una voz preciosa —le dice Cecy cuando acaba—. ¿La canción es tuya?

—Sí.

—Es muy bonita.

Corrina niega con la cabeza. Hay cierta tristeza en su sonrisa.

—Qué va.

—Te lo digo en serio —insiste Cecy—. Tienes que seguir por ahí.

—Bueno —responde Corrina en voz baja, con la mirada fija en el regazo—. El problema es que...

Se interrumpe. Creo que nunca la he visto llorar de verdad, y ahora, justamente aquí, está al borde de las lágrimas.

—¿Te importa si Corrina y yo llevamos a *Skipper* a dar una vuelta un momento? —le pregunto a Cecy—. Quiero que estire las patas y haga sus cosas antes de acostarnos. No tardaremos mucho.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunta Rose.

—No —le dice Cecy, que se vuelve y me mira con una sonrisa de madre, que ahora soy capaz de apreciar—. Nosotras nos quedaremos aquí, para que el abuelo no se encuentre solo si se despierta.

Cuando lo dice, me doy cuenta de que nos está hablando a los dos: a Rose y a mí. También es el abuelo de Rose, que hasta ahora no conocía a la familia de su Padre Muerto.

—Cuando volvamos —le explico a Rose—, te contaré algunas cosas sobre él.

—¿Sobre quién?

—Tu abuelo.

Sin embargo, lo primero es Corrina. Llevo al *Viejo Salido* atado, pero en cuanto bajamos los peldaños y la cuesta que nos conduce hasta la *Bombardera Azul* y llegamos al coche, frente al prado oscuro que se extiende más allá del final de la carretera, lo suelto y dejo que salga corriendo. Necesita desahogarse. Lo veo por la manera en que le tiemblan las patas cuando se tumba para frotarse en la hierba. No nos alejamos demasiado. Sube por la carretera y concentra la atención en un tronco talado, junto al seto de arbustos. Mientras está en eso, le paso un brazo por el hombro a Corrina, que ha permanecido en silencio desde que hemos salido de la casa. Tampoco ahora dice nada.

—Hola —la saludo.

Gira la cabeza sin apartarla de mi hombro y me mira.

—Nunca tendré algo así —dice—, ni siquiera en Nueva York.

Intento encontrar las palabras, pero ¿qué puedo decirle que no suene cursi o doloroso? Me limito a abrazarla.

Desvía la mirada hacia el campo, pero no se separa de mí.

—De todos modos, no importa, porque ya no llegaremos a Nueva York.

—No —respondo—, no vamos a llegar.

—Odio Los Ángeles. Sólo quiero intentarlo en otro lugar. Ir a Nueva York y empezar de cero, en un sitio donde no me conozca nadie. Sólo necesitaba una oportunidad para impresionar a alguien.

—Todavía puedes tenerla.

—¿Cómo? ¿Con Aiko? Me mandó un mensaje: «Ven a verme cuando llegues». No sé si lo dice en serio o sólo por ser amable. No importa. De todos modos, no vamos a llegar.

Le acaricio un hombro y la estrecho contra mí, mientras nos apoyamos en

el maletero de la *Bombardera Azul*.

—Si llamas a su puerta, no te dirá que te marches.

—Ya, quizá, pero se ha terminado. —Apoya la cabeza en mi hombro, sin dejar de mirar a lo lejos—. No quería que esto acabara.

—No tiene por qué acabar —respondo.

La noche está del todo despejada y la Osa Mayor, la Osa Menor, Casiopea y Pegaso resplandecen y titilan en un bodegón perfectamente pintado en la cara inferior del paraguas del cielo, suspendido sobre nuestras cabezas. Parece posible desgarrar esa tela y encontrar detrás algo más grande. Y, sin embargo, como si el cielo hubiera descendido hasta el campo o nosotros hubiéramos subido flotando hasta las estrellas, veo luciérnagas que se encienden y se apagan en la oscuridad cuando miro a mi alrededor. Son innumerables, pero si trazo una línea entre varias, aquí y allá, puedo crear mi propia constelación, la nuestra —Corrina y Hendrix—, como un dibujo entretejido en el paño más antiguo que existe.

Siento palpar el corazón de Corrina junto a mi pecho, y no hay nada que ansíe con más fuerza que mantener viva la música de su deseo, esto es algo que va más allá de mí. Porque si amas a alguien y la oyes repetir una y otra vez: «Ésta es la persona que quiero ser», entonces tu obligación es echarle una mano para que llegue a donde ambiciona.

He pasado mucho tiempo tratando de escribir las historias y ahora creo que las más verdaderas son aquellas que nos enseñan quiénes somos. A veces nos cuentan de dónde venimos, pero otras las escribimos nosotros mismos: son las que nos dicen hacia dónde vamos.

—No es necesario que todo acabe aquí para ti —le digo—. Deberías seguir sin nosotros.

Corrina se aparta y me mira.

—Compra un billete para Nueva York. Si juntamos el dinero que nos queda, seguro que es suficiente para el viaje y para vivir unos días allí.

—No puedo.

—Claro que puedes. Alguien tiene que hacerlo.

—Pero empezamos esto juntos. No puedo seguir yo sola.

—No estarás sola, al menos no para siempre. Debes ir y ver qué pasa. No es por el dinero —añado—. Te prometí que te ayudaría a llegar a un lugar, y una de las pocas cosas que sé hacer es mantener mis promesas, sobre todo si te las hago a ti. Ve a Brooklyn. Inténtalo. Yo creo en ti.



Ésta es otra de las cosas que he aprendido sobre el amor. Tienes que ver a la persona que tienes delante y no a alguien que imaginas. Tienes que creer en la persona que tienes delante y no en alguien que imaginas. Tienes que amar a la persona que tienes delante y no a alguien que imaginas.

Aparta la vista hacia el campo y noto entusiasmo en sus ojos.

—¿Sí?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

Y después, apoyados en la curvatura de la *Bombardera Azul*, empezamos a besarnos. ¿Por qué decimos que alguien nos ha atrapado, cuando la sensación es mucho más de volar? Nos besamos sin parar y sentimos más que nunca que va más allá, como si los besos fueran palabras nuevas en un idioma que acabamos de inventarnos y, por el modo en que nuestros labios se encuentran y se entremezclan, estoy seguro de que he zarpado hacia esa incertidumbre que siempre he querido hallar.

Llamamos al *Viejo Salido* y lo llevamos otra vez a la casa de Cecy, y cuando llegamos volvemos a encontrarnos con ella y con Rose en el cuarto de estar. Han arropado al abuelo con una manta y han sacado varias almohadas y sacos de dormir.

—Rose quiere saber si puede acampar aquí con vosotros esta noche —me dice Cecy, cuando ya nos hemos quitado los zapatos y hemos vuelto a arrellanarnos juntos en el sofá.

—Por supuesto —respondemos Corrina y yo.

—Y te debo una historia —le digo a Rose.

Ella sonrío mientras se envuelve los hombros con una de las mantas. Se aovilla en el sillón y acomoda la cabeza sobre el ancho apoyabrazos donde antes se había sentado. Saco el LFH del bolsillo y lo abro por el principio, listo para leer tan sólo las partes que tratan sobre los abuelos, para que Rose pueda escuchar lo que he intentado componer con las diferentes historias: «La historia de amor más bonita del mundo en el Libro de la Familia Hendrix».

—Siempre he querido tener una hermana pequeña —dice Corrina—, alguien a quien proteger, o al menos a quien aconsejar.

—Bueno —digo yo—, entonces podrás ayudarme a mí, porque parece que ahora tengo una.

—Te ayudaré —responde Corrina—. Te ayudaré.

Cecy está de pie en la puerta, apoyada en el marco de madera oscura. Detrás de mí, el abuelo se ha quedado dormido bajo la gruesa manta escocesa. Rose nos mira con ojos grandes y expectantes. Corrina se ha deslizado por debajo de uno de mis brazos, de modo que he de abrazarla mientras sostengo el libro abierto con la otra mano. Al otro lado tengo acurrucado al *Viejo Salido*, con la cabeza apoyada sobre mi rodilla. Hay una lámpara roja encendida en un rincón de la habitación y no necesito más luz. Pero antes de empezar a leer el LFH en voz alta, escribo con rapidez un epígrafe en la primera página. Es un verso de un poema de Frank O'Hara que durante todo el viaje ha estado flotando en la neblina, un tanto fuera del alcance de mi memoria, hasta que ahora por fin puedo recordarlo:

«Luchamos por lo que amamos, no por lo que somos».

## ITHACA

Por la mañana, Cecy me sacude para despertarme y, aunque tengo los ojos abiertos, me cuesta reconocer la habitación a mi alrededor. No recuerdo haberme quedado dormido, pero alguien colocó amablemente el LFH sobre la mesa baja que tengo a un costado, con mi bolígrafo encima. Cecy se lleva un dedo a los labios y me hace señas para que la siga a la cocina. Está viendo las noticias locales, con el televisor a bajo volumen.

—Acabáis de salir —dice—. Han declarado la alerta plateada por Charlie. Os están buscando. Tenéis que iros ya mismo. No quiero problemas para Rose y para mí. La policía ya llamó anoche y no me gustaría meterme en una situación comprometida. Por favor.

—Muy bien —le digo, sintiendo que aún no estoy del todo despierto—. ¿Puedo despedirme de Rose?

Se queda cavilando.

—Despedirme hasta la próxima, quiero decir —aclaro.

Me abraza con fuerza, y yo me acuerdo enseguida de mi madre y en lo que debe de estar pensando en este preciso instante, ahora que ha vuelto a Los Ángeles. Tengo muchas cosas que contarle, pero debería estar en casa para contárselas.

—¿Hay terminal de autobuses en el pueblo? —le pregunto a Cecy—. ¿Alguna manera de seguir adelante? ¿De llegar a Nueva York?

—No, Ted. No podéis seguir.

—Y no seguiremos. El abuelo y yo vamos a volver. Pero quiero mantener la promesa que le hice a Corrina. No es necesario que ella se detenga sólo porque nosotros abandonamos.

—Tenéis que coger el autobús número trece, el que lleva a Glen Carbon. Desde allí podéis ir a Alton y coger un tren a cualquier lugar del país. Pero quiero que sepas que, en cuanto salgáis por esa puerta, llamaré a la policía.

Les diré que no sé adónde vais, porque de verdad no lo sé, y tampoco lo quiero saber.

«Ithaca», pienso, pero no lo creo de verdad. Es como si Ithaca ya no existiera, como si se hubiera desvanecido en la bruma de la memoria, como si fuera un recuerdo, algo que no se puede sostener en la mano, ni tocar, ni tampoco ver... y sólo se mantiene con vida por la fe que nos inspira su historia.

Despertamos a los demás y, aunque es por la mañana, la hora en que el abuelo suele estar en su mejor momento, lo noto un poco confuso, y Corrina se lo lleva fuera con el *Viejo Salido*. Abrazo a Cecy y a Rose. Los tres estamos de acuerdo en que esto es el principio de algo extraño pero bueno, algo que continuará, aunque no ahora mismo, y prometo que volveré a verlas a las dos. Con la luz de la mañana derramándose en el océano del cielo, Corrina suelta la *Bombardera Azul* y salimos por última vez a la carretera.

Vamos callados en el coche hacia el pueblo. La cara de Corrina es la luna, suave y distante en el cielo azul de la mañana. Ha puesto a Jimi Hendrix y no hace falta que me diga que el tema que ha elegido es el que más le gusta de su discografía: la versión acústica suave de *Hear My Train A Comin'*. Las notas agudas como trinos vuelan en torno a las demás como golondrinas, se persiguen unas a otras, pero enseguida descienden y ruedan, dejan de ser aves y se convierten en pasos lentos y pesados que arrastran en los talones una tristeza polvorienta. Corrina canta en voz baja, en armonía con Jimi, pero ahora yo la escucho como la primera vez que oí su voz, subiendo hacia el cielo de Los Ángeles.

La parada de autobús no es una estación, sino un rectángulo blanco pintado a un lado de la carretera, delante de una tienda de electrodomésticos y frente al edificio del ayuntamiento, pequeño y sin ventanas. Hay publicidad de Whirlpool por todas partes y yo me siento como si estuviera metido en una lavadora, girando sin parar. Noto que el remolino me acabará arrastrando hasta el fondo y me escupirá en Los Ángeles. Al menos Corrina lo conseguirá, aunque tenga que irse sola.

Estacionamos la *Bombardera Azul* en un aparcamiento al otro lado de la calle y nos disponemos a esperar el autobús de las ocho. Llegará en cualquier momento, y yo aprovecho el tiempo para explicarle a Corrina lo que me ha dicho Cecy sobre la manera de llegar a Penn Station, en Nueva York. Ella

escucha y asiente con la cabeza. Nos quedamos sentados en nuestros puestos, sin saber muy bien qué hacer, hasta que Corrina reacciona y se da cuenta de que debería ir cogiendo la maleta y la guitarra, por si el autobús para solamente unos minutos. Salimos del coche. Otras dos personas vienen por la calle de detrás de la tienda de electrodomésticos y se detienen junto al poste que señala la parada. Un coche más entra en el aparcamiento y varias personas se dirigen al edificio del ayuntamiento. Entonces vemos que llega el autobús.

—Tengo que hacerlo —dice Corrina—. Necesito intentarlo. Por mí.

—Debes hacerlo —reconozco.

—Te buscaré cuando vuelva.

—Te creo.

—De verdad.

—Te creo.

—No lo digo por decir, Hendrix.

—Corrina —digo.

El viento le levanta el pelo alrededor de la cara y yo le arreglo unos mechones detrás de la oreja.

—Te creo.

Nos besamos.

—Y necesito que me hagas un favor —añade—. Diles a los exhippies que volveré. Volveré antes de que empiecen las clases. Para ir a Rosewood. Volveré.

—Se lo diré. Y yo me sacaré el permiso de conducir.

—Más te vale.

—Para ir a verte a Rosewood. Todos los fines de semana.

—Más te vale.

—Para sacarte de esa cárcel.

—Sí.

—Fugarnos se nos da bien.

—Sí.

Volvemos a besarnos, hasta que oímos al abuelo detrás de nosotros.

—Vas a perder el autobús —dice, de pie al otro lado del coche, con los brazos cruzados y apoyados encima del techo—. Lárgate —añade con una sonrisa.

—Te veré en Los Ángeles —le digo a Corrina.

Ella se echa la mochila a la espalda, recoge la guitarra y se dirige a la

calzada. Se vuelve y se queda un momento inmóvil, con las gafas de sol resplandecientes y la misma bandana del color del crepúsculo que le recogía el pelo el primer día que salimos a la carretera.

—Tú y yo, Hendrix —dice—. Tremenda historia.

—Sí.

—Sí.

Entonces cruza la calle y desaparece detrás del autobús. Las ventanillas tienen los cristales tintados, así que no sé dónde se sienta, pero la imagino apoyando una bota sobre el respaldo del asiento de delante, con la guitarra en el regazo, afinándola y lista para cantarle al mundo.

El abuelo y yo nos quedamos de pie, uno a cada lado del coche, y entonces él viene hacia mí, para que los dos podamos ver juntos cómo arranca el autobús. Lleva al *Viejo Salido* por la correa.

—Lo siento —le digo—. Perdóname por no haber conseguido llegar a Ithaca.

Me pasa un brazo por el hombro.

—Teddy —dice—, ¿te he contado alguna vez cómo nos casamos tu abuela y yo?

—Lo sé. Estaba intentando llevarte de vuelta a ese lugar, abuelo. Lo siento, de verdad que lo siento.

—Lo de la iglesia lo hicimos por nuestros padres, nosotros nos casamos antes. Solos ella y yo. En la colina adonde fuimos la primera vez. En aquella cita que no fue una cita, ¿recuerdas? Betty me propuso que nos casáramos allí primero. Nosotros solos, sin tonterías. Yo le dije que sí, por supuesto. ¡Mi pequeña romántica! Fue muy convincente. Me dijo que el resto de nuestra vida sería nuestra promesa pública y que deberíamos hacer que un momento, una sola noche, fuese nuestro y sólo nuestro: nosotros y las estrellas sobre nuestras cabezas. Tenía razón, claro. Siempre tenía razón, al menos para mí. La noche antes de la boda en la iglesia de Santa Elena, salimos en secreto. Ella llevaba puesto un vestido sencillo de algodón con un volante pequeño en el ruedo, y yo, los pantalones de pana marrones que a ella le gustaban. También me puse corbata, pero eso lo hice por mí. Trajo una manta y la desplegamos como la primera noche. Allí pronunciamos nuestros votos. La luz de la luna que se filtraba a través de las hojas hacía que las copas de los árboles parecieran

vidrieras de iglesia, pero en blanco y negro. Para mí, aquélla fue nuestra auténtica boda. ¡Y no sabes cuánto nos besamos! Esa noche nos entregamos en cuerpo y alma. Nos besamos sintiendo el mundo a nuestro alrededor, lleno de vida. Todavía me parece ver la luz de la luna en su cara.

Me apoya una mano en el hombro mientras me lo cuenta y sabe perfectamente que yo estoy pensando en Corrina del mismo modo que él piensa en la abuela.

—Teddy —dice al fin, tocándome el pecho con el dedo índice—, Ithaca está aquí. Con nosotros.

## EPÍLOGO

La situación es ésta: estamos varados en un banco en el Ayuntamiento de Troy, Illinois, y aunque nunca he estado tan lejos de casa, tampoco me he sentido nunca tan cerca. El banco me recuerda al que hay en el vestíbulo del colegio, al que volveré dentro de un mes, delante de la secretaría. Es de madera gastada y amarilla, del color de la miel más aguada del mundo, y también está apoyado en una aburrida pared de hormigón gris. Y me da lo mismo que sea este banco o aquél, porque ni aquí ni allí está Corrina, y todo parece muerto sin su voz, su sonrisa, su mirada, y su entusiasmo.

Han venido a buscarnos. Ellos. Cuando Corrina se ha marchado en el autobús, han salido del edificio del Ayuntamiento, gritando y blandiendo sus identificaciones plastificadas. Un coche de policía ha aparcado junto al nuestro y ellos nos han hecho pasar al interior del edificio. Nos han indicado que nos sentáramos en el banco y se han quedado a vigilarnos en mangas de camisa, entre el dispensador de agua y el tablón de anuncios, mientras hablaban por teléfono, retorciéndose la barba con los dedos. El abuelo y yo hemos permanecido sentados, sonriendo como idiotas, con las manos entre las rodillas. Han venido a buscarnos y nos han atrapado, como quizá siempre supimos que harían.

Sin embargo, ahora no estoy preocupado, ni tampoco el abuelo, que para ellos no es más que un paciente afectado de alzhéimer. Para ellos, el loco debo de ser yo. Y está bien que sea así, no me importa. Nos han atrapado, pero el abuelo está tarareando una canción por lo bajo y marcando el ritmo con los pies, y yo sé que no está aquí sentado en este banco, sino en Ithaca, porque al final he terminado el poema y se lo he dado, y ahora lo está leyendo y releiendo.

El nuevo plan es intentar que se lo aprenda de memoria, como las letras de todas las canciones que tiene en la cabeza, para que nunca olvide lo que ya sabía y me ha enseñado a mí: *que toda historia de amor es una odisea*.



## LO QUE IMPORTA

Es igual si pasó el tiempo;  
a ti te parece ayer:  
por primera vez, sus ojos  
a ti te quisieron ver.  
Aunque estabas muy seguro,  
no sabías si creerlo.  
Porque enamorarse es fácil,  
lo importante es mantenerlo.

Muy pronto volviste a verla,  
te presentaste en su casa,  
tú con la corbata vieja,  
Betty con su blusa de gasa.  
Y te llevó a la colina,  
junto al lago, sin preverlo.  
Porque enamorarse es fácil,  
lo importante es mantenerlo.

Y allí volvisteis mil veces,  
a vuestro lugar soñado,  
a veros brillar entre estrellas,  
en el espejo del lago.  
«Arroja una piedra al reflejo.  
¡Vamos, no temas romperlo!»  
Porque enamorarse es fácil,  
lo importante es mantenerlo.

Bajo las ramas del árbol,  
con luna blanca en el pelo,  
Betty prometió quedarse  
como la luna en el cielo.  
Y allí le diste el anillo,  
para nunca más perderlo.  
Porque enamorarse es fácil,  
lo importante es mantenerlo.

Y cuando el resto de tu vida  
parezca una larga guerra,  
cuando gigantes, ogros y brujas  
parezcan dominar la tierra,

piensa otra vez en tu hogar.  
Piensa en Betty y podrás verlo.  
Porque enamorarse es fácil,  
lo importante es mantenerlo.

Pero yo también me escapo a mi Ithaca, porque cuando abro el LFH para escribir la última historia que el abuelo me ha contado, aquí fuera, la de ellos dos solos frente al resto del mundo, paso las páginas y encuentro al final una historia que yo no he escrito. La letra es de Corrina.

## LA HISTORIA DE CÓMO SE ENAMORARON CORRINA Y HENDRIX

## AGRADECIMIENTOS

Esta historia es sumamente personal para mí. Quiero agradecer a todos los miembros de la familia Kiely que me apoyaron y me embarcaron en un avión con destino a Irlanda para que recorriera las costas meridional y occidental con mi tío Bob y mis abuelos Kiely, un viaje que me hizo comprender cuánto puede aprender una persona joven del amor escuchando a las generaciones que le preceden, aun cuando el abuelo padezca alzhéimer —o quizá justo por eso— y tenga sus malos momentos. Sus historias a veces se iban mucho por las ramas y a menudo se perdían, pero siempre acababan con una frase que resumía lo más importante: por qué amaba a sus seres queridos.

Gracias a Linsey Abrams y a Felicia Bonaparte, las poderosas hadas madrinas de mi escuela superior, que con su amor por la literatura me guiaron para dejar atrás las tristezas de mi vida. Este libro nació en la clase de estructuras narrativas que ambas impartían, en la que en teoría teníamos que redactar el primer capítulo de un libro que nunca escribiríamos. No respeté las reglas porque acabé el libro, aunque aquel primer capítulo desapareció hace tiempo. Después de todo, aprendemos las reglas para quebrantarlas, ¿verdad?

Pero el libro no habría pasado de ser un sueño sin la ayuda de tres hombres lo bastante temerarios para ofrecerme su apoyo en todas mis aventuras. Quiero dar las gracias a Steve Rosenstein, por levantarme del suelo en Las Vegas y llevarnos a todos a San Luis en su coche, en un trayecto en el que nos perdimos y encontramos lotófagos y cíclopes. Este libro es fruto de aquel viaje y eso es algo que te deberé siempre. Gracias también a Ted Boretti, por el primer viaje por carretera, por el segundo y por los innumerables viajes quijotescos que hicimos antes y después, filosofando siempre hasta altas horas de la noche y aprendiendo que el entusiasmo es un músculo que es preciso ejercitar. Gracias también a Perry Hendrix, por poner siempre la amistad por encima de todo, por muy grande que sea la distancia entre nosotros, y por recordarme por qué amamos las cosas que amamos e impulsarme a pasar a la acción.

Gracias, Matt Kudish, por tus invaluable explicaciones sobre el alzhéimer. Muchas de las cosas que me enseñaste están en este libro y espero haber hecho justicia a las lecciones sobre el amor que encerraban. Gracias, Brenna Larson, por la sensatez y empatía que mostraste por esta historia. Y gracias también, Nina Czitrom, Allie Jane Bruce, Jason Reynolds y Daniel José Older, por vuestras lecturas tempranas, que me ayudaron a pensar mejor y a escribir con más cuidado. Os estoy profundamente agradecido por vuestra amistad y generosidad.

Este libro también sería un caos sin la ayuda de David Groff. Gracias, como siempre, por tu guía y tu inspiración. Y gracias, Rob Weisbach, amigo más que agente, por recordarme siempre que no preste tanta atención a la cabeza y vuelva al corazón, ya que hablamos del hogar. Siempre te estaré agradecido por guiar mis pasos. Gracias también a todo el equipo de S&S y Margaret K. McElderry, sobre todo a Ruta Rimas, de cuya sabiduría y entusiasmo me he podido beneficiar en varios libros, y cuya paciencia y visión hicieron que éste se convirtiera en lo que ambicionaba ser. ¡Muchas gracias! Y una vez escrito el libro, gracias a David Arnold, a Jasmine Warga, a Daniel José Older, a Julie Murphy, a Ava Dellaria y a Corey Whaley, por vuestra generosidad y por el temprano apoyo que le ofrecisteis. Es un honor para mí trabajar con este extraordinario equipo editorial y estos maravillosos colegas. Me siento agradecido por conocerlos y trabajar con vosotros.

También quiero dar las gracias a mis extensos círculos familiares: a todos los Kiely, Shannon, Ahern y Chaffee. En especial a Emma, por sus comentarios sobre Los Ángeles, y a Heide Lange, por sus consejos, atención y navegación alrededor del mundo. Un agradecimiento especial para la tía Pat, por su dedicación, entusiasmo y consejos. Y gracias a ti, abuela, por tu amor, tu paciencia y ese corazón, más grande que ese cielo que está por encima de todo este libro y que siempre será la estrella que me guíe para vivir una vida llena de compasión y empatía. Y por supuesto, la historia de amor que inspira este libro es la que presencié todos los días de mi infancia, y cualquier historia de amor que intente escribir estará siempre inspirada en vosotros dos, mamá y papá. Porque no todos tienen la suerte de enamorarse. No todos tienen la suerte de mantener ese amor.

Y tú, Jessie, eres quien hace de mí la persona más feliz que conozco. Gracias. Te quiero. Espero seguir aprendiendo a amarnos de todas las maneras y para siempre.

## CRÉDITOS DE LAS CANCIONES

- © *Somebody to Love*, 2003 BMG Heritage, interpretada por Jefferson Airplane
- © *Into the Mystic*, 2016 Exile Productions, Ltd. under exclusive license to Sony Music Entertainment, interpretada por Van Morrison
- © *I've Seen All Good People*, 2014 Frontiers Records, interpretada por Yes
- © *Dear Mister Fantasy*, ℗ 1999 Island Records, a division of Universal Music Operations Limited © 1968 Island Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Traffic
- © *For What It's Worth*, 2017 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Buffalo Springfield
- © *Me and Bobby McGee*, ℗ 1999 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Janis Joplin
- © *Cloud 9*, ℗ 2007 The copyright in this compilation is owned by Umlaut Corp under exclusive licence to EMI Records Ltd © 2007 Umlaut Corp under exclusive licence to EMI Records Ltd This label copy information is the subject of copyright protection. All rights reserved. 2007 EMI Records Ltd, interpretada por George Harrison
- © *Eight Miles High*, ℗ 1996 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por The Byrds
- © *Easy Wind*, ℗ 2015 Rhino Entertainment Company, interpretada por The Grateful Dead
- © *Fortunate Son*, ℗ 2014 Concord Music Group, Inc., interpretada por Creedence Clearwater Revival
- © *Bell Bottom Blues*, ℗ 2002 Reprise Records, interpretada por Eric Clapton
- © *Call of the Wild*, ℗ 1974 DiscReet Records, interpretada por Ted Nugent & The Amboy Dukes
- © *No Sleep Till Brooklyn*, ℗ 2005 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Beastie Boys
- © *Because the Night*, ℗ 1978, 1996 Arista Records, Inc., interpretada por Patti Smith
- © *Thank you*, ℗ 2007 Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Sly and the Family Stone
- © *Dancing in the Streets*, ℗ 1998 UMG Recordings, Inc., interpretada por Martha Reeves & The Vandellas
- © *Think*, ℗ 2014 Rhino Entertainment Company, a Warner Music Group Company, interpretada por Aretha Franklin
- © *Route 66*, ℗ 2009 Capitol Records, LLC., interpretada por Nat King Cole
- © *Mustang Sally*, ℗ 2001 infi records, interpretada por Mack Rice
- © *Hit the Road Jack*, ℗ 2006 Concord Music Group, Inc., interpretada por Percy Mayfield

- © *Ramblin' Man*, ℙ 2000 Universal Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Allman Brothers Band
- © *Going Up the Country*, ℙ 2005 Capitol Records, interpretada por Canned Heat
- © *Long Distance Operator*, ℙ 1975 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Bob Dylan & The Band
- © *The Dark End of the Street*, ℙ 2013 Ace Records, interpretada por James Carr
- © *Cadillac Ranch*, ℙ 1980 Bruce Springsteen, interpretada por Bruce Springsteen
- © *I'm Your Captain (Closer to Home)*, ℙ 2003 Capitol Records, Inc., interpretada por Grand Funk Railroad
- © *Piece of My Heart*, ℙ 1999 Sony Music Entertainment, interpretada por Big Brother and the Holding Company
- © *What's Going On*, ℙ 2012 Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Marvin Gaye
- © *Hear My Train A Comin'*, ℙ 2016 Experience Hendrix, L.L.C., bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment, interpretada por Jimi Hendrix

*La historia de amor más bonita del mundo*  
Brendan Kiely

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Last True Love Story*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, M Gucci - Getty Images  
© del mapa del interior, Cate Evans

© Brendan Kiely, 2016

© por la traducción, Claudia Conde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17425-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)